Una bala color índigo

Jose Uve

Una bala color índigo

Jose Uve

Una bala color índigo

Jose Uve

A mi mujer, porque junto a ella todo es más sencillo.

Dos hombres están sentados en la barra de un bar mientras conversan de manera animada. Cualquiera que los observara sin prestar demasiada atención podría pensar que eran amigos, pero no lo eran; es más, podría incluso decirse que eran enemigos, o por lo menos que actuaban en bandos diferentes. Una mirada más analítica podría descubrir que uno de ellos mantenía una pose relajada y un discurso sosegado, mientras que en el otro se evidenciaba cierta tensión: su espalda estaba ligeramente encorvada, como en estado de alerta, y miraba por encima del hombro cada pocos segundos, todo ello acompañado de un continuo y obsesivo repiqueteo de pies.

—¿Qué saben? —preguntó uno de ellos.

—De momento poca cosa, pero están empezando a sonar nombres —respondió el otro.

—¿Alguno importante?

—Alguno.

—¿Sabes de dónde viene? —volvió a preguntar el hombre tranquilo.

El hombre nervioso turbó el rostro y miró por encima del hombro antes de hablar. Se veía que no se encontraba todo lo cómodo que debería.

—Hay quien no puede mantener la boca cerrada —respondió finalmente.

El hombre tranquilo caviló unos segundos mientras daba un sorbo al café que tenía delante. No acostumbraba a tomar decisiones precipitadas, excepto las veces en que era necesario actuar con premura y determinación. Y todavía no tenía claro si estaba ante una de esas veces o no.

—¿Hay alguna forma de pararlo?

—No es imposible, pero debe ser mientras sean simples indicios. Una vez que haya objetivos concretos, no se podrá hacer nada.

—¿No lo relacionarán?

—Seguramente, pero, si se hace bien, será difícil sacar otro hilo del que tirar.

—¿Son buenos? —se preocupó el hombre tranquilo.

—Bastante, pero, si no avanzan lo suficientemente rápido, los obligarán a parar y centrarse en otra cosa.

—Entonces, la clave está en retrasarlos lo suficiente, incluso a costa de retrasarnos nosotros —caviló el hombre tranquilo y el otro hombre asintió contrito.

Los dos hombres se levantaron de sus asientos y se marcharon de la misma forma en que habían llegado: primero uno y unos minutos después el otro, como dos amigos que han hecho un alto en el camino para tomarse un café juntos y compartir un rato de conversación. Pero, como una mirada rigurosa hubiera concluido, no eran amigos, ni siquiera conocidos.

1. ALONSO

Too many drugs

Muy poco espíritu

(Rigoberta Bandini, *Too many drugs*)

—Despierta, Quero, el Yiyo se está moviendo.

González le dio un codazo que lo sacó de su duermevela y un espasmo lo sacudió, haciéndole creer que caía al suelo. Abrió los ojos totalmente desorientado. Llevaba varios días sin pegar ojo y un profundo sueño había acabado apoderándose de él sin piedad.

—¿Dónde? ¿Cómo? —Se limpió las legañas al tiempo que bostezaba y trataba de espabilarse.

—Lo han llamado por teléfono y se ha montado en el Golf negro.

—¿Y qué coño hacemos parados? —preguntó casi gritando.

—¿Qué quieres? ¿Que nos descubra? Vamos a rodear la urbanización y a tratar de alcanzarlo en la autovía. No quiero llamar la atención, llevamos estacionados en el mismo sitio varias horas.

Quero incorporó el respaldo de su asiento. El viejo Volkswagen Passat se había convertido en su casa durante las últimas semanas. El cuerpo tenía coches más nuevos y más cómodos, pero evidentemente no iban a dejarle a él, un simple subinspector de la Policía nacional, utilizarlos. «Un coche demasiado brillante llama demasiado la atención en unas calles tan poco transitadas», le había dado como excusa el inspector jefe Vila.

—Está bien, pero date prisa, que, como al Yiyo le dé por pisarle a fondo, no vamos a poder alcanzarlo.

González se abrochó el cinturón de seguridad, giró la llave en el contacto y el motor diésel rugió. Era un conductor tranquilo, impasible. Agarraba firmemente el volante con ambas manos y cambiaba de marchas con suavidad. Lo que no evitaba que la flecha del indicador se mantuviera siempre por encima de la velocidad máxima permitida.

Callejearon por el caos de pequeñas calles residenciales de la Urbanización Calypso y se incorporaron a la N-340 por la salida de El

Zoco.

La costa mijeña y marbellí estaba repleta de urbanizaciones de apartamentos turísticos que se yuxtaponían unos sobre otros. Cientos de nombres de calles que ni los propios taxistas eran capaces de memorizar. Caminos con la señal de dirección prohibida, que te obligaban a dar rodeos enormes para llegar al mismo punto de inicio. Piscinas, jardines, campos de golf y guiris, muchos guiris. Como un españolito osara comprarse una vivienda en alguna de las inmensas urbanizaciones, debía de tener claro que iba a tener que buscarse un traductor si quería enterarse de lo que se hablaba en las reuniones de la comunidad.

Pero no todo eran urbanizaciones y apartamentos, también había casas independientes y chalets de los que tenían setos y muros tan altos que no dejaban ver el interior, chalets donde uno podía tomar el sol en pelotas sin que nadie te viera, donde podías follar con putas de lujo al borde de la piscina y hacer fiestas en las que la coca corriera a raudales y donde, por supuesto, podías montar una organización criminal dedicada al contrabando de hachís. Y en esas estaban el subinspector Alonso Quero y todo el grupo de estupefacientes de la UDYCO Costa del Sol de la comisaría de Fuengirola. Llevaban varios meses de seguimiento al clan de los Carmelos y su posible conexión con la banda de Mohamed, alias el Negro, un cabrón peligroso donde los haya. Aparecía en todos los informes de todas las policías de toda la costa mediterránea: asesinatos, narcotráfico, falsificación documental y un largo etcétera. Pero ni una sola detención, ni una huella dactilar. Su ficha policial constaba de unas cuantas fotografías donde apenas se le veía el rostro y poco más. Aparte de eso, solo era un nombre que aparecía y desaparecía como un fantasma en las conversaciones de los camellos que detenían. Era un cabrón listo. Medía muy bien sus pasos, intentaba estar siempre a la sombra y le gustaba rodearse de gente de su entera confianza. Pero en el mundo de las drogas no todos eran tan precavidos como él y algún día alguien tenía que cagarla. Y ese día llegó.

Las personas no decidían meterse en el negocio del narcotráfico para ir tirando; se metían para hacerse de oro. Pero, claro, uno no se hacía de oro y guardaba el dinero debajo del colchón. Cuando uno se enriquecía tenía que fardar de ello: coches deportivos, Rolex, pases vip en las discotecas y droga, mucha droga. Si a esto le sumamos una educación deficiente y una infancia en barrios marginales, pues la bomba estaba servida.

Solo hacía falta que un gordo putero y *farlopero* conocido como el

Tala encendiera la mecha.

Manuel Jesús Talavera Sánchez, alias el Tala, natural de Alhaurín el Grande, treinta y dos años, sin ninguna ocupación conocida, hijo de una familia de clase obrera —padre encofrador y madre limpiadora—, tenía una hermana mayor casada con un mecánico y con la que no mantenía muy buena relación.

Se crio en la calle, como tantos otros niños de su generación. Iba al colegio a pelearse con otros alumnos y a desquiciar a los profesores. Más allá de eso, su estancia allí no fue demasiado productiva.

A los quince años ya se juntaba con sus colegas en el polígono de La Rosa a fumar porros y beber litronas; a los dieciséis se paseaba por la puerta de los colegios haciendo girar su *mariposa* y pidiendo «veinte durillos para un paquete de tabaco» al primero que lo mirara con temor; a los diecisiete se dedicaba a hurtar, y a los dieciocho, a robar.

Su *curriculum vitae* era un compendio de reseñas policiales y de hojas de antecedentes penales, ya fueran como menor o como adulto: lesiones, alcoholemia, conducción sin carnet, daños, hurto, robo con fuerza… Coleccionaba delitos como el que coleccionaba cromos de fútbol. Con semejante historial, su entrada en el mundo de las drogas estaba cantada.

Verano de 2016. El Tala recoge a un par de amigos y se van de fiesta a los chiringuitos de los Álamos. Va con la cartera llena, acaba de hacer un *trabajito*. Nunca falta un vaso de tubo en su mano y cada media hora se escapa a los baños a meterse una raya.

Está eufórico y tiene ganas de echar un polvo.

—Vámonos al Scándalo —le dice su colega.

—No, esta noche me follo a alguna de estas —le contesta señalando hacia la pista de baile.

Un rastro baboso delata su ruta como si fuera un caracol. Se acerca a varios grupos de chicas a ritmo de reguetón, pero estas le dan la espalda y le dedican muecas de asco. No importa, él sabe que esa noche cae alguna. Mira hacia un lado y descubre a una moza bailando sola. Va muy bebida y lleva medio sujetador fuera. Se acerca por detrás y empieza a *perrear*. No se aparta. Perfecta. La saliva se le escapa por la comisura de los labios y nota como se le pone dura. La chica da un traspié y él la sostiene antes de que caiga al suelo. Ella lo mira y le sonríe. «Esta noche mojo», se dice a sí mismo. La chica sigue

bailando hasta que termina la canción, entonces le dice adiós y se marcha. Pero él no está dispuesto a que se vaya. La agarra por el brazo y le dice que se quede un rato más. Ella le contesta que no puede, que la están esperando fuera, y vuelve a girarse. Pero él la agarra con más fuerza.

—Entonces, ¿para qué me calientas la polla, pedazo de zorra? —le grita enfadado.

Ella tira de su brazo para zafarse, pero él no la deja. Varios jóvenes le recriminan su actitud y le dicen que la deje en paz.

—¿Queréis que os parta la boca? —aúlla.

La chica aprovecha el momento para escaparse y correr hacia la salida. Él la persigue y la intercepta a unos metros de la puerta, pero varios de los porteros de la discoteca salen en su ayuda y lo reducen a base de golpes.

—¡Putos gorilas de mierda, no sabéis quién coño soy yo! —les grita.

Alguien llama a la policía nacional, que llega a los pocos minutos y, después de un pequeño forcejeo y de aguantar un buen número de insultos y amenazas, consiguen meterlo en el coche policial.

Noche en el calabozo y traslado a los juzgados de Torremolinos por la mañana. La jueza del instrucción 2 lo condena por un delito de abuso sexual del artículo 181 del Código Penal. La fiscal le pide dieciocho meses de multa a seis euros diarios, pero se conforma por consejo de su abogado y le reducen la condena en un tercio, así que queda libre con una multa de mil cuatrocientos cuarenta euros y una nueva reseña en su currículum delictivo.

Todo habría salido bien, pero si de algo pecaba el Tala era de ser un bocazas.

Resulta que ese día le tocó compartir celda con Ion Boceanu, un rumano que pasaba más tiempo en los juzgados que en su propia casa, aunque, según él, vivía debajo de un puente y robaba en los supermercados para comer jamón ibérico, salmón ahumado, botellas de ginebra y más artículos de primera necesidad.

No se sabe muy bien por qué, pero el Tala y el rumano se pelearon. Algo relacionado con que uno le dijo que se fuera a su puto país a mangar, y el otro le contestó que era un gordo de mierda

follacabras. La cosa llegó a las manos y los agentes encargados de su custodia tuvieron que entrar a separarlos. Y ahí fue cuando al señor Talavera se le calentó el pico y soltó un «cuando salga de aquí voy a ir en busca del Negro y te vamos a matar a ti y a todos los putos rumanos de este país».

Cuando Ion Boceanu se sentó frente a la mesa del funcionario judicial a que la jueza le tomara declaración y empezó a vociferar que quería denunciar al Tala porque lo había amenazado con que iba a llamar al Negro, nadie lo tuvo muy en cuenta. Era un apodo demasiado común y totalmente desconocido para aquel que no se dedicara al tráfico de hachís o a tratar de impedirlo.

Pero en el mundo de la investigación policial había casos que se resolvían gracias a pequeñas dosis de suerte, detallitos de nada que hacían que las piezas del puzle encajaran a la perfección y que el engranaje de la maquinaria policial se pusiera en marcha.

Marta Cuevas, la agente más joven del grupo de la UDYCO de Fuengirola, se encontraba esa mañana en los juzgados de Torremolinos acompañando a su amiga Elena, la cual había sido citada como perjudicada en un juicio rápido. Unos niñatos se habían dedicado a romper retrovisores en la madrugada anterior, y su flamante Seat Ibiza nuevo, el que casualmente había aparcado en la calle porque había perdido las llaves del garaje, fue uno de los damnificados.

La joven agente se encontraba hablando con un funcionario del juzgado sobre las inclemencias del tiempo cuando las voces de Ion Boceanu llegaron a sus oídos. Un resorte hizo clic en su cerebro y sus sentidos se agudizaron. La palabra «Negro» hizo vibrar el tímpano, que golpeó el oído medio y este el oído interno, y de ahí viajó por el nervio auditivo hasta el córtex cerebral. Su cerebro trató de descartar la información, pero las incontables noches en vela pegada a unos auriculares habían adiestrado sus sentidos para localizar indicios relevantes dentro de las enormes marañas informativas.

Con el pretexto de curiosear preguntó al funcionario por lo que le había pasado al rumano, y este le contó que se había peleado con otro en el calabozo.

—Pero ¿con otro rumano? —le preguntó Marta.

—No, creo que no —le contestó este—. Con un español. —Y cogió la lista de los detenidos de esa mañana—. A ver, Daniel y Alejandro

son los de los retrovisores, así que el único español que me queda es este, Manuel Jesús Talavera Sánchez. Tiene que ser este, seguro.

—Qué ganas de pelea tienen siempre —comentó Marta desinteresada, pero su lóbulo frontal ya se encontraba trabajando al cien por cien.

Un par de horas más tarde el Tala salía de los juzgados y se despedía de su abogado con un apretón de manos. Sacó un teléfono móvil y un paquete de tabaco de la bolsa de plástico donde los policías habían guardado sus pertenencias, se apoyó contra un árbol y efectuó una llamada mientras se encendía un cigarrillo. A los pocos minutos, un Audi negro con matrícula francesa se detenía en mitad de la carretera. Un joven de rasgos árabes salió del vehículo, se acercó hasta el Tala y, entre risas, le dio un abrazo antes de montarse juntos en el turismo.

Marta Cuevas, que estaba sentada en una terraza frente a la puerta de los juzgados, sacó su viejo pero indestructible móvil y fotografió tanto la matrícula del vehículo como el rostro del conductor. Ahora solo tocaba cotejar los datos en la base de datos de SIRENE y esperar que su intuición no le hubiera fallado.

Hacía casi seis meses desde ese día, y, aunque habían avanzado mucho, aún no era suficiente.

—¡Frena, González, que te comes la moto! —exclamó Quero, y pisó con fuerza bajo el suelo del asiento del copiloto, como si de esa manera pudiera activar el sistema de frenos.

—La he visto —respondió González impasible.

—Sí, seguro —comentó irónico el subinspector.

El Passat adelantó a la motocicleta que iba conducida por un hombre demasiado mayor para hacerlo, calzado con un casco que no cumplía ninguna función más allá de evitar las multas de tráfico.

El Yiyo circulaba en dirección a Marbella. Mientras no se desviara, todo estaba controlado. Con González pisándole a fondo en una especie de autovía donde solo se permitía circular a ochenta kilómetros por hora, en unos minutos le habrían dado alcance.

Pasaron por la Urbanización Alhamar y cruzaron el umbral del término municipal de Marbella, aunque el paisaje no cambiaba en exceso: seguían continuándose las urbanizaciones de lujo y las zonas

comerciales donde hablar castellano era una rareza.

—Esperemos que no se meta en el centro de Marbella; si no, va a ser difícil sacar la cámara —exclamó Quero.

Si algo caracterizaba a los narcotraficantes era el movimiento. No esperaban ociosos a que llegaran los cargamentos. Cambiaban de coche continuamente. Los llevaban a un *parking*, les entregaban las llaves a otro, este se lo llevaba a un *parking* diferente, de ahí a un taller, y nuevamente a ponerse en movimiento. Los chóferes pasaban de un vehículo a otro casi a diario. Se citaban sobre todo en lugares públicos. Unos papeles por aquí y unas llaves por acá, como en un juego de trileros.

—No estaría mal tener algo de suerte esta vez —bufó González.

Después de la desaparición del Tala y la supuesta participación del Yiyo en ella, toda la operativa se había centrado en este último, pero después de varios meses de seguimiento todavía seguían en el mismo punto de partida, por lo menos con respecto a su conexión con el Negro.

Sabían que algo se estaba moviendo. Se reunía con sus socios habituales con frecuencia y se desplazaba a menudo en coche a diferentes puntos de la costa, pero nada hacía indicar que el clan estuviera actuando en conjunto con los marroquíes. Más allá del trato habitual con los camellos del otro lado del estrecho, los Carmelos seguían gestionando su negocio como antes, aunque Quero intuía que habían empezado a jugar en otra liga; tomaban muchas más precauciones que antes y habían aumentado considerablemente la seguridad de sus encuentros. Además, tenían varios confidentes que aseguraban que los gitanos y los moros estaban trabajando juntos.

A la altura del hospital Costa del Sol vislumbraron los característicos faros cuadrados del Volkswagen Golf. Circulaba unos metros más adelante, pegado a la derecha y a una velocidad prudente.

—¿Cómo va la cosa con Cuevas? ¿La has invitado ya a cenar? —le preguntó González con una sonrisa socarrona en los labios.

—¿Qué dices? —saltó Quero sobresaltado.

—No me jodas, Alonso. He visto cómo le miras el culo.

—Que tenga un buen culo no quiere decir que me guste, y menos aún que vaya a tener una cita con ella —respondió Quero poco

convencido, lo que no le pasó desapercibido a González.

—¿Cuánto hace desde que…?

—¡Ahí está la Coca-Cola! —gritó Alonso, dando por zanjada la conversación—. Esperemos que el intermitente siga apagado.

En el margen izquierdo de la carretera, junto a la orilla del mar Mediterráneo, se alzaba una lata de once metros de alto del famoso refresco. Junto a esta, un enorme arco donde se leía «Funny Beach». La verja estaba cerrada, seguramente para siempre. Catorce mil metros cuadrados de *karting*, camas elásticas, motos de agua y demás actividades que no volverían a ser disfrutadas por nadie. Más de veinte años operando con una licencia provisional que solo debía durar seis meses. Esto era España, esto era la Costa del Sol. ¿Quién tenía la culpa? Todos. Ninguno. Qué más daba. Al final, unos cuantos bolsillos llenos que habían perdido la memoria, unos cuantos trabajadores engrosando las filas del INEM, un cementerio de hierro en primera línea de playa y unos cuantos pleitos nuevos para los juzgados.

—No ha cogido la salida, perfecto —indicó Alonso.

En el preciso instante en que el subinspector cortó la comunicación, el intermitente derecho del Volkswagen Golf se encendió.

—Estamos de suerte, va hacia La Cañada —comentó González.

El vehículo avanzó unos cientos de metros con el indicador de dirección parpadeando. Cuando la vía comenzó a bifurcarse, se deslizó con suavidad hacia la derecha. Los perseguidores dejaron una distancia prudencial de varios automóviles para no llamar la atención y siguieron de frente. Trescientos metros. González mantenía la mirada fija en la calzada. Una furgoneta que los precedía se pasó a la derecha también. Doscientos metros. La salida se aproximaba peligrosamente. Mantenían la visual con el coche desde la distancia. Cien metros. O se pasaban a la derecha enseguida, o no iban a ser capaces de hacerlo. González seguía con el semblante impasible, pero Alonso Quero llevaba el tiempo suficiente siendo su compañero para detectar los pequeños cambios físicos en su actitud: la respiración se le aceleró ligeramente, lo justo; la presión que ejercían sus manos sobre el volante aumentó, y por el rabillo del ojo visualizaba la situación de los demás vehículos. Durante la siguiente fracción de segundo, el viejo Passat activó el intermitente derecho al tiempo que daba un volantazo

e invadía la isla que separaba ambos carriles. Si algún automóvil se hubiera encontrado accediendo a la vía en ese instante, la colisión habría sido inevitable. Pero el oficial de policía Mario González había calculado todas sus opciones de manera eficaz antes de ejecutar la maniobra.

El Volkswagen negro tomó una curva, se paró en una rotonda, cedió el paso y giró hacia la derecha.

—Va hacia la parte nueva —exclamó González—. ¿Lo seguimos?

—No. Métete por el aparcamiento —contestó Quero.

—Pero ¿y si sigue recto? —volvió a preguntar su compañero.

—Pues, entonces, la habremos cagado —sentenció.

Tomaron la segunda salida y avanzaron por un camino que discurría paralelo a la carretera por donde circulaba el coche negro. Dentro de unos metros averiguarían si llevaban razón. El camino se separaba en dos: el de la derecha continuaba de frente, y el de la izquierda finalizaba en un ceda el paso, donde se volvía a acceder a los aparcamientos del centro comercial. Si no se detenía, iba a ser difícil volver a darle alcance. La vía por la que ellos circulaban acababa en la entrada al *parking* subterráneo. La única manera de acceder a la carretera paralela era o volviendo marcha atrás, lo que les llevaría mucho tiempo, o realizar una serie de maniobras ilegales, incluyendo giros prohibidos y circular en dirección contraria de una manera lo suficientemente brusca como para llamar la atención de todo el que anduviera cerca, incluido el conductor del coche al que perseguían.

El Volkswagen esta vez no accionó el intermitente izquierdo. Los agentes comenzaron a prepararse. González estudiaba las plazas de aparcamiento que se encontraban libres y que podrían tomar como atajo. Varios turismos subían por la cuesta del subterráneo. Tendrían que invadir el carril de bajada y rezar para que no se encontraran a nadie de frente. Alonso se agarró fuertemente al tirador de la puerta del copiloto y Mario se dispuso a pisar el acelerador a fondo. En ese momento el Yiyo giró con brusquedad hacia la izquierda y accedió a la explanada de aparcamientos sin levantar el pie del acelerador siquiera.

El oficial suspiró aliviado. Quero se alegró, la maniobra evasiva del narco solo podía significar que no los habían descubierto aún.

—Para un segundo —dijo Alonso—, vamos a ver para dónde tira.

El agente pisó el freno y se detuvo cerca de la entrada al carril por el que se accedía al subterráneo. Desde esa posición podían observar si el vehículo al que perseguían se adentraba en la explanada del fondo del centro comercial o si giraba hacia la izquierda, donde se encontraba la zona de restauración. El instinto y la experiencia le decían a Alonso que la zona de bares y restaurantes era la más idónea; era más concurrida y había más paso de peatones y vehículos. Más difícil de observar en la distancia. Pero no podían confiarse.

El turismo giró hacia la izquierda, como había anticipado Quero, y dejó la vía principal, para internarse en las calles paralelas donde las líneas que delimitaban las plazas de aparcamientos se contaban por cientos. Casi todas estaban ocupadas, y el ir y venir de personas con bolsas de conocidas marcas de ropa era constante. Mantener la visual iba a ser una ardua tarea.

—Voy a bajarme y seguirlo a pie —exclamó Alonso—. Como nos pille algún coche saliendo marcha atrás, lo perdemos.

González detuvo el coche y Quero se apeó de un salto. Cogió las gafas de sol estilo aviador que descansaban sobre su cabeza y se las encajó sobre la nariz. Sacó su teléfono móvil del bolsillo y simuló mantener una conversación mientras trataba de localizar el Volkswagen negro del Yiyo.

Era un modelo muy vendido, lo que lo hacía perfecto para escabullirse en situaciones como la actual. Pero había demasiado tráfico en las calles contiguas como para hacerlo, por lo que no podía encontrarse demasiado lejos.

El policía zigzagueaba entre los coches y avanzaba y retrocedía por las calles paralelas con las llaves de su propio vehículo en la mano. Cualquiera que observara la escena desde lejos pensaría que solo era alguien que no recordaba dónde había dejado estacionado su coche y que pulsaba el botón del mando para tratar de localizar dónde se encendían las luces.

Hombres y mujeres de todas las nacionalidades posibles transitaban por la explanada en un ir y venir interminable. Demasiado difícil, demasiadas personas, demasiados coches. Quero comenzó a desesperarse y se dispuso a llamar a su compañero al móvil para ver si había tenido más suerte, aunque con el atasco que había lo dudaba. En ese momento el sonido de un claxon a sus espaldas lo sorprendió.

Se giró por instinto y se encontró con un enorme 4×4. Iba conducido por un extranjero de avanzada edad que, con aspecto enfadado, le indicaba que se apartara del camino. Alonso pidió perdón con la mano al tiempo que soltaba un par de improperios, y, justo en el momento en que las grandes dimensiones del automóvil terminaron de rebasarlo, su mirada quedó fija en un punto a unos trescientos metros de distancia. Era como si se hubiera alzado el telón y hubiera aparecido aparcado en el escenario el turismo oscuro del narcotraficante. Se acercó unos metros para asegurarse de que era él y sacó el teléfono móvil de su bolsillo.

—Mario, ¿cómo lo llevas? —Alonso había marcado el número de su compañero.

—Pues estoy dando más vueltas que una noria, pero no he visto nada. —La voz del oficial sonó desesperada por el altavoz.

—Lo he localizado, ha dejado el coche frente a McDonald's —le contaba sin dejar de observar a su objetivo—, está saliendo del coche. ¡Corre!, ven hasta aquí e intenta buscar un sitio libre. Yo voy a seguirlo, a ver hacia dónde va.

Quero avanzó por las filas de aparcamientos manteniendo contacto visual con el narco. Se paró un segundo, dejando paso a varios vehículos que circulaban por la vía principal, y cruzó hacia la acera donde comenzaba el centro comercial. Se agachó y simuló atarse los cordones de los zapatos. El Yiyo se encontraba a unas decenas de metros. También había cruzado la carretera y se había sentado en una de las mesas de la terraza de la famosa cadena de comida rápida. Buena noticia, parecía que no tenía intención de adentrarse en la zona de tiendas.

—¿Has encontrado sitio? —volvió a preguntar Quero por teléfono.

—Estoy en ello —respondió González—, parece que sale uno de la fila donde me encuentro.

—Se ha sentado en la terraza, así que intenta que tengamos buena visibilidad. Pero no demasiado cerca, no quiero que vean la cámara.

—No te preocupes, el sitio es bueno y voy a meterlo marcha atrás para tener un ángulo amplio.

—Quédate dentro, te busco. —Quero rehízo su camino en busca de su compañero, pero sin dejar de prestarle atención a las mesas.

Lo encontró a un par de calles de distancia. González no era ningún novato, había ubicado el vehículo lo suficientemente cerca de la vía principal como para tener un buen ángulo de visión, y lo suficientemente lejos como para no llamar la atención. La distancia no era un problema gracias a los trescientos milímetros del objetivo de su cámara réflex; conseguir tomar una instantánea limpia con tantos transeúntes alrededor iba a ser más complicado.

Esperaron unos minutos. Mario, con la llave en el contacto por si tenían que moverse, y Quero, haciendo pruebas con la cámara. Ajustaba los parámetros de velocidad y obturación, tomaba una instantánea, la miraba, y volvía a ajustarlos. Su compañero siempre le decía que la dejara en modo automático, que no era un fotógrafo del *National Geographic*, pero Quero era muy meticuloso, sus informes eran claros y concisos, no dejaba margen a que el juez de turno le archivara el caso por falta de motivación.

El Yiyo estaba hablando con la camarera cuando un chico alto vestido con un chándal negro se sentó frente a él. Le dio la mano de forma coloquial mientras echaba una ojeada a su alrededor. El policía alzó la cámara y apoyó el dedo índice sobre el disparador. Los dos sujetos mantenían una conversación aparentemente amigable mientras el sonido del obturador abriéndose y cerrándose se sucedía en un ritmo sincopado, mientras la acción quedaba grabada en la lente de la cámara fotograma a fotograma.

—Oye, ese es el Maradona, ¿no? —exclamó González—. Me ha costado reconocerlo con el pelo corto, pero es él, seguro.

—Hacía tiempo que no lo veía por la costa.

—¿Prisión? —preguntó González.

—No. Hasta donde yo sé, tuvo un problema con los Mostazas y se quitó de en medio.

—Y ahora lo fichan los Carmelos, que también han tenido problemas con los Mostazas —afirmó pensativo el subinspector—. Tiene sentido, la verdad; pero seguimos sin tener nada que los relacione con la banda del Negro.

Quero estaba a punto de contestar cuando vio que el Maradona se levantaba de la silla, se despedía de su acompañante y se marchaba en dirección al aparcamiento subterráneo del centro comercial. El Yiyo dejó trascurrir unos minutos mientras jugueteaba con el teléfono móvil, entonces se levantó, se lo guardó en el bolsillo de sus

pantalones y se encaminó hacia su vehículo. Alonso seguía tomando fotografías con su réflex, quería poder reconstruir la escena instantánea a instantánea una vez que hubiera descargado las imágenes en su ordenador de la comisaría.

—¿Lo sigo? —González acercó su mano a la llave del contacto.

—No creo que sirva de mucho —contestó Quero—, pero síguelo de todas formas.

El motor del viejo Passat se puso en marcha de nuevo y los agentes continuaron con el seguimiento, esta vez tomándoselo con calma; estaban convencidos de que su objetivo se dirigía de vuelta a la Urbanización Calypso. El trabajo importante estaba ahora en la comisaría.

2. MACARENA

Hoy será, será, será, será

Mi primer día

Y mañana también, y el resto de mi vida

(Los Asländticos, *Mi primer día*)

La mesa de su despacho vibraba, y el *No dejes de soñar de* Manuel Carrasco se escuchaba por toda la estancia. Macarena Aguado tenía la mirada fija en su *smartphone*. «No dejes de soñaaaar». Un tono. «No dejes de soñaaaar». Dos tonos. «No dejes de soñaaaar, amigo». Tres tonos.

—¿Dígame? —contestó llevándose el teléfono al oído.

—Buenos días. Llamo del instrucción 3 de Torremolinos. ¿Eres la letrada de guardia? —preguntaron al otro lado del teléfono.

—Sí, soy yo —respondió.

—Tenemos varias diligencias, ¿sobre qué hora puedes estar por aquí?

Miró el reloj de su muñeca. Eran las nueve y cuarto de la mañana.

—Media hora —contestó, aunque su despacho se encontraba a doscientos metros de la sede judicial y llevaba más de una hora vestida, arreglada y lista para salir por la puerta en cualquier momento.

Macarena Aguado se despidió del funcionario, colgó el teléfono y lo guardó en el bolso negro de imitación que colgaba del solitario perchero junto a la puerta de entrada. Estaba nerviosa. Echó un vistazo a su pequeño despacho. Cuarenta metros cuadrados para ella sola. En un lateral, una ventana que asomaba a la avenida Palma de Mallorca y desde la que se divisaban las banderas del palacio de justicia ondeando a capricho del viento; en el otro, una librería repleta de volúmenes sobre legislaciones y reglamentos, y, presidiendo la estancia, bajo un cuadro con su título de licenciada en Derecho, una mesa de madera de teca maciza. La había comprado a través de una web de venta de artículos de segunda mano a un notario de Granada que se acababa de jubilar. Había encargado la tarea de desmantelar la

oficina, a cambio de embolsarse las ganancias, a su único hijo, un inútil que llevaba treinta años viviendo de las rentas de un par de pisos que le había cedido su padre, y que le había propuesto una rebaja en el precio del escritorio si aceptaba cenar con él. Todavía recordaba el viaje de vuelta a Torremolinos en la furgoneta de su padre: él, conduciendo con precaución, y ella, sentada en la parte trasera, agarrando con fuerza las patas de la mesa para que no chocaran contra las paredes del furgón.

—¡Papá, avísame cuando haya un baaaache! —exclamaba Macarena rascándose la cabeza.

—Lo siento, Maca —se disculpaba su padre sabiendo que en el próximo badén iba a volver a salir disparada hacia el techo.

Su padre, eterno currante, a sus sesenta y siete años aún seguía levantándose a las seis de la mañana para salir a trabajar como electricista. No necesitaba despertador, nunca lo había necesitado. Después de cincuenta años de vida laboral, sus costumbres se habían automatizado de tal manera que su cuerpo saltaba de la cama como un resorte a la hora exacta. No importaba que fuera día laborable, sábado, domingo o festivo. Aunque para él, y para la mayoría de los trabajadores autónomos de este país, la práctica totalidad de los días eran laborables, y, si no lo eran, eran susceptibles de convertirse en tales con una simple llamada al teléfono del trabajo, el cual se negaba a desconectar bajo ninguna circunstancia.

Su hija trataba de convencerlo de que se jubilara, le decía que su cuerpo no estaba para esos trotes, cosa que no era cierta: Antonio Aguado poseía un físico envidiable y, a excepción de algún resfriado aislado, no sabía lo que era enfermar.

—Lo que tenías que hacer es coger a mamá todas las mañanas e iros a pasear al paseo marítimo —le decía.

—No puedo, cariño; cuando me jubile me va a quedar una pensión muy baja y no tenemos demasiado dinero ahorrado.

Macarena callaba. Sabía que sus padres habían sido como hormigas, guardando cada peseta y cada euro que podían en su cuenta de ahorros. Sin despilfarros, evitando gastos superfluos. Las únicas excepciones eran cuando cumplía años, en que salían los cuatro a cenar a su pizzería favorita, y la semana de agosto en que se iban de vacaciones a un *camping* de Cabo de Gata.

Macarena callaba. Sabía que en esa cuenta de ahorro habían

tenido suficiente dinero para vivir su jubilación de manera cómoda, con austeridad, pero desahogada, como a ellos les gustaba.

La carrera de Derecho, el máster de abogacía, los años de pasante, las clases de inglés, la decisión de independizarse laboralmente… habían dado dentelladas a su cartilla y la habían dejado casi en los huesos.

Macarena era buena estudiante, lista y aplicada. Su expediente estaba plagado de sobresalientes y de matrículas de honor. Pero la excelencia intelectual en España no te concedía una beca, te la daban los bajos ingresos, y, aunque su padre era autónomo y podía maquillar las declaraciones para que su hija optara a una, era demasiado honrado para hacerlo, así que, aunque su nivel de vida estuviera por debajo del de muchos, a la hora de solicitar una subvención la trataban como si fuera la heredera de un imperio.

Sabía del esfuerzo que suponía para sus padres el que ella estudiara y, aunque a veces se hubiera planteado dejar la universidad y buscarse un trabajo, y así quitar peso sobre los hombros de su familia, sabía que no lo iban a permitir.

—Maca, hija mía, no hay felicidad más grande para un padre que el saber que está ayudando a su hijo a labrarse un futuro mejor —le decía, y lágrimas de orgullo asomaban por sus ojos—. Tú estudia, estudia mucho, y no dejes nunca de perseguir tu sueño. Nosotros siempre estaremos aquí para apoyarte.

—Y para ponerte los pies en la tierra —apuntillaba su madre.

Macarena se había esforzado como nadie, había compaginado sus estudios con pequeños trabajos esporádicos —dependienta, camarera, azafata de eventos…—, no rechazaba ninguna oportunidad. Vivía con sus padres en su piso de Puerta Blanca de toda la vida, y ellos le costeaban la universidad. Pero no estaba dispuesta a pedirles más dinero para salir con sus amigas o para comprarse ropa o para ir a la peluquería. De vez en cuando le metían un billete de veinte euros en la cartera sin que se diera cuenta porque, cada vez que le preguntaban si necesitaba dinero, les contestaba que no era necesario, que le habían pagado esa semana.

—Macarena, hija, no hace falta que trabajes tanto, tú céntrate en estudiar. Si te hace falta dinero para tomarte un refresco con tus amigas, pídenoslo a nosotros.

—No te preocupes, papá. Cuando llegue la época de exámenes lo

dejo.

Volvió a mirar el reloj blanco de su muñeca. Las nueve y cuarenta. Estaba lista para ir al juzgado. Entró en el pequeño baño de su oficina y se miró en el espejo. Volvió a pintarse los labios y apartó con la mano los cabellos sueltos que caían sobre su frente. No poseía una belleza deslumbrante, pero, con su piel tostada, sus ojos color avellana y sus labios carnosos, siempre se había granjeado el apelativo de chica guapa.

Elegir la vestimenta no había sido fácil. ¿Optar por un *look* más *sport* de vaqueros y jersey? ¿Un vestido con un corte más tradicional que le daría un aspecto más formal? Tenía en su cabeza el tipo de abogada y de mujer que quería llegar a ser, y analizaba con antelación cada uno de los pequeños detalles y gestos que la iban a ayudar a conseguirlo. Quería proyectar una imagen de persona cercana, de las que estaban dispuestas a ensuciarse las vestiduras si la situación lo reclamaba, pero al mismo tiempo no quería parecer demasiado informal. Quería que la miraran a la cara y pensaran: «esta es la persona que quiero que me represente. Fuerte, elegante y segura de sí misma». El gremio de la abogacía era un mundo demasiado heterogéneo. Un batiburrillo de clichés y estereotipos, no siempre injustificados, donde cada uno declamaba sus propias leyes y, como único nexo de unión, sus perennes quejas sobre lo mal que estaba el trabajo y lo poco que les pagaban. Ella lo odiaba. Era mediocre.

Al final había optado por un vestido extralargo de color gris, unos *oxfords* de charol negros y una chaqueta símil de cuero, de corte motero. Había sacado la idea de *The sartorialist,* su blog de moda de referencia. Le encantaba porque restaba importancia a las tendencias de las pasarelas y salía a la calle a fotografiar a las personas. La moda de las personas reales, como a ella le gustaba decir.

Cogió el bolso del perchero y se lo colgó tipo bandolera, se aseguró de que las llaves del despacho estaban dentro y cerró de un portazo.

Salió a la calle y cruzó la avenida principal que separaba el edificio donde se encontraba su oficina de la manzana donde se encontraban los juzgados.

Se adentró en el edificio y mostró su carnet de miembro del Ilustre Colegio de Abogados de Málaga a los guardias civiles que custodiaban la puerta de entrada para que no la obligaran a pasar por el arco de seguridad.

Subió a la segunda planta por las escaleras, atravesó un *hall* con varios grupos de futuros clientes hablando entre sí y entró en el juzgado.

Los políticos españoles adoraban subirse al púlpito para anunciar una mayor inversión en justicia para luchar contra la corrupción. Todo falacias. La realidad eran edificios decadentes, con cables y enchufes que quedaban a la vista, con expedientes judiciales almacenados en el suelo, donde la ventilación, la iluminación y el aire acondicionado brillaban por su ausencia, y donde el famoso eslogan de «papel cero» del actual ministro de Justicia lucía impreso con sorna en un folio fijado con celo a una montaña de cajas de papel de impresión.

—Buenos días —dijo Macarena dirigiéndose a la mesa del funcionario que había más cerca de la entrada—. Soy la letrada de guardia.

—Buenas —le respondió el chico—. Tu compañera no ha llegado todavía, así que, si quieres, ve hojeando los atestados y quédate con el que más te guste —le dijo sonriendo.

—¿Hay muchos detenidos? —preguntó Macarena.

No tenía muy claro el mecanismo a la hora de repartirse los asuntos entre los abogados de guardia, lo único que sabía es que asignaban dos letrados por turno, que, aparte, había otro para asistir a las víctimas de violencia de género y otro más para las extranjerías, además de los abogados particulares que pudieran presentarse por alguna de las partes.

—Pues tenemos un poco de todo —comenzó el funcionario rebuscando entre la maraña de papeles almacenados en su mesa—: un par de alcoholemias, un inglés y un español; un detenido por extranjería; dos requisitoriados, y un atentado. —Había encontrado el listado que andaba buscando y le había dado una copia a Macarena.

—Gracias. ¿Los tenéis repartidos ya entre vosotros? —preguntó.

—Todavía no. La jueza tiene los originales encima de la mesa para minutarlos, aunque mi compañera ha sacado copias para vosotros —le explicó señalándole a una mujer de mediana edad sentada al fondo de la habitación—. Pídeselos a ella.

—Gracias de nuevo —se despidió Macarena, y se dirigió a la mesa que le habían indicado con calma.

Sabía que el trabajador la seguía mirando, no era tonta. Una abogada joven, guapa y más verde que una tortuga ninja no pasaba desapercibida, y era bastante probable que estuviera haciéndole indicaciones a algún compañero para que la mirase también. No era algo que le molestara, algún día necesitaría que esos funcionarios le dejasen echar un vistazo a un procedimiento antes de que hubieran proveído su escrito de personación, o que le comunicasen por teléfono el resultado de una sentencia para evitarle el desplazamiento, o que le sacasen del archivo una causa con más urgencia de lo normal. Pequeños favores insignificantes que harían con gusto si la conocían previamente, y con más gusto si además era agradable, y con más gusto aún si encima era mona.

—Buenos días. Me ha dicho tu compañero que tienes las copias de los atestados —se dirigió con una inocente sonrisa a la funcionaria.

Esta le echó una mirada por encima de unas gafas de carey, que le daban aspecto de institutriz infantil, y señaló un grupo de folios amontonados sobre la mesa auxiliar que ocupaba el lateral de su escritorio.

—Ahí están —exclamó inmutable.

—Vale. Gracias —respondió la abogada sin atreverse a iniciar ningún tipo de diálogo con ella.

Se dirigió hacia la salida con la intención de buscar un asiento libre donde sentarse y estudiar las causas. Cuando se aproximaba al chico que la había atendido en primer lugar observó que este estaba sonriendo.

—¿Ya has conocido a Asunción? —preguntó mirando al compañero que había a su derecha.

—No te preocupes, no es por ti —añadió este—; es que es un tanto… especial. —Y se llevó la mano a la boca para disimular una carcajada.

—Tendrá un mal día —alegó Macarena restando importancia al asunto.

—El mal día lo tuvo su madre hace cincuenta años. —Rio el primer chico—. No nos hagas mucho caso, llevamos toda la semana de guardia y el fin de semana ha sido bastante movido. ¿Has podido coger las copias?

—Sí. —Y le mostró los folios que llevaba en la mano—. Iba a sentarme fuera a hojearlos.

—Siéntate ahí si quieres. —Y le señaló una vieja silla de oficina que había frente a su mesa—. Hasta dentro de un rato no va a subir nadie a declarar.

—Gracias… —Alargó el silencio esperando que lo rellenara con su nombre.

—Sergio —se presentó—, y mi compañero de ahí al lado es Antonio. —Y la saludó con la mano.

Miró al funcionario con detenimiento. Aunque tenía aspecto aniñado, rondaría la treintena. Vestía una camisa blanca con pequeños estampados geométricos, tejanos *slim fit* y zapatillas deportivas blancas. Unas grandes gafas de pasta negra le aportaban ese aire *vintage* tan de moda entre los seudomodernos. Era probable que su cuenta de Spotify estuviera repleta de canciones de Supersubmarina, Vetusta Morla y Love of Lesbian; y su Kindle*,* de novelas de Paul Auster y de Murakami. Pero aun así decidió que le caía bien.

El compañero, pese a la evidente compenetración entre ambos, era diametralmente opuesto. Camisa de cuadros con la banderita de España bordada en el pecho, vaqueros de corte regular sostenidos por una correa de trenzas a juego con la camisa y zapatos de corte clásico. Una prominente barriga cervecera y una incipiente calvicie reforzaban su imagen de caballista.

—Yo soy Macarena, Macarena Aguado —se presentó.

Leyó uno por uno todos los atestados. Un primer vistazo rápido para ir memorizando datos generales sobre lo que había sucedido, y luego otro repaso con más detenimiento. Resistió la tentación de sacar una libreta y tomar apuntes, pero aun así fue reteniendo datos en su mente: lugar de los hechos, si había testigos, posibles circunstancias atenuantes. Se creó una imagen de lo que había acontecido y formuló mentalmente posibles hipótesis con versiones alternativas a lo relatado por los agentes.

Miró por enésima vez hacia su muñeca. Once y tres minutos. Se dirigió nuevamente hacia el funcionario y le preguntó si sabía si alguno de los imputados llevaba letrado particular para así borrar de su recuerdo referencias innecesarias.

—Pues acaba de llamar un abogado diciendo que viene por el de

extranjería —respondió mientras anotaba algo en un pósit amarillo—; el atentado, ha dicho su señoría que lo va a pasar a delito leve, así que no es necesario letrado; los requisitoriados son solo notificaciones, así que tampoco. Por lo que de momento os quedáis solo con las dos seguridades viales.

Cuando Macarena se disponía a darle nuevamente las gracias, una mujer entró atropelladamente en la sala y la interrumpió:

—Perdón, perdón —se disculpó soltando el bolso en la silla en la que hacía un segundo había estado sentada la joven—. Llevo media hora buscando aparcamiento, esto está cada vez peor. Vosotros porque tenéis sitio donde dejarlo —dijo dirigiéndose a los funcionarios—, pero para nosotros esto está fatal. Bueno, a ver qué tenemos.

Una sonrisa se empezó a dibujar en la comisura de los labios de Sergio. Volvió a coger el famoso listado con los detenidos e imputados, y le dio una copia.

—Pues le estaba comentando a tu compañera cómo se encontraban los asuntos. —E inclinó la cabeza hacia donde se encontraba Maca.

La recién llegada dio un giro brusco y la miró de arriba abajo sin ningún tipo de reparo.

—Hola, nena, no te había visto antes por aquí. Qué jovencita eres. —Se acercó y le plantó dos sonoros besos en la cara, que con toda probabilidad le habían dejado marcados dos redondeles bermellones en las mejillas—. Yo soy Esperanza. Ya me irás viendo, esta gente me conoce de sobra. —Sergio asentía con la cabeza, dando a entender que la conocía más de la cuenta.

—Yo soy Macarena. Es mi primera guardia, así que todavía estoy un poco perdida —devolvió el saludo la joven.

Debía tener cuidado con este tipo de abogadas y jugar muy bien sus cartas, ya había tratado con ellas antes, *cincuentañeras* que habían dejado atrás su época dorada y que trataban de recuperarla a base de capas y capas de maquillaje, pestañas XXL y perfumes almizclados; que portaban bolsos de mano de firmas caras, se embutían en vestidos ajustados con la ayuda de fajas reductoras y que anunciaban su llegada con el repiqueteo de sus *peep toes* de diez centímetros contra el suelo.

Ella era una chica joven y mona. Si desembarcaba en el mundo de

la abogacía como un torbellino, era bastante probable que un sector del gremio la ninguneara, y, aunque era el tipo de sector al que ella no quería pertenecer y al que nunca tomaría como ejemplo, iba a tener que tratar y asociarse con ellos en más de una ocasión, por lo que era mejor mantener relaciones cordiales. Si era necesario asumir el papel de novata-que-no-tenía-ni-idea-de-nada, pues lo asumiría, ya tendría tiempo de demostrar su valía. El camino se recorría pasito a pasito.

Después de recibir mil y un consejos por parte de Esperanza, de los cuales dudaba que tuviera en cuenta alguno, decidieron que ella iba a quedarse con el caso de alcoholemia del inglés. Recordaba el informe con claridad, así que sacó su pequeño cuaderno rosa y anotó algunos datos en él. Varón de cincuenta y tres años, británico de nacimiento, pero residente en Benalmádena desde hacía quince, lo que contrastaba con su nulo conocimiento de la lengua castellana. Admitía haberse tomado «un par de cervezas viendo el partido del Liverpool» y coger el coche para volver a casa, aunque el 0,95 mg/l y el 0,89 mg/l en aire espirado de las dos pruebas de alcoholemia practicadas por la guardia civil evidenciaban que habían sido algunas más.

Sabía que no tenía mucho donde agarrarse, el inglés había admitido la falta, y era una utopía poner en entredicho los datos reflejados por el alcoholímetro. Aun así, Macarena trató de buscar algún fallo en el atestado que la ayudara, pero el resultado fue igualmente infructuoso. La abogada, que hablaba la lengua de Shakespeare con bastante fluidez, le explicó a su cliente que lo mejor era conformarse con la pena que le pidiera el ministerio fiscal, así por lo menos podría beneficiarse de la reducción de un tercio que contemplaba la ley.

—Nueve meses multa a seis euros y doce meses de retirada del permiso —sentenció el fiscal cuando Macarena subió a su despacho para preguntarle por la condena que iba a solicitar para su defendido.

—Menos el tercio del 801, me imagino —preguntó la letrada.

—Claro, claro. —El hombre que había al otro lado de la mesa la miró durante un segundo y separó ligeramente los labios como el que se dispone a hablar. Pero no llegó a pronunciar sílaba alguna, sino que cerró la boca con brusquedad y posó su mirada sobre el expediente que tenía sobre el escritorio.

Macarena se dio la vuelta y se encaminó hacia la salida, cuando el fiscal exclamó con un exabrupto:

—Dile al funcionario que me llame por teléfono y me diga si se conforma o no, y así voy preparando el escrito de acusación.

—Se lo diré, aunque le adelanto que con casi total seguridad se va a conformar con la pena.

Mil ochenta euros de multa y ocho meses sin poder conducir. Michael Cook no se marchó contento a casa, aunque podría haber sido peor si hubiera chocado contra otro vehículo o se hubiera estrellado contra una farola o un guardarraíl. Le habrían metido una buena puñalada en concepto de daños que, por supuesto, no habría cubierto el seguro por ir conduciendo borracho.

—Pues esto es lo que te espera, nena. —Esperanza había despachado rápido a su cliente y se había acercado a Macarena para seguir compartiendo su experiencia laboral—. Toda la mañana esperando para esto, y para que luego te paguen una miseria. Si por lo menos nos tocara alguien con dinero, pues eso que sacábamos; pero, claro, los que tienen pasta van con abogados particulares, y esos sí que no tienen ni idea, que yo no sé qué es lo que harán todo el día con sus cochazos y sus relojes de oro, y aquí una destrozada viniendo todos los días al juzgado, tratando con pordioseros que están más tiesos que la mojama, para acabar todos los meses en números rojos. —Perlas de sudor comenzaron a formarse en los surcos de su frente, haciendo peligrar su nada discreto maquillaje—. Pero ya te irás dando cuenta, nenita, que tú eres muy joven y seguro que te has metido en este mundo porque creías que te ibas a forrar. Pero ya verás como dentro de un par de años me dirás: «Espe, tenías razón: tenía que haberme preparado unas oposiciones». Ya lo verás.

Cuando Maca ya no aguantaba más la retahíla de Esperanza, Sergio apareció como un salvador y le indicó que se acercara a su mesa para firmar unos documentos.

—Gracias —resopló agradecida.

—¿Por qué? —preguntó el funcionario, aunque su media sonrisa reveló que sabía perfectamente el motivo de tan repentina gratitud—. Cuando me firmes la declaración y el acta, ya te puedes marchar. —Miró por enésima vez su reloj blanco y comprobó que era aún la una menos cuarto.

—Al final hemos acabado pronto —indicó Sergio al verla mirar la hora.

—Prefiero quedarme un rato, por si acaso —alegó Maca.

—Como quieras, no sería la primera vez que nos traen un detenido a última hora.

Esperanza se acercó a la mesa donde se encontraban y, con su retórica excesiva, hizo que el funcionario apuntara su número de teléfono por si entraba algo nuevo. Una vez que se hubo marchado, los jóvenes cruzaron miradas de complicidad, interrumpidas tan solo por el zumbido del teléfono del escritorio.

—Instrucción 3… —Sergio se llevo el auricular al oído—. ¿Uno?… ¿Necesita intérprete?… OK, pero no tardéis. —Y colgó frunciendo el ceño.

—¿Van a traer a alguien más? —preguntó Maca con curiosidad.

—Un detenido por lesiones. Voy abajo a decirle al forense que no se vaya, que va a tener que explorar al perjudicado.

Macarena se sentó nuevamente en la silla con la idea de que tendría que esperar un buen rato para que le dieran una copia del nuevo atestado, pero, cuando Sergio volvió de hablar con el forense cinco minutos después, traía un sobre de la Policía nacional con los autos. Le estampó el sello de entrada, le dio una copia a la letrada para que la fotocopiara y salió hacia el despacho de la magistrada para entregarle el original.

Macarena aspiró el aroma a recién impreso del expediente y se dispuso a abordarlo.

Mamadou Sené, varón de raza negra, nacido en Senegal y portero de la discoteca St. Andrews en la plaza Solymar de Benalmádena, detenido por la policía nacional por propinarle un par de puñetazos a José Miguel Valverde Salas, un veinteañero que le había recriminado no dejarle acceder a la discoteca.

Según el parte de lesiones, sufría fractura del tabique nasal y abrasiones en costado derecho. Había un testigo, amigo del perjudicado, que corroboraba su versión. No localizó ninguna otra declaración de testigos, lo que le extrañó. ¿Una agresión a las cuatro de la mañana en una zona de marcha bastante concurrida, y nadie vio nada? Anotó el dato y lo subrayó efusivamente.

Mamadou no había querido declarar en comisaría, y, aunque había mencionado que quería que lo asistiera un abogado particular, un tal Ernesto Aguilar Sánchez, los agentes no habían logrado contactar con él, por lo que se había tenido que resignar con uno del

turno de oficio.

Macarena se dirigió al sótano para entrevistarse con su cliente. En el *hall* advirtió la presencia de un grupo de adolescentes, uno de ellos con un aparatoso apósito tapándole la nariz. Supuso que se trataba del denunciante y parecía que venía acompañado de toda la pandilla. Cuando llegó a los calabozos y se acercó a la celda, se topó con un muchacho joven, de agradables rasgos y piel color ébano. Pese a su juventud, sus facciones denotaban calma. Se encontraba de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y apoyado sobre su hombro izquierdo. Vestía pantalón y camisa de lino blancos, lo que no ocultaba su musculatura hercúlea.

—Buenos días, Mamadou —se dirigió hacia el africano—. Soy Macarena, la abogada que va a asistirte.

El detenido la miró de arriba abajo sin que un solo músculo de su cuerpo se inmutara. A excepción de un ligero balanceo de las pupilas dentro de los globos oculares, su semblante permaneció impávido.

Durante un par de segundos eternos, las fauces del detenido se mantuvieron cerradas. Macarena tuvo la certeza de que estaba analizándola, sopesando los pros y los contras de ser defendido por ella. Se imaginó una enorme balanza de la justicia donde las ideas joven, guapa y novata hacían descender uno de los platos hasta el firme, mientras que el concepto global de «no tengo otra opción» compensaba el otro extremo y equilibraba la báscula.

Frunció el ceño y pequeñas hendiduras agrietaron su hasta ahora pétreo rostro. Había llegado a una conclusión que parecía no gustarle en demasía. Una inmaculada línea blanca se dibujó entre sus enormes labios y de su garganta brotó un gruñido.

—¿Perdón? —exclamó la joven acercándose al africano.

—Seis, siete, nueve, dos, uno, dos, dos, cinco, cinco —murmuraba Mamadou.

—¿Qué son esos números? —preguntó extrañada.

—Seis, siete, nueve, dos, uno, dos, dos, cinco, cinco —volvió a repetir.

—No lo entiendo, ¿es un número de teléfono? —volvió a insistir Macarena.

—Llama.

—Pero ¿que llame a quién? ¿De quién es ese teléfo…?

—¡Llama! —la interrumpió de forma tajante, aunque sin alzar la voz en exceso.

La joven no entendía nada, pero la actitud del senegalés le infundió respeto, no iba a arriesgarse a no hacer lo que le había dicho. Abandonó los calabozos, subió las escaleras y salió a la calle. Se alejó unos metros de la puerta principal para que nadie la escuchara y pulsó los números en el teclado uno a uno mientras un imperceptible temblor se adueñaba de sus falanges. Seis, siete, nueve, dos, uno, dos, dos, cinco, cinco. No sabía qué o a quién iba a encontrarse al otro lado de la línea telefónica, pero intuía que no iba a ser a una teleoperadora tratando de convencerla de que cambiara de compañía.

Pulsó el botón de llamada y se acercó el teléfono al oído. Cada tono de espera se alargaba hasta el infinito en un bip interminable. Maca caminaba de un lado hacia otro tratando de ocultar su nerviosismo. Después de tres pitidos y cuando ya comenzaba a dar por perdida la llamada, alguien descolgó.

—¿Sí? —respondió una voz grave de hombre.

—Hola…, buenos días. Verá, me ha dado este número Mama…

—Mamadou, supongo —la interrumpieron al otro lado de la línea.

—Eh…, sí. Es decir, ¿cómo sabe que Mamadou me ha dado el número? —preguntó la letrada asombrada.

—Yo sé muchas cosas, señorita…

—Macarena, Macarena Aguado. —Esta vez le tocó a la joven interrumpirlo.

—Macarena… —y saboreó cada sílaba de su nombre durante varios segundos—, bonito nombre, y por el tono de su voz apuesto a que es usted bastante jovencita, no me extrañaría que además fuera una preciosidad —la voz al otro lado del hilo rio para sí mismo—, pero no sé si el trabajo le vendrá grande.

—Perdone, pero no sé quién es usted ni por qué me han dicho que lo llame, aparte de que tengo la sensación de que se está riendo de mí sin siquiera conocerme —prorrumpió Macarena airada—. No sé a qué

viene eso de que si el trabajo me viene grande, ¿quién se ha creído que es para hablarme así?

Las palabras de la persona al otro lado del teléfono habían aplacado los nervios previos de la joven, haciéndole mostrar todo el carácter del que siempre había presumido y que procuraba no revelar si no era necesario.

—La gatita ha sacado las uñas. Eso me gusta. —La voz rio bulliciosa esta vez.

—Me estoy hartando de esta situación. O me dice de qué va esto, o cuelgo ahora mismo.

—Está bien, está bien —trató de apaciguar el hombre—. Verás, Macarena, el abogado que siempre se encarga de estas cuestiones se encuentra fuera del país en este momento, así que necesitamos que seas tú la que se ocupe de una tarea muy importante.

—No soy la recadera de nadie; estoy aquí exclusivamente para hacer mi trabajo, que no es otro que defender a su *amigo* —sentenció Macarena acentuando la última palabra.

—Y eso es precisamente lo que quiero que haga: que defienda a mi *amigo* —acentuó también su interlocutor—. Lo único que preciso de tu parte es que consigas que no condenen a Mamadou.

—Vaya, gracias por recordarme en qué consiste mi trabajo —ironizó la joven.

—Creo que no lo has entendido, Macarena. No quiero que intentes que absuelvan a Mamadou ni quiero que llegues a un acuerdo de conformidad con la fiscalía: quiero que archiven la causa para siempre.

—La cosa no es tan fácil, hay muchos factores que no puedo controlar. He leído el atestado y puede que lo más beneficioso para él sea conformarse con lo solicitado por el fiscal, es una vía que no deberíamos rechazar de pleno.

—Esa vía podría repercutir negativamente en los intereses comerciales de mis socios, y es un escenario que no tengo intención de contemplar. Eres una abogada joven, si eres ambiciosa y nos demuestras tu valía, quizás añadas algunos nombres nuevos a tu cartera de clientes.

Y colgó.

3. ALONSO

Al fin llegó y es hoy, lo presiento

He leído la señal, ¿recibiste la señal?

(Love of Lesbian, *Los irrompibles*)

—¿Seguimos sin tener nada? —clamó Vila dirigiéndose hacia el equipo de la UDYCO que llenaba la sala—. Llevamos seis meses de seguimientos y no hemos avanzado una mierda —bufó visiblemente enfadado.

Alonso Quero recibía la reprimenda estoicamente. Aunque gozaba de la confianza de su superior para actuar con autonomía en las investigaciones, a la hora de la verdad Vila era el inspector jefe y el responsable de diseñar y planificar las operaciones; si algo se torcía o no salía como se esperaba, era él el que tenía que dar la cara ante los mandos superiores, y en muchos casos ante los medios de comunicación. Para ponerse medallas, ya estaba el comisario.

—Señor —replicó Quero—, estamos convencidos de que los Carmelos van a mover algún cargamento pronto, pero todavía no tenemos un nexo que los una con el Negro.

—¡Joder con el Negro y tus sueños de conquista! En todo este tiempo no hemos sido capaces de relacionarlo con el Yiyo. Si tienes pruebas de que va a hacer un porte, solicita una escucha, ponle una baliza en el coche o lo que sea. Pero haz algo ya, no puedo aguantar más tiempo esta investigación sin llevar nada al juzgado, nos la estamos jugando.

—Señor, sabemos que el Negro está detrás de todo esto, si conseguimos trincarlo, puede ser la operación más grande contra el narcotráfico de los últimos años. Pero esta gente lo tiene todo muy bien atado, podemos joderlo todo si nos precipitamos, y lo sabe. ¿De qué nos sirve montar un operativo para reventarle el porte a los gitanos si el Negro se esfuma de nuevo? —Alonso había comenzado a alterarse también, lo justo. Llevaba muchos años al lado de Vila como para saber hasta dónde le iba a permitir llegar.

—Alonso, esta semana tengo que mandar algo al juez, llevamos ya varios meses de seguimiento y desde arriba me están apretando mucho. Si no eres capaz de encontrar esa relación entre las bandas, déjalo pasar, céntrate en el Yiyo y ya tendrás otra oportunidad de ir a

por el Negro más adelante.

—Confíe en mí, estamos cerca, lo intuyo —bajó el tono Quero.

—Tú y tus intuiciones algún día me van a costar el puesto —se resignó Vila.

—Le prometo que esta semana le daremos algo.

—Eso espero, Alonso. —Se dirigió hacia la salida y, con la mano sobre el pomo, exclamó—: Voy a tratar de aplacar al comisario, así que deseadme suerte. —Y una media sonrisa se le adivinó antes de abrir la puerta y marcharse de la sala.

El subinspector resopló y se dejó caer sobre la silla de su escritorio. Vila tenía razón, la fase de investigación solía durar un par de meses como mucho. Los narcos no solían ser tan cautelosos; un par de vigilancias y el árbol genealógico de la delincuencia comenzaba a modelarse por sí mismo.

Los Carmelos, igual que los demás clanes gitanos, llevaban años operando en la Costa del Sol, y nunca habían sido tan cuidadosos ni habían tomado tantas precauciones como hasta ahora, que se les empezaba a relacionar con el Negro. Algunos compañeros del grupo afirmaban que, después del palo que le habían dado, era normal que operaran con más cuidado. Pero Quero vislumbraba la mano del marroquí detrás de esta nueva manera de actuar como una mano invisible detrás del tablero de ajedrez moviendo los peones de un sitio a otro para confundirlos.

Habían identificado a decenas de individuos estos meses; la diversidad de nacionalidades, edades y clase social era enorme. Algunos tenían antecedentes penales, mientras que otros presentaban una hoja histórico-penal inmaculada. No habían conseguido fijar una pauta clara que los orientara.

Al único que creían poder situar como alguien importante dentro de la organización era al Yiyo, y fue al principio, cuando se le relacionó con el asunto del Tala, un tema demasiado comprometido como para encargárselo a alguien que no fuera de la entera confianza del Negro.

El inspector Vila había pretendido detenerlo y ver qué le podían sacar. Tenían indicios para iniciar la investigación, pero Quero lo convenció de que no se precipitara; si soltaban la liebre y exponían al Yiyo, este podía acabar en el maletero de un coche en un descampado

y tendrían que empezar otra vez de cero. El Negro era un pez muy gordo, si tenían paciencia y medían muy bien sus pasos, podían llegar hasta donde otros grupos de la Policía nacional no habían llegado.

Eusebio Vila cedió y, pese a que no tenían la seguridad de que Mohamed, el Negro, era el que estaba detrás de todo, confiaba en la sagacidad y en la intuición de Alonso Quero.

Se habían conocido en la Escuela Nacional de Policía en Ávila: uno estaba realizando el curso de ingreso al cuerpo y el otro el de ascenso a inspector. Pese a su juventud, el novato ya demostraba una astucia y una perspicacia asombrosa, no le sorprendió que acabara como número 1 de su promoción y consiguiera una cómoda plaza en la Unidad de Seguridad Ciudadana de la Comisaría Provincial de Málaga.

Aunque Alonso era natural de Toledo, sus padres se marcharon a la Costa del Sol cuando solo contaba cinco años. Su padre, policía nacional, como su hijo, siempre había ansiado concluir su carrera en alguna ciudad costera, y cuando vio la opción de un traslado a Málaga no se lo pensó. Le entusiasmaba la idea de llevarse a su Antonia, como le gustaba llamar a la madre de Alonso, a la playa a comer espetos y a que el sol y el agua del mar le calmaran la artrosis.

No contaba con que el aciago azar empañara sus planes de futuro. A los seis meses de cobrar su primera nómina como jubilado, el médico diagnosticó cáncer a su mujer, y tres meses después, con media Comisaría Provincial de Málaga como testigo, la enterraba entre lágrimas y sollozos.

Pese a todo, Alonso Quero había sido un niño feliz tanto en su Toledo natal como en la ciudad que lo acogió. Su ingenio y sus innatas aptitudes físicas lo habían erigido líder tanto en las aulas como en la calle, y su destreza a la hora de manejar las situaciones lo habían sacado de más de una pelea, porque, aunque era probable que hubiera vencido, Quero no era dado a la violencia.

Así que, cuando al flamante inspector jefe Eusebio Vila le ofrecieron dirigir el grupo de estupefacientes de la UDYCO en la Comisaría del Cuerpo Nacional de Policía de Fuengirola, lo primero que vino a su mente fue ese novato que lo había deslumbrado hacía unos años. Sabía que andaba por Málaga granjeándose amigos y enemigos por igual a uno y otro lado de la ley. Había ascendido a subinspector y estaba finalizando sus estudios en criminalística. Alonso no se lo puso fácil más por su índole reservada que por su

deseo de formar parte de la unidad. Después de un café con padre e hijo, el inspector Vila obtuvo la palabra de Quero de que solicitaría el ingreso al grupo.

Habían pasado algunos años desde ese café, y ni Quero ni Vila se arrepentían de su decisión.

—Matas, ¿has descargado las fotos de la cámara? —preguntó el subinspector rompiendo el fino velo de incertidumbre que se había formado tras la marcha del inspector.

—Están en tu ordenador, las he pasado esta mañana y les he dado un repaso —respondió el agente.

—¿Algo reseñable? —se interesó Alonso.

—Más de lo mismo.

—Cuevas —se dirigió hacia la única fémina de la sala—, ponte con Expósito y sacad todo lo que podáis sobre el Maradona, lleva tiempo desaparecido, pero seguro que no ha estado trabajando en un McDonald's. Quiero saber con quién se ha estado relacionando.

—Matas y González, os toca vigilar al Yiyo de nuevo, a ver si vuelve a reunirse con alguien. —Los dos agentes se levantaron y encararon la salida resoplando—. Yo voy a revisar las fotos de La Cañada, a ver si encuentro algo.

La maquinaria de la Policía judicial comenzó a funcionar. Después de horas y horas de vigilancia, tocaba analizar los datos recogidos y ver si servían de algo o eran simple paja, aunque, tratándose de esta operación, era probable que hubiera toneladas y toneladas de esta última.

Alonso giró su silla y encaró la pantalla del ordenador de su escritorio. Apoyó la mano en el ratón y rebuscó entre los cientos de carpetas amarillas de su disco duro hasta dar con la que buscaba: «OPERACIÓN BLACKBOOK». La abrió y filtró por fechas las subcarpetas que habían aparecido hasta localizar las de la última vigilancia. Las envió al visor de fotos y se preparó para pasar el día entero pegado al monitor.

Las primeras instantáneas mostraban al Yiyo sentado en la característica e incómoda mesa metálica del restaurante de comida rápida. Vestía un pantalón de felpa negro y una camiseta del mismo color con letras blancas que le llegaba hasta casi las rodillas. En su

documento nacional de identidad rezaba como Moisés Heredia Campos, nacido hacía veintiocho años y con domicilio en los Núcleos, un barrio marginal de la localidad de Fuengirola y centro de peregrinación habitual de los yonquis que buscaban una papelina.

Era un miembro destacado del clan gitano de los Carmelos, históricamente vinculado a la distribución de cocaína y heroína en la zona, y a los que Alonso conocía muy bien después de haberles dado un buen golpe hacía unos años.

La operación policial había sido, con toda probabilidad, el detonante para que el Yiyo comenzara a trabajar con el Negro. La mitad de la familia estaba cumpliendo condena en la prisión de Alhaurín de la Torre y se les había requisado cerca de medio millón de euros entre efectivo, drogas y joyas. Los Carmelos estaban en una situación muy comprometida, los demás clanes olían la sangre y se lanzaban como tiburones. Se producían violentos enfrentamientos por todo el municipio. Moisés sabía de lo costoso que iba a resultar mantener el territorio, y más aún volver a relanzar el negocio. Necesitaba asociarse con alguna banda que les procurara protección, aunque fuera a costa de tener que cederles parte de su infraestructura.

Pero el Yiyo había aprendido bien la lección y no quería a la otra mitad de su familia entre rejas, así que, a excepción de él, al resto los mantuvo al margen hasta que se recuperaran. Les asignaba trabajos de protección y seguridad en fiestas y discotecas, y menudeaban con algo de hachís y marihuana. Nada importante, nada que provocara que la UDYCO los tuviera en el punto de mira de nuevo.

Alonso recordaba bien la operación; habían coordinado con varios juzgados entradas y registros en diez domicilios de diferentes puntos de Fuengirola, Mijas y Málaga. Él había optado por irrumpir en el piso de la Chava, madre de Moisés, matriarca del clan y la que controlaba con mano de hierro el lucrativo negocio.

Habían solicitado apoyo al GRECO para echar abajo las dos puertas blindadas, que, como dos cancerberos, protegían la lujosa guarida del clan. Bajo un humilde armazón de ladrillos y cemento se escondía un palacio rococó que hubiera sido la envidia de María Antonieta. Los estampados animales se esparcían por la vivienda como una marea inexorable, y los marcos, jarrones y esculturas doradas se apoderaban de cada centímetro cuadrado de la estancia.

Esposaron a la Chava y la introdujeron en el coche policial bajo una lluvia de insultos, improperios y objetos varios. Estaban

acostumbrados, era su trabajo. Respondían a los agravios con miradas de orgullo, las que les concedía el salir airosos de la operativa, como el futbolista que celebra el gol de la victoria frente a los ultras del equipo rival.

Alonso notaba la adrenalina subiendo por sus venas mientras rememoraba la acción de ese día.

Posó su mirada sobre la pantalla del ordenador e hizo zum en la cara del joven, esperando que esas facciones que ya conocía de memoria le dieran alguna pista, algún dato que le abriera un camino nuevo; pero no hubo suerte.

Quero se atusó el cabello y decidió que era hora de tomarse un café. Apenas había posado las manos sobre los apoyabrazos de su silla para levantarse, el subinspector Expósito apareció por su espalda con un vaso de cartón de la cafetería de la esquina.

—Descansa un rato, Alonso, tienes cara de cansado —exclamó su compañero entregándole el café.

—Gracias, Nacho. Iba a salir a por uno.

Quero admiraba la determinación con la que el otro subinspector del grupo había asumido el liderazgo tácito que le había otorgado Vila. Ambos ostentaban el mismo rango, y no había ningún inspector en el equipo, así que, a efectos prácticos, los dos podían asumir el mando en ausencia del inspector jefe. Era una situación que en cualquier otro grupo o unidad habría provocado numerosas peleas y broncas, pero José Ignacio Expósito no era una persona ambiciosa. Le gustaba su trabajo, le gustaba vivir en la costa, le gustaba disfrutar de su mujer y sus hijos en sus días libres. Era demasiado feliz y demasiado inteligente para que una competición de quién la tenía más larga rompiera su *statu quo* en el cuerpo.

—Ahora le toca a los Warriors —musitó Expósito.

—¿Los Warriors? —preguntó Quero.

—Los Warriors, los Golden State Warriors. —Nacho miraba a su compañero extrañado—. ¿Stephen Curry? ¿NBA? ¿Baloncesto? —insistía.

—Sí, sí —profirió Alonso—. Sé quiénes son los Warriors, pero no sé qué me quieres decir con eso.

—El chico de la camiseta —dijo señalando a un joven que salía en pantalla sentado a un par de mesas de distancia de donde se encontraba el Yiyo—. Hace unos años eran los Bulls, luego los Lakers y los Cavs, y en los últimos años se ha puesto de moda la camiseta de los Warriors.

Alonso miraba la pantalla sin parpadear. Un escalofrío recorrió su espina dorsal, y una sensación de *déjà vu* se apoderó de él. Se sentó bruscamente y se puso a abrir y cerrar carpetas del ordenador como un poseso.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Expósito preocupado.

—¿Recuerdas el seguimiento de la semana pasada en el Arroyo de la Miel? —casi gritó Quero.

—¿La semana pasada? —Nacho hizo memoria—. Creo que fueron Cuevas y Matas. ¿Qué pasa con ellos?

—Con ellos nada. Aquí está —exclamó eufórico.

Quero abrió una carpeta y pasó rápidamente las fotografías hasta detenerse en una. Clicó sobre ella y la amplió.

—¿Qué buscamos? —cuestionó Expósito.

—¿Qué ves en la mesa del fondo? —preguntó el subinspector.

La fotografía mostraba la cafetería de una transitada avenida. Sobre la terraza de esta se esparcían una decena de mesas, casi todas ocupadas por familias, parejas y grupos de amigos en actitud jocosa. Después de una visual rápida, los ojos se posaban sobre un par de jóvenes que llamaban poderosamente la atención por el contraste de sus características. Uno de ellos, de rasgos nórdicos, muy rubio y con la tez blanquecina, vestía tejanos y un simple polo blanco de piqué de manga corta. Su acompañante parecía sudamericano, lucía unos pantalones muy ajustados negros, rasgados a todo lo largo de las perneras; un plumón de manga a la sisa con capucha de pelo, y una gorra New Era de visera plana. Mientras uno se sentaba sobre la silla en un casi perfecto ángulo de noventa grados, el otro se dejaba caer sobre la suya hasta casi tumbarse mientras hablaba por teléfono móvil.

—Son el guiri ese que nos costó tanto identificar y Byron Mendoza —alegó Expósito.

—Detrás de ellos, en la mesa más alejada —señaló Quero.

Expósito desvió la mirada hacia donde le indicaba su compañero. Una pareja ocupaba la mesa del fondo. Una chica morena bastante maquillada, con una larga gabardina color camel que la cubría dejando solo al descubierto una falda demasiado corta y unos tacones demasiado altos. Frente a ella, un muchacho de unos treinta años, de rasgos árabes y con una camiseta de tirantes del equipo de Oakland sobre una camiseta blanca de manga corta.

—¡La camiseta de los Warriors! —exclamó Nacho—, aunque no es raro ver a alguien con ella. Como he dicho antes, ahora están muy de moda —añadió bajando el entusiasmo.

Alonso lo miró, hizo zum sobre el rostro del chico y lo mandó a la impresora. Minimizó la imagen y volvió a la carpeta del último seguimiento, buscó la fotografía donde salía el joven con la camiseta de baloncesto y realizó la misma operación. Recogió de la bandeja de impresión las dos hojas, las observó con una sonrisa en los labios y se las mostró a su compañero.

Un primer plano de un joven árabe ocupaba ambos folios, Expósito también sonrió y llegó a la misma conclusión que Alonso: se trataba de la misma persona.

Un rayo de esperanza entró por la ventana de la comisaría y arrojó luz sobre la investigación. No sabían qué tenían exactamente, pero sabían que tenían algo. Un rastro, un fallo del sistema, un patrón… Algo. En este mundo no existían las casualidades, y era imposible que la misma persona se encontrara presente en los dos escenarios, en puntos tan distantes como Marbella y Arroyo de la Miel. Quero comparó las fotografías que acababa de imprimir con la instantánea del Negro que había en la pizarra. No era la misma persona, pero intuía que podía ser el nexo de unión entre las bandas.

Quero, Expósito y Cuevas se pusieron a revisar las fotografías de todas las vigilancias que habían registrado en los últimos meses. Buscaban evidencias de su presencia en los encuentros. No siempre iba a aparecer vestido igual, así que sacaron varias copias de diferentes ángulos de su rostro para poder compararlo.

Alonso llamó a Matas y González para preguntarles por el seguimiento. Le contestaron que el Yiyo apenas había salido de casa, que la cosa estaba especialmente tranquila, así que les contó lo que habían descubierto y que era bastante probable que se quedaran hasta

tarde en la comisaría. Los agentes se ofrecieron a ayudarlos, pero Quero los convenció de que se fueran a casa a descansar.

Las primeras fotos retrataban a Manuel Jesús Talavera reunido con la *crème de la crème* de la Costa del Sol: el Maradona, los Heredia, Jamal, el Inglés y un largo etcétera de conocidos delincuentes. Él había sido el detonante y origen de la operación Blackbook, y su tendencia a hablar más de la cuenta era *vox populi*, por lo que pinchar su teléfono se volvió una prioridad para el inspector Vila y el resto del equipo. Habían redactado un minucioso informe y tenían los oficios solicitando la intervención telefónica preparados para presentarlos en el juzgado de manera inminente cuando de repente la tierra se lo tragó. No se encontraba en su casa ni en la de ningún familiar, ni ningún amigo conocía su paradero. Había sido visto por última vez subiendo al coche del Yiyo, por lo que las pesquisas se centraron en él. El inspector Vila pretendía detenerlo e interrogarlo en comisaría, pero Alonso le pidió paciencia. Vislumbraba al Negro en el horizonte y, si no querían echarlo todo a perder, debían andar con pies de plomo.

Dejaron la desaparición del Tala en un segundo plano y enfocaron la investigación desde un nuevo punto de vista. Si el Yiyo se había encargado del Tala justo cuando iban a pinchar su teléfono, podía significar que trabajaba para el Negro y que gozaba de su confianza, así que decidieron retomar los seguimientos, esta vez con Moisés Heredia como objetivo prioritario. Lo lógico hubiera sido pinchar su teléfono como primera opción, pero conseguir que un juez autorice la violación del artículo 18 de la Constitución no es tan fácil como parece: es necesario que la medida esté perfectamente justificada, aparte de que tienen una fecha de caducidad de un mes; después hay que volver a pasar por el juzgado para solicitar la prórroga de la misma. Y, claro, si después de unos meses las grabaciones no arrojaban ningún indicio de criminalidad, los magistrados acaban por anular las escuchas, y, sin ellas, la investigación entraba en barbecho. Quero intuía que el clan había comenzado a actuar de manera diferente, más cautelosa, y, aunque con alguna escucha pudieran reventar algún porte de droga, no creía que pudieran relacionarlos con el Negro tan fácilmente. Había que tener paciencia y esperar a tener un esquema más o menos claro de la jerarquía de la organización y alguna prueba de que ambas bandas trabajaban juntas antes de pasar a la siguiente fase.

Los agentes manejaban los ordenadores como autómatas. Sus pupilas trazaban diagonales por la pantalla en busca del Guerrero, que es como habían bautizado al sujeto en cuestión; barrían la escena de izquierda a derecha, de arriba abajo y viceversa. Rostros de todas las nacionalidades, edad y clase social hacían cola en sus retinas esperando a ser analizados.

Cuando en su «¿dónde está Wally?» particular, el jersey a rayas blanco y rojo se mostraba de manera evidente, el procedimiento era rápido. Imprimían la imagen y anotaban en un listado fecha, lugar y las personas que se habían reunido. Pero, si por el contrario su búsqueda no daba frutos al primer vistazo, el proceso se alargaba, puesto que debían observar con más detalle las instantáneas hasta que no les cupiera la menor duda de que no había rastro de él en ellas, lo que podía deberse a varios motivos: o bien que el Guerrero no hubiera estado presente, o que no lo hubiera captado la cámara. Era uno de aquellos momentos en las investigaciones policiales en que debían asumir riesgos y tomar una de las bifurcaciones que se presentaban en el camino. Y todo ello en base a la formulación de una hipótesis que podía ser válida o, por el contrario, llevarlos a un callejón sin salida.

Quero era un animal de instintos, en muchas ocasiones un sexto sentido le había orientado hacia la línea de investigación correcta. Sus compañeros de equipo lo sabían y lo respetaban por ello. Aunque les gustaba bromear sobre el componente místico de ese instinto, en el fondo sabían que se trataba de talento. Captaba detalles nimios y los relacionaba entre sí, empatizaba con los delincuentes prediciendo patrones de comportamiento, y todo ello para acabar exponiendo teorías alternativas con un alto índice de acierto.

—Sabemos que está ahí por algún motivo —comenzó a explicar Alonso—, así que solo cabe suponer que esas reuniones son importantes, o por lo menos más que el resto. Dar con él ha sido puro azar, así que descarto la opción de que sea otra forma más de engañarnos.

—Supongo que en los planes del Negro no entraba que repitiera vestimenta, sobre todo una tan reconocible —comentó Marta de repente al tiempo que se levantaba de la silla de su escritorio. Llevaban varias horas sin despegar los ojos de la pantalla del ordenador, repasando cientos de fotografías una a una, y el cansancio del equipo era evidente en sus rostros.

—Si esto llegara a sus oídos, tened por seguro que el chico no

volvería a ver a Stephen Curry ganando otro anillo de campeón de la NBA —sentenció Expósito irónico.

—No sabemos si trabaja para el Negro aún, y, si fuera así, tampoco sabemos cuál es su función —sentenció Quero—. Quizás es el nexo de unión entre ambas bandas o quizás no tenga nada que ver, pero por lo menos tenemos un hilo del que tirar. —Se acercó a la mesa de su escritorio y cogió la lista donde habían estado apuntando los datos sobre las apariciones del árabe, sacó un marcador de color naranja y subrayó varios nombres de los que había apuntados en ella.

—A partir de ahora vamos a cambiar el enfoque de la investigación. Por un lado, quiero a un equipo tratando de identificar al Guerrero, lo quiero todo sobre él, tengo el presentimiento de que nos puede llevar hasta el Negro —exclamó Alonso—. Pero ya habéis oído a Vila, tenemos que presentarle algo más pronto que tarde, así que vamos a centrar el peso de la investigación en estos individuos —dijo señalando los nombres que había subrayado en su libreta—. Han estado presentes en los mismos escenarios que nuestro hombre y se han reunido con el Yiyo en más de una ocasión, así que es bastante probable que podamos montar una operativa si tiramos del hilo. Solo espero que para entonces hayamos podido ubicar a nuestro nuevo peón en la casilla que le corresponde.

Cogió un rotulador negro y anotó tres nombres justo debajo de donde se leía «Yiyo»: «John Byron Mendoza; Fernando Alarcón Sánchez, alias Fernan, y Juan Cortés Heredia, alias Maradona». Quedaron alineados horizontalmente, todos en el mismo nivel de importancia.

—Necesitamos todo lo que podamos obtener sobre ellos: vehículos, bienes, teléfonos, novias, amantes, amigos… Todo lo que hallemos puede ser importante. Voy a hablar con Vila para ir preparando los informes para pinchar los teléfonos.

—El jefe se va a alegrar —exclamó Expósito—. Los de arriba lo tienen cogido por las pelotas y, si no les lleva algo, se las van a cortar.

—Llevamos varios meses buscando una grieta en su muro, un pequeño resquicio que nos permita romper sus defensas y asaltar el castillo, y finalmente lo hemos encontrado. Debemos felicitarnos por ello, aunque esto es solo el comienzo —profirió Alonso intentando disimular la euforia que lo invadía—. La partida acaba de comenzar.

4. ABERKÁN

Sin reputación no hay respeto, conozco esta zona

Esta mona no se anda por las ramas

(Mala Rodríguez, *Por la noche*)

Atardecía en Chefchauen. Los últimos rayos de sol iluminaban el horizonte de la vieja medina y un manto de luz cobriza devoraba implacable el color índigo de sus callejuelas. El grupo de amigos presenciaba maravillado la grandeza de Alá, sentados en el murete de la mezquita de Jemaa Bouzafar. Su pequeño minarete de planta octogonal los cobijaba de las altas temperaturas y les proporcionaba un remanso de tranquilidad fuera de las murallas de la ciudad. A excepción de un par de jóvenes extranjeros con sus grandes mochilas sobre la espalda, el mirador de la mezquita estaba poco concurrido ese día. Aberkán se puso de pie sobre el pequeño parapeto y abrió los brazos mientras se giraba hacia sus amigos.

—Un día seré el rey de Chefchauen —gritó.

—Chefchauen no tiene rey —respondió Kaled poniéndose de pie también y empujándolo amistosamente.

—Pues yo voy a ser el primero —respondió devolviéndole el golpe.

Los dos se enzarzaron en un amago de pelea. Kaled lo cogió por el cuello, aprisionó su cabeza entre su tronco y su brazo derecho, y restregó los nudillos sobre ella.

—¡Para, para, que me vas a…! —exclamó Aberkán mientras Kaled suavizaba la presión que ejercía sobre su garganta.

—¡Para, para, que me vas a despeinar! —alegó Amín imitando el tono de voz de una niña pequeña. Se había levantado y se mantenía cerca para que ninguno de ellos cayera rodando por el terraplén.

El grupo de amigos rio escandalosamente, y lo hizo aún más cuando Aberkán se atusó el pelo mientras se soltaba del agarre de Kaled.

—A ver si va a venir Zahira y lo va a ver despeinado —añadió Alí, y todos volvieron a reír.

—¿Qué dices? —le respondió enfadado.

Aberkán se acercó a este último con la intención de batallar contra él también, cuando oyeron voces en el camino que llevaba hasta la mezquita.

La pandilla se detuvo y aguzó el oído para descubrir de quién se trataba. Si sus padres los andaban buscando, las intenciones no serían buenas. Lo mejor sería salir corriendo si no querían que les dieran un par de azotes. No estaban haciendo nada malo, y los hombres posiblemente habrían pasado toda la tarde sentados en una terraza de Uta el Hamman bebiendo *ataí* y con una pipa *sebsi* en la boca, pero aun así no iban a permitirles que perdieran el tiempo de aquella manera.

Un grupo de figuras apareció por el sendero. Reían y bromeaban entre ellos.

—Es tu hermano, Airad —comentó Alí.

Aberkán centró su mirada en los dos chicos que escoltaban a su hermano mayor. Eran Nassir y Abdul, hermanos y compinches de Airad desde que eran unos críos. A Aberkán no le gustaban, ni a su madre tampoco, pero eran hijos de Idris al-Hayek, uno de los comerciantes más respetados en el Rif y de los más temidos. Gustaba de humillar a los artesanos que no se postraban a sus pies cuando volvía de sus largos viajes. Sus voces y ataques retumbaban ferozmente en la galería del Fondak y se hacían oír en toda la ciudad como si de la llamada a la oración del muecín se tratara.

Su padre, Isul Bachur, miembro destacado del gremio de zapateros de Chefchauen, recelaba de él; no eran pocas las veces que un compañero de profesión había acudido a él en busca de un plato de comida para su familia a causa de que Al-Hayek había decidido que sus productos no eran bienvenidos en su próxima ruta ni en la del resto de comerciantes de la región.

Isul sabía que no podía enfrentarse a él, así que veía con buenos ojos la amistad de su primogénito con los hijos de Idris. Había que tener a los amigos cerca, y a los enemigos más cerca aún, solía pregonar.

—Pero si tenemos aquí a una panda de renacuajos… —vociferó Nassir, el menor, dirigiéndose a Aberkán y sus amigos—. Ya es hora de que os vayáis a casa si no queréis preocupar a vuestras madres.

Los hermanos rieron, pero Airad se mantuvo impasible.

—Hola, hermanito —saludó dirigiéndose a Aberkán—. No sabía que te gustaba venir a la mezquita de los españoles.

Aberkán observó a su hermano. Era cuatro años mayor que él y su cuerpo ya había dejado atrás la pubertad. Alto, esbelto y de estructura atlética, sus ojos eran de un profundo color ébano y poseía una brillante piel aceitunada, donde había comenzado a crecer una recia pelusa negra.

Aberkán lo admiraba y envidiaba a partes iguales. No podía ser de otra manera tratándose de su hermano mayor.

—*Salam* —saludó el joven—. Venimos algunas tardes cuando papá no me necesita en el taller.

—Pobrecito, tiene que ayudar a papaíto en el taller —bromeó Nassir, aunque la mirada que le dedicó Airad hizo que cejara en su actitud de inmediato.

Era una de las cosas que Aberkán admiraba en su hermano: la capacidad de liderazgo que poseía, la facilidad con que asumía la voz cantante en cualquier situación, incluso cuando sus acompañantes eran personas de una familia tan poderosa como los Al-Hayek. No precisaba hacer uso de la fuerza para imponer su opinión; su presencia en sí misma le confería un autoritarismo innato. Su padre había puesto muchas esperanzas en su hijo mayor, estaba convencido de que triunfaría en lo que se propusiera.

«Aberkán, acompaña a tu hermano y aprende de él, *inshaallah*», le decía cuando los mandaba juntos a algún sitio.

Abdul al-Hayek no había abierto aún la boca. Se aproximó al muro donde estaba la pandilla de Aberkán y se sentó sobre él. Sacó de dentro de su chilaba un bolso de cuero y lo apoyó sobre sus piernas. Lo abrió y extrajo de él una alargada pipa de madera y dos bolsitas de plástico. Recargó la cazoleta de la *sebsi* con una parte de *taba* que sacó de una de las bolsas y con tres partes de kif picado de la otra. Rebuscó en el bolso hasta que localizó una caja de cerillas, entonces encendió la pipa con una larga calada que hizo que una nube de humo brotara de su nariz como un dragón de fuego y que sus ojos temblaran ligeramente. Aberkán observaba como Kaled, Alí y Amín contemplaban absortos el ritual que estaba llevando a cabo el mayor de los Al-Hayek. Aunque estaban acostumbrados a ver a sus mayores fumando kif, ver a un muchacho de apenas diecisiete años hacerlo de

manera tan experta les resultaba ciertamente cautivador.

—Apuesto a que ninguno de vosotros ha probado nunca una de estas —exclamó de repente Abdul, dando una nueva calada de su pipa.

Los amigos se dedicaron miradas cómplices.

—Una vez Alí y yo cogimos a escondidas la de mi padre y le dimos varias chupadas. —Fue Amín el que habló mientras Alí asentía con la cabeza dejando escapar una risita nerviosa.

—No me lo creo —contestó Abdul—. Seguro que no estaba cargada ni encendida.

—Sí estaba cargada y quedaban algunas brasas… —Dijo las últimas palabras casi para sí.

Nassir soltó una sonora carcajada que resonó en toda la explanada de la mezquita.

—Quedaban algunas brasas… —exclamó despectivo—. Vamos a ver lo expertos que sois. —Y se acercó hasta donde se encontraba su hermano y de un manotazo le quitó la pipa de la boca. Entonces le pidió la caja de cerillas, la cual le entregó bajo una fría mirada asesina.

Nassir pegó la boquilla de la pipa a los labios de Amín y prendió fuego a la mezcla sin previo aviso.

El joven no se lo esperaba, lo que, unido a su poca práctica, provocó una retahíla de toses y arcadas mientras trataba de exhalar el humo que se había agolpado en sus pulmones.

Aberkán se acercó a su amigo y lo golpeó en la espalda.

—¿Te parece gracioso? —le espetó a Nassir cuando comprobó que la respiración de Amín volvía a la normalidad después de un par de forzados carraspeos.

—¿Tú también quieres probar, enano? —Lo espetó Nassir acercándose en actitud belicosa.

Aberkán le sostuvo la mirada, no se apartó ni se amilanó.

—Haya paz —exclamó Airad cortando el paso entre su hermano y su amigo en previsión de que se enredaran en una pelea, y esta vez

bastante menos amistosa que la que había mantenido con sus amigos hacía solo unos minutos.

—Sé que es tu hermano, pero este mocoso se merece un par de guantazos para que aprenda a tener respeto a los mayores —se indignó Nassir.

—Y tú te mereces un par más por dar de fumar a un niño —añadió Airad enfadado.

El rostro de Nassir comenzó a adquirir una tonalidad morada. Estaba en una encrucijada en que las dos únicas salidas eran enfrentarse a Airad, lo que desembocaría en una pelea con casi total seguridad, o admitir el reproche de su amigo y quedar en ridículo delante de los demás.

—Airad lleva razón —exclamó de repente Abdul, que había estado observando toda la escena con la peculiar parsimonia que le otorgaba el efecto del kif—: con su edad tú todavía te escondías bajo las faldas de mamá —añadió terminando de humillar a su hermano pequeño.

El semblante morado de Nassir se tornó en un rojo brillante, parecía que iba a explotar o que iba a lanzarse a luchar contra todos los presentes. Transcurrieron unos interminables segundos en que nadie se atrevió a romper el incómodo silencio que se cernía sobre el grupo.

—Vamos, hermanito, no te cabrees. Toma la pipa y dale un par de caladas.

Abdul recogió la *sebsi* y la caja de cerillas que había caído al suelo durante la trifulca. La volvió a cargar y se la entregó a su hermano. Este la prendió de mala gana y se la llevó a la boca. Después de varias chupadas, la amalgama de tabaco salvaje y de tricomas de cannabis se esparció por todos los recovecos de su cuerpo, destensándolo y extinguiendo el fuego que había incendiado su rostro, hasta convertirse en un leve rubor en sus mejillas.

El tenso ambiente vivido hacía unos instantes bajo el minarete de la pequeña mezquita se calmó. Abdul y Airad se sentaron junto a Aberkán y sus amigos, mientras Nassir se mantenía al margen cargando y descargando la *sebsi* con una rapidez asombrosa.

El mayor de los Al-Hayek resultó ser mucho más cercano y agradable de lo que Aberkán había imaginado. Bromeó con ellos y les

contó la historia del origen de la mezquita. El comandante y gobernador de Ceuta Fernando Capaz conquistó Chefchauen en 1926 y, como muestra de autoridad y dominio, ordenó construir una iglesia a imagen y semejanza de la torre del Oro de Sevilla. Encomendó su construcción a un arquitecto famoso por el gran mostacho negro que cubría su rostro, de ahí que se asociara el templo a la palabra *bouzafar,* 'grandes bigotes' en árabe antiguo. Aunque en su origen se creó como lugar de culto cristiano, después de la guerra civil española su estado era cuando menos ruinoso, por lo que los chauníes decidieron reconstruirla y transformarla en mezquita, la mezquita de los bigotes, la mezquita de los españoles… Jemaa Bouzafar.

Kaled, Alí, Amín y Aberkán oían absortos la historia que les contaba Abdul como un comerciante recién llegado a la ciudad que relata las peripecias de su último viaje frente a un corro de jóvenes deseosos de vivir las mismas aventuras. Había heredado la oratoria de su padre, el gran Idris al-Hayek, el que lo sentaba en el regazo cuando regresaba a casa y le narraba cuentos del viejo Oriente mientras su hermano pequeño se escondía asustado bajo el caftán de su madre.

En el horizonte se vislumbraba una fina franja ocre, como recuerdo del sol abrasador que durante todo el día había achicharrado la ciudad. Aunque aún quedaba luz en el cielo, debían volver a la medina si no querían recorrer el sendero que atravesaba la colina a oscuras.

Airad pasó un brazo sobre los hombros de su hermano pequeño mientras recorrían el camino de vuelta.

—No le hagas mucho caso a Nassir —murmuró Airad—; últimamente fuma más de la cuenta, y su padre es muy exigente con él.

—Lo que ha hecho con Amín no ha estado bien —exclamó Aberkán.

—No ha estado bien, llevas razón —asintió su hermano—, pero en el fondo tiene buen corazón. Es solo que… —miró hacia atrás para asegurarse de que nadie estuviera escuchando— tiene envidia de Abdul.

—Normal, vale mucho más que él —exclamó Aberkán, pero su hermano le hizo un gesto con la mano para indicarle que bajara el tono de voz.

—Abdul es el mayor, el primogénito. Pero los Al-Hayek tienen

muchos negocios, suficientes para repartir. —Airad fijó su mirada al frente durante varios segundos y posó sus ojos sobre su hermano—. Su padre quiere hacer de él un tipo duro, un comerciante implacable. Pero Nassir no está capacitado para ello; pese a la máscara de autosuficiencia que se suele poner, en el fondo no tiene la maldad de su padre o su hermano.

Aberkán lo miró con extrañeza.

—¿Abdul…? —El golpeteo rápido y constante de unos pequeños pasos sobre el camino dejaron su pregunta en el aire.

Una niña de unos once o doce años apareció corriendo de entre las sombras y comenzó a llamar a Airad a voces:

—¡Airad, Airad, tu padre, tu padre! —Las palabras escaparon trabajosamente de sus cuerdas vocales aún en formación.

—¿Qué pasa con mi padre? —exclamó Airad, y, dando un par de zancadas, se situó junto a la recién llegada. Se puso en cuclillas y apoyó ambas manos sobre sus hombros.

—Tu padre… está… Le han… en el suelo… —El agotamiento por la larga carrera que seguro había afrontado la chica hacía que sus palabras fueran apenas un susurro.

—¿Qué le ha pasado? ¡Contesta! —gritaba Airad zarandeándola.

Aberkán se aproximó sin alterarse hasta donde se encontraban, apartó a su hermano sin brusquedad, pero con firmeza, y clavó sus ojos en los de la chiquilla.

—Zahira, mírame —ella respondió a su nombre posando su mirada en la del joven—, necesito que te tranquilices. Cuéntame lentamente qué ha pasado.

La niña respiró profusamente varias veces antes de comenzar a hablar.

—Tu padre…

Aberkán posó su mano derecha sobre su hombro para tranquilizarla y le susurró que no tuviera prisa.

—Tu padre… Le han dado una paliza, está muy malherido. Tu madre, Malika, me ha mandado ir en busca de Airad. —Y giró su

cabeza hacia donde se encontraba este.

—¿Quién ha sido? ¿Cómo está? —gritó Airad nervioso.

—¿Sabes qué ha pasado? —le preguntó Aberkán a Zahira sosegadamente.

—No lo sé, de verdad. Estábamos volviendo del lavadero cuando encontramos a tu padre ensangrentado junto a la puerta de su taller.

Zahira miraba con ojos asustados como Airad perdía los nervios poco a poco. Ella era simplemente la mensajera, la niña que no había dudado en salir corriendo a dar la noticia a Airad, el hermoso Airad, el fuerte Airad, el tierno Airad que le pellizcaba la mejilla cuando la veía junto a Malika y las demás mujeres.

—Vamos al taller, ¡rápido! —El mayor de los Bachur se dirigió hacia los hermanos Al-Hayek enérgicamente y los tres salieron apresurados hacia la ciudad.

Aberkán se giró hacia sus amigos y le indicó a Kaled que se acercara.

—No te asustes, Zahira. Te estamos agradecidos por traernos el mensaje. Kaled va a acompañarte de vuelta para que tu madre no se preocupe.

Su amigo hizo un amago de resoplar, pero al ver la expresión dura de Aberkán cejó en su empeño y la tomó de la mano para conducirla de camino a casa.

Aberkán atisbó el rastro de tierra que la galopada de su hermano y sus amigos elevaba hasta el cielo.

—Alí, Amín, si nos damos prisa, podremos alcanzarlos.

El único camino que desembocaba en la mezquita andalusí era un sendero de tierra que arrancaba en la cascada de *Ras el Maa,* donde se encontraba el lavadero al que las mujeres acudían todas las mañanas a parlotear sobre sus problemas diarios mientras restregaban y frotaban las prendas con tenacidad. Era un agradable paseo de un par de kilómetros que atravesaba un bosque de encinas y pinos, y donde era usual cruzarse con turistas de diferentes nacionalidades que contemplaban y fotografiaban el bello paisaje mediterráneo.

Los tres amigos jadeaban, la carrera era agónica, pero a ninguno

se le ocurría parar. Pese a su juventud, estaban lo suficientemente acostumbrados a la dureza de la vida en las montañas de la cordillera del Rif.

Atravesaron sin detenerse el bullicioso manantial, horas antes reinado por una alegre algarabía y que con la puesta de sol había mutado en un lóbrego y solitario lugar en el que solo quedaban algunas mujeres que demoraban su vuelta a casa.

Traspasaron el umbral de Bab el Onsar, la puerta más oriental de las siete que daban acceso a la vieja medina, y callejearon por el interminable laberinto azul hasta llegar al Kharrazine*,* el barrio de los zapateros, donde se encontraba el taller y la morada de la familia de Isul Bachur. Desde la Gran Mezquita resonaba la voz del muecín. Las bellas frases de la *iqama* se precipitaban desde el minarete en una lluvia armoniosa*,* acompañando la fatigada carrera de los jóvenes por los recovecos de la ciudad. Era la oración del *maghrib,* la que indicaba la puesta del sol y la hora en la que el grupo de amigos debería estar ya de vuelta. Giraron precipitadamente por un callejón y se toparon frente a un artesano que guardaba babuchas de llamativos colores dentro de su local. Amín, que corría por la parte interior de la curva, chocó contra él estrepitosamente. Los zapatos salieron volando por los aires y acabaron desparramados por el suelo. Aberkán y Alí detuvieron la marcha para comprobar cómo se encontraba su amigo, pero este se levantó de un brinco y, llevándose la mano a la zona donde se había golpeado, los instó a que siguieran sin él. El dueño del taller, una vez repuesto del susto, comenzó a gritar y a hacer aspavientos frente a Amín, que, con gestos, les indicó a sus amigos que los alcanzaría cuando hubiera arreglado el destrozo.

Quedaban pocos metros para llegar a su destino y comenzaban a oírse gritos y llantos en la lejanía. Aberkán aceleró y caracoleó por las calles hasta que llegó a la pequeña plaza donde vivía su familia. Había un tumulto de personas reunidas a las puertas de su hogar. Los gritos provenían de Airad, que, pese al sobresfuerzo de Aberkán y sus amigos, había recorrido el camino junto a los Al-Hayek en la mitad de tiempo que ellos. El joven se acercó decidido e intentó hacerse un hueco en el corro de personas apartando a un par muchachos con los brazos. Estos se giraron con brusquedad y lo miraron amenazantes, pero, al reconocerlo como el hijo de la víctima, suavizaron la mirada y se apartaron para que pudiera pasar.

La imagen que se encontró Aberkán cuando traspasó la barrera humana se impregnó en sus pupilas con ferocidad. Su hermano gritaba y andaba en círculos como un poseso. Lágrimas de rabia caían por su

rostro ante la parsimonia de Abdul y la cara de circunstancias de Nassir. Malika, su madre, lloraba desconsoladamente mientras sostenía el cuerpo casi inerte de su marido. El cesto de ropa que había traído del lavadero estaba tirado en el suelo, con las prendas desperdigadas a su alrededor. Lo había soltado de golpe al encontrarse a su esposo en ese estado, y nadie se había preocupado por recogerlo. Aberkán miró a su padre, el respetado zapatero Isul Bachur, al que iban a pedirle consejo los demás miembros de su gremio, e incluso de otros gremios. El que resolvía los conflictos con diálogo y equidad. Echado como un animal herido sobre los brazos de su mujer. El rostro amoratado y ensangrentado. El ojo derecho era apenas una fina línea negra que partía por la mitad una suerte de bulto carnoso, y la frondosa barba negra, que solía lucir orgulloso, se le apelmazaba en una argamasa de sangre seca.

Aberkán se sentía extrañamente tranquilo. Se aproximó al cesto de la ropa y comenzó a recoger las vestimentas del suelo. Una vez que la hubo colocado en su lugar, le indicó a Alí que la metiera en su casa. Después se acercó a su hermano y lo llevó del brazo hasta donde se encontraba su padre, juntos lo agarraron por los hombros y lo arrastraron con cuidado hasta el interior de su casa, tumbándolo sobre un camastro. El joven volvió a salir y tomó a su madre de la mano, la ayudó a levantarse y le susurró al oído que entrara en casa. Después se dirigió hacia el morboso público del exterior y los invitó con muy poca delicadeza a que abandonaran el lugar. La gente refunfuñó y se tomó a mal que los dejaran sin espectáculo, pero, cuando Abdul, Amín y Alí, que ya se encontraba de vuelta, comenzaron a desalojarlos a empujones, no les quedó más remedio que marcharse.

Airad parecía calmado. Había dejado de dar vueltas sin ton ni son y descansaba sobre una silla. Su madre lloraba en silencio sin separarse de su esposo. Exiguos gemidos hacían que su pecho subiese y bajase de manera acompasada. Aberkán se acercó a ella, la llevó hacia la cocina y la convenció de que preparase té para todos.

La dejó preparando la infusión y volvió hacia la estancia donde se encontraban su padre y su hermano. Sus amigos y los hermanos Al-Hayek aguardaban en el umbral de la vivienda, atentos a que nadie entrara a curiosear.

—¿Sabemos quién ha sido? —preguntó Aberkán diligente.

Su hermano lo miró sorprendido.

—Cuando llegamos papá ya estaba tirado en el suelo medio

muerto —respondió sin levantarse de la silla.

—Papá, soy tu hijo Aberkán —el chico se había acercado hasta el camastro donde se encontraba—, dime quién te ha hecho esto.

—¿No ves que apenas puede respirar? ¿Cómo va a contestarte? —exclamó Airad poniéndose en pie.

Aberkán lo miró y volvió a dirigirse a su padre:

—Papá, ¿me oyes? Soy tu hijo Aberkán. —Esta vez había aproximado sus labios a su oído.

—Esto es absurdo. Papá no puede decirnos nada.

—¿Y qué propones? —preguntó irónico su hermano—. ¿Vas a preguntar puerta por puerta?

—Si es necesario, lo haré —respondió Airad con convicción mientras se dirigía hacia la salida.

—Hermano, no te precipites. No debemos armar revuelo.

—Lo que no debemos es dejar pasar esta ofensa. Tú eres demasiado joven para entender el concepto de honor —lo ninguneó Airad.

—Entiendo perfectamente lo que significa el honor, y ten por seguro que vamos a encontrar al que le ha hecho esto a papá.

—Yo pienso hacerlo a mi manera. Abdul, Nassir, vamos…

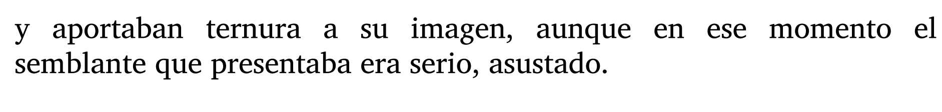
—Airad —lo interrumpió Alí.

—¿Qué pasa? ¿Otro mocoso que quiere darme lecciones? —respondió airado.

—Es Kadija, la hija del carnicero, dice que sabe quién le ha hecho esto a tu padre.

Airad miró a su hermano y le indicó a Alí que hiciese entrar a la chica.

Era algo mayor que Aberkán, aunque más joven que Airad. No era una muchacha especialmente bella, pero gozaba de rasgos agradables: rostro redondo, piel aceitunada y dos vivarachos ojos color miel sobre una minúscula nariz; unos pequeños hoyuelos enmarcaban su sonrisa


y aportaban ternura a su imagen, aunque en ese momento el semblante que presentaba era serio, asustado.

—*Salam,* Kadija —saludó Airad—. Dicen que sabes lo que le ha ocurrido a mi padre —le preguntó sin rodeos.

La chica alzó sus ojos y se ruborizó. Airad estaba acostumbrado a provocar esa reacción en las jóvenes chauníes, que soñaban con que sus padres concertaran un matrimonio con los del muchacho.

—Volvía de dar un recado a mi padre en la plaza… y comencé a oír voces —comenzó a contar titubeante.

—Continúa —le pidió Airad con firmeza—, por favor.

—Creí que era una simple discusión y quise cruzar la calle rápido para volver a casa, pero… —La chica estaba cada vez más nerviosa.

Pese a la impaciencia de Airad, la tomó de la mano y le musitó que siguiera contándole, que era muy importante para él. La joven pareció infundirse de valor y retomó la narración:

—Estaba a punto de girar por el callejón cuando escuché un sonido muy fuerte y a continuación un grito de dolor. Me pegué rápidamente a la pared, asustada, y asomé la cabeza poco a poco. Entonces lo vi.

El grupo de jóvenes habían formado un corro alrededor de la recién llegada y la miraban expectantes.

—Eran tres… cuatro personas. Uno de ellos estaba de pie dando órdenes, y los otros… —Kadija bajó la mirada— pateaban y golpeaban a tu padre sin compasión.

Airad saltó como un resorte y comenzó a hacer aspavientos.

—¿Quiénes eran? —preguntó alterado.

—Estaban de espaldas —se asustó la chica.

—¿Quiénes? —gritó Airad.

—Solo pude ver el rostro de uno, el que estaba de pie. —Los ojos de la muchacha comenzaron a llenarse de lágrimas.

—¿Quién era? —preguntó acercando su boca a escasos centímetros de la de ella.

—Bassam, Bassam Fawad —respondió entre sollozos Kadija.

Una sombra se alzó sobre la morada de los Bachur y torció el gesto de los presentes. Bassam Fawad era uno de los hombres más poderosos de Chefchauen. No era tan importante como Idris al-Hayek, pero era mucho más peligroso. Al-Hayek arruinaba a los que se interponían en su camino; Fawad los mataba. Lo llamaban el Comerciante, pero los productos que pasaban por sus manos no eran de los que se conseguían en el zoco, sino más bien de los que se cultivaban en las montañas de Ketama.

El silencio se había apoderado de la estancia. Varias preguntas revoloteaban en la mente de Airad: ¿qué asuntos habían llevado a su respetado padre a tratar con alguien de la calaña de Bassam Fawad?, ¿y cómo iba a enfrentarse a alguien como él?

—Airad —rompió el silencio el pequeño de los Bachur—, no podemos quedarnos de brazos cruzados.

Airad salió del trance en que se encontraba.

—¿Y qué vamos a hacer, hermanito? —respondió.

—Eras tú el que quería poner patas arriba la medina.

—Antes de saber que Bassam estaba detrás de todo —añadió Airad.

—¿Importa quién esté detrás? —preguntó Aberkán, provocando que su hermano riera irónico.

—¿Acaso sabes quién es Bassam Fawad? Pregúntale a tu amigo Kaled —añadió.

El joven se giró hacia su amigo intrigado, y este lo miró manifiestamente nervioso.

—Por favor, Aberkán, no te acerques a Fawad, es un tipo peligroso. ¿Recuerdas a mi primo Hicham? —le preguntó, y su amigo asintió con la cabeza—. Estaba locamente enamorado de Fátima, la hermana mayor de Zahira. Quería impresionarla con algún regalo para conquistarla, pero el dinero que le daba mi tío por ayudarlo en la tetería no le daba para comprar nada de valor. Bassam acudía todas las mañanas a su local en Outa el Hammam a tomar *ataí,* y un día los escuchó discutiendo por dinero. Bassam esperó a que Hicham estuviese solo y le ofreció ganar un dinero extra trabajando para él.

Solo debía ofrecerle algo de kif a los turistas que se sentaran en su terraza. Mi primo aceptó encantado, por fin podría comprarle algo caro a su adorada Fátima. Al principio todo iba bien: se acercaba a las mesas de los extranjeros para servir el té y les susurraba si querían kif; si aceptaban, deslizaba pequeñas bolsas con la mercancía en sus mesas y recogía el dinero con disimulo para que su padre no se enterase. Pero Hicham se confió, de vez en cuando quitaba algunos cogollos de la bolsa o se quedaba con algunas monedas. No se sabe cómo, pero Bassam acabó enterándose y… —Kaled se paró unos segundos para tomar aire— le aplicó la *sharía*.

—¿La mano? —exclamó Alí en un exabrupto al tiempo que acariciaba su puño.

Kaled asintió.

—Sobre una mesa de la tetería, delante de su padre y de toda la plaza. Sin que nadie hiciera nada por evitarlo.

Airad torció el gesto.

—Mi hermano tiene razón: no puedo permitir que se deshonre a mi padre y a mi familia de esa manera —exclamó.

—¿Estás seguro? ¿Acabas de escuchar lo que le pasó a Hicham? —preguntó Abdul, que se había mantenido callado hasta ese momento.

—Estoy seguro. Prefiero llevarme la comida a la boca con la misma mano con la que me limpio el culo antes que quedar como un cobarde.

—Voy contigo —añadió Aberkán convencido.

Su hermano tuvo la intención de decirle que se quedara en casa, pero enseguida entendió que también era su padre el que había sido humillado y tenía el mismo derecho que él.

—Seguramente, estará sentado en la plaza bebiendo té como si nada.

Los dos grupos de amigos atravesaron el umbral de la morada de los Bachur. La torre de la Gran Mezquita asomaba entre los tejados de la maraña de edificios azulados de la ciudad y los guiaba como la estrella de Belén hacia su destino. Marchaban con paso decidido durante los pocos metros que los separaban de la plaza, tratando de

disimular el pavor que les atenazaba y que hacía que los segundos transcurrieran en una letanía infinita.

Uta el Hamman era la plaza principal de Chefchauen, la más grande y la más concurrida. Una enorme araucaria la gobernaba y hacía que la Gran Mezquita, el Fondak y la casba quedaran en un segundo plano. Las terrazas de bares y cafeterías se yuxtaponían unas sobre otras en un continuo de chauníes ataviados con sus chilabas que bebían y fumaban. Algún que otro turista salteado rompía la homogeneidad de la imagen con sus vestimentas occidentales y su piel pálida.

Airad oteó el horizonte, sin conseguir localizar al comerciante.

—Kaled, pregúntale a tu primo si lo ha visto —ordenó el joven señalando una mesa de la plaza donde estaba sentado un solitario Hicham.

Kaled no quiso rebatir la orden y se acercó hasta donde se encontraba su primo.

—Se ha marchado hace cinco minutos —comentó Kaled cuando volvió.

—¿Y sabe a dónde ha ido? —preguntó Airad intranquilo.

—Ha oído algo referente a Bab el Ain —añadió Kaled.

La cuadrilla dejó la plaza a sus espaldas y se adentró de nuevo en las angostas callejuelas rumbo a la puerta más occidental. Aligeraban el paso cuando creían que no los iban a localizar y frenaban bruscamente cuando pensaban que avanzaban demasiado deprisa. Comenzaron a vislumbrar la fachada color tierra de la puerta cuando oyeron voces y risas cercanas. El grupo paró en seco en mitad de una placita que hacía de intersección entre varias calles. Airad hizo gestos para que se separaran y pegaran los oídos a los muros. Un gato negro salió de la ventana de una de las casas, los miró, maulló y saltó hasta el nivel del suelo. Un segundo después un grupo de crías asomó por uno de los callejones y se aproximó a la que parecía ser su madre. De repente Nassir silbó e indicó a los demás que se acercaran en silencio.

—Estaban comentando algo acerca del zapatero —murmuró en voz baja.

—Tienen que ser ellos —masculló Airad.

Miró hacia el pavimento y comprobó que estaba pintado de azul. Se trataba de una calle sin salida; si entraba, no habría escapatoria. El muchacho resopló decidido y avanzó con el resto del grupo marchando tras él.

Apenas habían recorrido unos metros cuando dieron con lo que buscaban. Había una reunión de hombres en una especie de jolgorio. Bassam Fawad se encontraba en medio del grupo, resguardado entre las anchas espaldas de dos gigantes de aspecto peligroso. Frente a él, un par de jóvenes chauníes y un europeo muy delgado. Vestía pantalones vaqueros y una camisa holgada con un llamativo estampado, y escondía la mirada bajo unas gafas de sol negras, que no impedían adivinar, por su incesante actividad corporal, que no quitaba un ojo de encima a todos los rincones de la plaza.

Airad avanzó diligente hasta quedar a varios metros de ellos. El europeo alzó sus gafas de sol hasta dejarlas sobre su cabeza, sin apartar su mirada del muchacho.

Los guardaespaldas del comerciante se giraron y colocaron sus moles entre el recién llegado y su jefe. Fawad miró de reojo hacia la entrada del callejón y giró parsimoniosamente sabiendo a quién iba a tener frente a él cuando completara el giro.

—¿Qué asunto lleva a uno de los hijos del gran Isul Bachur a honrarnos con su presencia? —exclamó dirigiéndose con una sonrisa en los labios al grupo que lo precedía—. ¿Quién eres? ¿Airad o Aberkán? —preguntó.

Airad dio un paso al frente, y los dos gorilas hicieron lo mismo.

—Soy Airad Bachur y vengo a pedir explicaciones por lo que le ha sucedido a mi padre —alzó la voz el chico.

—¿A tu padre? —volvió a preguntar Bassam—. He oído que ha sufrido un percance. Espero que no haya sido nada grave. —Y una sonrisa volvió a dibujarse en sus labios.

—Sabes perfectamente lo que le ha pasado —alzó la voz Airad—. Hay testigos que han visto cómo lo golpeabas.

—¿Yo golpearlo? Han tenido que confundirme con otra persona. Soy demasiado mayor para andar peleándome por ahí.

—Tú no tienes el suficiente valor para hacerlo, pero ordenaste a tus hombres que lo hicieran —lo acusó fijando la mirada en los

guardaespaldas y observando que la camisa de uno de ellos mostraba pequeñas manchas rojas en el cuello.

—No se por quién me tomas. ¿Por un mafioso? ¿Qué podría haber hecho tu padre para que yo ordenara que le dieran una paliza en la puerta de su casa? —El hasta ahora semblante jocoso del comerciante mutó en una mirada afilada que puso a los chicos en alerta—. ¿Y si llevaras razón y hubiera ordenado a Yigit y Mohamed que hicieran reflexionar a tu padre sobre cierto asunto? ¿Qué sucedería entonces?

—Pues que debería honrar el honor de mi familia —contestó Airad.

El comerciante rio con fuerza, y las carcajadas resonaron entre las paredes de los edificios flotando en el aire en una especie de broma macabra.

—Anda, chico, esto no tiene nada que ver contigo. Vuelve a casa y cuida de tu padre. Cuando esté recuperado volveré a hacerle una visita, y esta vez espero que haya recapacitado.

Aberkán observó a su hermano. Los músculos de su espalda se tensaron y unas finas venas verdosas adquirieron relieve en sus brazos. Miró también a Yigit y Mohamed, y se temió lo peor. Pese a la fortaleza de su hermano, las dos moles podían partirle el cráneo con solo descargar sus enormes brazos sobre su cabeza.

Lo que aconteció a continuación sucedió de manera tan rápida e inesperada que no dio margen a ninguno de los chicos a reaccionar.

Cuando Bassam instó a Airad a que volviese a casa, este se aproximó un par de pasos más en actitud desafiante. Sin mediar palabra, Mohamed, el menos grande de los gorilas, asestó un brutal puñetazo en la mejilla izquierda del joven, que lo pilló totalmente desprevenido y lo dejó aturdido, lo que aprovechó el matón para propinarle una serie de golpes por todo el cuerpo, que lo noquearon y lo derribaron al suelo. Fawad posó su mano sobre el hombro de Mohamed para que dejara de atizarle, se acuclilló frente a Airad y lo cogió de la pechera de la camiseta.

—Tener honor significa no faltar a la palabra. Dile a tu padre que yo cumplí mi parte del trato, perdoné la vida de su amigo, y, si no quiere que mis hombres le hagan una visita a él y al resto de su familia, va a ayudarme a ocultar mi mercancía en las cajas de zapatos que envía a España todas las semanas.

Fawad soltó a Airad, que se golpeó la coronilla contra el suelo de la calle. Un reguero de sangre manaba de su boca y su nariz, y sus ojos giraban descontrolados dentro de las cuencas.

Nassir, Abdul, Alí, Amín y Kaled contemplaban la escena petrificados. El miedo a los sicarios de Fawad les impedía mover ni un solo músculo de su cuerpo.

En apenas unas horas dos Bachur se habían enfrentado a Bassam Fawad y habían acabado destrozados a golpes. El europeo y sus acompañantes fijaron su mirada en el cuerpo inerte de Airad con una mezcla de fascinación y sorpresa por la violencia mostrada sobre un simple muchacho, y a continuación posaron sus ojos sobre el hombre con el que se habían reunido para hablar de negocios. Una sonrisa de complacencia asomaba en su rostro, pero en cuestión de segundos sus labios se torcieron en una mueca de estupor, que dio paso a una de pavor. Donde antes había un astuto y avezado ojo, ahora asomaba el mango de madera de una lezna de zapatero. Bassam gritó de dolor y cayó al pavimento llevándose la mano al ojo dañado, pero sin atreverse a extraer la afilada punta de la herramienta de su globo ocular.

Una profunda mirada de odio enmarcaba el rostro de Aberkán. Plantado frente al comerciante, aún jadeante por el esfuerzo, pero saboreando el regusto a satisfacción que le había dejado en el paladar lo que acababa de hacer. El grupo de amigos, que aún no había borrado de su mente la brutal paliza que había recibido Airad, lo miraban estupefactos. La situación había dado un giro tras otro, y lo que menos podían esperarse era que su amigo, el tranquilo y sosegado Aberkán, el que siempre quedaba oculto tras la alargada sombra de su hermano, Airad, fuera capaz de emplear tal violencia.

El tiempo se paralizó en la pequeña callejuela de la medina. A excepción de los gritos de dolor de Bassam, un silencio sepulcral se había adueñado de los allí presentes.

Cuando los dos guardaespaldas del comerciante tuvieron consciencia de lo que había acontecido, miraron al muchacho sin tener muy claro qué debían hacer. Mohamed fue el primero que cortó esa cortina de incertidumbre y se abalanzó sobre Aberkán, pero, en el preciso instante en que otro Bachur iba a pasar a su lista de víctimas de ese día, el cuerpo del europeo se interpuso en su camino. Alzó ligeramente los bajos de su camisa estampada y dejó al descubierto la culata de un revólver. Mohamed miró la pistola y lo miró a los ojos con extrañeza.

—Coged a vuestro jefe —les espetó— y llevadlo al médico. Todavía tengo negocios que hacer con él.

Los matones no tenían muy claro cómo actuar, pensar no era uno de los requisitos de su trabajo. Lo miraron de nuevo y este posó su mano sobre el arma. Con su camisa hawaiana y sus gafas de sol, parecía una escena de *Corrupción en Miami*. Yigit se acercó a su compañero y le susurró algo al oído, entonces alzaron a Bassam del suelo, lo cogieron por los hombros y se marcharon sin mirar atrás.

El europeo se bajó la camisa, volviendo a ocultar el arma que portaba, y se giró, quedando frente a Aberkán.

—¿Sabes que van a volver a por ti? —le preguntó en un árabe forzado.

—Lo sé —respondió Aberkán con firmeza.

—¿Y qué vas a hacer entonces? ¿Vas a enfrentarte a ellos? —volvió a preguntarle.

—A mi padre aún le quedan punzones en el taller.

El hombre soltó una carcajada, volvió a colocarse las gafas de sol sobre su cabeza y clavó la mirada en Aberkán.

—¿Cómo te llamas, chico? —lo interrogó.

—Aberkán —respondió este.

—¿Qué clase de nombre es ese? —preguntó de nuevo.

—Es un nombre amazig —exclamó Aberkán—, bereber —añadió después al ver la cara de extrañeza en su interlocutor.

—Pensaba que estaban prohibidos.

Aberkán lanzó una mirada afilada hacia la persona que había frente a él.

—En los registros consto como Mohamed —alegó el muchacho.

—¿Tiene algún significado?

—¿El qué? ¿Mohamed? —manifestó extrañado Aberkán.

—No —prorrumpió el foráneo—. Me refiero a tu otro nombre,

Aberkán. ¿Qué significa?

El chico volvió su mirada hacia el extranjero y leyó en sus ojos que su tranquila vida en Chefchauen iba a cambiar de la noche a la mañana.

—El Negro —respondió Aberkán.

5. MACARENA

El puzle gira y yo ni sé cómo se llama mi pieza

Los codos ennegrecidos siempre clavados en la mesa

(ToteKing, *Bartleby & Co.*)

—Pues ese terreno es mío, porque mi padre, que en paz descanse, le dijo a mi tío Francisco que esas tierras se las había comprado al cabrero por cinco mil pesetas y que las lindes llegaban hasta el olivo grande que hay al fondo del todo, donde mi Antonio tenía plantados los limoneros. Lo que no puede ser es que venga ahora la enterá esa de la hija de la Manola a decirme que eso es suyo, que es herencia de su madre y de su padre. Pero ¿esa qué se ha creío? ¿Que una, por ser vieja, es tonta? Esa se va a enterar cuando el juez me dé la razón. ¿A que sí, hija? ¿A que eso lo tenemos ganao? —espetó a Macarena.

—Yo creo que hay opciones, pero antes necesitamos alguna prueba en la que apoyarnos —respondió la abogada con cautela.

—¿Y qué más pruebas va a querer el juez que la verdad? —exclamó la mujer.

—Ya, Encarnación, pero necesitamos poder demostrarlo con un contrato, una escritura o algo así, porque la otra parte va a decir también que ese terreno es suyo.

—¡Eso es mentira! —gritó indignada—. Y si el juez se la cree es porque es un *corructo* de esos.

—Encarnación, relájese, por favor. El juez no va a creer a una ni a otra; él solo va a mirar las pruebas para decidir quién lleva la razón. —Macarena trataba de hacerla entrar en razón.

—¿Y por qué no me va a creer a mí, si yo le estoy diciendo la verdad?

—Pero eso él no lo sabe, no os conoce a ninguna de las dos. Es su palabra contra la de… —la letrada posó su mirada en el folio que tenía frente a ella y, después de un rápido vistazo, señaló con el dedo el nombre que andaba buscando— Ana María.

—La hija de la Manola —añadió Encarnación.

—La hija de la Manola —repitió Macarena.

—Así está la justicia en este país: los jueces creyendo a frescas de esas en vez de a la gente honrada como yo —murmuró Encarnación en una especie de mantra.

Macarena suspiró y miró su reloj de muñeca con disimulo. Llevaba más de media hora sentada frente a Encarnación, y no había sido capaz de anotar más allá de un par de detalles insignificantes. Le había hablado sobre tierras, testamentos, contratos de venta, tomates, gallinas y el precio de las lápidas. Todo ello de forma aleatoria, saltando de un tema a otro, sin que estos tuvieran una correlación manifiesta entre ellos. Ese era su día a día, el día a día de una abogada novata que había decidido levantar su propio despacho de abogacía de la nada. Sabía de antemano que no iba a ser fácil, que le quedaban por soportar a muchas Encarnaciones si quería llegar a algo algún día. Miró a la mujer que seguía frente a ella soltando una retahíla de improperios sobre la juventud de hoy en día, sobre los móviles, el *Feibu* ese y lo poco que iban a la iglesia. No era tan mayor como aparentaba, unos sesenta años, menos de los que tenía su padre, y, aunque este no es que fuera lo que se dice una persona moderna, al lado de ella, sus ideas parecían dignas de un visionario.

Vestía la característica bata de flores omnipresente en los roperos de estas señoras, y que Macarena nunca había sabido catalogar como vestido o como pijama.

—Pero, hija, tú tienes cara de ser buena niña, seguro que no sales por ahí a drogarte y a acostarte con el primero que veas.

La joven letrada, absorta en sus pensamientos, se sobresaltó por el comentario.

—¿Yo? No, claro que no —exclamó Macarena—. Yo no salgo mucho, y menos ahora, que estoy todo el día trabajando.

—Trabaja, trabaja, y gánate tu dinerito —murmuró Encarnación.

—Ese es otro de los temas de los que quería hablar —Macarena temía el momento de hablarle de dinero a la señora—, si está segura de que quiere que iniciemos el procedimiento civil.

—Claro, claro, lo tengo más claro que el agua —la interrumpió la mujer.

—Me alegro —retomó la conversación Macarena—. Pues, entonces, tendría que firmarme una hoja de encargo.

—Yo te firmo lo que tú me digas, guapa. —Encarnación comenzó a rebuscar en su bolso—. Espera, que saco un boli que tengo por aquí.

—No hace falta que la firme ahora mismo, primero tengo que prepararla y calcular cuánto voy a necesitar de provisión de fondos.

—¿Provisión de qué? —Con toda probabilidad era la primera vez que oía ese término.

—Pues es la cantidad que necesito para empezar a gestionar lo del terreno.

—¿Cantidad? Pero ¿de dinero? —volvió a preguntar Encarnación.

—Sí, claro —alegó Maca.

—Tú no te preocupes por el dinero. Cuando me dé la razón el juez, que me la va a dar seguro, ya pagaré yo lo que haga falta.

—A ver, Encarnación, es que así no es como se hacen estas cosas. —La abogada tomó aire—. Para iniciar la demanda hay que pagar al procurador, a los peritos que van a hacer las mediciones, al registro para obtener las notas simples y muchos más gastos que seguro van surgiendo.

—Pues eso, cuando acabe todo ya le pago yo a todo el mundo, no voy a darles el dinero antes de que hayan hecho nada —exclamó segura de sí misma.

—Pero es que estos procedimientos pueden dilatarse bastante y hay cosas que tenemos que pagar por adelantado. —La conversación estaba entrando en un bucle.

—Mira, hija, hasta ahora me habías caído muy bien, pero no voy a darte dinero antes que nada, que la cosa está muy mala. Y si luego el juez no me da la razón, ¿qué pasa? ¿El dinero a la basura?

—Bueno, pero, aunque la sentencia no le sea favorable, yo habré hecho mi trabajo, y lo normal es que una persona cobre cuando hace su trabajo.

Encarnación la miró con recelo.

—Si es lo que yo decía, la juventud de hoy en día, que quiere ganar dinero sin hacer nada —refunfuñó.

—Bueno, Encarnación, yo le dejo tiempo para que se lo piense y

para que lo hable con su familia. Si decide que sigamos adelante con la demanda, me llama o viene a la oficina, y ya firmamos el contrato y vemos lo del dinero. —La joven letrada, que no quería entrar en un debate sobre su minuta, se alzó de la silla y se acercó hasta su interlocutora con la intención de acompañarla a la salida, la cual se vio obligada a hacerlo poco convencida.

—Lo hablaré con mi María y con mi Antonio, a ver qué me dicen, aunque yo no estoy muy de acuerdo con eso del dinero.

—Usted háblelo —observó Macarena abriendo la puerta de la oficina.

Un bufido salió de la boca de la joven un instante después de que los goznes de la puerta chirriaran y se cerraran de un portazo. Una hora perdida. Se acercó a su gran mesa de teca y cerró la carpeta con las exiguas anotaciones sobre el caso. Pensó en tirarla a la basura, no creía que Encarnación volviese por la oficina, pero no quería arriesgarse. A lo mejor, después de desfilar por la mitad de los bufetes de la ciudad y que en todos le pidieran bastante más dinero que ella para provisión de fondos, lo mismo llegaba a la conclusión de que la jovencita que le recordaba a su sobrina, o eso le había comentado nada más verla, era la mejor opción.

Abrió el cajón del archivador que había junto a su mesa y metió la carpeta en la sección destinada a la letra F, de Fernández, el apellido de Encarnación. Contempló la carátula de la carpeta, suaves líneas verdes construían la imagen de una diosa Themis, y fluyendo alrededor, una tipografía de aspecto antiguo que rezaba: «Macarena Aguado Márquez». Bajo el nombre, con la misma tipografía y color, pero de menor tamaño, se leía «Abogada».

Al ver el logotipo recordó que había quedado con Marta y con Irene para tomar algo esa misma tarde en Málaga. Volvió a mirar su muñeca, aún tenía tiempo de trabajar un rato más.

Se sentó y tomó la única carpeta que había sobre la mesa, junto a un manido Código Penal y una agenda de Mr. Wonderful.

Al contrario de lo que solía hacer, en la portada no había escrito el nombre del cliente; era necesario abrirla para saber que se trataba del expediente de Mamadou Sené. Macarena leyó por enésima vez el atestado y la declaración de la víctima, y subrayó sobre lo que ya había subrayado anteriormente:

El declarante afirma que, cuando intentó acceder de nuevo a la

discoteca, un portero de raza negra le prohibió la entrada; que el declarante le dijo que su compañero le había puesto un sello en la mano cuando había salido; que el declarante le mostró el dorso de su mano para que viera el sello y que el portero le dio un manotazo y le dijo que ese sello era de ayer; que el declarante se marchó con sus amigos a otro bar cercano, que se tomaron una copa y volvieron de nuevo a la discoteca; que esa vez estaba en la puerta el portero que le había puesto el sello en la mano; que el declarante se acercó a este portero a enseñarle el sello para que lo dejara entrar; que en ese momento apareció, no sabe de dónde, el portero de raza negra que antes le había prohibido la entrada, que lo empujó y le dio un puñetazo en la cara; que, cuando el declarante le recriminó lo que había hecho, este volvió a darle otro puñetazo y le dijo que si volvía a verlo por allí, lo iba a matar…

Macarena había subrayado «portero de raza negra», «no sabe de dónde» y «portero que le había puesto el sello». Durante su turno de preguntas, la joven letrada había insistido en preguntar al perjudicado si estaba seguro de que su cliente era el que le había golpeado: «El declarante contesta que está seguro, que era el único portero negro que había esa noche en la discoteca y que, además, lo reconoció por la ropa». Macarena también había subrayado eso. Se llevó las manos a las sienes, llevaba varios días dándole vueltas al caso y estaba atascada. En condiciones normales, habría tratado de convencer al senegalés de que se conformara; no tenía antecedentes penales, por lo que no pisaría la cárcel siempre y cuando abonara la indemnización. Pero no eran condiciones normales: había alguien muy interesado en que absolvieran a Mamadou, y, aunque no había sido de manera tácita, Macarena leía entre líneas y bajo promesas de gloria que se escondía una advertencia de que más le valía conseguirlo.

El portero se había acogido a su derecho a no declarar por consejo de ella; tenía que aleccionarle bien sobre lo que iba a decir antes de sentarse ante la jueza. Y ese era el problema, ¿qué le iba a decir? Evidentemente, negarlo todo, pero eso no era suficiente. Había pruebas de sobra para condenarlo: estaba en la discoteca esa noche, era el único portero de raza negra trabajando y los testigos de la víctima ratificaban su versión. Para que no lo acusaran debían presentar un relato de los hechos alternativo que fuera creíble y verosímil, no un simple «yo no fui».

El sonido indicándole que un nuevo mensaje de WhatsApp había llegado a su móvil la sacó de sus cavilaciones: «Llego 10 min tarde. *Sorry*». Un emoticono de un pintalabios concluía el mensaje de Irene. Maca miró la hora en la pantalla del teléfono y se sobresaltó. Si no se daba prisa, no iba a llegar diez minutos tarde, sino media hora. Metió

el móvil en su bolso y salió corriendo de la oficina.

Habían quedado en un bar de Teatinos, una de las zonas residenciales de mayor crecimiento de Málaga. No estaba cerca de la playa ni del centro, hacía más frío en invierno y más calor en verano que en el resto de la ciudad, pero estaba junto a la universidad y sus calles estaban repletas de *taperías*, cafeterías y bares de copas con estudiantes colapsando sus terrazas. Los constructores vieron el filón y comenzaron a dibujar un *skyline* de urbanizaciones con piscinas y pistas de pádel, y las llenaron de familias jóvenes de clase media con hijos, lo que hizo que, bajo su sombra, proliferaran negocios, como guarderías, supermercados, farmacias y academias de idiomas.

Localizó a Marta sentada en la terraza de Espresso, el lugar de reunión del grupo de amigas desde que Irene lo pisó por primera vez y le pareció monísimo.

Se sentó frente a su amiga sin abrir la boca, esta tenía la vista fija en su teléfono móvil.

—Irene ha estado a punto de llegar antes que tú. Eso sí que es noticia —exclamó sin levantar la vista de la pantalla.

—¿Hablas conmigo o con la *little people* que vive dentro de tu iPhone? —alegó Maca con ironía.

—Me están preguntando que cómo estoy, que los tengo muy abandonados —contestó Marta mirándola por primera vez desde que había llegado.

—¿De qué habláis, nenitas? —prorrumpió Irene, que acababa de entrar al local y se había dejado caer en la silla.

—De la *little people* —comentó Marta.

—Qué pesadas sois con el colgado ese del Murakami —bufó Irene torciendo el gesto—: que si los gatos, que si las cabras muertas… ¡Ufff!, no se cómo os gusta leer esas cosas… De Marta, lo entiendo, siempre ha sido muy rarita, pero ¿de ti, Maca?

Marta se levantó de la silla, abrazó a su amiga Irene por la espalda y empezó a zarandearla.

—Pobrecita mi Irene, ella que solo lee novelas de Corín Tellado y de Danielle Steele, donde salen maromos sudorosos que llegan a lomos de un corcel blanco, cogen a puritanas como tú de la cintura y les dan

un…

—Déjame, pava —vociferó Irene intentando zafarse del abrazo de su amiga.

Las amigas rieron efusivamente. Les encantaba estar juntas, solo ellas con sus tazas de té humeando frente a ellas y sin nadie que las interrumpiera. En tantos años de amistad, pocas cosas no habían vivido juntas. Y ahí seguían, reuniéndose todas las semanas para ponerse al día. No es que solo se vieran en su cafetería fetiche, también quedaban para cenar, para salir de fiesta o para ir a la playa, ya fuera con los novios que tuvieran en ese momento, con compañeros de clase o con otros amigos. Pero, aunque se hubieran visto la noche anterior, la reunión frente a su taza humeante nunca fallaba. Era casi una religión para ellas.

—Maca, qué callada estás. ¿Te pasa algo? —le preguntó Irene cuando consiguió que Marta la dejara en paz y volviera a su sitio.

—No, nada, trabajo —respondió Macarena.

—Si es que a quién se le ocurre montarse un despacho por su cuenta, con la de trabajo que da eso… —exclamó Irene condescendiente.

—No le hagas caso, Maca, tú di que sí. Vivan las mujeres emprendedoras que no quieren ser esclavas de sus puestos de trabajo. Yo un día de estos me voy de la agencia y…

—¡Monto un estudio de diseño! —gritaron Irene y Macarena al unísono.

—Vosotras sí que sois pavas —murmuró Marta con una sonrisa disimulada en los labios.

Macarena abrió el bolso y comprobó su móvil por si había recibido algún mensaje. En ese momento llegó el camarero y les preguntó qué iban a tomar.

—Yo quiero un té pakistaní —pidió Marta.

—Yo un rooibos relax —añadió Irene.

—Es que está muy estresada la pobre —dijo Marta en un claro intento de ligar con el camarero—. ¿Y tú qué quieres, Maca? —Le propinó un codazo a su amiga para que levantara la vista de la

pantalla de su móvil.

—Yo… —Macarena alzó los ojos y se quedó petrificada. Un enorme camarero de piel color ébano la miraba desde la magnitud de su altura. Mostraba una amplia sonrisa blanca y sus profundos ojos marrones la miraban expectantes—. Mama…

—¿Maca? —la cuestionaban sus amigas divertidas.

—Yo… quiero… un capuchino —concluyó la joven.

—A Maca le ha gustado el negro, a Maca le ha gustado el negro… —comenzó a canturrear Marta cuando el camarero se hubo marchado.

—No es eso —alegó Macarena—. Es que…

—Es que… tiene ganas de probar algo exótico —exclamó Marta y separó las palmas de las manos simulando un gran tamaño.

—Qué guarra eres —bufó Irene.

—No es nada de eso, chicas. Es que por un segundo pensé que se trataba de otra persona —murmuró Maca.

—Normal —añadió Irene—. Cuando voy al paseo marítimo a por algún bolso, me tiro un rato intentando localizar al que siempre me los vende. Son todos iguales.

—Sobre todo por la noche y metidos en la cama —voceó Marta.

—Estás siempre igual. A ver si te echas un novio ya y te relajas —protestó Irene.

—¿Novio yo? Con lo bien que estoy sola, sin nadie que esté todo el día controlándome y como un perro en celo cada vez que estamos a solas.

Hacía un par de meses que Marta había pillado a Felipe, su último novio, hablando con una tía en una de esas *apps* para ligar. Él se defendió alegando que estaba haciendo un experimento sociológico sobre la verosimilitud de los perfiles de los usuarios comparándolos con su personalidad en la vida real. La verdad es que Felipe siempre había sido un tío gracioso, pero, claro, a Marta esta vez no le hizo ninguna gracia, así que directamente le dijo que se fuera a la mierda a escribir una tesis sobre los beneficios de masturbarse a dos manos. Desde entonces estaba un tanto tensa y cualquier tema de

conversación que tratara sobre «pon un hombre en tu vida» hacía que se mantuviera a la defensiva.

—¿Y tú no tienes nada que contarnos? —se dirigió Macarena a Irene—, que me ha dicho un pajarito que te vio cenando muy bien acompañada.

—Bueno, bueno, cuéntanos, que ese pajarito a mí no me ha dicho nada —añadió Marta intrigada.

Irene se sonrojó ligeramente.

—¿Os acordáis del funcionario del juzgado de Málaga que me parecía tan mono? —Sus amigas arrastraron sus sillas para quedar más cerca de ella—. Pues el otro día, que tuve que ir a su juzgado para preguntar por unos escritos, me puse a hablar con él y, como era casi mediodía, pues acabamos hablando de comida: que si las hamburguesas del Nómadas, que si el *sushi* de Óleo…. Una cosa llevó a la otra, y, cuando salí por la puerta del juzgado, tenía su número apuntado en mi agenda y una invitación para cenar ese fin de semana.

—¡Qué callado te lo tenías, nenita! —se indignó Marta—. ¿Cuándo nos lo vas a presentar? ¿Tiene amigos guapos? ¿Con dinero?

—No vayas tan rápido, Martita, que todavía no es nada serio —exclamó Irene.

—Ya, nada serio. Que te conocemos de sobra, cariño —murmuró Macarena.

En ese momento llegó el camarero y puso sobre la mesa el capuchino además de las teteras, las tazas y un cronómetro.

—¿Sabéis cómo funciona? —les preguntó.

Irene iba a decirle que sí y darle las gracias, pero Marta se adelantó:

—Pues la verdad es que no lo recuerdo muy bien. ¿Podrías explicárnoslo de nuevo?

Sus amigas la miraron sorprendidas, pero le siguieron la corriente.

—Pues dejáis las infusiones reposando hasta que el cronómetro llegue a cero. Entonces ponéis las teteras encima de las tazas y se

llenan automáticamente.

—¿Automáticamente? —preguntó Irene uniéndose a la pantomima—. ¿No tenemos que darle a ningún botón?

—No tenéis que darle a nada; los bordes de la taza aprietan la base de la tetera y hace que salga el líquido —les explicó el camarero en un perfecto castellano con acento malagueño.

Macarena lo miraba de reojo, no quería dar la sensación de que estaba flirteando con él. Los rasgos pronunciados pero suaves al mismo tiempo, la piel tersa, la fuerte musculatura, la aparente calma que mostraba. El parecido con Mamadou era considerable, y, aunque si bien mirándolo detenidamente las diferencias eran apreciables, a unos metros de distancia, de noche y con una ligera intoxicación etílica, la cosa cambiaba. Una idea que llevaba dando vueltas en su cabeza desde hacía un rato comenzó a tomar forma.

—La verdad es que está para que te haga un hijo —exclamó Marta entusiasmada.

—¿Un hijo? —Macarena seguía sumida en sus pensamientos.

—Maca está en su mundo hoy. ¿Estás pensando en trabajo o en el mulato esta vez? —la interrogó Irene.

—Pues un poco en los dos —respondió Macarena saliendo de su trance—, aunque de mulato tiene poco, la verdad.

El cronómetro que les había dejado el camarero llegó a cero y las tres amigas soltaron un gritito de alegría.

—Una, dos y… tres —entonaron al unísono y pusieron las teteras encima de sus tazas. Y, tal y como el camarero les había explicado, estas comenzaron a llenarse poco a poco de la humeante infusión.

Macarena conducía de vuelta a casa después de una liberadora y abrumadora tarde junto a sus amigas. Marta era diseñadora gráfica; se había encargado de todo el material gráfico de su despacho, sin cobrarle nada, por supuesto. Era la más alocada de las tres, creativa, hípster, *freak, nerd, geek,* etc., y cualquier otro anglicismo que tuviera alguna relación con la tecnología. Por contra, Irene era la princesa del grupo. Siempre a la última en moda, maquillaje y tratamientos de belleza. Había estudiado Derecho, al igual que ella, y habían trabajado como pasantes en el mismo bufete cuando terminaron la carrera. Mientras que Macarena había optado por trabajar por cuenta propia, a

Irene la acababan de contratar en el mismo despacho en el que habían hecho las prácticas. Macarena sabía que ella podría haber tomado el mismo camino: cobrar un moderado salario trabajando para algún despacho en vez de pelearse con los números para salir adelante sin tener que pedir ayuda a sus padres. Su amiga siempre se lo reprochaba, pero Macarena Aguado nunca había optado por el lado fácil de la vida.

La joven pensaba en sus amigas, cada una extraordinaria a su modo, parecían una suerte de Spice Girls andaluzas. Aunque lo cierto era que, exceptuando esas ligeras pinceladas estilísticas y sus preferencias a la hora de abrir un libro o visionar una película, en el fondo eran semejantes. A Macarena le gustaba pensar que eran como una mesa con tres patas, tres patas de diferentes formas y colores, pero que ejecutaban a la perfección la función para la que habían sido hechas: sostener la mesa firmemente sobre el suelo para que no cayera.

No conseguía quitarse de la cabeza al camarero de la cafetería. Según Irene, todos los negros eran iguales. Era una afirmación exagerada y, aunque lo decía sin maldad, también era un tanto racista. Pero la había hecho reflexionar. Lo que tenía en mente era bastante arriesgado: si salía mal, no le quedaría otra que convencer a Mamadou para que se conformara con lo solicitado por el fiscal. Pero algo en su cabeza le decía que podía funcionar, sobre todo si le pedía ayuda a su cliente. «Mañana mismo lo llamo», se dijo mientras aparcaba el coche después de callejear durante un buen rato, cogía su bolso del asiento del copiloto y se dirigía a casa con una sonrisa en los labios.

6. ALONSO

Y beber todo ese batido

Acompañarlo después con vino

Beber hasta emborracharme

Hasta caer rendido y levantarme

(Lori Meyers, *Emborracharme*)

Alonso Quero empujó la puerta abatible y atravesó el umbral. Un olor rancio a grasa y alcohol lo golpeó nada más entrar. Se trataba del típico bar castizo que uno encontraba cada pocas manzanas dando un paseo por cualquier barrio de la ciudad. Un mostrador cromado atravesaba el espacio a lo ancho, delimitando la frontera entre el camarero y los clientes. Sobre ella, una nevera llena de bandejas con raciones de boquerones en vinagre, ensaladilla rusa y otros platos de la gastronomía local. Había unas pocas mesas desperdigadas, ocupadas en su mayoría por jubilados que bebían dando pequeños sorbos a sus carajillos, leían el periódico y debatían con vehemencia con el resto de los parroquianos sobre las noticias del día.

Quero hizo un barrido rápido y localizó a su padre sentado en un taburete de la barra frente a un solitario café. Pese a estar solo, parecía estar enfrascado en algún tipo de discusión con unos hombres en el otro extremo del mostrador. Se acercó hasta él y percibió el característico olor agrio que delataba a los alcohólicos.

—Buenos días, papá.

El hombre se giró y una triste sonrisa se dibujó en su rostro.

—Hola, hijo. ¿Cómo has sabido dónde estaba? —le preguntó.

—¿Olvidas que soy policía? —exclamó Alonso.

—Claro, hijo, cómo olvidarlo —comentó el hombre para sí mismo.

Quero observó a su padre: tenía los ojos vidriosos, estaba sin afeitar y tenía pinta de llevar varios días sin pegarse una ducha; una finísima telaraña rosácea comenzaba a formarse alrededor de su nariz, cada vez más abultada y deforme.

—¿Qué bebes? —preguntó el policía.

—Un café, hijo, ya sabes que no puedo comer nada por la mañana.

Quero se acercó al vaso y olisqueó su contenido.

—¿Café? —volvió a interrogarlo.

—Miguel le ha echado un chorreón de brandi —se justificó el padre— para calentarme el cuerpo.

El joven se giró hacia la barra en busca del camarero.

—Miguel, ponle un pitufo mixto a mi padre.

—Alonso —vociferó este—, ya te he dicho que no me entra nada tan temprano.

—Papá, tienes que comer algo. Un día de estos vas a caer malo como no te cuides.

—Para lo que sirve cuidarse… —murmuró apesadumbrado.

—¿Por qué no te vas a Toledo una temporada? He hablado con la tita Carmela, y ahora que la Carmelita se ha ido a vivir con su novio, se le ha quedado una habitación libre.

—¿Y qué voy a hacer yo en Toledo? —volvió a quejarse—. Además, allí hay demasiadas cosas que me recuerdan a tu madre.

Pequeñas lágrimas comenzaron a agolparse en la comisura de sus ojos.

—Aquí también viviste muchas cosas con mamá, y seguramente mucho más tristes que las que vas a recordar en vuestra ciudad natal —insistió Alonso.

El padre abrió la boca con la intención de replicar, pero se lo pensó mejor y la cerró. Sabía que su hijo llevaba razón. No podía seguir con esa vida, pegado al taburete de cualquier bar como un objeto de decoración más. Apenas comía, y el aseo no se encontraba dentro de sus preferencias. Solo se preocupaba de beber, beber y beber, y de vez en cuando, de recordarse a sí mismo lo jodidamente injusta que había sido la vida con él. Pero volver a Toledo, la ciudad donde Antonio Quero y Antonia Mendoza se conocieron cuando apenas contaban con diecisiete años, donde habían noviado, donde se

habían casado y donde había nacido su primer y único hijo, se le hacía cuesta arriba cada vez que se lo planteaba. Aunque nunca se lo hubiera contado a su hijo, desde la muerte de su querida esposa siempre había querido volver a su tierra, pero nunca reunía el suficiente valor para hacerlo y acababa volviendo con la cabeza gacha a su pequeño mundo de fantasía etílica.

Antonio cavilaba sobre esas cuestiones cuando el tono de llamada del móvil de su hijo le hizo sobresaltarse.

—Dime, Matas… Vale, vale… Nos vemos en comisaría —contestó Quero.

—Papá, tengo que ir a comisaría, dime por lo menos que te pensarás lo de Toledo. —Se acercó y lo besó en su desmadejada y grasienta cabellera. Antes de marcharse se acercó al camarero, apuntó su número de teléfono en una servilleta y le pidió que no dejara a su padre que bebiera todo lo que quisiera, que, si tenía algún problema, lo llamara.

—Adiós, hijo, cuídate. —Pero Quero ya había salido por la puerta.

Media hora después había aparcado su turismo en el *parking* de la Comisaría de la Policía Nacional de Fuengirola, había pedido un café para llevar en el bar de la esquina y había entrado al edificio.

Matas y Cuevas lo esperaban sentados con sendos cafés y con cara de haber dormido poco.

—¿Noche movida? —bromeó.

—¿Has venido gracioso esta mañana? ¿Qué pasa? ¿Que ayer pillaste cacho? —le siguió el juego Matas, provocando que su compañera se ruborizara.

—Más quisiera él —añadió González, que en ese momento entraba por la puerta de la sala de juntas y se unía a la fiesta dándole una palmadita en el hombro al subinspector.

—Desde luego que no se puede decir nada —se quejó Alonso—. Bueno, dejemos a un lado las bromas y vamos al lío. Contadme cómo os ha ido con el Fernan.

Marta Cuevas dio un sorbo al vaso de cartón que tenía en la mano y se puso en pie.

—La mayor parte del tiempo no ha hecho nada excepcional: amigos, novia, familia y poco más. Se pasa el día con el móvil pegado a la oreja y sin moverse de las Cañadas, aunque las grabaciones de SITEL tampoco nos han aportado nada interesante. Las he dejado en tu mesa junto con las transcripciones más importantes.

—Todo ha sido muy aburrido hasta ayer —añadió Matas al relato de su compañera.

—¿Hasta ayer? —se interesó Quero.

—Ayer la cosa se puso interesante. —El semblante profesional de la agente Cuevas mudó en una media sonrisa de satisfacción.

Alonso sintió una ligera punzada en la boca del estómago. Siempre había sentido una especial predilección por Marta tanto a nivel personal como profesional, aunque trataba de ocultarlo por ambos motivos. Una nube de decepción aún rondaba por su cabeza y tenía demasiadas cosas en las que pensar todavía. La operación Blackbook se había iniciado gracias a ella: fue la que descubrió la posible relación del Tala con el Negro y la que lo convenció de que hablara con Vila para que diera luz verde a la investigación.

Había sido un mal día: no había dormido nada en toda la noche, comprobando cada treinta segundos si Laura contestaba sus mensajes. Sabía que no iba a hacerlo, le había dejado bien claro que sus vidas debían discurrir por caminos diferentes. Alonso lloraba sin lágrimas cuando una joven agente recién desembarcada en el grupo de estupefacientes se le acercó con un café en la mano y pidió permiso para hablar. El subinspector asintió con un gruñido, temiendo que la conversación versara sobre los días de vacaciones, las horas extras o las mejores guarderías de la zona. Pero, cuando Marta Cuevas relató su historia en los juzgados de Torremolinos, no pudo más que contemplarla maravillado. Había estado buscando información sobre la banda del Negro y sabía que el cuerpo llevaba un tiempo detrás de ellos. Estaba convencida de que Manuel Jesús Talavera era el eslabón más débil de la organización, así que lo miró fijamente a los ojos y con determinación le dijo que no la viera como «a una niña mona que no tiene ni puta idea de lo que es la UDYCO». Y Alonso no tuvo más remedio que hacerle caso a su instinto y confiar en ella.

—Lo seguimos a una de esas reuniones exprés —la agente continúo hablando, interrumpiendo los pensamientos de Alonso—. Recibió una llamada corta, de no más de diez segundos, y salió disparado en el coche hasta una cafetería de la avenida de Mijas. Allí

se reunió con el Yiyo, hablaron durante un rato y luego se marcharon.

—¿Los dos juntos? —se interesó Quero.

—No, primero salió el Fernan. El Yiyo estuvo hablando un rato más con el móvil mientras apuraba la bebida.

—¿Estaba nuestro espectador de honor presente? —preguntó Alonso.

—Por supuesto —respondió Matas—, sentado a un par de mesas de distancia.

—Decidme que pagó con tarjeta o que localizasteis su coche —se esperanzó Quero.

—Pagó en efectivo —respondió Matas—. Marta se quedó vigilando la cafetería y siguió a nuestro hombre a pie hasta un edificio del Boquetillo.

—Preguntad por la zona, a lo mejor alguien lo conoce, pero con cuidado, no queremos levantar sospechas —afirmó el subinspector—. ¿Tenemos la transcripción de la llamada?

Matas cogió una hoja que había sobre la mesa de su escritorio y se la entregó: «Diez minutos. Granier, avenida de Mijas».

—¿Habéis localizado el teléfono desde el que realizaron la llamada?

—Es un prepago de esos que venden en los locutorios de forma pirata. Pensamos que la pudo hacer nuestro hombre desde la cafetería, pero son solo conjeturas —se lamentó el agente.

—Pero la cosa no acabó ahí —añadió Marta ante la mirada de sorpresa de su superior—: después de la reunión volvió a su casa y estuvo hablando por teléfono con Antonio Sánchez Moreno, natural de La Línea de la Concepción y primo hermano por parte de madre. Le estuvo preguntando por varias personas: el Nene, el Jesule, el Melli y algunos más. Quería saber si eran legales, si había trabajado con ellos alguna vez y cosas así, como pidiéndole referencias, aunque sin usar términos que lo comprometiesen. Por lo visto, quiere bajar a La Línea la semana que viene para reunirse con ellos.

—Hay que llamar a la comisaría de La Línea y que nos faciliten el historial de todos —exclamó Quero.

—Ya hemos hablado con ellos y nos han enviado un dosier con la información. Son todos lancheros que suelen trabajar por libre —respondió Matas

—¿Y de su primo sabemos algo?

—Lo llaman el Moreno y lleva metido en el negocio de la droga desde que era un crío, aunque los compañeros no tienen constancia de que sea alguien demasiado importante.

—Buen trabajo, chicos —se mostró satisfecho Quero.

Se acercó hasta la gran pizarra blanca que había en la pared y dibujó una flecha descendente debajo de la foto de Fernando Alarcón Sánchez. Bajo esta y precedidas por un guion, escribió los nombres por los que había preguntado.

—Voy a descartar a su primo, doy por hecho que solo lo ha llamado para obtener información —comenzó el discurso Alonso—, por lo que vamos a centrarnos en los conductores de las gomas. Parece que el Fernan es quien está preparando los portes entre Marruecos y España, y ahí es donde debemos centrarnos. —Quero hizo una pausa y dio un largo trago al café que tenía en la mano—. Tenemos a los conductores, puede que todos vayan a ir cargados de fardos o que alguno vaya de señuelo, así que es prioritario pinchar sus teléfonos. No creo que sean tan precavidos como los Carmelos —miró hacia la única mujer de la sala—. Marta, cuando termines con las transcripciones, comprueba si en los dosieres vienen los teléfonos, y, si no, llama a la comisaría de La Línea de nuevo a ver si te los pueden facilitar.

—Me pongo a ello —contestó la agente.

—Y cuando los consigas prepara el oficio para solicitar al juez autorización para intervenirlos. Matas —espetó el subinspector dirigiéndose hacia el otro agente—, quiero una baliza en el coche del Fernan para cuando se reúna con los conductores. Prepáralo para entregarlo en el juzgado junto con las intervenciones telefónicas.

—Oído cocina —respondió el policía.

—El juez nos va a cortar las alas como empecemos a pedir tantas cosas —exclamó González.

—Hemos tenido suerte y la causa ha caído en el número 1. El juez de allí suele jugar al pádel con Vila, así que, mientras que no nos

pasemos de la raya, tenemos bastante manga ancha —contestó Alonso.

—Esperemos que lleves razón. Por cierto, ¿has desayunado?

Alonso alzó su vaso de cartón, dando a entender que era la único que había tomado.

—Pues vamos a lo de Cristóbal, que te invito —lo animó su compañero cogiendo su cazadora vaquera del perchero y abriendo la puerta de la sala.

—¿Tenemos algo que celebrar? —se extrañó Quero.

—Después de tantos meses parece que empezamos a ver algo de luz, ¿te parece buen motivo? —le preguntó el oficial.

—Suficientemente bueno —asintió Alonso.

La cafetería de Cristóbal era el lugar de reunión habitual tanto de los policías que trabajaban en la comisaría como de los ciudadanos que pasaban por ella para resolver algún asunto, lo que creaba situaciones a veces algo comprometidas. No era extraño ver a una persona que había pasado la noche en el calabozo tomando café junto a la mesa del policía que lo acababa de poner en libertad o del que lo había detenido.

Alonso Quero y Mario González se sentaron en una de las pocas mesas libres que había en el interior.

—¿De qué quieres el bocadillo? —lo interrogó Mario.

—Pregunta si queda tortilla de patatas.

—¿Y si no?

—Pues entonces pídeme lo mismo que tú —le respondió después de habérselo pensado durante unos segundos y ser incapaz de decidirse.

El policía se acercó hasta el mostrador donde se encontraba Cristóbal con su omnipresente delantal blanco. Llevaba más de treinta años detrás de la misma barra, pudiendo contarse con los dedos de las manos los días de vacaciones de los que había disfrutado en todo ese tiempo. Cocinaba, atendía la barra y las mesas, limpiaba, trataba con proveedores, y hasta él mismo presentaba la declaración de la renta. En ciertos momentos puntuales alguna de sus tres hijas le echaba una

mano, pero, como norma general, era él mismo el encargado de todo lo referente a su negocio.

Mario se dejó caer en la silla cuando volvió de pedir. Tenía buen aspecto y rebosaba energía. Diez años viviendo en pareja, dos hijos, de tres y seis años respectivamente, y se levantaba cada mañana con una sonrisa en los labios. Alonso sentía envidia sana, González se había convertido en lo más parecido a un amigo desde que había desembarcado en la comisaría de Fuengirola. Marisa, su mujer, se hizo muy amiga de Laura, así que era habitual que, cuando conseguían colocar a los pequeños con sus abuelos, saliesen a cenar juntos los cuatro, cuando aún eran cuatro.

—Tienes cara de preocupación —aseveró González.

—Trabajo, ya sabes cómo me implico en estos casos —respondió Quero.

—Alonso, te conozco desde hace años, y el trabajo nunca te ha preocupado —afirmó Mario—. Dime qué te pasa.

—Se trata de mi padre —se sinceró Quero—. He estado con él esta mañana, lo he encontrado en el bar con un carajillo en la mano y apestando a alcohol.

—¿Por qué no lo mandas a Toledo?

—Se lo he propuesto, y me ha prometido pensárselo.

—Ya es algo, ¿no? —lo animó Mario.

—Dice que cada rincón de Toledo le recuerda a mi madre y que no quiere pasarse el día entero llorando. Supongo que prefiere pasárselo bebiendo —afirmó Quero apesadumbrado.

—Lo ha pasado mal. Era la única familia que tenía aquí, y tu ruptura con Laura tampoco lo ha ayudado.

—¿Qué tiene que ver nuestra ruptura en esto?

—Un nieto al que llevar al colegio o con el que jugar al fútbol en el parque le hubiera dado un motivo por el que mantenerse sobrio cada día.

—Un nieto…

Laura se había quedado embarazada varias veces en los últimos

años, pero siempre acababa sufriendo un aborto antes de que se cumpliera el primer trimestre. Un hijo lo habría cambiado todo, habría hecho que sus vidas se hubiesen mantenido paralelas. Pero su incapacidad para llevar a término el embarazo la había acabado hundiendo. Era incapaz de mirar a Alonso a la cara sin pensar que él era el culpable de su desgracia. Él, que solo tenía que depositar su semilla y esperar a que la naturaleza siguiera su curso. Él, con sus millones de espermatozoides sanos y fuertes que aguardaban ansiosos la bajada del puente levadizo de un castillo vacío. Él, que no tenía que convivir con un útero egoísta que la privaba del sueño de ser madre. Cada lágrima que derramaba Laura sobre su vientre plano la alejaba un poco más del que en otro tiempo fue el amor de su vida. Al principio dejó de querer acostarse con él, y Alonso lo entendió. No quería volver a sentir la frustración de que un hijo se consumiera en su vientre. Después dejó de hablarle, llevando sus conversaciones a simples cúmulos de monosílabos y onomatopeyas. Y Alonso lo entendió. Estaba deprimida y necesitaba su espacio antes de retomar su vida. Y entonces un día se marchó, sin más excusa que sus vidas debían discurrir por caminos diferentes. Y ahí Alonso no lo entendió, o quizás lo entendió todo.

—¿Sabes algo de ella? —le preguntó González.

—No desde que se marchó.

Alonso miró a su compañero y descubrió en su mirada que él sí que había tenido noticias de ella. No lo culpaba, lo normal era que Marisa hubiera estado al tanto de los problemas de su amiga y que hubiese aventurado lo que iba a suceder. González le dedicó una mirada contrita. Alonso sabía que habían estado en contacto, pero no quería comprometer a su amigo, así que simplemente calló y se lanzó a devorar el bocadillo de tortilla de patatas con mayonesa que Cristóbal acababa de dejar en la mesa.

—Pues Marisa tiene una compañera nueva…

—No me jodas, Mario —lo cortó Quero, escupiendo pequeñas migajas de pan y tortilla—, todos los días quieres liarme con alguien: que si una mamá del cole que se acaba de separar, que si una compañera de trabajo de Marisa, que si la vecina del quinto…

—Estás muy solo, amigo, necesitas alguien a tu lado que te recuerde qué día de la semana es. Y, además —Mario pasó el brazo por encima de los hombros de Alonso—, Marisa y yo necesitamos una pareja con quien salir de juerga.

—Pues pídeselo a Expósito, ya sabes que está deseando que salgáis a cenar juntos —alegó Alonso.

—Una y no más. Ya salimos a cenar con ellos una vez y vaya coñazo de tía, no paraba de repetir lo buena madre que era y lo malas madres que eran las demás. Marisa me miraba con cara de circunstancias, sin ver la hora de volver a casa.

Alonso y su compañero rieron juntos. En ese momento Marta Cuevas apareció por la puerta del local, se acercó al mostrador y pidió un café y un bocadillo para llevar. Alonso la miró de reojo. Rubia, metro sesenta y de complexión atlética, vestía unos pantalones vaqueros desgastados, zapatillas Converse blancas y una sudadera roja de capucha, con el logo de una universidad americana en la pechera. Era diametralmente opuesta a Laura. No era especialmente vistosa, pero, si dedicabas unos segundos a estudiar sus facciones, descubrías que, bajo una casi total ausencia de maquillaje, escondía una belleza limpia, natural. De las que no se consiguen en un salón de belleza.

Laura no salía de casa sin maquillar y solo se bajaba de los tacones cuando iba a clases de pilates. Aunque era realmente hermosa, estaba obsesionada con el espejo. Maquillaje, dieta, ropa, complementos, tacones, gimnasio y un largo etcétera de preocupaciones que hacían que no disfrutara de su medianamente privilegiada vida. Alonso adoraba observarla mientras se plantaba delante del armario indecisa o cuando deslizaba con esmero el pincel por su rostro, o el aroma a cítrico que desprendía su piel al salir de la ducha. Adoraba tantas cosas de ella…, tantas como las que comenzó a odiar el día que se marchó.

—Deberías invitarla a salir —exclamó González.

—El trabajo y la vida en pareja son actividades tan sumamente complicadas como para querer mezclarlas entre sí. —Alonso no se preocupó en disimular sobre que no sabía a quién se refería.

—Ese es tu problema: no sabes dar un primer paso sin dar el segundo y el tercero antes —lo atacó Mario—. ¿Quién está hablando de vida en pareja?

—Entonces, ¿qué sugieres? ¿Que echemos un polvo y al día siguiente como si nada? Que no tenemos veinte años, Mario.

—Joder, tampoco te estoy diciendo eso. Simplemente que salgáis juntos algún día y, si surge algo, pues bienvenido sea. No hace falta que te comprometas por adelantado. Si las cosas tienen que pasar,

pasarán —sentenció Mario.

Quero deslizó su mirada hacia la agente Cuevas y, sin apartar la vista de ella, se dirigió a su amigo:

—Quizás tengas razón, hace varios meses desde lo de Laura. ¿Crees que le gustará el *sushi*?

7. MACARENA

Coge este tren que se te ofrece, y vete libre, vive, crece ¡Sé tu jefe!

(Kase.O, *Libertad*)

Una mano le ofrecía un bolígrafo azul y la otra le indicaba el lugar donde debía firmar. Llevaba días con un nudo anclado en la boca del estómago y no lograba dilucidar si se trataba de miedo, euforia o simple nerviosismo. Sabía que con esa firma el asunto quedaba resuelto, o casi. Siempre cabía la posibilidad de que la otra parte recurriera la resolución, aunque no creía que eso modificara el resultado. Había dado un jaque mate en toda regla. Una presión le ascendía por el esófago, dejándola exhausta. Necesitaba parar un segundo y tomar aire. Cualquiera diría que andaba enamorada, pero Macarena sabía que no era así, había estado enamorada antes. Aquí no había mariposas que la hicieran flotar ni sentía deseos de cantarle al cielo. La congoja que la atormentaba era diferente, trataba sobre su trabajo, su futuro, su vida. Había precisado de grandes dosis de imaginación y de trabajo duro para lograr que la jueza archivara la causa de Mamadou, una causa que nacía prácticamente con una condena adosada a ella. Nadie hubiera apostado por un resultado distinto, ni siquiera la propia Macarena. Sin esa llamada, lo más probable es que hubiese acabado llegando a un acuerdo con la fiscalía, una llamada que la había asustado y motivado al mismo tiempo, y que había conseguido que la joven letrada exprimiera todas sus neuronas al máximo.

Macarena cogió el bolígrafo y firmó debajo de su nombre. El funcionario revisó que estaba todo correcto, cerró el expediente y le entregó una copia del auto de sobreseimiento de la causa.

—Gracias, Antonio. —Le sonrió la joven.

—Gracias a ti. —Le devolvió la sonrisa el funcionario—. Un expediente menos en el armario.

—Hemos tenido suerte —respondió la abogada mientras guardaba la copia de la resolución en una carpeta que sacó de su enorme bolso.

—Suerte ha tenido tu cliente de que estuvieras de guardia ese día —resonó una voz a sus espaldas.

Macarena se giró. El que había hablado era Sergio, el compañero de Antonio. Lucía su característico *look indie* de camisa estampada y

gafas de pasta. Macarena le sonrió ligeramente ruborizada. Lo cierto era que la joven había llegado a hacer bastantes migas con él. Cada vez que llegaba al juzgado un poco perdida, Sergio la calmaba y la orientaba sobre lo que debía hacer. Una de las claves de que la rueda de reconocimiento de Mamadou hubiera ido tan bien había sido él; se había encargado de coordinarlo todo para que el perjudicado no se hubiera cruzado con ninguno de los miembros que iban a formar la rueda. Que, aunque si bien parecía algo lógico, lo cierto era que las deficientes infraestructuras de las sedes judiciales españolas hacían que fuera necesario hacer encaje de bolillos para que esto no sucediera.

—Tan solo he hecho mi trabajo —se justificó la letrada.

—Pero debes de reconocer que te lo has currado bastante, la mitad de tus compañeros no se hubieran preocupado siquiera de prepararse la declaración de su cliente.

—Supongo que sí. Acabo de empezar, así que no tengo más remedio que estudiarme bien las causas.

En ese momento entró una mujer mayor que requirió la atención de Sergio, lo que Macarena aprovechó para despedirse y marcharse del juzgado. Quería llamar a Mamadou para darle las buenas nuevas, pero no quería hacerlo en mitad de la sede judicial, así que salió a la calle y marcó su número de teléfono.

Un tono, dos tonos, tres tonos.

—¿Sí? —respondió una voz grave.

—Mamadou, soy Macarena Aguado, tu letrada. —Y le dio un par de segundos para que la ubicara antes de continuar—. Acabo de salir del juzgado y tengo buenas noticias para ti.

—¿Qué noticias? —Si el senegalés sentía algún tipo de curiosidad por lo que iba a decirle, no lo demostraba.

—Han archivado la causa. La jueza dice que no ha quedado suficientemente acreditado que tú fueras el autor de la agresión.

—Bien. —Había salido airoso de una condena segura, y no mostraba el menor indicio de alegría, satisfacción o alivio.

La primera vez que la joven habló con él, creyó que esa frialdad que exteriorizaba era debido a que se encontraba detenido o a que no

confiaba en ella aún, pero, en las pocas veces que habían vuelto a hablar, Macarena había llegado a la conclusión de que no corría sangre por sus venas.

—La resolución todavía no es firme, la otra parte puede recurrirla todavía, aunque en el juzgado me han comentado que no creen que esto ocurra.

—Gracias. Los jefes se alegrarán.

Macarena colgó el teléfono contrariada. No pretendía que su cliente mostrara la misma euforia que ella; por lo poco que lo conocía sabía que algo así era impensable. Pero echó en falta alguna muestra, aunque fuera pequeña, de alegría o de agradecimiento por su parte. Pero ese era su trabajo, no podía tomárselo todo como si se tratara de algo personal. Cruzó la calle y se dirigió a su despacho para seguir trabajando, pero a medio camino decidió que no estaría mal tomarse el resto del día libre. En el fondo se lo había ganado, así que llamó a su madre por teléfono y le dijo que la esperaran para comer.

El proyecto Nueva Ciudad de Puerta Blanca empezó a construirse en los años 60 sobre un campo de caña de azúcar. La idea era crear una serie de apartamentos turísticos, pero el desplazamiento masivo de familias desde los pueblos del interior hacia la capital acabó convirtiéndolo en uno de los barrios obreros más castizos de la ciudad. Las edificaciones se distribuían a ambos lados de la avenida Gregorio Diego. La parte más antigua estaba conformada por pequeños bloques de cuatro plantas de ladrillo visto, desprovistos de ascensor y separados entre sí mediante anodinos jardines. Hacia la mitad de la avenida, se encontraba el mercado municipal, delimitando la frontera entre la parte antigua y la menos antigua. Un conjunto de torres que se alzaban como gigantes y como signo del carácter residencial que había acabado adquiriendo el barrio. El constante ajetreo que vivían sus calles creaba una extraña calma en Macarena: niños jugando al fútbol, peleándose, chillando; personas mayores y amas de casa que hablaban a voces desde las ventanas de sus casas; coches parados en doble fila haciendo gala del potencial de sus recién estrenados equipos de audio. Era su barrio, el que la había visto nacer y crecer, reír y sufrir, enamorarse y desenamorarse. Poseía un encanto propio, un encanto que solo los que se habían criado a la sombra de sus calles entendían.

Macarena abrió el portón de su bloque, subió por las escaleras hasta la segunda planta y se plantó frente a la puerta de su casa con las llaves en la mano. Aunque adoraba vivir con sus padres,

independizarse se había convertido en una gran ambición. Pero para eso necesitaba dinero, y hasta ahora los exiguos ingresos que generaba su bufete apenas le daban para pagar el alquiler de la oficina. Tenía esperanzas en que el caso de Mamadou le hiciese ganar reputación y que los clientes hicieran cola en la puerta de su despacho. Bueno, tampoco era necesario que hicieran cola, con que entrasen más a menudo se conformaba.

El apartamento de sus padres estaba hecho a la medida de ellos: austero y sobrio al mismo tiempo. Muebles de roble de estilo clásico se esparcían por la vivienda, muebles de los de antes, de los que ya no se hacían, como le gustaba repetir a su madre cada vez que Macarena le proponía hacer una excursión a Ikea para renovar el mobiliario. Pinturas de bodegones se alternaban en las blancas paredes de gotelé con fotografías familiares: Macarena con un traje de gitana en la feria de Málaga, Macarena con un pomposo vestido blanco el día de su primera comunión, Macarena con un colorido vestido estampado junto a sus padres el día de su graduación…

—¡Hola, mamá! —saludó impetuosa la joven.

—¡Hola, cariño! —le respondió su madre asomando la cabeza por la puerta de la cocina e inundando la estancia del inconfundible aroma de su exquisito estofado de ternera.

—Estofado. Mmm…. —se relamió Macarena mientras estampaba un sonoro beso en su mejilla.

—¿Cómo es que no te has quedado a comer en la oficina? ¿Ha pasado algo? —Y unas profundas arrugas de preocupación se marcaron en su frente.

—No, mamá. Bueno, sí ha pasado algo, pero es algo bueno. Luego os lo cuento en la comida —le restó importancia la joven—. ¿Dónde está papá?

—Tiene que estar al llegar —respondió su madre—. Ve poniendo la mesa, que a la comida le queda muy poco.

Macarena sacó un mantel a cuadros azules y blancos de un cajón de la cocina, y lo colocó sobre la robusta mesa ovalada del comedor. Dispuso tres juegos de cubiertos, tres vasos y tres servilletas; llevó la jarra del agua, y acomodó la barra de pan, que, por supuesto, no podía faltar cada vez que su madre preparaba estofado. La joven pegó un pellizco a uno de sus extremos y se lo llevó a la boca. Llevaba sin comer nada desde primera hora de la mañana y estaba hambrienta.

No había terminado de poner la mesa cuando vio aparecer a su padre por el umbral de la puerta de entrada. La miró y le dedicó una de sus eternas sonrisas.

—Venga, sentaos a la mesa a comer. —Su madre apareció por el pasillo con dos platos hondos llenos hasta el borde—. Macarena, trae el plato que falta, y Antonio, suelta la maleta y lávate las manos.

—Sí, Pepita —alzó la voz su padre con guasa.

En la casa de los Aguado la hora de la comida no era un simple trámite alimenticio. Estaban prohibidos la televisión, los móviles y cualquier cosa que no fuera sentarse a la mesa a comer.

Macarena recordaba con una sonrisa en los labios como parloteaba sin parar cuando volvía del colegio y como su madre se desesperaba porque la comida se le quedaba fría en el plato. Si algo añoraba Macarena desde que había terminado los estudios era poder sentarse a la mesa todos los días a charlar con sus padres. Cuando estaba de prácticas en el bufete, solía llevarse el almuerzo en un táper porque, aunque le diera tiempo de volver a casa durante la pausa de la comida, la mayoría de las veces prefería quedarse trabajando un rato más en la oficina. Antes de graduarse ya tenía en mente montar su propio despacho, así que tenía que aprovechar para aprender lo máximo posible durante el poco tiempo que duraran las prácticas.

—Bueno, ¿qué es eso tan importante que tenías que contarnos? —La alejó de sus pensamientos su madre.

Su padre alzó la vista de su plato y la miró expectante.

—No sabía que tuvieras que contarnos algo importante —comentó su padre.

—¿Por qué te crees que ha venido hoy a comer en vez de quedarse trabajando? —le regañó su madre.

Su padre la miró condescendiente, no era de los que le gustara discutir, y mucho menos con su mujer, a la que adoraba después de toda una vida junto a ella.

—Pues he conseguido que archiven una causa importante —soltó la joven—. Todavía no es definitivo, puede que la recurran, aunque es poco probable que cambie el resultado.

—Me alegro por ti, hija. —Su padre se levantó de la silla, se

acercó hasta donde se encontraba y le dio un abrazo. Aunque no entendía realmente la implicación de lo que acababa de decirle, era consciente de que era algo importante para ella, algo bueno para su trabajo, y que la hacía feliz.

—¿Y eso qué quiere decir exactamente? —Su madre era bastante más pragmática que su padre y no iba a lanzarse a dar besos y abrazos sin conocer el motivo.

—Pues que la jueza no ve indicios suficientes de que mi cliente sea el culpable, así que archiva el procedimiento y así no hay que ir a juicio ni nada.

—Pero, sin que haya un juicio, ¿cómo va a saber si es culpable o no? —preguntó extrañada su madre.

—Pues porque las pruebas que se han practicado en la instrucción de la causa no han demostrado que pueda ser culpable.

Macarena miró a su madre y adivinó por su gesto que seguía sin entenderlo.

—Cuando la policía detiene a una persona porque creen que ha cometido un delito, lo llevan al juzgado de guardia, allí se les toma declaración tanto a él como a la víctima y a los testigos. Pero hay veces que no se pueden practicar todas las pruebas necesarias ese mismo día: a lo mejor hay que analizar la grabación de una cámara de seguridad, o localizar a algún testigo más, o esperar a que el perjudicado se cure, o cosas así. En esos casos el juez pone en libertad al acusado o, si los hechos son muy graves, lo manda a prisión preventiva. Después de un tiempo, cuando por fin se termina la instrucción de la causa, primero el fiscal y luego el juez deciden si hay suficientes pruebas contra el acusado. Si creen que sí, se envía el expediente a un juzgado penal, que es el encargado de celebrar el juicio; si, por el contrario, creen que no, entonces sobreseen la causa y la archivan.

Su madre frunció el ceño. Había comprendido a grandes rasgos lo que su hija le había explicado, pero había algo que seguía dejándola descolocada. Macarena lo adivinó, sabía cómo funcionaba la mente de su madre. Era mejor no insistir en el tema y esperar a que surgiera por él mismo.

—¿Y qué has tenido que hacer para que lo declaren inocente? —Su padre, que había estado callado hasta ahora, parecía que le había leído los pensamientos a su querida Pepi.

—Pues, veréis, mi cliente es un senegalés que trabaja de portero en una discoteca de Benalmádena. Una noche tuvo un problema con un chico que lo denunció porque decía que le había dado un puñetazo en la cara. Es verdad que al chico le habían partido la boca, pero iba muy borracho y lo único que fue capaz de decirle a la policía era que el portero negro le había pegado. La cosa parecía muy clara porque mi cliente era el único portero de raza negra de la discoteca, pero tuvimos la suerte de que esa noche estaban celebrando una fiesta ibicenca en la discoteca y todos iban vestidos con ropa de lino, tanto los porteros como los clientes. Así que le presenté al juez varias fotografías de la fiesta donde se veía claramente que hubo muchas personas esa noche que podían ajustarse a la misma descripción que dieron de mi cliente.

—Pero el chico se acordaría de la cara del que le golpeó, me imagino —la interrumpió su padre.

—Ahí radica la cuestión —se entusiasmó la joven—. De noche, borracho… Decidí correr un gran riesgo y solicitar una rueda de reconocimiento. No sé por qué, pero tenía la intuición de que podría funcionar. Busqué por todas las comunidades de senegaleses de la zona hasta que di con cuatro muchachos de rasgos similares. Los llevé a que les hicieran el mismo corte de pelo y los obligué a que se vistieran de forma parecida. Cuando el denunciante se plantó delante del cristal y se encontró con cinco negros como cinco armarios empotrados, todos parecidos entre sí, se le desencajó la cara. Fue incapaz de identificar al acusado entre los demás, ni él ni los amigos que le acompañaban esa noche. —Macarena mostró una sonrisa satisfecha.

—Así que tu cliente es inocente —la felicitó su padre.

—Bueno, estrictamente no es así. —Macarena se metió un trozo de carne en la boca y lo masticó antes de retomar la conversación—. La jueza no ha dicho que mi cliente sea inocente, sino que no se ha podido demostrar que sea culpable.

La joven siguió engullendo el estofado mientras su madre la observaba con el mismo gesto ceñudo de antes.

—Pero tu cliente es inocente, ¿no? —La pregunta la pilló de improviso, y casi se le atragantó la patata que estaba masticando.

—Pues no lo sé, mamá. Mi trabajo consiste en defenderlos, independientemente de que sean culpables o no.

—Pero, Maca, hija, ¿cómo vas a defender a alguien que es culpable?

—Porque la ley dice que todo el mundo tiene derecho a que lo defiendan. No te irrites, es solo trabajo.

—Ya sé que es trabajo, hija, pero no sé cómo puede parecerte normal.

—Pues porque es normal, mamá. No puedo aceptar solo como clientes a personas inocentes y de buen corazón. Esto es la vida real, la gente que va buscando asesoramiento legal es porque está metida en asuntos, digamos, complicados. La gente normal, con trabajos normales y vidas normales no suele necesitar un abogado así porque sí.

—Pero no estarás tratando con mafiosos y gente mala, ¿no, cariño? —exclamó su madre notoriamente preocupada.

—Claro que no, mamá. —Maca se acercó a su madre y le dio un abrazo—. Te prometo que todo lo que hago es totalmente legal. —Que un más que probable mafioso hubiera hablado con ella por teléfono y le hubiera indicado amablemente que lo que más le convenía era que archivaran la causa era un asunto que prefería no comentar en voz alta, y mucho menos con sus padres.

Su madre se soltó del abrazo algo más desahogada y se secó con el dorso de la mano un par de lágrimas que comenzaban a formarse en sus lagrimales.

—Entonces, ¿qué pasa con el chico al que le han dado una paliza? ¿Nadie va a pagar por eso? —volvió a preguntarle.

—Seguramente, la policía está investigando para averiguar quién es el verdadero culpable —la tranquilizó Macarena, pero en el fondo sabía que eso no era así, que, una vez que archivaran definitivamente la causa, nadie iba a volver a prestarle atención al tema. Sobre todo teniendo en cuenta que el más que probable culpable se había ido de rositas gracias al buen trabajo de su letrada.

—Eso espero, hija: que cojan al que lo hizo realmente y se haga justicia.

El sol del atardecer se colaba entre los pliegues longitudinales de la persiana de aluminio del despacho, arrojando un manto de finos haces de luz sobre la gran mesa de teca. Pese a que era tan solo media

tarde, la noche comenzaba a ganarle terreno al día. Incluso en la Costa del Sol era invierno de vez en cuando, no un invierno demasiado frío, pero invierno, al fin al cabo. Desde la ventana entreabierta se colaba el incesante sonido de los vehículos circulando por la avenida. Pero a la joven letrada no le molestaban los cláxones, ni el rugido de las motocicletas ni el de los potentes deportivos. Tenía su mirada clavada en la pantalla de su PC de sobremesa. Estaba enfrascada en un escrito para una clienta. Escribía, borraba y volvía a rescribir. No terminaba de convencerle el texto. Era un fallo muy usual entre los abogados que acababan de salir del horno. Tendían a novelar cualquier texto jurídico que redactaban. Frases pasivas, objeto directo e indirecto, sinónimos, antónimos y parafraseos varios. Macarena cerró los ojos y recordó lo que le solía repetir Guillermo de la Mora, su profesor de Procesal en la Facultad de Derecho: «Un escrito debe ser claro, conciso y totalmente indescifrable para las personas legas en derecho».

La joven volvió a abrir los ojos y borró el texto, a excepción de la cabecera, donde aparecía el nombre de su procurador y de la persona a la que representaba. Hizo un esfuerzo por abstraerse de adornos literarios y se puso a machacar el teclado con ímpetu.

Estaba a punto de acabar cuando llamaron a su puerta. La joven tardó unos segundos en reaccionar, como si no estuviera segura de que el timbre que había sonado era el suyo. Un segundo pitido se le metió en los oídos e hizo que se levantara de un salto y corriera a abrir. Un hombre de unos sesenta años aguardaba de pie en el umbral. Vestía pantalones marrones de pinzas, botines de cuero color café, un polo de manga larga blanco plagado de letras y escudos, y, como único abrigo, un chaleco de plumas sin mangas, también marrón.

Poseía un buen porte, y una perfecta dentadura blanca asomó entre sus labios al tiempo que echaba una mirada de arriba abajo a la joven.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó Macarena ofendida.

—Parece que no me equivocaba —murmuró el hombre.

—¿Perdón? —volvió a preguntar la joven.

—Ya decía yo que tenías voz de niña bonita. —Se rio el recién llegado mientras entraba en el despacho ante la mirada perpleja de Macarena. Conocía esa voz, no había vuelto a oírla desde ese día, pero a la joven no se le había olvidado.

El hombre se paseó por la sala curioseando cada rincón de la

misma: apartó las láminas de aluminio y miró por la ventana; golpeó con los nudillos la mesa de teca, y hojeó los manuscritos de la librería.

—Pareces una chica lista —exclamó de repente, sentándose en una silla y girándose hacia la letrada, que se había quedado de pie como un pasmarote mientras el visitante campaba a sus anchas por su despacho.

—¿Y eso lo deduce echando un vistazo a mi oficina? —contestó Macarena irónica mientras se situaba al otro lado de la mesa, frente a su interlocutor.

—Pese a que vives en Málaga, decides colegiarte en Torremolinos, donde hay menos trabajo, pero también menos competencia, y donde alquilar una oficina a un paso de los juzgados es algo viable, a diferencia de en la capital. Mobiliario de calidad, pero de segunda mano, que se note que es un despacho con tradición, y no la oficina del turoperador irlandés que la ocupaba hace menos de un año.

Macarena lo miraba atónita. Había planificado punto por punto su desembarco en el mundo de la abogacía: la elección del despacho, los costes, el mobiliario… Hasta había seleccionado cuidadosamente los títulos de su biblioteca. Y el recién llegado había desmontado esa imagen que le había costado tanto esfuerzo generar en una ojeada. Una sonrisa se dibujaba en sus labios, lo que no extrañaba a Macarena; imaginó la cara de bobalicona que debía tener en ese instante y a ella también le entraron ganas de reír.

—¿Me equivoco? —la interrogó el hombre—. Por cierto, mi nombre es Arturo Villalba —añadió ofreciéndole la mano.

Macarena tuvo el impulso de iniciar un debate dialéctico, pero había perdido el primer asalto y tenía pinta de que, si iba por ese camino, iba a perder muchos más. Quedaba claro que sabía bastante sobre ella, y ella apenas conocía su nombre, así que decidió tomarse las muestras de prepotencia con estoicidad y le apretó la mano.

—No se equivoca. Y me imagino que ese análisis de mi vida laboral no lo ha descubierto con solo un vistazo —comentó tranquila mientras se sentaba en la silla de su escritorio.

—Ahí me has pillado. —El hombre se recostó sobre la silla y dobló una pierna sobre la otra—. Verás, tengo la extraña manía de investigar a fondo a las personas con las que trabajo.

Macarena frunció el ceño ante esa afirmación.

—¿Las personas con las que trabaja? La verdad es que no recuerdo ningún tipo de relación laboral entre nosotros —alegó la joven.

El visitante descruzó las piernas y volvió a cruzarlas.

—Mamadou me ha dicho que fue usted muy insistente con su declaración —cambió de tema el recién llegado.

—No es una persona con una prosa desbordante, todo sea dicho, y no parecía estar muy por la labor de seguir mis indicaciones.

—Es un buen chico, solo que no está acostumbrado a seguir órdenes de cierto tipo de personas —contestó en un vago intento de justificar la actitud del senegalés.

—Con cierto tipo de personas, se refiere a mujeres, ¿me equivoco?

—Y, si son jóvenes, guapas y listas, menos aún —añadió divertido.

—Pues espero que no se case nunca —se indignó Macarena recordando lo difícil que se lo había puesto el africano en las reuniones previas a la declaración ante el juzgado.

El recién llegado soltó una sonora carcajada que sobresaltó a la joven.

—Lo cierto es que Mamadou lleva muchos años trabajando para nosotros, y no podíamos permitir que un malentendido con un niñato borracho echara por la borda su carrera.

—¿Su carrera como gorila de discoteca? —lo interrumpió la letrada sarcástica.

Arturo le sonrió y continuó hablando:

—Somos una empresa de seguridad privada, la vigilancia de fiestas y discotecas es parte de nuestro trabajo, pero no el único. La cuestión es que Mamadou se estaba encargando de gestionar la seguridad de uno de nuestros clientes, uno bastante importante, pero también bastante celoso de sus asuntos, por decirlo de algún modo. Y, claro, tener a un jefe de seguridad con antecedentes penales podía repercutir negativamente en nuestras relaciones comerciales.

—Pues me alegro de que mi trabajo haya sido útil para vuestros negocios. —A Macarena todo le sonaba demasiado vago y ambiguo como para tratarse de asuntos estrictamente legales, pero era algo que no le concernía, ella se había ceñido a defender a su cliente.

En el momento en que Macarena iba a invitar a su acompañante a marcharse, este sacó un papel del bolsillo interior de su chaleco y lo depositó frente a ella en la mesa del escritorio. Era un cheque bancario y aparecía su nombre escrito en él.

—¿Qué es esto? —preguntó la joven.

—Un cheque —respondió Arturo.

—Ya sé que es un cheque, lo que no sé es qué hace en mi mesa.

—Tus honorarios.

—¿Mis honorarios? —volvió a preguntar Macarena.

—¿Vas a cuestionar todo lo que te digo? —exclamó esta vez Arturo—. Has hecho un trabajo, y lo normal es cobrar por ello, ¿no?

—A Mamadou lo asistí por el turno de oficio, la Administración es la que me paga por ese servicio —alegó Macarena deslizando el cheque hasta dejarlo frente a su acompañante.

Arturo, como en un juego de tira y afloja, arrastró el papel hasta volver a dejarlo frente a la letrada.

—Macarena, aún eres muy joven para haber apartado totalmente el idealismo de tus prioridades, pero te voy a decir una cosa. Se te da bien esto, bastante bien. Puede que la jugada con la rueda de reconocimiento haya sido pura casualidad, pero tengo la intuición de que no es así. Te estoy dando la oportunidad de ganar dinero haciendo lo que te gusta, de olvidarte del turno de oficio, de los clientes que ponen mil excusas para pagar, de tener que sobrevivir para llegar a fin de mes. Sé una chica lista y acepta el cheque. Factúralo a nombre de Mamadou o haz lo que quieras con él, pero acéptalo.

Macarena concentraba su vista en el trozo de papel mientras oía de fondo el discurso de Arturo. Eran diez mil euros, con eso podía pagar el alquiler del año entero, y aun así le sobraba para darse algún capricho o para hacerle un regalo a sus padres.

—Si aceptas trabajar con nosotros, pronto llegarán más. Nuestros

negocios precisan de asesoramiento jurídico bastante a menudo, y creo que harías un buen tándem con Ernesto —añadió su interlocutor.

La joven letrada cogió el cheque y, después de echarle un vistazo por última vez, lo dobló y lo metió en un cajón de su escritorio.

8. ALONSO

Puede que hayas

Nacido en la cara buena del mundo

Yo nací en la cara mala

Llevo la marca

Del lado oscuro

(Jarabe de palo, *El lado oscuro*)

El barrio era un puzle de casas de planta baja de mil y una formas. Las había pintadas de rojo, de blanco o de amarillo. Algunas se encontraban enlucidas solo con cemento, otras estaban ya encaladas, mientras que las menos estaban forradas de arriba abajo con losas de piedra. En la manzana contigua, se erguía un conjunto de pequeños bloques de cuatro o cinco plantas donde la ropa colgaba de cada uno de los balcones, y, por la calle, los grupos de chicas jóvenes paseaban en pijama y hablaban a voz en grito pese a encontrarse a escasos centímetros unas de otras. Frente a las viviendas, un enorme descampado se extendía hasta las primeras naves industriales del barrio del Zabal, el lugar con más guarderías por metro cuadrado de España, y con toda probabilidad, de Europa.

Cualquier visitante que pusiera por primera vez un pie en esa zona podría describir lo que tenía ante sus ojos como la típica estampa de barrio humilde. Pero esa impresión no duraba mucho, solo hasta que el potente rugido de un motor de gran cilindrada hacía que uno girase la cabeza y siguiera la estela del vehículo de alta gama que circulaba por el deficiente asfalto como si de un circuito de Fórmula 1 se tratase.

Pese a que no era la primera vez de Alonso en La Línea de la Concepción, no dejaba de sorprenderle la naturalidad con la que el negocio de la droga se había convertido en su motor económico. Los narcos disfrutaban de una vida de lujos sin tener que esconderse, paseando por las calles de la ciudad con total impunidad. Los fuerabordas surcaban el litoral a toda velocidad cada pocos minutos y se dirigían a los pequeños puertos deportivos de La Alcaidesa y Sotogrande. Las mujeres en la cola del mercado hablaban sobre los años de prisión que les habían caído a sus maridos, hijos o incluso sus nietos, y los niños, que antaño se reunían alrededor de un balón de

fútbol para recitar los nombres de sus futbolistas favoritos, hoy en día soñaban con pilotar una goma, como sus padres.

Llevaban una hora aparcados en el mismo lugar. Si no llegaba el Fernan pronto, iban a tener que mover el coche; había varios chicos que habían advertido su presencia, si alguno de ellos era un *aguador* y daba el aviso, la vigilancia no habría servido de nada.

—Ahí llega —exclamó González señalando un Seat León blanco que se aproximaba desde la avenida del puerto.

—Ya era hora, estábamos empezando a llamar la atención más de la cuenta —añadió Quero.

El vehículo redujo la velocidad cuando pasó junto al quiosco que había en la intersección, accionó el claxon con un par de toques cortos, y cruzó la calle hasta quedar estacionado en un pequeño camino que dividía las dos grandes parcelas que había al otro lado de la carretera.

Alonso tenía su mirada puesta en el quiosco: a pocos pasos de él, un grupo de tres o cuatro hombres de mediana edad mantenían una acalorada conversación entre trago y trago de cerveza. Uno de ellos tiró la lata que tenía en la mano en la papelera que había bajo el mostrador y cruzó a grandes zancadas la carretera al tiempo que le decía a sus compañeros de debate que no tardaría en volver.

El Fernan se apeó del vehículo y se quedó de pie, con la espalda apoyada en la ventanilla del copiloto.

—¿Con quién había quedado primero? —preguntó el oficial González.

—Con el Melli —respondió Alonso sin apenas pensarlo.

Los dos hombres se dieron la mano y comenzaron a conversar. El Melli era uno de los pilotos más veteranos del Campo de Gibraltar, se decía que había participado en cerca de cincuenta movidas. Había pasado varias veces por prisión, pero eso no había impedido que siguiera trabajando cada vez que lo ponían en libertad. El Fernan había quedado con él hacía unos días para hablar del «tema ese» que ya sabían.

Quero sacó con cuidado la réflex de debajo del asiento y le dijo a su compañero que se mantuviese alerta; si dos hombres metidos en un coche durante una hora llamaban suficientemente la atención, que

uno de ellos sacara una cámara con un objetivo de medio metro de largo les colocaba un cartel con la palabra policía escrita en la frente.

—Espera. —González apoyó su mano en la cámara para que la mantuviera oculta.

Junto al vehículo pasó un grupo de adolescentes de etnia gitana cantando flamenco y tocando las palmas. Cuando Quero consideró que se habían alejado lo suficiente sacó nuevamente la cámara y tiró una ráfaga de instantáneas antes de volver a esconderla de miradas indiscretas. Realizó la misma operación varias veces más, hasta que consideró que sus modelos habían quedado lo suficientemente retratados.

El encuentro se alargó algunos minutos más. El Fernan le entregó un teléfono móvil y le dio varias indicaciones más antes de volver a meterse en el coche y marcharse. El Melli miró como se alejaba en dirección al puerto de La Atunara, guardó el móvil en el bolsillo y cruzó la calle para reunirse con sus camaradas de quiosco de nuevo.

El Fernan había estado varios días realizando y recibiendo llamadas para concertar encuentros con algunos de los pilotos de gomas por los que le había preguntado a su primo Antonio. El Melli era el primero de ellos, por la tarde iba a reunirse con el Jesule, y al día siguiente, con el Tete y el Nene, así que a Alonso y a Mario les esperaba un fin de semana de bocadillos y cafés dentro del viejo Passat.

—¿Lo seguimos? —preguntó el oficial pese a que sabía la respuesta que le iba a dar su compañero.

—No creo que vayamos a perdernos nada interesante —respondió Quero guardando la cámara réflex en la maleta que había bajo sus pies—. Vamos a comer algo, ¿no?

—Vamos a La Perla del Sur, he quedado allí con Núñez. ¿Te acuerdas de él? —le preguntó González.

—Un día cenamos juntos en tu casa, si no recuerdo mal. Era civil, ¿no?

—Correcto, y resulta que trabaja en la Policía judicial del cuartel de La Línea.

Quero se lo quedó mirando con una mezcla de sorpresa y fascinación.

—Nunca dejas de sorprenderme, Mario.

La decoración y el bullicio del restaurante lo trasladaban a uno al típico local de comida rápida. Si no fuera por el olor a mar y la gran pecera llena de langostas de la entrada, uno pensaría que le iban a servir un Whopper con patatas *supreme*. Aunque aún no era mediodía, la mitad de las mesas rojas que se esparcían por el inhóspito salón ya estaban ocupadas. Mario ojeó durante unos segundos hasta que descubrió a su amigo al final del local.

Álvaro Núñez era todo lo contrario a lo que uno podía esperar de un guardia civil: desgarbado, calvo y con una frondosa barba negra, vestía unas bastas botas negras, pantalones vaqueros desgastados y una camiseta negra con el logotipo de Ramones en letras blancas. No le hubiera extrañado que la Harley Davison que había visto aparcada en la puerta fuera suya.

—¿Te acuerdas de mi compañero Alonso? —los presentó Mario cuando consiguió deshacerse del abrazo con que lo había recibido su amigo.

—Coincidimos una vez en tu casa. —Núñez tendió la mano a Alonso—. El subinspector, ¿o has ascendido ya a inspector? —le preguntó.

—Todavía no. —Alonso le apretó la mano con fuerza.

Núñez hizo un gesto al camarero para que se acercara a tomarles nota.

—Buenas tardes —saludó el camarero—. ¿De bebida?

—Yo quiero una caña —dijo Núñez.

—Una más —añadió González.

—Yo solo agua —pidió Quero ante la mirada extrañada de sus acompañantes—, estamos trabajando.

—Mi cervecita del mediodía no me la quita nadie —se justificó Mario.

—Ni a mí tampoco —lo acompañó Núñez riendo.

—¿Y de comer? —volvió a preguntar el camarero—. Tenemos unas gambitas que han llegado esta mañana. Frescas frescas.

—Ponte una ración de esas —dijo el guardia— y ponte también una fuente con pescado variado. ¿Cómo lo veis? —les preguntó a sus acompañantes.

—Tú eres el experto —comentó Alonso, dando su aprobación.

—Entonces, las dos cervecitas, la ración de gambas y el frito variado —repasó el camarero al tiempo que lo apuntaba en la comanda—. Muchas gracias.

Álvaro Núñez esperó a que el camarero se hubiera marchado para preguntarles por cómo les había ido esa mañana.

—Ya sabes cómo funciona esto —comenzó a contar González—: muchas horas en un coche para acabar sacando un par de fotos y poco más.

—¿A quién habéis estado vigilando? —les preguntó el guardia.

—Nuestro hombre se ha reunido con el Melli.

—El Melli… Llevaba tiempo sin meterse en ninguna movida, deben de haberle pagado bien para convencerle de que vuelva a pilotar una goma.

—¿Estaba retirado? —le preguntó interesado Quero acercando la silla a la de su interlocutor.

—Más o menos —contó Núñez—. Me imagino que habéis visto su historial y sabéis que estuvo en Botafuegos un par de años. —Los agentes asintieron con la cabeza—. Pues resulta que en un vis a vis dejó preñada a la Estrellita sin estar casados, así que os podéis imaginar el revuelo que se armó. Les organizaron un *rejuntamiento* allí mismo en la cárcel antes de que se le notara mucho la barriga.

—Y ahora me vas a decir que la tal Estrellita y su hijo lo han sacado de la mala vida —comentó irónico González.

El guardia civil se incorporó mientras el camarero dejaba en la mesa las bebidas y un plato de aceitunas.

—Siento no poder brindaros una historia de amor con Meg Ryan como protagonista. —Núñez hizo una forzada pausa de varios segundos para aumentar la intriga—. Resulta que la Estrellita es de la familia de los Bolas, que, aunque son un clan importante en la zona, sus negocios siempre han estado más centrados en el tráfico de armas,

en actuar como prestamistas, y últimamente en la compraventa de oro. Las lanchas no iban con ellos. Pero, claro, que el nuevo miembro de la familia fuera uno de los mejores pilotos del Campo de Gibraltar los hizo replantearse las cosas, así que comenzaron a hablar con gente, a preguntar, a hacer cálculos… Nada serio, un estudio de mercado, podríamos decir. Pero estas preguntas acabaron llegando a oídos de los Rubios, que son los que manejan el cotarro en lo referente al tráfico marítimo, y, claro, que hubiera otro clan queriendo un trozo del pastel no les hizo ni puta gracia. Hubo algún que otro ojo morado, alguna puñalada y algún tiro al aire. Parecía que se avecinaba una guerra en la que los Bolas no iban a salir bien parados, así que acabaron bajándose los pantalones y llegaron a un acuerdo: ellos seguían con sus negocios de siempre y el Melli se mantenía alejado del mar.

—Hasta ahora —sentenció Quero—. ¿Es posible que esté trabajando para los Rubios?

—No lo creo —negó el guardia civil—. Las relaciones entre las dos familias no son buenas desde entonces.

—Entonces, ¿va a hacer el porte a sus espaldas? —preguntó Alonso.

—¿A espaldas de los Rubios? —exclamó Núñez—. Estaría jugando con fuego; todo el hachís que entra en la península pasa por sus manos de una forma o de otra.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Que son los únicos que traen el hachís? —se interesó González.

—No exactamente —contestó Núñez—. Aunque empezaron distribuyendo ellos mismos la droga que traían desde Marruecos, llegó un momento en que se dieron cuenta de que era más rentable centrarse exclusivamente en el transporte, así que, aunque de vez en cuando se queden con algún cargamento para venderlo, el grueso de sus ingresos proviene de prestar sus servicios a otros narcos.

—Así que se han convertido en una empresa de mudanzas —ironizó Alonso.

—Más o menos. —Rio el guardia—. Cargan la mercancía en Marruecos y la transportan por mar hasta alguna playa escondida; allí la meten en los coches y antes de que salga el sol la droga está a buen recaudo en alguna *guardería* esperando a que los clientes la recojan. Limpio, rápido y lucrativo, muy lucrativo.

—¿Tanto como para no venderla ellos mismos? —preguntó Mario.

—Dependiendo del número de fardos, pueden llegar a cobrar hasta medio millón por porte —explicó Núñez.

Alonso se llevó las manos a la cabeza y se atusó el pelo mientras que su compañero gesticulaba sorprendido. En ese momento llegó el camarero y dejó sobre la mesa una gran fuente con varios tipos de pescados fritos y otra más pequeña con la ración de gambas.

El aroma que desprendían los platos se paseó alrededor de los tres interlocutores, penetrando en sus fosas nasales y sellando una especie de acuerdo tácito para que dejaran a un lado los asuntos que los habían reunido durante el tiempo que durara el almuerzo.

Pese a las pocas esperanzas que Alonso había depositado en el restaurante, tuvo que reconocer que la fritura estaba exquisita. Él, como buen amante de la cocina de la tierra que lo había acogido hacía tantos años, se escapaba siempre que podía al otrora barrio pesquero de Pedregalejo, en la zona este de Málaga, y cuna de los mejores chiringuitos de la provincia. El pescaíto frito era de los pocos placeres gastronómicos que Laura se permitía, al menos el único que no iba acompañado del adjetivo bío, detox o cero por ciento. Solían sentarse en la terraza de algún chiringuito después de una larga caminata por el paseo marítimo. Desde el antiguo balneario de los Baños del Carmen hasta el restaurante El Tintero y vuelta. Le entusiasmaba la elegancia con la que Laura desmigaba los pequeños lomos de las sardinas espetadas y los introducía en su boca, al tiempo que relataba los beneficios de consumir pescado azul al menos tres veces a la semana. Adoraba besar su mano y aspirar el aroma a pescado que había quedado impregnado en sus delicados dedos. Era un gesto que la hacía humana, mortal; que le arrancaba ese halo celestial que siempre la acompañaba.

Alonso recordaba mientras González y Núñez reían a carcajadas recordando viejas historias sobre su juventud. Prácticamente se habían criado juntos, habían ido a la misma guardería, al mismo colegio y al mismo instituto. Las historias sobre partidos de fútbol en el patio del colegio con pelotas hechas de papel albal se intercalaban con las de las primeras borracheras y con las de los primeros ligues. Alonso trataba de seguir el hilo de la conversación y respondía con una sonrisa a cada chascarrillo de alguno de sus acompañantes, pero su mente divagaba entre sus recuerdos de Laura y la información que le había dado el guardia civil. Mario lo miraba de reojo de vez en cuando; hacía mucho que lo conocía y sabía identificar cuándo su

compañero tenía la mente en otra parte. Asentía y sonreía, pero con toda probabilidad no podría repetir ninguna de las historias que estaban contando.

El almuerzo transcurrió en el mismo ambiente familiar y festivo hasta el momento en que trajeron los cafés y el subinspector decidió asaltar una cuestión que llevaba toda la comida rumiando en su cabeza:

—Álvaro —lo interrumpió Alonso—, estoy intentando encajar los movimientos de la banda que perseguimos con la información que nos has dado sobre los Rubios, y, por más vueltas que le doy, todo me acaba llevando al mismo punto: que están organizando el transporte a espaldas de estos.

Núñez apuró la taza de café que tenía en la mano y comenzó a jugar con la cucharilla dentro de la taza.

—No sé detrás de quién andaréis, pero deben de estar muy seguros de sí mismos si quieren enfrentarse a los Rubios en su territorio —exclamó el guardia.

Alonso lanzó una mirada a su compañero y este respondió con un gesto afirmativo.

—¿Has oído hablar del Negro? —exclamó Quero prestando especial atención a la reacción del guardia civil.

Álvaro Núñez dejó la cucharita del café en la taza vacía y alzó la mirada con gesto adusto.

—Es un pez muy grande —afirmó—. Espero que llevéis unos anzuelos bien gordos si no queréis acabar en el agua.

El hombre al que perseguían solía provocar ese tipo de reacciones en las personas que habían oído hablar de él. No eran los primeros que habían ido tras su caza y habían acabado deteniendo a un par de camellos de poca monta y sin la más mínima conexión con su banda. Núñez sabía de lo que hablaba, en su mirada silenciosa se intuía lo que no pronunciaba. Por muy astuto y cuidadoso que fuera, el Negro no podía operar constantemente a la sombra de la ley sin tener ayuda, ayuda desde dentro, desde el mismo lado de la ley desde el que Alonso y su equipo operaban. Alguien que mirara hacia otro lado, o que extraviara una prueba, o que guardara un informe en el fondo del cajón. Era imposible adivinar en qué estamento o estamentos del Estado tenía informadores, por lo que debían andarse con cuidado. El

subinspector trataba de mantener la investigación lo más opaca que le era posible, y, aunque confiaba plenamente en cada uno de los miembros de su equipo, toda precaución era poca. El mundo de la droga movía mucho dinero, muchísimo, demasiado para que los bolsillos más ambiciosos no reclamaran su parte.

—No soy buen nadador; soy de los que prefieren quedarse tumbado en la toalla —exclamó Quero sin apartar la mirada del guardia civil.

Núñez se removió incómodo en la silla.

—La primera vez que oí hablar del Negro fue en Torrevieja. Me mandaron allí cuando entré en el cuerpo, a la espera de destino definitivo. Una noche estábamos patrullando por la zona del puerto cuando un coche cambió rápidamente de dirección al vernos aparecer. Mi compañero, pese a que era uno de los guardias más veteranos de la comandancia, todavía mantenía ese espíritu de justiciero que solemos tener los agentes novatos y que se nos va olvidando con el paso del tiempo, así que no nos lo pensamos y salimos tras él. Después de una pequeña persecución por el centro de la ciudad, conseguimos interceptarlos y detenerlos. Eran dos marroquíes de apenas veinte años con el maletero hasta arriba de hachís que no paraban de gritar que la droga era del Negro y que nos íbamos a cagar, lo que viene a ser normal cada vez que esposábamos a un niñato de esos. —El agente se atusó la barba reflexivo—. Aparte del hachís y de un buen fajo de billetes, en el coche también encontramos varios teléfonos móviles y un cuaderno lleno de anotaciones, así que esperamos a que llegara la judicial para hacer el informe y llevamos a los detenidos al cuartel a la espera de ponerlos a disposición del juez de guardia. Hasta ahí todo en regla.

—Pero, si todo hubiera estado en regla, ahora no nos estarías contando esta historia —afirmó Alonso ante la mirada de asentimiento de Núñez.

—A los pocos días nos llamaron del juzgado de instrucción para que nos ratificáramos en el atestado, así que allí nos plantamos. Mientras que esperábamos para declarar, nos pusimos a hablar con uno de los funcionarios con el que solía coincidir en el gimnasio y con el que me llevaba bastante bien. Este era el que se encargaba de registrar las piezas de convicción de los atestados, y dio la casualidad de que en ese momento estaba liado con los móviles que les habíamos intervenido a los chavales del coche. Estuvimos un rato bromeando porque les habíamos llevado los móviles encendidos y no veas el

coñazo que le habían dado todo el día sonando. «La gente con el monazo a porro», me decía señalándolos. Me fijé y vi que, aparte de los teléfonos, solo había un par de pasaportes en la bolsa, ni rastro del cuaderno con las anotaciones. Se lo comenté al funcionario y me dijo que no sabía nada de ningún cuaderno, así que imaginé que se lo habrían quedado los de la judicial por si podía servirles de algo.

»Aunque me veáis con esta pinta de macarra, la verdad es que soy un guardia civil de los que se toman muy en serio su trabajo —exclamó mostrando una media sonrisa en su rostro y rompiendo la tensión que se había creado alrededor de su relato.

—Ya será menos. —Rio González dando una palmada en la espalda a su amigo.

—Pues eso: que me tomo mi trabajo bastante en serio y la historia del cuadernillo no me cuadraba, así que busqué en el archivo el atestado de la intervención y le eché un vistazo. Cuál fue mi sorpresa cuando, después de leerlo y releerlo varias veces, no fui capaz de encontrar ninguna referencia a él. Lo comenté con mi compañero y le dije que iba a dar parte, que se había tenido que extraviar en algún sitio y que podía ser una prueba importante. ¿Y sabéis cuál fue su respuesta? —les interrogó el agente.

—Ya veo por dónde van los tiros —murmuró Quero.

—Núñez, llevo mucho tiempo por aquí y si algo he aprendido es que cuando los de arriba dicen que una prueba no existe es que no existe.

Alonso Quero entró en su apartamento y cerró la puerta con cuidado de no hacer ruido, como tantas veces a lo largo de los años cuando volvía tarde de trabajar y no quería despertar a Laura de su «sueño reparador», como ella lo llamaba. Pero esta vez la única compañera que lo esperaba tumbada en la cama de su dormitorio, como un perro fiel, era la aciaga soledad. Se quitó la cazadora y la colgó en el perchero de la entrada. El espejo del recibidor arrojó la imagen de un hombre agotado tanto física como mentalmente. Se acercó para verse de cerca y confirmar que la imagen era real, que el espejo no le había jugado una mala pasada, que las ojeras estaban tan marcadas como parecían y que las arrugas en la comisura de sus ojos eran ya una realidad. Trató, sin éxito, de atusar los cabellos que recorrían su cráneo sin orden aparente y entró en la cocina. Tenía apetito, pero se encontraba demasiado cansado para cocinar. Abrió la nevera y se quedó plantado delante de ella mientras decidía la opción

más sencilla. Al final se decantó por un sándwich con tomate fresco, mostaza y unos restos de pollo a la plancha que estaban envueltos en papel film transparente desde hacía varias noches.

Puso el banquete sobre una bandeja y se dejó caer en el sofá, encendió la televisión y seleccionó un capítulo de *Narcos*. La canción de Rodrigo Amarante de los títulos de crédito le hizo sonreír. Era irónico que un policía que se ganaba la vida atrapando a traficantes se dedicara a ver una serie sobre el mayor narcotraficante de la historia, como si quisiera tomar notas de la actuación de la DEA y de la Policía colombiana en su captura. Le vino a la mente el nombre de Pablo Guede, ídolo del Málaga C. F. y famoso por decir que entrenaba para los partidos jugando al *Fifa* en la PlayStation. Pese a que el delantero argentino apenas estuvo dos temporadas en el equipo, siempre sería recordado como un héroe para la afición malaguista gracias al *hat-trick* que le endosó al Tarrasa aquel inolvidable 28 de junio de 1998 y que le valió el ascenso a la segunda división y, por ende, a la máxima categoría del fútbol español la temporada siguiente. Alonso rememoraba con cariño aquel día. Se había sacado el abono para la liguilla de ascenso con un par de amigos del colegio. «Mamá, que me voy al fútbol», se despedía liándose alrededor del cuello la bufanda blanquiazul que su padre le había comprado la primera vez que lo llevó a La Rosaleda. Pedro, Manuel y Alonso, tres quinceañeros que iban a los partidos en autobús de línea, que le mostraban al chófer el bonobús azul que los identificaba como estudiantes con orgullo; tres quinceañeros que no bebían, no fumaban y, por supuesto, no follaban. Años felices en los que trataban de sobrellevar la pubertad y los problemas propios de la adolescencia como buenamente podían; años en los que los amigos eran la mejor red social para mandar un mensaje a la chica que te gustaba, en los que la falta de inmediatez de la comunicación actual los hacía ser pacientes, en los que el color de la flecha de WhatsApp no era motivo de discusión y en los que los secretos eran secretos, y no dejaban de serlo porque se les pusiera un *hashtag* delante.

Alonso pensó en llamar a Pedro, hacía tiempo que no se veían, pero consultó el reloj y prefirió dejarlo para otro día, a una hora menos intempestiva. Manuel hacía tiempo que se había quitado de en medio y nadie tenía noticias suyas más que de oídas. La típica historia del amigo fiel que siempre está ahí para recoger la pelota, dando igual lo lejos que estuviera, hasta que un día una perrita se cruza en su camino y entonces empieza a poner excusas cuando la pelota está muy lejos, y cada vez más, hasta que la pelota está a solo un paso, pero él deja de ir a por ella, y llega un punto donde uno no se acuerda de que había una pelota ni un amigo fiel ni nada de eso.

Bostezó un par de veces. Apenas había dormido en todo el fin de semana y al día siguiente tenía reunión a primera hora con Vila. Quería saber cómo iba la investigación, asumir el mando, dar algunas instrucciones y desautorizar alguna de las decisiones de Alonso. Así era el juego que ambos habían asumido y el peaje que debía pagar si quería seguir teniendo libertad para trabajar. Lo entendía: el comisario apretaba a Vila, este lo apretaba a él, y se supone que el subinspector debía apretar a los agentes a su cargo. El cuerpo de Policía no era más que un partido político con licencia de armas.

Se descubrió a sí mismo dando cabezadas, necesitaba descansar. No quería que la operación se le escapara de las manos por quedarse dormido en la reunión ahora que estaban tan cerca, ahora que empezaban a divisar la matrícula trasera del coche del Negro.

9. MOISÉS

Pide un deseo

Quiero que caiga una droga del cielo, uuh

Puro veneno

Que haga del mundo un lugar más ameno, uuh

(Extremoduro, *Otra inútil canción para la paz*)

Una luz anaranjada iluminaba el horizonte, anunciando el fin del día y el comienzo de la noche. El mar estaba en calma, no se distinguían los minúsculos pañuelos de espuma que solían formar las olas, y, a excepción de algunos pequeños pesqueros, en la lejanía solo se vislumbraba un extenso y homogéneo manto grisáceo.

Pese a estar en septiembre, el termómetro todavía no había dado tregua. No corría ni una sola pizca de aire, y, aunque no hacía terral, el temible aire que asolaba la Costa del Sol cada verano, la temperatura era lo suficientemente alta como para que pequeñas gotas empaparan la frente de Moisés.

Se limpió el sudor con el dorso de la mano, sacó un paquete de Marlboro del bolsillo delantero de su pantalón, se llevó un cigarrillo a los labios y lo encendió con la colilla del cigarro que aún mantenía en la boca. Miró hacia la piscina infinita que se alzaba frente a él. Unas exuberantes jovencitas con biquinis minúsculos reían y chillaban mientras salpicaban agua a unos maduritos de prominentes barrigas. Una rubia de rasgos eslavos se desabrochó la parte de arriba, dejando al aire unos enormes pechos turgentes sobre los que no se aplicaban los principios básicos de la física. Uno de los hombres trataba de arrebatarle el sujetador dando pequeños saltos y chocando contra sus enormes tetas en cada intento. Tenía una frondosa cabellera cana, y, pese a que no era el que más grima le daba de todo el grupo, Moisés se compadeció de la muchacha. Había que tener mucho estómago para ser puta. Un camarero se acercó a la piscina con una bandeja llena de copas de champán y a punto estuvo de caer de cabeza cuando el club del Imserso se abalanzó sobre ellas. Daban igual los ceros de sus cuentas corrientes, el ansia y la agonía de los viejos cuando les ofrecían algo gratis era siempre la misma.

Otra de las chicas, morena y con un aire más mediterráneo, se unió a su compañera dejando también sus atributos al aire, aunque los

suyos no eran tan exuberantes. Se veía que aún no había pedido cita en el cirujano. Uno de los hombres se acercó y le volcó la copa de cava sobre los pechos, para inmediatamente comenzar a lamerlos de manera obscena. La chica se dejaba hacer mientras le metía mano dentro del bañador. Un sospechoso bulto comenzó a erigirse bajo el estampado de palmeras verdes de su traje de baño. Parecía que no había olvidado tomarse el viagra antes de salir de casa. Moisés se fijó en él, lo conocía, lo había visto en el juzgado, al otro lado de la mesa donde le estaban tomando declaración por un delito de lesiones, con su inmaculado traje azul marino y su corbata roja a rayas, mirándolo con gesto adusto y lanzándole preguntas como si de un lanzador de cuchillos se tratase, sin apenas darle tiempo a contestar entre una y otra. «Tú calla —le había dicho Ernesto cuando lo visitó en los calabozos—. Deja que haga mi trabajo, que para eso soy tu abogado. Di que no sabes nada, y punto».

La chica morena cogió al juez de la mano, lo sacó de la piscina y lo arrastró hacia el interior de la vivienda mientras se despedía de sus compañeros entre carcajadas y frases de ánimo, como si el hecho de que fuera a echar un polvo se debiera a sus dotes como galán, no a su dinero, su posición social y a que la joven hubiera cobrado por ello. Pero así funcionaba el mundo, el mundo de los hombres poderosos, de los que vivían como adalides de la rectitud y la moralidad hasta que les ponías delante una raya de coca y un buen par de tetas a las que agarrarse.

El camarero que había estado a punto de caer a la piscina pasó juntó a Moisés con una nueva bandeja llena de copas, lo que aprovechó este para coger una y bebérsela de un trago. Intentó degustar el caldo, seguro que era de los caros. No estaba mal, pero seguía prefiriendo una buena cerveza fría.

—¿Te diviertes? —Su antiguo abogado Ernesto Aguilar se había aproximado al joven portando una copa de vino tinto.

—No tanto como ellos —respondió Moisés dirigiendo la mirada hacia la piscina.

El recién llegado sonrió. Lucía un traje azul eléctrico de dos botones sobre una camisa celeste de cuello mao. Un pañuelo de seda rojo con estampado de cachemir asomaba del bolsillo frontal de la chaqueta, y, haciendo juego, unos mocasines del mismo color sobre los pies desnudos. Llevaba el cabello engominado y peinado a cepillo hacia atrás, y en las sienes comenzaba a entreverse alguna que otra cana. Llevaba la barba perfectamente cuidada, y unas gafas de pasta

color carey, de doble puente le daban cierto aire intelectual.

Moisés lo había estado observando, paseándose entre los invitados como el perfecto anfitrión, brindando con ellos y sonriendo de satisfacción cada vez que alguien halagaba la fiesta que había organizado o le preguntaba por el arquitecto que había diseñado la casa o por los magníficos cuadros que adornaban las paredes. Todo fachada. Todo una mierda de ricos. Él conocía a Ernesto y sabía que había tragado mucha mierda para llegar ahí, igual que él, igual que todo el mundo.

Recordaba la primera vez que lo vio, con su traje de saldo desgastado y sus gafas de culo de vaso, lloriqueándole al Turco porque no había conseguido que dejaran en libertad a uno de sus moritos. «Lo he intentado todo, pero el cabrón del fiscal no ha querido ni recibirme», le decía el abogado nervioso. «Pues busca la manera de que te reciba, todo el mundo tiene una debilidad; si no son los coños, serán las pollas o los caballos. Pero más te vale arreglar esto antes de que el Negro se enfade», le gritaba el Turco echándolo de la habitación a patadas.

En ese momento Moisés aún no conocía al Negro, pero había comenzado a tener contactos con su banda, a ambos les interesaba colaborar. La mitad de su clan estaba cumpliendo prisión en Alhaurín, y los Pimientas y los Pericos no iban a quedarse de brazos cruzados. Ya les habían buscado la boca un par de veces, esperando a que soltaran el primer puñetazo y así tener la excusa perfecta para iniciar una guerra. El fin de semana pasado tuvo que salir corriendo a sacar a su primo de una discoteca del puerto antes de que se peleara con el Mostaza chico, un niñato del clan de los Pericos que no tenía ni media hostia, pero que tenía la suerte de tener un hermano que le partía la cara a todo el que le pusiera un dedo encima. Su primo Cristóbal le tenía ganas desde hacía tiempo, había estado tirándole los trastos a su novia. Moisés siempre le decía que lo dejara correr, que ya tendrían tiempo de ir a por él cuando se recuperaran. Pero, cuando ese día apareció en la discoteca y empezó a fardar delante de su gente de que se la había follado, le hirvió la sangre y se le echó encima. Hubo suerte y la cosa quedó solo en una bronca, pero Moisés sabía que, si no buscaban protección pronto, la situación iba a ir de mal en peor.

—Amigo mío —exclamó el Turco con un marcado acento árabe—, tenía ganas de conocerte en persona. Mis chicos dicen que eres un tío legal, y eso es raro en un gitano —le lanzó un primer dardo para tantearlo mientras estudiaba su reacción.

Moisés se mordió la lengua y sonrió. Debía guardarse el orgullo y los cojones si no quería salir escaldado de la reunión.

—No todos somos unos traicioneros —respondió siguiéndole el juego.

El Turco rio y se acercó para abrazarlo. Era un tipo grande, lo suficiente para que uno se sintiera intimidado a su lado. El Yiyo no era pequeño, medía metro ochenta, y se mantenía en buena forma, pero cuando el magrebí lo abrazó sintió que se plegaba como un acordeón. Le sacaba una cabeza, así que debía rondar los dos metros, y estaba seguro de que su peso sobrepasaría la barrera de las tres cifras. Llevaba una pequeña barba recortada sobre una enorme cabeza rapada del tamaño de una sandía y vestía con una camiseta de fútbol del Real Madrid.

El Yiyo había ido a verlo a un piso del Boquetillo, uno de los barrios más antiguos de Fuengirola, pero que había sufrido un paulatino empobrecimiento a medida que proliferaban las nuevas urbanizaciones con piscinas, pistas de pádel y zonas ajardinadas. No creía que el árabe viviera allí, sería uno de los muchos pisos francos de los que disponía su banda. El Turco era la mano derecha del Negro. Muchos decían que era su hermano, su primo, o incluso su hijo. Moisés lo único que sabía era que, si quería llegar a algún acuerdo con el Negro, primero debía tratar con él y ganárselo.

—Pensaba que vivías en un palacio —exclamó el Yiyo.

El Turco echó un vistazo a su alrededor con una media sonrisa en su enorme boca.

—¿No pensarías que te iba a llevar a casa en la primera cita? —asintió.

Ambos rieron relajados, parecía que sus intenciones eran buenas. Estaban al tanto de la necesidad del otro por trabajar juntos. Aunque pudiera parecer que los gitanos jugaban en inferioridad, lo cierto era que la banda del Negro los necesitaba a ellos de la misma manera. Querían empezar a operar en la zona, y contar con la infraestructura de un clan como el de los Carmelos era esencial. Podían tratar de hacerse un hueco a la fuerza, y era probable que lo consiguieran, pero el Negro no era tonto y sabía cuándo aprovechar una oportunidad como la que le ofrecía el Yiyo. Ya habría tiempo de pegar un par de tiros si era necesario.

Un chico joven apareció por la puerta que daba a la estancia en

que se encontraban y miró al Turco, que le hizo un gesto con la cabeza para que se acercara. El muchacho atravesó la habitación en un par de rápidas zancadas y le susurró algo al oído. Este asintió y le respondió algo también. El chico dio las gracias y salió presto de la habitación.

—¿Algún problema? —se interesó Moisés.

—Asuntos de negocios —le restó importancia el árabe—. Siéntate, amigo.

Moisés se acomodó en un sofá de dos plazas que había en mitad de la habitación, y el árabe hizo lo propio en otro pequeño diván frente a él, quedando separados por una pequeña mesita auxiliar sobre la que descansaba una cachimba. El Turco cogió una pastilla de la mesita, la colocó en la parte superior de la pipa y la encendió con un mechero. Cuando comprobó que había prendido bien, se llevó la boquilla a los labios y dio una profunda calada.

—Me gusta estar relajado para hablar de ciertas cosas —dijo al tiempo que expulsaba una gran bocanada de humo.

El Yiyo agarró el extremo de la pipa que le ofrecía el Turco y siguió el mismo ritual: aspiró con fuerza y dejó que el humo escapara poco a poco de su garganta. Notó cómo el THC subía hasta su cabeza y relajaba todo su cuerpo. Moisés no era muy dado a consumir drogas: alguna raya de coca de vez en cuando y algún que otro porro, pero normalmente prefería mantener su cabeza despejada. Había visto a más de un compadre metido en un marrón por ir hasta arriba de *farlopa*.

—¿Cuánto sois capaces de mover en una semana? —preguntó el Turco de repente.

Moisés dio otra larga calada a la pipa y lo miró fijamente a los ojos mientras expulsaba el humo lentamente.

—Lo suficiente.

El Turco sonrió, era el tipo de respuesta que esperaba.

—Los gitanos estáis acostumbrados a venderle caballo a los yonquis. El hachís es diferente; mucho niñato que no está dispuesto a meterse en los Núcleos para pillar un par de posturas.

—Llevamos mucho tiempo en esto, tenemos gente en los puestos

de siempre, en las zonas de marcha y en casi cualquier esquina de Fuengirola.

—No dudo de vuestra infraestructura. Si estás hoy aquí es porque sé que trabajáis bien. Lo que me preocupa es si tenéis gente suficiente ahora que la mitad de los tuyos están en la cárcel.

Moisés recibió la puñalada mordiéndose los labios.

—¿Cuándo ha sido un problema encontrar a gente que quiera ganar dinero? —le respondió.

El Turco siguió fumando de la pipa mientras estudiaba a Moisés. Sabía que movían bien la mercancía, daba igual que se tratara de heroína, cocaína o hachís. El Yiyo era un tipo listo, había potenciado la estructura de la empresa familiar y la dirigía con mano dura desde la distancia, sin ensuciarse las manos más de la cuenta. Era de los pocos peces gordos que se le habían escapado a la policía en la gran redada que los había condenado y era el responsable de que el clan no se hubiera hundido después de aquello. El Turco lo sabía, por eso había contactado con él. Le recordaba al Negro, su forma de mantener la calma, de tragarse el orgullo cuando lo atacaban, pero sin dejar que nadie sobrepasara la línea que él mismo había marcado en su cabeza. Le había lanzado varios dardos directos al corazón para ponerlo a prueba y había aguantado estoicamente.

Hizo un gesto a uno de los chicos que había al fondo de la estancia y este se acercó rápidamente con un sobre blanco. El Turco lo cogió y se lo tendió. Moisés se acercó y lo agarró por el otro extremo, sin que el árabe lo soltara.

—Ahí tienes un teléfono de prepago totalmente limpio. Cuando recibas una llamada ve a la dirección que aparece escrita.

El Yiyo asintió y tiró del sobre, pero el Turco no lo soltó aún.

—Y ven acompañado, os va a tocar cargar —añadió el árabe soltando el sobre de papel bruscamente.

—¿Cuántos kilos? —preguntó Moisés.

El Turco rio y le palmeó la pierna como respuesta.

Hacía tiempo de esa reunión y las cosas habían cambiado mucho. La asociación les había hecho ganar mucho dinero y los había mantenido vivos, que no era poco. Pero todo tenía un precio, y el clan

de los Carmelos, que otrora había controlado la mitad de la droga que se movía en esa zona de la Costa del Sol, ahora era poco más que una empresa de servicios: cargaban y descargaban los portes; vendían el hachís en cada esquina, y pegaban un par de puñaladas cuando se lo pedían. Y, aunque el Yiyo estaba bastante arriba en la banda, eran los moros los que lo controlaban todo.

—Yiyo —lo llamó uno de los chavales jóvenes que solía trabajar para el Negro. Le hizo un gesto con la cabeza y Moisés lo siguió a un par de pasos de distancia.

Entraron en la estancia y subieron por una escalera con una minimalista barandilla de metal. Accedieron a un amplio distribuidor y entraron por una de las puertas.

El Negro no era dado a rodearse de mucha gente: el Turco, un par de guardaespaldas y algún morito que otro. Nunca lo había visto con putas o con gente importante alrededor de una mesa de cristal manchada de polvo blanco. Le gustaba mantenerse en la sombra, ser un nombre, una voz, un ser incorpóreo al que temer.

Se encontraba de pie en mitad de una amplia y luminosa, pese a ser de noche, estancia. Moisés dirigió su mirada hacia la mano, en la que sostenía una copa de champán. El Negro siguió su mirada y se adelantó a su pregunta:

—Es agua.

—Es tu fiesta, puedes beber lo que te salga de los huevos —respondió Moisés.

—El Yiyo, tan agradable como siempre —sonrió Mohamed—. Es cierto que a nadie le extrañaría que acabara borracho en mi fiesta.

—Todo el mundo lo hace —exclamó el Yiyo. Era bien conocido que su lugarteniente, el Turco, no era muy ortodoxo con el islam al respecto.

—Pero yo no soy todo el mundo. Yo no doy órdenes con una copa en la mano ni animado por la euforia del momento. —El árabe alargó la última palabra—. Por eso me gusta que cuando pido algo se cumpla sin condiciones.

Moisés se removió incómodo, nunca estaba seguro de cómo enfrentarse al Negro. Poseía una narrativa hipnótica, cercana e imperativa al mismo tiempo. No tenía el marcado acento árabe de los

magrebíes que no se habían criado en la península, lo que en un primer momento había hecho pensar a Moisés que había nacido en España, hasta el día en que le contó una rara historia sobre su infancia en Chauen, una de esas historias que parecían sacadas del libro de *Las mil y una noches*, y que lo dejó con la sensación de que debía sacar alguna moraleja de ella, aunque no tenía muy clara cuál.

—Acompáñame —le indicó señalando el ventanal que estaba abierto al fondo de la habitación.

Salieron a una pequeña terraza que se asomaba justo al jardín donde se estaba celebrando la fiesta. Ambos se quedaron observando la línea de la costa en el horizonte. Parecía que el terral se había calmado y el aire empezaba a refrescar.

—¿Cuántas lanchas tienes ahora mismo cruzando el estrecho? —le interrogó Moisés.

Mohamed le dedicó una mirada aprobadora, como la que le dedica un profesor a un alumno aventajado. Iba ataviado con un traje de verano de dos piezas sobre una camisa blanca sin corbata. Pese a no ser un hombre atractivo, tenía buen porte y, aunque el presupuesto de su vestidor tendría mucho que decir al respecto, lo cierto es que nunca desentonaba. Poseía un físico poco llamativo: de estatura media, ni gordo ni delgado, y, sobre un rostro moreno, aunque no lo suficiente para ganarse su apodo, lucía una cuidada barba de cabellos negros, que combinaba con una abundante cabellera donde empezaban a asomar las primeras canas.

—Supongo que no conoces la historia de los tres mercaderes —comenzó a hablar el magrebí—, mi padre solía contármela cuando era un niño. —Siguió mirando el horizonte mientras hablaba—. Había una vez tres mercaderes que viajaban por el desierto de camino hacia la ciudad. Para llegar hasta ella debían atravesar un oasis donde vivía una enorme serpiente de cascabel, conocida por devorar a todo aquel que se cruzara en su camino. Los tres mercaderes, viendo que la serpiente estaba dormida, decidieron atravesar el oasis de uno en uno para no llamar la atención del reptil. Cuando el primero de los mercaderes estaba atravesando el palmeral, su camello se encabritó y bufó con fuerza, despertando a la enorme serpiente, que se alzó sobre su lomo y engulló al mercader junto con su camello.

»Cuando la serpiente volvió a quedarse dormida, el segundo mercader decidió ponerse en marcha, no sin antes advertirle a su camello que no hiciera ningún ruido cuando pasaran junto a ella. El mercader, con paso sigiloso, fue atravesando el oasis, pero cuando se encontraba a punto de conseguirlo su camello relinchó y, antes de que pudieran oponer resistencia, el reptil se alzó y se los tragó de un solo bocado.

»El tercer mercader esperó a que la víbora volviera a su letargo. Descargó las alforjas de su camello y, sacando una daga de la túnica, atravesó el cuello del animal. Se cargó las talegas a la espalda y se puso en marcha. Cruzó el oasis sin que el reptil despertara de su sueño y se alejó caminando por el desierto camino a la ciudad.

El Yiyo escuchó atentamente y esperó un largo minuto hasta que intuyó que la historia había acabado ahí.

—¿Me estás pidiendo que vaya por ahí cortándole el cuello a los camellos? —se decidió a preguntarle.

—Solo al que relincha cuando no debe —le respondió Mohamed.

Moisés sacó un cigarro del paquete que tenía en su bolsillo, lo encendió y aspiró lentamente, saboreándolo, sintiendo cómo la nicotina descendía hasta los pulmones y volvía a ascender hasta el cerebro. Sabía lo que iba a pasar a continuación, sabía lo que le iba a pedir el Negro, llevaba mucho tiempo esperando ese momento.

—El Tala siempre ha tenido la lengua muy larga —exclamó a través del humo de la última calada al cigarrillo.

—Un hombre no puede saltar fuera de su sombra —alegó el árabe.

—¿Y qué se supone que quiere decir eso? —lo recriminó Moisés.

—Ya sabes lo que quiere decir. —El árabe le dedicó una larga mirada y volvió la vista hacia la fiesta del jardín. La piscina se había quedado huérfana de viejos y de putas. Suponía que las habitaciones tendrían las luces rojas encendidas—. Es de tu familia, por lo que tengo entendido.

—Solo medio familia; es primo de la Queca.

—¿La mujer de tu hermano? —le interrogó Mohamed.

—No es su mujer, solo están arrejuntaos.

El Negro sopesó la respuesta, sabía que cuando las gitanas perdían la virginidad ya no podían casarse, así que no les quedaba más remedio que arrejuntarse, como lo llamaban ellos. Cuando eran ellos los que echaban un polvo antes de tiempo, la historia era bien otra.

—Tienes que ser tú, de nadie se fía más que de ti, y no quiero que parezca un ajuste de cuentas y que la policía empiece a rebuscar entre la mierda.

—¿No hay otra solución? —inquirió Moisés.

Se escucharon unas risas en el jardín, Ernesto charlaba animadamente con algunos invitados. Moisés no los conocía.

—Esa es Olga Kurminova —le indicó Mohamed señalando a una rubia entrada en años mientras apoyaba el otro brazo por encima de su cuello—, viuda de Oleg Kurminov y dueña de la mayor empresa de distribución de productos rusos en la costa. El calvo de al lado es Francesc Casablanc, alterna su residencia entre Palma y Marbella colocando viviendas como esta a gente como nosotros. La rubia del vestido negro es Mercedes Ramírez de Palencia, entró en política para justificar que no necesitaba trabajar. Adicta al vodka caro y a la coca, y siempre dispuesta a hacer un par de favores si no le faltaba ninguno de los dos. Se podría decir que estamos tratando de abrir otras vías de negocios con gente acostumbrada a tratar con personas como nosotros y que se podrían poner nerviosos si ven a algún agente de la UDYCO olisqueando por ahí.

—Has reunido a un buen grupo, solo falta algún cura —exclamó Moisés dedicándole una generosa mirada a la política.

—Es mérito de Ernesto. Todo el mundo sabe que sus minutas la pagan narcotraficantes, proxenetas y asesinos, pero sigue siendo uno de los letrados más prestigiosos de la provincia. Ser abogado es el único trabajo que te permite ser legal siendo ilegal. Luego que si el secreto profesional y la inocencia de sus clientes… No se lo creen ni ellos. —Alzó las manos en gesto despectivo—. Pero son útiles, son la cara visible de este negocio y se encargan de sacar la basura cuando huele demasiado. Tú deberías saberlo —le cortó el árabe al ver la mueca de disgusto de Moisés.

No eran pocas las veces que Ernesto se había presentado en algún juzgado del litoral malagueño a sacar a alguno de los Carmelos o a él

mismo de algún marrón.

—El Tala siempre ha hablado más de la cuenta, ¿qué es lo que ha cambiado esta vez? —cambió de tema el Yiyo.

—Lo ha hecho delante de quien no debía, y van detrás de él.

Moisés no respondió. No era lo que se puede decir un pez gordo; había descargado algún coche que otro y había hecho de guardaespaldas del Yiyo en más de una ocasión, más por lo grande que por lo hábil. El Yiyo lo consideraba poco más que un trozo de carne con ojos. Miró al árabe a los ojos y entendió que lo que le pedía lo hacía más por su propia seguridad que por la de la organización en sí. El Tala no conocía a ninguno de los hombres fuertes del Negro, solo había tratado con sus moritos y con él mismo. Si la UDYCO lo acorralaba y le engañaba con alguna tarjeta de «líbrese de la cárcel», poco podía contar acerca del Negro o del Turco; pero de él, de Moisés Heredia Carmona, sí que podía largar mucho y podía hacer que, en vez de ir a por un puto gordo de Alhaurín, la policía pusiera su foco en él mismo.

—¿Tiene que ser esta noche? Estaba empezando a divertirme.

—El juez ha autorizado que le pinchen el teléfono.

El Yiyo le dedicó una mirada inquisidora.

—¿Información de primera mano?

—La información es poder, Yiyo —le respondió el árabe.

Las luces del Volkswagen Golf recortaron la oronda figura del Tala contra el muro de ladrillos sobre el que estaba apoyado. Una mueca de asco se dibujó en la cara de Moisés. No aguantaba al gordo y, aunque no le agradaba especialmente la idea de lo que iba a suceder esa noche, lo cierto es que tampoco lo lamentaba. Hacía años que lo conocía y siempre había estado en la cuerda floja, siempre jugando con fuego. Podía haberse dedicado a trabajar con su padre en los encofrados, haberse ganado la vida como tantos otros, llegar a casa con la espalda molida, pero con un jornal en el bolsillo. Pero no, el quería llevar una vida de gánster, de los que salen en los videoclips de la MTV; hacerse de oro, y a ser posible trabajando lo menos posible. Pero, con tan poca materia gris en el cerebro, el proyecto era harto complicado.

Lo había conocido en una noche de fiesta que había organizado su

hermano Samuel para celebrar que la Queca por fin había accedido a salir con él. Estaba en el reservado de la discoteca con una copa de wiski con Red Bull en la mano cuando su hermano se lo presentó.

—Yiyo, este es el Tala, un primo de la Queca. Es el que maneja el cotarro en *Laurín* y nos puede echar una manilla ahora que nos falta gente. —El Yiyo lo miró a los ojos y pudo contar a través de sus pupilas el número de veces que había ido al servicio a meterse una raya.

—Tenía ganas de conocerte, Yiyo —le gritó al oído el Tala al tiempo que le apretaba la mano y se dejaba caer sobre el sofá en el que estaba sentado. Moisés tuvo que apartarse a un lado para no acabar incrustado entre las lorzas de su barriga—. Me han dicho que tú eres el que mueve toda la droga de Fuengirola, lo mismo podíamos asociarnos, ya sabes, de narco a narco. Tu hermano te habrá dicho que yo soy un pez gordo en Alhaurín.

Moisés sonrió recordando la frase, lo único que tenía de pez gordo el Tala era lo gordo, se creía Pablo Escobar por pasar unos gramos los fines de semana y haberse peleado con algún moro que otro. Estuvo toda la noche invitándolo a una copa tras otra mientras se inventaba la historia de su vida. Pero la cosa no acabó ahí: consiguió su número de móvil y empezó a llamarlo a menudo para preguntarle si lo necesitaba para algún trabajo.

—Yiyo, no me entiendas mal, que yo en Alhaurín estoy moviendo más que nunca, la gente últimamente va to *enzarpá*, pero a lo mejor necesitas que te eche una manilla, que la costa es muy grande y sé que os falta gente.

La puta morsa había dado en el blanco: la policía les había dado un palo gordo y apenas tenía chavales con los que contar. No perdía nada por ponerlo a prueba, quizás le fuera útil, al fin y al cabo.

—¿Dónde es la fiesta? —preguntó nada más sentarse en el asiento del copiloto del Volkswagen Golf.

—En casa del abogado —contestó Moisés sin mucha emoción.

—¡Joder, eso es otro nivel! Menos mal que me ha dao por arreglarme. Seguro que está lleno de putas de las caras.

Moisés le dedicó una mirada de arriba abajo. Vestía una camisa a rayas con un par de banderitas de España bordadas en la pechera y un pantalón vaquero tan ceñido que tenía serias dudas sobre cómo había

conseguido que subiera más allá de los tobillos. Cualquiera diría que acababa de salir de una corrida de toros o de un mitin del PP.

—Primero tenemos que encargarnos de un asunto.

—¡Joder, Yiyo, siempre pensando en el trabajo! —exclamó el Tala desilusionado—. Pero no será algo de ensuciarse, que no me he traído otra ropa.

—No te preocupes, no vamos a tardar mucho y, además, nos pilla de camino a la casa de Ernesto.

El resplandor de las luces de los pocos vehículos que circulaban de madrugada en dirección contraria iluminaba el rostro serio de Moisés mientras avanzaban con rapidez por la autovía. Trataba de mantener la mente en blanco en momentos como aquel, que ningún atisbo de sentimiento reflotara en el último segundo. No eran pocas las veces que le había tocado encargarse de alguien, era una tarea que no le gustaba delegar. Había que tener mucha sangre fría para saltar como un resorte cuando era necesario sin dudarlo. Una milésima de segundo podía mandarlo todo al traste y que el trabajo acabara convirtiéndose en una chapuza. La Chava intuyó las aptitudes de su hijo Moisés desde que era un niño. Cada vez que los tres hermanos se enzarzaban en alguna pelea, este mantenía la calma. Sorteaba patadas y puñetazos con habilidad, sin dejarse llevar por la rabia innata de los niños, y, cuando sus hermanos se tranquilizaban y parecía que todo volvía a la normalidad, se acercaba a cada uno de ellos con parsimonia, con calma, sin que lo vieran venir, y les lanzaba tal puñetazo que los dejaba noqueados en el suelo.

Circulaba concentrado en la carretera, sin prestar atención a la verborrea que provenía del asiento del copiloto, era poco más que el hilo musical que ponían en los ascensores de los hoteles caros.

Accionó el intermitente derecho y cogió la siguiente salida de la autovía, adentrándose en un laberinto de sinuosas calles que discurrían entre parcelas con viviendas unifamiliares y pequeñas urbanizaciones, hasta que de repente todo desapareció. El asfalto se convirtió en gravilla, y un par de farolas solitarias parecían dibujar con su luz la frontera del fin de la civilización.

—¿A dónde me traes, Yiyo? Yo no me bajo del coche, que me voy a llenar de tierra la ropa —vociferó el Tala.

El Yiyo dibujó media sonrisa como respuesta y siguió avanzando por el terreno durante varios cientos de metros más. Dejó el camino de

tierra y se adentró campo a través. Pese a que el terreno no era muy escarpado, el Volkswagen Golf no estaba hecho para circular por esas vías y avanzó dando tumbos. Los kilos de grasa del Tala subían y bajaban como una atracción de feria, sin que a este le diera tiempo a agarrarse entre cada sacudida. Cuando se habían alejado lo suficiente del carril de tierra, frenó en seco, lo que lanzó a su acompañante contra la luna delantera, que hubiera acabado partiendo si no fuera por el cinturón de seguridad.

El de Alhaurín refunfuñaba y protestaba a cada sacudida al tiempo que se reincorporaba en el asiento.

—Baja, anda —le ordenó Moisés abriendo su puerta y apeándose del vehículo.

Se acercó a la parte trasera y alzó el maletero. Había dos bolsas de deporte de grandes dimensiones, abrió la más alargada y sacó una pala y una azada.

—No me jodas, Yiyo, me voy a poner perdío. Luego cómo quieres que me lleve a una zorra a la cama…

El Yiyo hizo caso omiso a las protestas, le entregó la pala y avanzó en línea recta hacia donde alumbraban los faros del coche dando pequeños taconazos al suelo. Cuando creía haber localizado la mejor zona para cavar, alzó la azada por encima de su cabeza y la lanzó con fuerza contra el firme, comenzando una sucesión de golpes contra la dura tierra hasta que consiguió que estuviera lo suficientemente suelta para poder cavar con la pala. El esfuerzo físico le despejó la mente y lo aisló de la constante verborrea de su compañero durante unos minutos.

—Te toca —le ordenó arrojando la herramienta que había estado usando a un lado.

El Tala se colocó de malas maneras donde había estado Moisés hacía unos segundos y clavó la pala en la tierra ya removida.

—Joder, Yiyo, ya sabía yo que esto de irnos de fiesta no iba a ser tan bonito. ¿No podemos dejar esto para mañana?

—Mañana vas a estar de resaca, y hacer algo de ejercicio no te va a venir mal.

—Si quiero hacer ejercicio, me apunto al gimnasio. Esto es una mierda —refunfuñó el Tala.

—Anda, calla y cava.

—¿Y qué vamos a enterrar aquí? ¿La bolsa esa que tienes en el maletero?

—Tú haz un boquete bastante grande —respondió Moisés.

Un haz de luz se vislumbró en el horizonte y Moisés se puso en guardia. Se habían alejado unos metros del camino, pero los faros del coche podían delatarlos.

—Para —exclamó de repente.

—¿Qué dices?

—¡Que pares de cavar, coño! —exclamó más fuerte el Yiyo, que se acercó a paso ligero a su coche con la intención de apagar las luces. Pero, cuando se disponía a abrir la puerta del vehículo, el haz de luz se movió de lugar y fue perdiendo intensidad poco a poco, hasta que desapareció. Moisés se relajó, soltó el manillar de la puerta y se dirigió, esta vez, con un paso más calmado hasta la zanja donde se encontraba el Tala.

—Sigue cavando —le indicó sin dar más explicaciones y bajo las muestras de disgusto de su compañero.

El calor había dado una tregua y corría una ligera brisa que secó el sudor de la frente de Moisés. Este tiró una colilla al suelo y se recordó a sí mismo que debía recogerla cuando todo acabara, no podía permitirse dejar una muestra de su ADN junto a un cadáver.

—Yo creo que esto está ya —refunfuñó el Tala.

El Yiyo ojeó el agujero del suelo y taconeó varias veces en el borde. Luego se acercó nuevamente a su vehículo y abrió la cremallera de la otra bolsa de deporte. Estaba llena de paquetes embalados con cinta marrón. Metió la mano y tanteó en su interior hasta que tocó con la punta de los dedos la empuñadura de una Glock de 9 mm. Miró de reojo hacia la zanja e introdujo el arma dentro del pantalón con cuidado después de comprobar que tenía el silenciador puesto. A continuación, cerró la bolsa de deporte, la cargó hasta donde se encontraba el Tala y se la lanzó con fuerza.

—¡Joder, Yiyo, ten cuidado! —protestó el otro.

—Entiérrala bien —exclamó a modo de disculpa.

—¿Qué es? *¿Farlopa?* —preguntó mientras manoseaba la bolsa y calculaba su peso subiéndola y bajándola con una mano a modo de balanza.

—No te incumbe lo que sea, haz lo que te he dicho.

—Vale, vale —farfulló el de Alhaurín mientras se daba la vuelta dentro de la zanja y se agachaba para colocar la bolsa en el fondo de la misma.

En ese instante el tiempo se paró, Moisés se subió la camiseta y sacó la Glock de su pantalón. Las milésimas de segundo se convirtieron en segundos, y los segundos, en minutos. Alzó el arma lentamente mientras apuntaba a la cabeza de su compañero. Sus sentidos se centraron en el cañón del arma, dejando en un segundo plano cualquier percepción externa. Un halo anaranjado iluminó la zanja de tierra y sumió al resto del paisaje en la más profunda oscuridad. Quitó el seguro del arma con el pulgar sin hacer ruido y apretó el gatillo. ¡Clap, clap, clap! Y el enorme cuerpo del Tala cayó a plomo sobre la tierra. El tiempo volvió a recobrar su ritmo normal y el paisaje se enfundó de nuevo en su habitual traje de claroscuros.

Moisés observó la enorme figura debajo de él y torció el gesto mientras cogía la pala que había tirada junto al montón de tierra al borde de la zanja.

10. MACARENA

Alta suciedad, basura de la alta suciedad

No se puede confiar en nadie más

(Andrés Calamaro, *Alta suciedad*)

—Para conclusiones, letrada.

—Con su venia, señoría. —Macarena Aguado ajustó el micrófono que tenía frente a ella y dio un último repaso a sus apuntes—. Para oponernos a lo manifestado por el ministerio fiscal y solicitar la libre absolución de mi representado, y todo ello en base al principio *in dubio pro reo*, ya que no ha quedado suficientemente acreditada la participación de mi mandante en el delito que se le acusa —la letrada hizo una pequeña pausa en su exposición antes de continuar—, nos encontramos ciertamente con una situación realmente curiosa, puesto que se está acusando a mi representado, el señor Bilal, de estar en posesión de la nada despreciable cantidad de cien gramos de cocaína, cantidad que se encuentra en el interior de un vehículo que resulta que no es propiedad de mi mandante, que no conducía mi mandante, y cuyo dueño es alguien totalmente ajeno a mi mandante y que da la casualidad de que no ha podido ser citado para comparecer en este acto como testigo, extremo que desconcierta sobremanera a esta letrada.

Macarena alzó la mirada y observó el rostro de los presentes en la sala, era consciente de que las conclusiones que había preparado iban a tocar un terreno que no iba a gustar, pero había tomado la decisión de que no iba a ser la típica abogada con un discurso para salir del paso. Le ponían de los nervios los compañeros que ejercían su profesión como si fueran meros funcionarios: informes facilones para no molestar a nadie, escritos que son copia y pega de otros; que si una firma por aquí, que si una conformidad por allá, y clientes que se iban a casa con la sensación de que las personas que se supone que tenían que velar por sus intereses no se habían parado a explicarles nada. Macarena sabía que la gran mayoría de los juicios eran diametralmente opuestos a lo que el público acostumbraba a ver en televisión: a la hora de la verdad, el discurso final de un abogado no era tan importante en la decisión del juez; es más, normalmente el magistrado había tomado la decisión antes de empezar a escuchar las declaraciones. Pero Macarena no estaba dispuesta a escudarse en esas excusas.

—En el atestado efectuado por los agentes de la Policía nacional —continuó la letrada— y ratificado en este acto por los mismos, se afirma que el señor Bilal se encontraba apoyado en el capó de un automóvil Seat León negro… —Macarena buscó rápidamente en los apuntes que tenía frente a ella— con matrícula 4529 BTE cuando un individuo se acerca a donde este se encontraba y, leo literalmente, efectuándose en ese acto la venta de la sustancia estupefaciente.

La abogada soltó los apuntes que tenía en la mano con cierto desdén y miró hacia el magistrado. Aún no había coincidido en juicio con él, pero, según Ernesto, era dado a imponer sentencias absolutorias si las pruebas no eran realmente concluyentes.

—El comprador, que es la única persona que podría corroborar lo acontecido, resulta que no fue identificado en ese momento por los agentes de policía ni en momentos posteriores ni en ningún otro momento de la instrucción de la causa, extremo que también sorprende a esta letrada.

»Es decir, que, a pesar de la existencia de dos testigos clave que podrían evidenciar la existencia o no del acto ilícito, nos encontramos con que la única prueba *de facto* que relaciona al señor Bilal con la sustancia aprehendida es la palabra de los señores agentes de la Policía nacional. —La joven volvió a hacer una pausa en su discurso y se preparó para soltar la bomba que tenía preparada—. En circunstancias normales, no trataría de poner en duda la presunción de veracidad de un miembro de las fuerzas de seguridad, pero, en este caso, las circunstancias son algo diferentes, y son algo diferentes, puesto que es notoria la animadversión de uno de los agentes que procedieron a la detención de mi representado con los ciudadanos de origen, digamos, del otro lado del Mediterráneo —exclamó Macarena.

—Cuidado con lo que insinúa, señora letrada —le advirtió el magistrado.

—Perdón, señoría. No trato de insinuar nada, solo exponer lo que considero ha quedado demostrado en este acto. —Macarena no quería enemistarse con la persona que tenía que decidir sobre el destino de su cliente.

—Continúe y vaya abreviando, letrada —le apresuró el juez.

—Con su venia, señoría —tomó la palabra de nuevo—. Pese a que el agente de la Policía nacional se ha negado a contestar a las preguntas de esta letrada, mi mandante ha podido constatar que dicho

agente se dirigía a él en términos tales como «moro de mierda», «mono» o «terrorista», extremos que podrían haber ratificado tanto el señor Bakkali como la señora Zohra si este tribunal hubiera admitido su testifical. —El fiscal, hasta ahora inmerso en sus asuntos, alzó la cabeza y dirigió una mirada curiosa hacia la abogada—. También en las pruebas gráficas aportadas en este acto se puede observar con claridad como dicho agente luce el tatuaje de una esvástica en el antebrazo derecho, así como ser un habitual en los homenajes a la División Azul, a Franco y a todo lo relacionado con el régimen franquista.

—Señora letrada, no estamos enjuiciando a los señores agentes, cíñase a defender a su cliente —le regañó el magistrado.

—Lo siento, señoría. No es mi intención juzgarlos, pero esta defensa cree que es importante poner en duda la presunción de veracidad de los policías por todo lo expuesto.

—Continúe, pero no se lo advierto más. Si quiere interponer acciones legales contra el agente en cuestión, está en su derecho, pero en este acto cíñase a su representado.

—Con su venia, señoría, y para concluir —la abogada agradeció que los policías se hubieran marchado de la sala y no hubieran estado presentes durante su discurso—, nos encontramos hoy aquí enjuiciando a mi cliente por un delito de tráfico de drogas, cuando lo cierto es que lo único que ha quedado demostrado es que la noche del 12 de febrero el señor Bilal se encontraba fumándose un cigarrillo apoyado en el capó de un vehículo. Más allá de eso, señoría, el resto de lo relatado en el informe policial son solo conjeturas. Con lo fácil que hubiera resultado para este tribunal condenar a mi mandante si hubiéramos oído en declaración al supuesto comprador afirmando que, efectivamente, el señor Bilal le vendió la cocaína, o escuchando al propietario del Seat León manifestando que era mi representado el conductor habitual del mismo. Pero no, no hemos podido oír esas manifestaciones. Y no hemos podido oírlas porque, a juicio de esta letrada, todo en esta imputación ha tenido desde un primer momento un ánimo totalmente espurio. No ponemos en duda que la sustancia estupefaciente existiera ni ponemos en duda que se hallara en el interior del vehículo en cuestión, pero, señoría, no podemos dar por cierto que el señor Bilal estuviera involucrado en esos hechos porque precisamente, las pruebas que pudieran haber demostrado su participación en el hecho ilícito, resulta que no han podido ser practicadas. El único pecado que ha cometido mi mandante es el haber estado en el lugar equivocado en el momento equivocado, y

sobre todo haber topado con las personas equivocadas. ¿Estaríamos aquí y ahora si mi cliente se apellidara Pérez? Pues no lo sé, señoría. Quizás no… —La letrada dejó las palabras muriendo en el aire antes de concluir—. Por todo ello y por no haber prueba de cargo suficiente que vulnere el derecho a la presunción de inocencia de mi representado, solicitamos su libre absolución con todos los pronunciamientos favorables que correspondan. Gracias, señoría.

—Muy bien, quedan las actuaciones vistas para sentencia —exclamó el magistrado dando por concluido el juicio.

Macarena Aguado tardó unos segundos en alzar la vista y cuando lo hizo percibió el silencio incómodo que se había apoderado de la sala de vistas. Estudió la reacción de los presentes y, a excepción de su defendido, tanto el fiscal como el magistrado mostraban un semblante serio, no tanto disgustado como agrio, el rostro del que ha oído algo inconveniente y contrario a lo que había presupuesto. A la abogada no le molestaba haber sido la responsable de enrarecer la atmósfera, es lo que pretendía acusando tan abiertamente a los policías y dejando en evidencia la deficiente instrucción de la causa. Dirigió la vista al fondo de la estancia y su mirada se cruzó con la de Ernesto, inclinó ligeramente la cabeza y una casi imperceptible mueca, que la joven no supo muy bien cómo interpretar, se dibujó en sus labios. Con Ernesto uno nunca tenía la certeza de si lo había hecho bien o mal.

Se levantó del sillón y fijó la vista en el anagrama de la carpeta donde guardaba el expediente mientras la introducía en su inseparable bolso extragrande. La diosa Temis se alzaba con toda su magnificencia, una espada en un brazo, una báscula en el otro y una cinta sobre los ojos. Su amiga Marta se había encargado de diseñar la imagen gráfica de su despacho. Ella habría preferido algo más discreto, unas formas que insinuaran una balanza o algo así, pero su amiga se había empeñado.

—Empoderamiento femenino, Maca, que la gente relacione tu bufete con una diosa poderosa, ahí con su espada liberando al mundo de las injusticias…

—Pero, tía, que soy abogada, no Wonder Woman. —Reía Macarena los disparates de su amiga—. Por lo menos, hazlo un poco más discreto y más pequeño.

—Tú hazme caso, que la diseñadora soy yo —se defendía su amiga—. Que tampoco te voy a poner a Sailor Moon cortando cabezas; voy a diseñar algo elegante, de tu estilo, vaya.

Y Macarena la dejaba. ¿Qué podía hacer? Era su amiga de toda la vida, se habían conocido en el jardín de infancia. Marta lloraba porque su madre le había echado una manzana para desayunar, así que Macarena, que siempre había sentido una irracional atracción por las injusticias, se acercó, partió su bocadillo con chocolate por la mitad y se lo ofreció. Desde ese momento se habían convertido en amigas inseparables. Marta vivía muy cerca de ella, a un par de portales de distancia, lo que hizo que llevaran la amistad más allá de las aulas. No había tarde que no se reunieran en las plazoletillas ajardinadas del barrio a disfrutar de la niñez.

—Te espero fuera —exclamó su cliente sacándola de su ensimismamiento.

—Espera, salgo yo también —contestó la joven—. Buenos días, señoría —se despidió tanto del juez como del fiscal ante la mirada contrita de ambos. Iban a celebrar juicios durante toda la mañana, pero seguramente no se esperaban que uno de ellos les iba a dejar ese mal sabor de boca.

La abogada abandonó la sala de vistas junto con Abdel Bilal. Ernesto los esperaba fuera, a unos metros de distancia.

—¿Cómo has visto la cosa? —lo asaltó Abdel mientras se iba acercando.

—Creo que bien, Macarena ha estado bastante inquisitiva en lo referente a los policías.

—Sí, sí, les ha dao duro ahí —se jactaba su defendido, aunque la abogada sabía que las palabras de Ernesto tenían otra posible lectura.

—Ahora solo toca esperar a que nos notifiquen la sentencia. No creo que se demore demasiado; este juez tiene fama de no retrasarlas más de la cuenta —advirtió Macarena.

—Esperemos que sí —exclamó Abdel cruzando los dedos.

—Lo que tienes que hacer es tener más cuidado —le aconsejó Ernesto—. Podrían haber decomisado una cantidad considerable, ya me entiendes.

—Lo sé y lo siento. Se me fue un poco la cabeza —se justificó el árabe.

—Anda, vete a casa con tu mujer —lo tranquilizó— y ten el móvil

cerca. El Turco quiere hablar contigo.

La antes sonriente cara del que había sido su defendido mutó al escuchar ese nombre. Macarena lo había oído en los labios de Ernesto en alguna ocasión y siempre le daba la sensación de que iba conexo a una amenaza invisible pero firme.

—No te preocupes —lo calmó el abogado—, solo quiere hablar de temas laborales.

—Pero le habrás dicho que no soy un sapo, ¿no?

—Este no es lugar para hablar de estas cosas. —En ese momento le agarró del brazo y le susurró algo al oído.

Macarena siempre se había sentido incómoda en esas situaciones, aunque poco a poco había aprendido a convivir con ellas y abstraerse. No era tonta, sabía, o más bien intuía, que Abdel era el que conducía el vehículo y, si no fuera por la torpeza de los agentes y la dejadez del juzgado que había instruido la causa, no habría tenido opciones en el juicio. No era la primera vez que trataba de valerse de la indolencia de las administraciones con la justicia en su propio beneficio. El sistema judicial en España, pese a su fama de garantista, lo cierto es que era una amalgama de falta de recursos, exceso de burocracia y una alta dosis de desidia. Solo había que echar un vistazo a algunos artículos de la ley de enjuiciamiento criminal, que se promulgó nada menos que en 1882, para darse cuenta de lo arcaico del sistema.

—¿Macarena? —Una muchacha se había detenido frente a ella y la contemplaba con gesto de extrañeza.

—Jimena, cuánto tiempo sin verte —le respondió al saludo Macarena al tiempo que se concedían dos tímidos besos de cortesía.

Jimena Sánchez de la Cruz, la empollona de la clase, lo que no obviaba el hecho de que fuera la mejor estudiante de Derecho de su promoción. Macarena no le iba a la zaga, pero era menos dada a pasearse por los despachos de los profesores a rascar algunas décimas, que casualmente siempre iban a parar al insaciable expediente académico de su compañera. Cuando se graduaron, tanto compañeros como profesores le aconsejaron que, dada su capacidad para hincar los codos, debería opositar a abogacía del Estado, a notaría o, mínimo, a judicatura. Pero Jimena creía que se iba a comer el mundo y que los bufetes se la iban a rifar. Y, efectivamente, las ofertas no le faltaron para trabajar sesenta horas a la semana como pasante cobrando trescientos euros al mes.

—¿Cómo te va? El otro día coincidí con Irene en una vista y me contó que le habías echado valor y habías montado tu propio despacho. —Las últimas palabras dejaron entrever un cierto tono de condescendencia.

Macarena no desaprovechó la ocasión para descolgar su bolso del hombro e introducir su móvil en él de manera que el mosaico de eles y uves grabadas en la piel de su Neverfull de Louis Vuitton quedara perfectamente alineado con la mirada de Jimena, la cual lanzó una discreta mirada analítica para comprobar su autenticidad al tiempo que daba un ligero toque con el codo a su modesta bandolera para esconderla bajo su espalda una vez que comprendió que su antigua compañera y rival en la facultad calzaba un bolso de dos mil euros.

—Pues con mucho trabajo, qué te voy a contar —respondió Macarena—. Todo el día metida en la oficina, cuando no estoy dando vueltas entre Torremolinos y Málaga.

En ese momento Ernesto se acercó a donde se encontraban hablando las dos jóvenes y asió el brazo de Macarena con suavidad para llamar su atención.

—Macarena, me voy, que tengo una declaración en el instrucción 6 y el juez es bastante puntual —exclamó despidiéndose de las dos, pero, cuando apenas se había alejado un par de metros, se giró de repente, como recordando algo—. Y llama a Isabel, tenía especial interés en que almorzarais juntas hoy —exclamó haciendo el gesto de llevarse la mano al oído.

—Gracias, Ernesto, hablamos —contestó la joven.

—Ese es Ernesto Aguilar, ¿no? —le preguntó Jimena algo sorprendida.

—Sí, hace tiempo que trabajamos juntos en algunos casos —respondió Macarena ante la mirada contrariada de su compañera.

Ernesto era bastante conocido en el mundo de la abogacía, y no siempre por sus dotes como jurista. Lo que no era de extrañar, teniendo en cuenta que se presentaba a los juzgados conduciendo un Aston Martin y que no tenía por costumbre asistir a las cenas de Navidad que todos los años organizaba el colegio de abogados.

—Me tengo que marchar, que me están esperando para una ratificación —se excusó Jimena, aunque su rostro reflejaba que todavía no había asimilado que su antigua compañera estuviera

jugando en otra liga.

—Claro, claro, yo me marcho también, que tengo una cita con un cliente y no quiero llegar tarde. Me alegro de haberte visto —se despidió Macarena, plantándole de nuevo dos besos en la cara antes de darse la vuelta y encarar la salida.

Isabel Mendoza era una mujer elegante, poseía el porte y las formas de quien se ha criado con una copa de champán en la mano. Pese a no poseer una belleza deslumbrante, dotaba a sus movimientos de una atracción hipnótica. Macarena se había descubierto a sí misma encandilada ante sus gestos más nimios: asía el tenedor con delicadeza, ejerciendo la presión justa para que flotara entre sus dedos; pinchaba un trozo de su *tataki* de salmón soasado a baja temperatura y se lo llevaba a la boca mientras seguía con su incesante parloteo, sincronizando la masticación con las pausas propias del discurso de manera que nunca pareciera que estaba hablando con la boca llena ni que se veía obligada a parar su retórica para tragar.

—¿Y cómo te ha ido hoy en el juzgado? Ernesto me ha dicho que has sido un tanto… temeraria —le preguntó de repente.

Macarena dio un sorbo a la copa de vino tinto antes de responder.

—Puede que haya arriesgado más de la cuenta, pero era una causa que nacía prácticamente con una sentencia condenatoria adosada. Si he conseguido que el magistrado se lo piense, aunque sea por un momento, ya habré logrado más que cualquier otro letrado en mi situación.

—Está claro que no eres como los demás.

—¿Eso te ha comentado Ernesto? —preguntó la joven tratando de restarle importancia.

Isabel la miró con gesto condescendiente, y a Macarena le recordó a su madre.

—Es que con él nunca tengo muy claro si lo he hecho bien o mal —se lamentó la joven.

—Ni lo vas a tener, créeme, que duermo con él todas las noches y también tengo esa sensación a menudo. —Se rio su acompañante.

—¿Y cómo lo sobrellevas?

—Ernesto y yo llevamos casados veinte años, y si algo he aprendido en todo este tiempo es que dice más por lo que calla que por lo que dice. Ya te acostumbrarás.

La abogada bajó la cabeza resignada, dudando si seguir hablando del tema.

—Maca, cariño, Ernesto sabe que tienes mucho futuro —la tranquilizó Isabel—. No eres como los pasantes que tiene llevando papeles de un juzgado a otro ni como los abogados jóvenes a los que les asigna casos menores. Ni siquiera ha intentado que trabajes para él —exclamó.

—No sé si eso es bueno o malo.

—Él quiere que vueles libre —y acompañó las palabras con un gesto de las manos representando el batir de unas alas—, respeta mucho que tengas tu propio bufete y solo trata de darte un empujoncito.

Una leve mueca de satisfacción se dibujó en el rostro de Macarena, que trató de disimular, sin éxito.

—Brindemos —propuso Isabel al comprobar que la joven había cambiado el gesto de angustia—. Por nosotras las mujeres, para que nunca tengamos que volver a vivir bajo la sombra de los grandes hombres, que serían menos grandes si no fuera por nosotras.

Macarena alzó la copa divertida y brindó junto a ella.

—Voy al baño —exclamó Isabel apurando su copa de vino tinto —. Pídeme otra si viene el camarero —añadió levantándose de la silla.

Macarena aprovechó para echar una ojeada al móvil. Tenía setenta y ocho mensajes sin leer en el grupo de WhatsApp «PAVAS», que compartía con sus amigas Irene y Marta: «Dónde estáis, pavas?»; «Llegando»; «Llego tarde»; «Siempre igual, tía»; «Me he liado»; «Con quién te has liado?»; «Con quién no»; «Guarras»; «He pedido la primera»; «Pídeme otra, que estoy aparcando»; «Maca, qué te queda?»; «Maca no viene»; «Maca no viene?»; «Había quedado»; «Con un maromo?»; «No sé, algo del curro, creo»; «Curro? Joder, que es viernes»; «Siempre igual».

Macarena estaba a punto de contestar que las llamaría cuando terminara para unirse a la fiesta, pero Isabel volvió del aseo en ese momento acompañada de otra mujer.

—Así que esta es la famosa Macarena —exclamó la recién llegada acomodándose en una silla entre ambas.

La conocía, la había visto en los periódicos locales junto a la alcaldesa de Fuengirola. No recordaba su nombre y no tenía muy claro su cargo, pero percibía que era un miembro notorio del partido.

—Maca, te presento a Mercedes Ramírez de Palencia.

—Isabel, por Dios —exclamó la mujer golpeándole el brazo como castigo—. Mercedes, o Merche para los amigos. —Se acercó y le dio dos tibios besos, dejando un penetrante rastro de perfume a su paso, un aroma demasiado intenso para el gusto de la joven.

Pese a que lucía un vestido notoriamente caro y una gargantilla de oro y esmeraldas adornaba su cuello, su aspecto era más bien chabacano. Macarena las contemplaba a las dos: rubias *cincuentañeras*, con rostros recauchutados y de una delgadez enfermiza, y, sin embargo, se asombraba por las enormes diferencias entre ambas. Disfrutaban de un nivel de vida desahogado, compraban en *boutiques* de lujo y visitaban a sus peluqueros y a sus cirujanos con frecuencia. Pero, mientras que Isabel era la representación gráfica de la elegancia, no había ni un ápice de distinción en su acompañante.

—Encantada —respondió la joven.

Mercedes la miró de arriba abajo de manera un tanto descarada.

—Eres muy mona, y muy jovencita también, pero mi amiga aquí presente —dijo dirigiéndose hacia Isabel— dice que eres una chica lista y que se puede confiar en ti.

—Gracias, creo —añadió la abogada un tanto desorientada.

—Verás, necesito ayuda con un asunto legal —comenzó a hablar la recién llegada—. Normalmente tengo un abogado que se encarga de estos temas, pero actualmente no se encuentra, podríamos decir, operativo.

En ese momento llegó el camarero para rellenar la copa de vino a Isabel, lo que aprovechó su amiga para pedir un Belvedere con tónica y una rodaja de lima, servido en copa de balón.

—Como te iba contando, nenita —retomó la conversación Merche —, que, por motivos que no vienen al caso, Luis no puede ayudarme esta vez, y necesito un nuevo abogado que me solucione un asunto

mercantil.

—¿Mercantil? —preguntó Maca extrañada—. El bufete de Isabel está especializado en derecho mercantil; yo me dedico más a asuntos penales. No sé en qué puedo ayudarte yo y que Isabel no pueda.

—Ya sé que mi amiga es una eminencia en todo lo referente al derecho mercantil, y por eso mismo su bufete gestiona mis empresas y las de mi familia, y por eso mismo no puedo contar con ella en esta ocasión. —Macarena la miró entre curiosa y desconcertada—. Verás, nena, voy a hablarte en plata: necesito darte poderes de una sociedad para que puedas ir a la notaría a firmar una compraventa.

—Entiendo —respondió Macarena extrañada por la petición.

—Pero también voy a necesitar que en un futuro uses esos mismos poderes para vender las acciones de dicha sociedad a otra que yo te indicaré en su momento.

Mercedes percibió un gesto de inconveniencia en la joven, lo que hizo que mirara a su amiga con cierto desconcierto.

—Te dije que era de confianza, no que fuera una insensata —advirtió Isabel—. Explícale la situación y deja que lo decida por ella misma.

La política varió el gesto de desconcierto a resignación y, posteriormente, a complacencia cuando el camarero le trajo su combinado de vodka y le dio un primer trago.

—Está bien. Digamos que hay cierto terreno rústico que quiero comprar y que ese terreno pertenece a un grupo de herederos que está deseando venderlo y quitárselo de encima. Y pongamos que ese terreno que estoy interesada en comprar en un futuro podría cambiar su calificación urbanística. Y, claro, se podría armar cierto revuelo si una concejala del ayuntamiento saliera beneficiada de esa modificación del suelo. Y, con lo envidiosa que es la gente, seguro que me acusarían de enriquecerme ilícitamente en vez de halagar mi intuición empresarial. —Esto último lo pronunció con cierto desdén.

—Vale, te sigo —comentó Macarena—. Digamos que, para guardarte las espaldas, preferirías que tu nombre no estuviese relacionado con esa operación por si se diera el hipotético caso de que ese terreno triplicara su valor de la noche a la mañana.

Merche sonrió con cierta malicia girando la cabeza hacia su

acompañante.

—Veo que lo vas pillando, nenita.

—Pero esa sociedad de la que me hablas no puede estar a tu nombre —la interrogó la abogada—; es decir, que Mercedes Ramírez de Palencia tiene que ser alguien totalmente ajena a esa operación, ¿me equivoco?

—Chica lista.

—Pero, entonces, necesitamos a alguien que me dé los poderes de la sociedad…

—No te preocupes por la parte operativa —la cortó Mercedes—, Arturo ya se ha encargado de eso. Ahora mismo solo necesito que aceptes los poderes y vayas a la notaría a firmar la compraventa.

—¿Arturo Villalba? —preguntó Macarena.

—Veo que lo conoces —aplaudió la política ante la mirada turbada de la joven—. A ver, Macarena, no te estoy pidiendo hacer nada diferente de lo que estás acostumbrada. Sé por Isabel que tus clientes más solventes no están quizás todo lo limpios que deberían.

—Todo el mundo tiene derecho a defenderse —exclamó Macarena ligeramente indignada.

—Y yo tengo derecho a gestionar mis negocios sin que algún periodista de esos que se creen que van a ganar un Pulitzer consiga un titular a mi costa —se defendió Mercedes airada—. Además, doy por hecho que tu minuta en estos asuntos será elevada.

Macarena la observaba mientras su interlocutora apuraba su copa de vodka con una sonrisa dibujada en su rostro. Le repugnaba todo lo que representaba, o por lo menos le hubiera repugnado hace unos años, cuando era una estudiante comprometida con todo lo que pudiera estar comprometido un universitario. Pero hacía tiempo que jugaba muy cerca de la delgada línea roja que separaba el artículo 24 de la Constitución española de la moralidad. Se convencía a sí misma de que solo hacía su trabajo, pero en el fondo de su alma sabía que todo acababa teniendo un precio.

—Mándame los datos de la sociedad y dime cuándo quieres que firmemos —exclamó Macarena sacando una tarjeta de su bolso y entregándosela a su acompañante.

11. ALONSO

Yo soñaba cada día poder alcanzar la playa

Y ahora está tan cerca, casi ya la puedo oler

(Xoel López, *Tierra*)

—Hemos registrado encuentros del Fernan con cuatro pilotos —comenzó a exponer Alonso Quero frente a la atenta mirada del inspector jefe Vila y del resto de compañeros del grupo—: el Melli, Jesule, el Nene y el Trillo. A excepción de este último, el resto con muchos portes a sus espaldas. El Fernan es bastante precavido y no hemos podido sacar nada en claro en las escuchas de su teléfono, pero los lancheros son otra historia; aunque hablan en código, hemos podido obtener bastante información.

—¿Sabemos cuándo van a descargar? —se interesó Vila.

—Todavía no, pero sí que va a ser una operación grande —contestó Quero—: hablan de unos sesenta fardos, que, a treinta kilos cada uno, nos encontramos ante cerca de dos toneladas de hachís.

—¿En cada goma? —volvió a preguntar Vila.

—Parece que sí. Tenemos una transcripción del Melli hablando con su primo donde le decía que iba a llevar sesenta regalos para el cumpleaños de su sobrino, y otra del Nene comentando que tenía que llevar sesenta lavadoras al desguace —explicó el subinspector.

—Son muchos kilos de una tacada —reflexionó pensativo Vila.

—Del Jesule, no sabemos nada aún, pero el que parece que no va a apuntarse a la fiesta es el Trillo. Llamó a su mujer después de reunirse con el Fernan y le dijo algo así como que no está el horno para bollos con los Rubios.

—Los Rubios son el clan narco más importante del Campo de Gibraltar, por lo que tengo entendido.

—Núñez, el civil amigo de González, nos contó que, de una manera o de otra, controlan toda la droga que atraviesa el estrecho, de ahí que el Trillo sea tan reticente.

—El Yiyo no tiene suficiente fuerza para enfrentarse a los Rubios solo. Si los gitanos quieren realizar el porte sin contar con su

aprobación, van a necesitar ayuda —comentó Vila sabiendo lo que iba a responder su subordinado.

—Un motivo más para pensar que el Negro está detrás de todo —exclamó Quero efusivo.

—Ya llegaremos a eso, Alonso —zanjó el inspector en un tono no demasiado autoritario—. Entonces, tenemos varias narcolanchas cargadas hasta arriba. Hablamos de muchos kilos. Necesitarán un número considerable de puntos y *gayumberos* para descargarlos.

—El Fernan ha aprovechado la visita a La Línea para hablar con varias collas especializadas en esas funciones.

—Tendrán que pagarles bien para que acepten trabajar a espaldas de los Rubios. ¿Tenemos algo sobre dónde van a guardar el alijo?

—Por la baliza que hemos puesto en el coche del Maradona, sabemos que ha estado dando vueltas por Coín.

—¿Coín? —se extraño el inspector.

—Tiene familia en el barrio de la Fuensanta, e intuimos que van a alquilar alguna nave en los alrededores para usarla como *guardería*. Ha estado hablando con algunos familiares para que le vigilen el chalé —exclamó Alonso exagerando el acento.

—Saben que en la A-355 es difícil encontrarse con un control de la Guardia Civil —añadió el subinspector Expósito incorporándose a la conversación—. Normalmente, la compañía de Coín anda justa de efectivos, como mucho tienen un par de patrullas en la calle, y es un área demasiado grande para tenerla controlada.

—Aun así, un convoy de Land Rovers circulando por esa carretera a altas horas de la madrugada llamaría demasiado la atención —expresó Vila—. Lo más probable es que lleguen a la *guardería* de manera escalonada.

—Hemos llegado a la misma conclusión —añadió Alonso.

—Le echaré un telefonazo al capitán Jiménez, es un tipo medianamente competente —dijo Vila—. A ver si me puede poner al día sobre lo que se mueve por la Fuensanta y si tienen infraestructuras en el barrio para guardar el alijo allí.

—No creo que quieran ocultarlo en el barrio. Ha estado haciendo

llamadas para alquilar alguna nave en las afueras, aunque no da demasiadas explicaciones por teléfono —se excusó Expósito ante el gesto de asentimiento de su superior.

—También hemos registrado encuentros de Byron Mendoza con un tipo búlgaro —exclamó Quero al tiempo que invitaba a la agente Cuevas con un gesto de la mano a que se incorporara a la exposición.

El inspector Vila asintió con la cabeza, y la policía se levantó y empezó a leer de la libreta que tenía en la mano:

—Eugeny Mitrov, cuarenta y dos años, natural de Dobrich, en Bulgaria, y dueño de un lavadero de coches en Mijas costa. Le constan algunas reseñas por VioGén, pero poco más.

—¿Habléis hablado con Interpol? —preguntó Vila.

—Ahí ya cambia la cosa —continuó Cuevas satisfecha—. Lo tienen fichado en casi todos los países miembros. Ha estado dando vueltas por Europa robando coches de alta gama, pero, después de cumplir unos años de prisión en Francia, se instaló en la costa y se especializó en los todoterrenos.

—¿Tenemos pinchado su teléfono?

—Estoy preparando el oficio para el juzgado —añadió Expósito.

—Cuando esté listo déjalo en mi despacho. Mañana por la mañana he quedado con el juez para contarle los avances de la operación —le indicó el inspector.

—Entonces, tenemos al Fernan gestionando las gomas, al Maradona con la *guardería* y a Byron con el transporte. A eso lo llamo yo trabajo en equipo. —Rio irónico Vila—. ¿Sabemos algo del Yiyo?

—Por teléfono no dice ni mu, está todo el día de arriba para abajo, pero siempre en encuentros cortos, de no más de diez o quince minutos —exclamó Alonso.

—¿Siguen usando el mismo *modus operandi*?

—Los más cercanos al Yiyo, sí: llamada corta y encuentro en algún lugar concurrido —contestó Expósito.

—¿Hemos rastreado algún teléfono? —siguió preguntando el inspector.

—Todos son prepagos registrados a nombre de algún extranjero desconocido —añadió Alonso esta vez.

Eusebio Vila lo miró y comprendió que hasta ahora solo le habían expuesto una parte de la investigación, la fácil, la que él le había exigido y, asimismo, la que el comisario le había exigido a él: «Un par de escuchas, reventamos un cargamento y mandamos a unos cuantos narcos a la prisión de Alhaurín en menos que canta un gallo». Pero Alonso Quero no se iba a conformar con eso; cuando algo se le metía entre ceja y ceja no era fácil hacerlo recular. Le había extrañado la facilidad con la que el subinspector, que tantos años llevaba junto a él, hubiera apartado al Negro de la ecuación, pero la mirada de complacencia que adivinó en su rostro le desveló que esa x de la ecuación solo había quedado relegada a un segundo plano provisionalmente.

Quero también sabía leer el rostro de su superior, llevaba muchos servicios a su cargo. Cualquiera que lo conociera lo suficientemente bien, y Vila se encontraba entre ellos, tenía claro que no iba a abandonar su idea de ponerle las esposas al Negro tan fácilmente, y, por la forma en que cambió su gesto, previó que el inspector acababa de descifrar que había una parte de la investigación que no le había contado aún.

Alonso cogió una carpeta de la mesa de escritorio que había junto a él y comenzó a sacar fotografías y a pegarlas en la pizarra donde estaba anotado todo lo relativo a la operación Blackbook.

En ellas aparecía el Guerrero desde diferentes ángulos. El inmenso cráneo rapado del árabe se erguía como el eje central de las instantáneas, relegando al resto de elementos de la imagen a un segundo plano. Vila se llevó una mano al mentón mientras dejaba que su subordinado continuara en silencio su ritual.

—¿Vas a contarme quién es? —preguntó Vila una vez que Alonso terminó de pegar las fotografías en el tablón y seguía sin abrir la boca.

—Señor, le presento al eslabón perdido de la investigación —exclamó con guasa mientras hacía una reverencia—. Por algún tipo de azar lo hemos registrado en diferentes escenarios mientras se producían reuniones exprés entre los miembros de la banda. No sabemos cuál es su función ni su cargo en la jerarquía, pero tiene que estar ahí por algo.

—¿Lo tenemos filiado?

—Todavía no —respondió Quero—, siempre paga en efectivo. Lo hemos seguido varias veces hasta un piso del Boquetillo, pero cuando hemos preguntado por la zona nadie dice conocerlo, aunque todos parecen conocerlo. Es como un fantasma de dos metros y cien kilos que el Negro ha puesto ahí por algo.

—No tan rápido, Alonso —lo cortó Vila—. Que sea marroquí no quiere decir que tenga que estar relacionado con el Negro a la fuerza; hay muchos moritos vendiendo droga para los Carmelos.

El subinspector dibujó una media sonrisa e hizo un gesto a su compañero Mario González para que se levantara.

—Señor, he interrogado a uno de mis confidentes sobre el tipo en cuestión —comenzó a explicar el policía—. Lo llaman el Turco y se le suele ver por la zona del Boquetillo rodeado de un séquito de magrebíes jóvenes. Por lo visto, es bastante violento y se rumorea que es el brazo ejecutor de un poderoso narcotraficante marroquí. De ahí que la gente del barrio dé evasivas por respuestas.

—¿Y cómo cojones es posible que no tengamos constancia de una persona así? —exclamó indignado Vila—. Hablad con los compañeros de la local, a ver si lo tienen fichado.

Quero lo miró ciertamente sorprendido, lo que no dejó indiferente a su superior.

—Yo también quiero coger al Negro, Alonso, pero no puedo dejarte hacer lo que te salga de los huevos siempre. Yo también respondo ante alguien, y ese alguien ante otro alguien. Tenemos una jerarquía y unas normas.

—Lo sé, señor, y me alegra saberlo —se disculpó Alonso.

—Muy bien, señores —el inspector jefe tomó una batuta invisible y comenzó a dar órdenes—, ahora mismo nuestra prioridad es averiguar dónde y cuándo van a descargar los fardos; sin eso, no tenemos nada. González, llama a tu amigo de La Línea a ver si tienen algún confidente con el que podamos hablar y llévate a Matas contigo. Después de eso os quiero de nuevo con las escuchas a los pilotos; será más fácil que suelten prenda antes que el Fernan.

—Sí, señor —respondieron casi al unísono ambos policías.

—Expósito, ponte con el oficio para pincharle el teléfono al búlgaro, puede ser otra vía para conocer cuándo van a realizar los

portes —añadió Vila—, y habla con Ramiro de UDEV 2 a ver si tienen alguna investigación abierta contra él.

—Me pongo a ello, conozco a Ramiro de hace años —respondió Nacho.

—Pues más fácil te resultará —añadió el inspector jefe con cierta displicencia hacia el otro grupo de la comisaría—. Yo voy a hablar con el capitán Jiménez a ver si puedo sacar algo en claro.

—Señor, tenga cuidado con Coín —le advirtió Quero.

En los últimos años habían sido varios los casos de corrupción policial que se habían destapado tanto dentro de la Guardia Civil como de la Policía local, de ahí que cualquier investigador no pusiera toda la carne en el asador cuando solicitaba colaboración a algún compañero de esa demarcación.

—Lo sé, Alonso. Solo quiero hacerme un mapa mental de los clanes de la zona y de su jerarquía, y qué papel podría ocupar el Maradona en ella. No es mi intención poner en peligro la operación.

—No lo dudo, señor —comentó Quero levemente avergonzado.

—Vamos a seguir enfocando la investigación como hasta ahora: los Carmelos y el Yiyo siguen siendo nuestros objetivos prioritarios —exclamó el superior—; todo lo relacionado con el Turco tenemos que llevarlo de manera discreta. Lo principal es demostrar que es el nexo de unión entre las dos bandas. Alonso —se dirigió hacia el subinspector—, coge a Cuevas y haced una visita a la local a ver si lo tienen filiado o si pueden hacerlo de manera discreta. Preguntad por Montes, es el jefe de grupo de la unidad de paisano y es de confianza. Y recordad: cuando el Yiyo pulse el botón rojo, tendremos que actuar, no podremos dejarlo pasar esta vez. Así que más os vale que me traigáis algo antes de que esto pase, o habremos desaprovechado la oportunidad.

—Sí, señor —respondieron los agentes casi al unísono.

La Jefatura de Policía Local de Fuengirola se encontraba a unos escasos trescientos metros de la Comisaría de la Policía Nacional. Estaba ubicada en una enorme parcela bautizada como plaza de España, donde también se levantaba el edificio del ayuntamiento nuevo, la iglesia del Carmen y un parque con jardines y zona infantil que respondía al mismo nombre.

La agente Cuevas y el subinspector Quero subieron la pequeña escalinata que daba acceso al edificio y se acercaron hasta un pequeño mostrador coronado por un cartel donde se leía «Información».

—Buenos días —saludaron los agentes mostrando sus placas al policía situado al otro lado del mostrador—. Somos compañeros de la nacional, estamos buscando al oficial Montes.

El agente los miró con cierto desdén y les indicó dónde se encontraba su despacho. Pese a que Mijas y Fuengirola tenían un censo de población a la par, la extensión de la primera era muchísimo mayor que la segunda, de tal manera que prácticamente la rodeaba en su totalidad, llegando incluso al punto de que sus calles se yuxtaponían. No era difícil encontrar una vía donde un arcén perteneciera a un municipio y el arcén contrario perteneciera al otro. Esto desembocaba en un gran centro urbano donde convivían agentes de la autoridad de cuatro cuerpos diferentes: Policía Local de Fuengirola, Policía Local de Mijas, Policía Nacional de Fuengirola y Guardia Civil de Mijas. Si estabas pensando en cometer un delito, más te valdría mirar bien a izquierda y derecha, porque no era difícil encontrarte con un coche patrulla de alguno de los cuerpos pasando por la calle en ese momento.

Pero no todo era tan bonito: tanto ego y tanta testosterona junta en unos pocos kilómetros cuadrados de asfalto hacía que los funcionarios fueran bastante celosos de su trabajo y que no le pusieran una cama de rosas a sus colegas cada vez que solicitaban su auxilio.

Los agentes se disponían a pegar en la puerta del despacho que les había indicado cuando esta se abrió y un policía con cara de preocupación salió de ella. Alonso se asomó por el umbral que había quedado entreabierto y preguntó por el oficial Montes.

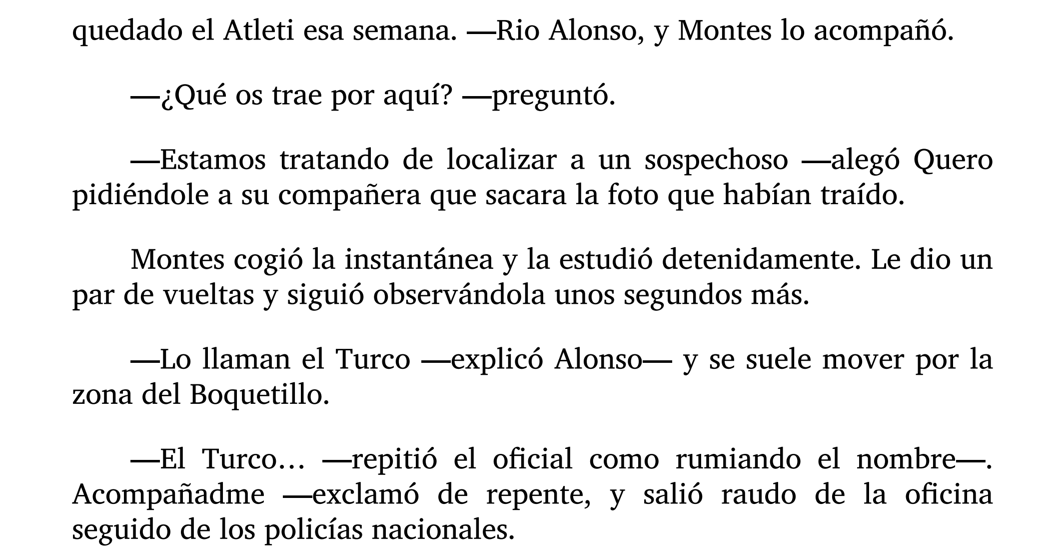
—¿Quién pregunta? —contestó una voz desde detrás de un monitor de ordenador.

Marta y Alonso accedieron al despacho y mostraron nuevamente las placas que los identificaba como agentes de la autoridad.

—Quero y Cuevas, de la UDYCO. El inspector jefe Vila nos dijo que preguntáramos por usted.

—¿Vila? —se entusiasmó el oficial—. Hace tiempo que no nos vemos. Espero que se encuentre bien, ¿sigue cabreado con el mundo?

—Cada día un poco más o un poco menos, depende de cómo haya



quedado el Atleti esa semana. —Rio Alonso, y Montes lo acompañó.

—¿Qué os trae por aquí? —preguntó.

—Estamos tratando de localizar a un sospechoso —alegó Quero pidiéndole a su compañera que sacara la foto que habían traído.

Montes cogió la instantánea y la estudió detenidamente. Le dio un par de vueltas y siguió observándola unos segundos más.

—Lo llaman el Turco —explicó Alonso— y se suele mover por la zona del Boquetillo.

—El Turco… —repitió el oficial como rumiando el nombre—. Acompañadme —exclamó de repente, y salió raudo de la oficina seguido de los policías nacionales.

Avanzó por un amplio pasillo y llegó hasta lo que parecía ser la sala de *briefing*, ya que estaba llena de sillas perfectamente alineadas y orientadas hacia una gran pizarra.

—Goitia, Toledano —llamó el oficial mientras se acercaba hasta un grupo de hombres que charlaban e intercambiaban chanzas al tiempo que bebían café de unos vasos de cartón—, ¿recordáis la intervención de hace un par de semanas en un piso del Boquetillo?

—¿La pelea en el antro ese lleno de moros? —respondió uno de los agentes de manera despectiva.

—Nos llegó un aviso por radio de que se estaba produciendo una riña tumultuaria en la calle de la Paz —añadió el otro.

—Vaya ironía —susurró Marta, haciendo que a Alonso se le escapara una media sonrisa.

—Cuando llegamos había un grupo bastante numeroso de personas congregadas en los aledaños de uno de los portales. La mayoría era de origen árabe —remarcó el policía, dando a entender que no aprobaba la manera peyorativa en que su compañero se había referido a ellos.

—¿Los filiasteis a todos? —preguntó Montes.

—Nosotros no, estuvimos interrogando a los involucrados, pero el zeta que vino de apoyo sí que se dedicó a tomar los datos de todo el que había por allí.

—¿Os suena? —preguntó el oficial mostrándoles la fotografía del Turco.

—No —manifestó tajante el primero de los agentes echando una rápida ojeada a la instantánea, lo que hizo que Alonso y Marta intercambiaran una mirada cómplice.

—Puede ser… —exclamó por contra su compañero remarcando las palabras—. Recuerdo a alguien con esas características que me llamó especialmente la atención. Estaba alejado de donde yo me encontraba, así que no me pude entrevistar con él. Pero sí que me fijé en que estaba pendiente de todo lo que sucedía —volvió a añadir el agente—. Pregúntale a Marcos, está de guardia en la emisora hoy.

—¿Registráis todas las intervenciones? —preguntó esperanzado Quero.

—Normalmente sí, y suelen ser bastante rigurosos. Si los compañeros identificaron a vuestro hombre, estará anotado.

Alonso sintió cómo se le formaba un nudo en la boca del estómago al tiempo que vislumbraba una luz de esperanza. Después de despedirse de los agentes siguieron nuevamente a Montes por las dependencias de la jefatura. Avanzaron por varios pasillos rodeados de oficinas y subieron una planta por una escalera interior hasta que llegaron a su destino. La sala, que es como se llamaba coloquialmente al lugar donde se alojaba la centralita de la comisaría, era una estancia atestada de monitores, ordenadores y aparatos radiofónicos de toda índole. Estaba equipada para alojar a dos trabajadores, y en un lateral se ubicaba una pequeña oficina destinada al subinspector, aunque se encontraba vacía en ese momento.

—¿Qué tal, Marcos? —saludó el oficial acercándose a uno de los puestos, el cual despegó la vista de la hilera de pantallas que presidía la habitación y que arrojaban una serie de imágenes tanto de la propia comisaría como de diferentes puntos de la ciudad.

Pese a que no era la primera vez que Quero entraba en una sala de radiocomunicaciones, la imagen siempre lo transportaba a una película de ciencia ficción donde un malvado villano, con algún que otro problema de autoestima, maquinaba un plan diabólico para dominar el mundo, y donde un policía en horas bajas, y con no menos problemas de autoestima, acababa salvando al planeta a costa de destrozar un par de ciudades en su camino.

El operario de la emisora se frotó los ojos de manera compulsiva,

dejando a la vista unas intensas marcas rojas en sus globos oculares.

—Hombre, Montes, ¿a qué se debe tan ilustre visita? —bromeó a modo de saludo.

—Vengo a darte trabajo —añadió en tono jocoso el oficial—. Estos son Cuevas y Quero, de la UDYCO. Están tratando de localizar a un malo. Puede que lo tengamos filiado por una riña tumultuaria de hace un par de semanas.

—Necesitaré algún dato más si queréis que os ayude.

—Fue en el Boquetillo, y estaba implicado un grupo numeroso de marroquíes. El policía se acercó hasta un calendario decorado con el logotipo del Ministerio del Interior, que reposaba sobre uno de los escritorios—. A ver, creo recordar que fue un viernes por la noche… de hace dos semanas, así que estamos hablando del día… 23.

—23 de madrugada —murmuró para sí el operario de la emisora —. Yo estaba de descanso, pero debería estar registrado. —Se acomodó en uno de los puestos de trabajo que había libre y se puso a buscar en el ordenador. Abrió un programa propio de la jefatura y clicó en varias ventanas hasta dar con lo que buscaba.

—*Voilà!* —exclamó Marcos—. La una y treinta y ocho de la mañana. Aviso por riña tumultuaria en la calle de la Paz. Aparecen como intervinientes Ahmed Ben Arfa y Mourad Barraki.

—¿Solo? —se extrañó Montes.

—¿Qué más esperabas encontrar? —inquirió el policía.

—Hemos hablado con la patrulla que acudió al aviso, y nos han confirmado que hubo otro zeta tomándoles los datos a los testigos.

—A ver que lo compruebe —manifestó Marcos un tanto desconcertado dirigiendo nuevamente la mirada hacia el monitor—. Pues solo consta que acudiera una patrulla al aviso. ¡Qué extraño!

—¿Una riña tumultuaria, y no piden apoyo? —La pregunta de Montes sonó más a afirmación que a pregunta.

—A mí tampoco termina de cuadrarme. Fue Paco Cuevas el que registró el aviso, pero hoy está de asuntos propios. Dejadme unos días a ver qué puedo averiguar y os digo —agregó dirigiéndose hacia los compañeros de la UDYCO.

Alonso le entregó a Marcos una tarjeta con su número de teléfono y se despidió antes de abandonar la sala. El nudo que hasta hace unos minutos había estado instalado en su estómago había ido subiendo lentamente por el esófago hasta llegar a la faringe y se había quedado allí alojado junto a sus glándulas salivares. Era consciente de que los tentáculos del Negro eran muy largos y que abarcaban todas las instituciones públicas. Pero eso no evitaba que se le quedara un regusto amargo, como el que ingiere un alimento que no cumple todos los protocolos sanitarios recomendados, cada vez que sospechaba que dichos tentáculos habían cumplido su función y le habían adelantado por la derecha sin siquiera darse cuenta.

Los tres agentes abandonaron la sala con mucho menos ímpetu que con el que habían entrado hacía unos minutos y rehicieron el camino hasta el despacho de Montes.

—Hay veces que pasan estas cosas; basta con tener una noche movidita para que uno no tenga tiempo de introducir todos los datos en el sistema —trató de disculparse Montes, sonando poco convencido.

—No es culpa tuya —respondió Alonso al ver el gesto amargo del oficial—, aunque no voy a negar que nos hubiera venido de perlas que estuviera identificado.

—Me lo imagino —añadió el policía—. De todas maneras, me voy a quedar con la fotografía, a ver si alguien de mi grupo lo conoce y podemos buscar alguna excusa para identificarlo si lo vemos por la zona.

—Te lo agradezco, de verdad —exclamó Quero estrechándole la mano.

Alonso y Marta se despidieron prometiendo darle recuerdos a Vila y encararon la salida de la jefatura. Cuando apenas se habían alejado unos metros de la escalinata de acceso, Goitia, el policía que había estado hablando con ellos anteriormente, se les acercó.

—¿Ha habido suerte en la emisora? —les preguntó, aunque los agentes intuían que sabía de sobra que la búsqueda había sido infructuosa.

—Lo cierto es que no —respondió Cuevas—. Por lo visto, no registraron todos los datos referentes a la intervención. Solo constan vuestras actuaciones, pero nada referente al zeta que llegó de apoyo.

Alonso se percató de que el agente echó una rápida mirada por encima del hombro antes de continuar.

—Todo fue un tanto irregular en esa intervención —comenzó a narrar—. Cuando llegamos al Boquetillo la cosa estaba todavía algo caldeada, así que cogí la radio para pedir refuerzos. Pero mi compañero se empeñó en resolver la situación nosotros solos y me insistió varias veces en que no llamara.

—¿Toledano? —preguntó Marta.

—Sí, bueno, mi compañero. —El agente no parecía muy cómodo nombrándolo.

Alonso lo miró detenidamente e intuyó que era un buen policía. Poseía un aire desenfadado, y se le vislumbraba una buena complexión física, aunque las incipientes canas delataban que no era precisamente un novato. Se movía y hablaba con la soltura del que disfruta ejerciendo su trabajo, y usaba el típico argot policial, pero de manera natural, sin forzarlo. No era raro encontrarse a miembros de la Policía que trataban de ocultar su poco bagaje intelectual adornando su discurso de tecnicismos y clichés. No era el caso de Goitia. Alonso se alegró de que todavía quedara gente que entrara en el cuerpo para algo más que para tener un buen sueldo y sacar la placa cuando le prohibían la entrada en las discotecas.

—Pero al final llegó el zeta —exclamó el subinspector.

—Era un grupo bastante numeroso y tenía constancia de que algunos de ellos eran violentos, así que desoí a mi compañero y llamé a la sala antes de que la situación se nos descontrolara. En un principio todo fue normal, pero apenas unos minutos después me avisaron de la emisora que no había ninguna patrulla disponible para asistirnos. Y, cuando ya me había hecho a la idea de que nos tocaba comernos el marrón nosotros solos, de repente aparece una patrulla y empieza a entrevistarse con los testigos sin apenas preguntarnos por lo que había pasado. Todo muy… anómalo.

—¿Sabes los nombres de los compañeros del zeta? —inquirió Quero.

—Tampoco quiero convertir esto en una investigación de asuntos internos —manifestó reacio Goitia—. He hablado con ellos del asunto y actúan como si todo hubiera estado en regla, aunque noto una cierta reticencia al respecto.

—No quiero comprometerte, al final todos somos compañeros, pero puede que, si apretamos a alguno de esos agentes, nos pueda proporcionar algún dato del hombre que buscamos.

—Para eso no hace falta hablar con ellos. —El policía sacó una pequeña libreta del bolsillo y empezó a pasar páginas—. Como ya os dije, el grandullón me llamó especialmente la atención no tanto por lo grande que era, sino porque parecía ser el que controlaba toda la situación. Así que me acerqué a él en un primer momento y lo identifiqué, confirmé lo datos por la emisora y, como no le constaba ningún requerimiento, le hice un par de preguntas y lo dejé ir. —El agente bajó el tono de voz en ese momento—. Mentiría si dijera que no noté cierto nerviosismo en mi compañero, y después de eso vino todo el asunto del zeta. La verdad es que todo me olía regular, así que memoricé su nombre y lo anoté en mi libretilla.

Alonso no se había equivocado con Goitia. Era una pena que perteneciera a un cuerpo diferente; si no, habría tratado de convencer a Vila de que lo fichara para el grupo.

El policía arrancó una hoja de la pequeña libreta, la dobló por la mitad y se la ofreció a los agentes.

—Creo que a vosotros os va a resultar más útil que a mí —comentó casi avergonzado, aunque Alonso identificó decepción en la afirmación.

—Este papel es mucho más importante de lo que crees —lo animó Quero al tiempo que lo recogía de su mano y se lo guardaba en el bolsillo trasero de su pantalón—. Te prometo darle buen uso.

—Eso espero —añadió el policía mientras se daba la vuelta y se encaminaba de nuevo hacia la jefatura.

Alonso y Marta se alejaron del edificio con la mirada cabizbaja, la visita les había dejado una sensación extraña, de victoria y derrota al mismo tiempo. Es cierto que la identificación del Turco era un avance muy importante, si no el que más, en la operación Blackbook. Pero estamparse contra el muro que suponía la más que probable corrupción policial los había descolocado. El subinspector sacó el pequeño trozo de papel cuadriculado de su bolsillo trasero y comenzó a leerlo ante la atenta mirada de su compañera.

—«Walid el Aouni». Parece que tenemos chico nuevo en la oficina —exclamó irónico Quero.

12. MACARENA

¿Qué le pasa a la niña, la niña, la niña, la niña?

(María Peláe, *La niña*)

El mar siempre había estado presente en su vida. Las eternas tardes de verano en la playa de la Misericordia cuando aún era una niña; el ColaCao fresquito y el bocadillo de chorizo que nunca faltaban en el bolso de su madre; sentir la fría agua del mar Mediterráneo en sus tobillos mientras buscaba cangrejos en el espigón; la sal marina, que enrojecía sus ojos cuando salía a bucear sin más equipo que su ilusión; el nerviosismo cuando oía acercarse el avión que lanzaba paracaidistas y balones Nivea, y que convertía la playa en un campo de batalla; la sencillez de la vida, donde cualquier niño o niña en un radio de diez metros era bienvenido a su cuadrilla de escultores de la arena, y, por supuesto, Marta, su vecina Marta, su amiga Marta.

En los barrios obreros un vecino tenía una categoría propia dentro de las relaciones sociales. Pese a que no llegaba al nivel de amigo, era algo más que una persona que simplemente compartía código postal. Su madre y la de Marta cumplían ese rango de vecindad. Plantaban sus sillas de playa en invisibles parcelas contiguas y pasaban la tarde compartiendo las típicas vicisitudes de las amas de casa de los noventa.

Las vacaciones estivales transcurrían en una inexorable y plácida monotonía para las niñas, donde no había ningún horizonte al que mirar con recelo ni ningún abismo al que asomarse aún.

Hacía mucho de aquellos tiempos, pero sentir los rayos del sol en el rostro trasladó a Macarena a esa época de su vida, y, pese a que veinte años después habían sustituido las sillas de playas por hamacas alquiladas y los ColaCaos fresquitos por mojitos de fresa, en cierta manera se seguían sintiendo como aquellas niñas que soñaban con no crecer nunca.

La joven giró la cabeza hacia el lado derecho y se quedó mirando cómo Marta embadurnaba su cuerpo con crema solar.

—¿Me estás mirando las tetas? —le preguntó su amiga, que solo llevaba unas minúsculas bragas brasileñas a modo de vestimenta.

—Te han crecido, ¿no estarás preñada? —le preguntó Macarena en tono burlón.

—¿Qué dices, pava? —gruñó Marta—. Como no me haya quedado embarazada del Manolito, no sé yo.

—¿Manolito? ¿Es un nuevo novio que no me has presentado aún?

—¿No lo conoces? —añadió Irene desde la hamaca del otro lado —. Es un partidazo. Negro, enorme… y solo hay que recargarlo una vez al mes.

Las chicas rieron ante la ingenuidad de su amiga.

—He estado a punto de atármelo a la cabeza con una felpa, pero sabía que a Irene le iba a dar un patatús. —La joven puso su mano en la frente con un dedo mirando hacia el frente y lo movió hacia todas direcciones de manera algo obscena, lo que hizo que las demás chicas rompieran a reír a carcajadas.

—No, no y no. Os dije que no quería pichas en mi despedida —exclamó Irene al tiempo que negaba con el dedo de manera efusiva.

—No te preocupes, Ire, ya sabemos que de eso andas sobrada. —Marta dio un brinco, se tiró encima suya y empezó a besarle el rostro.

Irene, su otra gran amiga. Se habían conocido en la Facultad de Derecho y, al igual que le pasó con Marta, se hicieron inseparables desde el día en que se sentaron juntas el primer día de clase con caras de ilusión y pavor a partes iguales, y se preguntaron si era el aula donde se impartía Derecho Romano.

Irene era menos castiza que ellas dos. Se había criado en el seno de una familia acomodada en un chalecito del Puerto de la Torre, un barrio en la periferia de Málaga capital que, por su tamaño y arraigo propio, tenía más entidad de pueblo que de barrio en sí.

Mientras que ellas habían tenido que embarcarse prestas en el mundo laboral para poder pagarse sus pequeños caprichos, Irene gozaba de un presupuesto lo suficientemente holgado para seguir el ritmo consumista de sus amigas sin tener que remangarse la falda.

Marta se había enamorado de ella desde el primer momento, «amigorado», como le gustaba decir; pero que ella era hetero, que quedara claro, aunque nunca descartaba nada, que también quedara claro. Así que habían acabado por convertirse en inseparables. No había novio que no tuviera que pasar el filtro de las otras dos ni desamor que no se curara con una noche de fiesta y borrachera junto a ellas.

Maca siempre se había sentido agradecida por tenerlas como amigas, y, pese a que los últimos años había estado algo desconectada, lo cierto es que, cada vez que se reunían, se daba cuenta de lo cómoda y feliz que se encontraba junto a ellas, y se proponía a sí misma hacer un esfuerzo por verlas más a menudo.

—Chicas, me voy al agua, que estoy asaíta. —Esta vez fue Rocío la que habló.

—Espera, que te acompaño —exclamó Irene levantándose de la hamaca.

Las dos trabajaban juntas en el mismo bufete de abogados. Mientras que Rocío lo hacía en el Departamento de Administración, a Irene la habían ascendido a abogada sénior hacía muy poco.

Hacía unos años que se había convertido en una asidua a sus reuniones de chicas, y, pese a que Macarena no podía dejar de sentir que lo hacía para cubrir el vacío que ella misma había ido dejando, lo cierto es que era un encanto. Habían congeniado desde el primer momento y rápidamente había acabado por ser una más del grupo, la cuarta pata del banco, aunque la pata que le correspondía a ella anduviera algo coja últimamente.

Maca las observó por encima de sus gafas de sol mientras caminaban por la arena hasta llegar a la orilla. Probaron la temperatura del agua con la punta de los dedos, y, por cómo encogieron el estómago, dedujo que estaba bastante fría.

No se podía decir nada malo de Rocío. Lucía una permanente sonrisa de oreja a oreja y siempre estaba dispuesta a regalarte unas palabras de ánimo y una ración de positividad cuando más lo necesitabas, aunque, según ella misma manifestaba, era bastante hipocondríaca y creía que cualquier pequeño cambio en su estado de salud era señal de un cáncer terminal e incurable.

A simple vista, no destacaba entre el maremágnum de chicas recauchutadas, con escotes de vértigo y maquillajes de fantasía. Pero, cuando te dedicabas a observarla con detenimiento, descubrías que poseía una belleza auténtica, limpia. Incluso cuando se arreglaba lo hacía de manera discreta, «sobria, pero con estilo», como le gustaba definirse.

A su amiga Irene, por contra, pese a que la diosa Afrodita le había otorgado el don de la belleza, le gustaba adornarse de tanta parafernalia que, en vez de potenciar su atractivo, la hacía parecer

insulsa, gris. Un cromo repetido más entre la colección de chicas bonitas de la temporada.

—¿Cómo estás, nenita?, que hace tiempo que no hablamos —preguntó Marta al tiempo que se sentaba junto a ella en su hamaca.

—Pero si estuvimos la semana pasada tomando café… —Macarena se incorporó hasta quedar sentada con la espalda apoyada en el respaldo de su tumbona, con las piernas cruzadas frente a ella.

—Estuvimos preparando la despedida de Irene. Me refiero a hablar de verdad.

Macarena iba a salirle al paso con alguna evasiva, pero se lo pensó mejor. Llevaban toda la vida juntas y si había alguien que la conocía bien era ella.

—¿Te preocupas por mí? —le preguntó.

—Siempre, y lo sabes —respondió su amiga.

Lo cierto es que tenía razón. Las últimas veces que se habían visto, las conversaciones habían transcurrido entre risas y batallitas de su día a día, pero nada relativo a abrirse en canal para soltar toda la mierda, como solían hacer cuando algo las inquietaba. Hacía mucho que no se sinceraba con ella ni le contaba lo que sentía o lo que le preocupaba. Ni siquiera la había hecho partícipe de su ansiedad por donde se iba encaminando su vida.

—Pues bien, ya sabes, mucho trabajo. La verdad es que no me puedo quejar.

—Eso ya lo sé, amiga, y, por tus últimas adquisiciones, veo que lo estás ganando bien. —Marta señaló con la cabeza el bolso de playa de su amiga, donde destacaba la silueta del famoso osito bordado en esparto de color rosa.

—Bah, lo pillé en rebajas —mintió Macarena, aunque la verdad es que fue fruto de irse de tiendas con Isabel a Puerto Banús, donde acabó por fundirse un cheque con tres ceros que le acababa de abonar un cliente—. En cuestiones laborales, estoy contenta, las cosas me van bien. No te puedo engañar —comenzó a narrar la abogada—, tengo una buena cartera de clientes que me aportan buenos beneficios y he tenido la suerte de cruzarme con personas bien relacionadas que han hecho que soliciten mis servicios clientes, digamos, importantes.

—Clientes importantes… —repitió para sí Marta—. ¿Te refieres a la fachorra estirada esa? Vi una foto tuya junto a ella en el periódico. Y no me vengas con que no es una fachorra, que te conozco —la reprendió su amiga cuando intuyó que Maca iba a defenderla.

—Mercedes es algo especial, no puedo negarlo —sonrió la joven —, pero en el fondo no es mala gente…

—Maca, por Dios —gritó Marta, a lo que su amiga respondió dándole un abrazo—, que hemos ido juntas a manifestaciones contra gente como esa.

—Ya, ya, pero es mi trabajo. Tengo que fingir de vez en cuando para aparentar lo que no soy. Tú puedes plantarte en una convención friki con el pelo pintado de rosa y un vestido que te tape solo medio culo, que nadie te va a decir nada.

Marta rio ante el comentario de su amiga.

—Entiendo que te pegues a algún politicucho de esos, pero Irene me ha dicho que el abogado ese tan amiguito tuyo no es trigo limpio. No te lo estarás tirando, ¿no?

—¿Qué dices, tía? —le reprochó Macarena—. Si Ernesto podría ser mi padre. Además, su mujer y yo nos hemos hecho bastante amigas. —Marta frunció los labios en un gesto de incredulidad—. Ya sé que no es de tu estilo, pero es bastante divertida cuando la conoces —la defendió la joven al ver el rostro de desconcierto de su amiga.

—Lo dudo mucho, pero tendré que creerte. Solo espero que no la invites a una de nuestras quedadas. A lo mejor se asusta al verme.

Macarena la miró y asintió con la cabeza. Su amiga no cumplía precisamente el canon de belleza que exigía la clase alta. Pese a que no era un bellezón, lo cierto es que siempre había atraído muchas miradas del sexo opuesto: con una frondosa cabellera rizada que siempre dejaba volar libre; de muslos y glúteos generosos pero fuertes, como la que siempre ha estado en buena forma física; tenía el vientre plano y un busto en su justa medida, ni demasiado grande ni demasiado pequeño. En definitiva, «un cuerpo de mujer mujer», como le gustaba decir a ella, y que había adornado a lo largo de los años con una decena de tatuajes de estilo naif que narraban la historia de su vida.

—¿Y qué tal tus padres? ¿Cómo le ha sentado la jubilación al viejo? —la interrogó Marta cambiando de tema.

—Mejor de lo que esperaba, la verdad. Al principio le costó trabajo, seguía despertándose a la misma hora, y te puedes imaginar a mi madre: «¡Antoniooo, vuelve a la cama!».

—Si es que la estoy viendo. ¡Antonioooo! —voceó Marta, y las dos comenzaron a reírse a carcajadas.

—Pero, bueno, después de un tiempo se ha ido acostumbrando. Se van todas las mañanas a andar al paseo marítimo y a comprar al mercado, y le están cogiendo el gusto a viajar.

—No me hables de viajes… Mi madre estuvo el mes pasado en Benidorm y no veas la que me está dando desde entonces: que si qué bonito, que si tienes que ir con tus amigas, que si vaya hoteles, que si vaya comida… Lo único que me faltaba, irme con vosotras a Benidorm a ligar con guiris jubilados. —Marta se llevó una mano a la cabeza en señal de hartazgo.

—Déjala que disfrute. Los míos se van ahora a los fiordos.

—¿Con el Imserso? Vaya nivelazo, nena —exclamó Marta sorprendida.

—No, qué va. Se lo he regalado yo. Mi madre siempre ha dicho que la ilusión de su vida era irse de crucero, así que aproveché una minuta de un caso para darles la sorpresa —replicó Macarena ante la mirada condescendiente de su amiga.

—Me alegro. La última vez que la vi estuvo un rato repitiéndome lo bien que te iba, pero me dio la sensación de que no estaba todo lo contenta que debiera.

—Independizarme le ha venido un poco grande, todavía se empeña en lavarme la ropa y llenarme la nevera de táperes.

—Con lo pesaíta que estaba con que nos compráramos una casa antes de que volviera a subir todo… —añadió Marta.

—Pero ella lo que quería es que me comprara una casa, no que me fuera a vivir a ella. —Las dos amigas volvieron a soltar una carcajada y se abrazaron.

—¿Ya estáis con la exaltación de la amistad? Si todavía no estáis ni borrachas… —voceó Irene, que en ese momento volvía de la orilla con Rocío, las dos empapadas de agua.

—Pava —le regañó Marta dándole un pequeño golpe en el brazo, a lo que Irene contestó tirándose encima de las dos.

—Tía, que estás chorreando —gritó Maca levantándose de un brinco y alejándose de ellas rápidamente.

—¿Cómo está el agua, Ro? —le preguntó a Rocío, que se enrollaba en su toalla de flores en ese momento.

—No te voy a engañar, está bastante fría. Pero con el calor que hace se agradece el chapuzón —respondió al tiempo que bajaba su cabeza y estrujaba el agua de su cabello.

—Habrá que probarla, entonces —añadió Macarena.

La joven miró a sus tres amigas y se alegró de no haberse inventado alguna excusa de última hora para no acudir. Pese a que tenía la mesa del escritorio llena de expedientes, lo cierto es que necesitaba un día de relax y risas.

Estaban de celebración, Irene por fin se casaba. Después de un par de años de idílica relación, Leo se puso de rodillas en mitad del restaurante en que estaban cenando, sacó un anillo del bolsillo y le pidió matrimonio delante de todo el mundo. Todo superromántico, según les relató Irene, y superembarazoso, según se imaginó Macarena. Pero su amiga era así, siempre le habían gustado las historias de princesas, y, pese a que su príncipe azul era en realidad un tramitador judicial adicto al gimnasio y al *sushi*, Macarena tenía claro que la iba a tratar como si perteneciera a la realeza.

Apenas había coincidido con él unas cuantas veces tanto en el juzgado como en eventos sociales y tenía que reconocer que no era

mal tío. Muy del gusto de Irene: culto, pero sin llegar a ser pedante; receloso de su físico, pero no en exceso, y, lo no menos importante, se desvivía totalmente por su amiga, la cual era tremendamente feliz a su lado, todo sea dicho.

Verla tan enamorada le hizo ser consciente de lo triste de su vida sexual. Más allá de un polvo fugaz y desinteresado cada cierto tiempo, no recordaba la última vez que había compartido cama con alguien que mereciera la pena, alguien que deslizara los dedos por su cuerpo como si la esculpiera, sin prisa, sin forzarla; que sincronizara los envites de sus caderas con suaves jadeos junto a su oído, erizando todos los vellos de su cuerpo hasta llevarla al Valhala. Alguien que no necesitara penetrarla para hacerla sentir mujer, para hacerla sentir especial…

El sonido de un mensaje de WhatsApp la sacó de una ensoñación que había aumentado su temperatura corporal un par de grados. Era de Isabel. Le decía que todo el mundo estaba preguntando por ella en la fiesta y que, aunque sabía que estaba «en la horterada esa de despedida de soltera» con sus amigas, la cosa se iba a alargar y podía acercarse más tarde si le apetecía.

—¿Y esa cara? —le preguntó Marta cuando volvió a guardar el móvil en el bolso.

—Nada, era un mensaje de Isabel.

—¿Tu nueva mejor amiga? —añadió con retintín Marta, a lo que Macarena respondió tirándole uno de los cojines de la hamaca a la cabeza.

—Tú siempre serás mi mejor amiga, pava.

Casi había anochecido y solo se vislumbraban los últimos rayos de sol en el horizonte. Macarena y sus amigas se disponían a recoger sus pertenencias pese a que la playa seguía estando bastante concurrida. Llevaban todo el día bebiendo mojitos y cervezas, y la comida del mediodía hacía horas que había pasado a mejor vida. Irene iba bastante borracha, y Marta no le iba muy a la zaga.

—Os quiero, tías —masculló Irene con voz pastosa.

—Y nosotras a ti, Ire —respondió Rocío, que la tenía cogida por la cintura, evitando que diera un traspié.

—Quiero que lo deis todo en la boda, no me defraudéis —añadió

vocalizando muy lentamente.

—¡Pavas *power*! —gritó Marta alzando el puño hacia el cielo, y todas comenzaron a reír a carcajadas—. Todavía es temprano, estamos a tiempo de pegarnos una ducha y seguir la fiesta por el centro.

—¿Con Irene así? —preguntó Rocío, y las demás miraron el estado ciertamente lamentable de la futura novia y comprendieron que no era buena idea.

—Yo, como me duche y me siente en el sofá, no hay quien me levante —añadió Macarena.

—Anda, anda, seguro que te vas a poner a trabajar en algún caso de esos importantes —le regañó Marta.

—Que no, que hoy me lo he tomado de descanso —se excusó la joven.

—Bueno, como queráis. Me pasaré la noche dándole a «like» en Tinder por si surge algo —murmuró para sí Marta.

Las cuatro amigas terminaron de recoger y se marcharon de la playa. Irene y Marta habían venido con Rocío, menos mal. Era la menos dada a beber, y ese día no había sido una excepción. Además, tenía el don innato de encontrar siempre aparcamiento en la puerta de los lugares donde quedaban, ya fuera en el casco histórico de la ciudad o en el paseo marítimo en pleno mes de agosto.

—Adiós, nenitas —se despidió la joven, y se encaminó hacia su flamante y nuevo BMW Serie 1.

Sacó el teléfono móvil del bolso y vio que Isabel le había mandado la ubicación de la fiesta. Lo cierto es que le pillaba cerca de casa y no era demasiado tarde; tenía tiempo de ducharse y cambiarse de ropa. Pero, por otro lado, ya les había dicho a sus amigas que estaba cansada y que no le apetecía salir. Se giró y las buscó con la mirada, pero comprobó que se acababan de marchar. Entonces abrió el contacto de Isabel y mantuvo el dedo sobre la palabra «llamar» durante unos segundos que parecieron toda una eternidad, hasta que finalmente decidió hacer clic.

—¿Y esta casa? —le preguntó Macarena a Isabel cuando accedió por el inmenso portón a la villa de lujo en la que se estaba celebrando la fiesta.

—Un caprichito que nos hemos dado —le restó importancia Isabel.

La joven la miró algo sorprendida. Sabía que tanto Ernesto como ella vivían de manera holgada, ambos bufetes generaban pingües beneficios. Pero de ahí a considerar «caprichito» a un casoplón de varios millones la dejó ciertamente descolocada. Ella, después de mucho trabajar, había conseguido invertir en su primera vivienda, un apartamento de dos dormitorios en una urbanización con piscina cerca de la playa en Torremolinos, y soñaba con comprarse un adosado o una casita con jardín algún día. Pero esa villa, ¡ufff!, eran palabras mayores.

La anfitriona la condujo hasta el interior mientras le iba dando detalles sobre las reformas que habían tenido que ejecutar para dejarla a su gusto: que si la pérgola era de madera de iroko que Ernesto había encargado directamente en Costa de Marfil, que si el paisajista que les había diseñado el jardín era el mismo que había proyectado el de la mansión de Hugh Grant en Chelsea, que si los cuadros eran de un galerista neoyorquino amigo de un amigo…

Macarena escuchaba sin prestar demasiada atención, estaba más pendiente de los invitados que atestaban la estancia. Reconoció a políticos, abogados, jueces y algún que otro personaje de la farándula.

—Maca, cariño, te estábamos esperando —la abordó Mercedes nada más verla aparecer.

Habían atravesado el interior de la villa y habían accedido a un enorme jardín que se elevaba varias decenas de metros sobre la inmensidad del mar Mediterráneo. Una piscina infinita se erguía en mitad del vergel, derramando una incesante cascada de agua sobre el horizonte y donde unas jovencitas con poca ropa reían y jugueteaban con unos hombres que les triplicarían la edad.

—Ven, anda, quiero presentarte a unos amigos —exclamó la política agarrándola del brazo y tratando de arrastrarla hasta un grupo de personas que charlaban animadamente.

Macarena reconoció a muchas de ellas: Olga Kurminova, Cayetana Bravo, Íñigo del Pozo Heredia… Todos gente poderosa e influyente, como le gustaban a Isabel y Ernesto.

—Un segundo, ahora voy —trató de zafarse la joven, que quería retrasar el momento de adentrarse en un mar de conversaciones anodinas y superficiales donde debía sonreír y poner buena cara ante

las barbaridades que escuchaba si no quería que estallara una tercera guerra mundial.

Buscó a Ernesto con la mirada y alcanzó a reconocerlo en la parte más alejada del jardín, junto a Arturo Villalba. Hacía tiempo que no lo veía, desde que arreglaron la venta del terreno a la sociedad de Mercedes. Siguió echando una ojeada y sus ojos se posaron en una gran mole de color ébano de aspecto inmutable: Mamadou. Vestía un polo de piqué blanco que hacía resaltar sus poderosos brazos, y un pinganillo sobresalía de su oído hasta esconderse detrás de su espalda. Era el jefe de seguridad de Arturo, o eso le habían contado. Macarena no tenía muy clara la posición de este último en el tablero de ajedrez de la *jet set*. En su tarjeta constaba como director de SEGUR-TECH, una empresa de seguridad y ciberseguridad, pero en más de una ocasión le ha había confesado que él era al que llamaban cuando había que arreglar algo. A la joven le venía a la mente la película *Pulp fiction*, que tuvo que ver obligada ante la insistencia de Marta. Había una escena en la que Vincent, interpretado por un renacido John Travolta, le volaba la tapa de los sesos a un chico de color de manera fortuita. Después de llamar a su jefe, Marsellus Wallace, este les acaba mandando al señor Lobo, interpretado por un soberbio Harvey Keitel, y que se presentaba como alguien que solucionaba problemas.

—No te había visto antes por aquí —exclamó una voz junto a ella.

Macarena salió de su ensimismamiento y se giró en busca de su procedencia. Una mujer de mediana edad y origen árabe la miraba con gesto sonriente.

—¿Perdón? —apenas alcanzó a pronunciar.

—Espero no haberte asustado —se disculpó la recién llegada—, pero te he visto un poco sola, y en estas fiestas no es aconsejable que una chica joven y guapa como tú parezca tan… disponible.

Macarena la miró a los ojos, de un negro tan intenso que costaba discernir el iris de la pupila. Sobre ellos, unas elegantes líneas curvas dibujaban la forma de sus cejas y una frondosa cabellera oscura caía sobre sus hombros en forma de catarata. Vestía un amplio vestido de tirantes de colores vivos, y en la mano sostenía un *clutch* fucsia a juego con el resto de la vestimenta.

—Soy Fátima —añadió ofreciéndole la mano.

—Macarena —respondió la joven—. Acabo de llegar y no me apetecía incorporarme al debate tan rápido —exclamó dirigiendo una

discreta mirada hacia el lugar donde Mercedes debatía vehementemente sobre política con los miembros de su pequeña reunión.

—Me imagino —se compadeció Fátima con una sonora carcajada.

—¿Eres amiga de Ernesto? —le preguntó curiosa Macarena.

—Algo así. Mi marido y él trabajan juntos desde hace años, así que se puede decir que tenemos una especie de amistad. ¿Y qué me dices de ti? ¿Vienes por Isabel o por Ernesto?

—Pues un poco por los dos. Yo también soy abogada y llevo colaborando con Ernesto varios años, y he acabado haciéndome bastante amiga de Isabel, que es algo así como mi hermana mayor, mi hermana pija mayor. —Rio Macarena.

Fátima se llevó un dedo a los labios y la estudió con atención.

—Así que tú debes de ser esa abogada tan jovencita y tan capacitada de la que tanto he oído hablar.

Macarena se ruborizó. No sabía quién era esa mujer, pero intuía que tenía que ser alguien importante.

—Que no te dé vergüenza, cariño. Te lo digo como un cumplido —añadió sonriente—. Nos movemos en un mundo de relaciones complejas. Miro alrededor y veo a personas importantes, notorias, de las que aparecen en la televisión y los periódicos. Pero que en el fondo no son nadie sin gente como nosotros actuando, podríamos decir, en otros estratos.

—Curiosa manera de verlo —exclamó Macarena algo desconcertada.

—Te voy a dar un consejo, porque, aunque este mundo nos pueda resultar atractivo, en el fondo nos incomoda el no poder abarcarlo. Tú procura siempre mantenerte en un perfil bajo, sin exponerte más de lo necesario, tejiendo los hilos, pero dejando que sean otros los que interpreten el papel. Sé por experiencia que exhibirse tanto tiene sus riesgos…

Fátima dejó la última palabra flotando en el aire mientras dirigía la vista hacia Ernesto, que había abandonado su pequeña reunión con Arturo y se dirigía hacia donde ellas se encontraban.

—Qué elegante —exclamó exagerando el acento árabe, lo que extrañó a la joven. Su dicción hacía apenas unos instantes había sido casi perfecta.

—Veo que ya conoces a Fátima —respondió Ernesto a modo de saludo.

Lo cierto es que la mujer tenía razón. Con su camisa de cuello mao, su traje de dos piezas y sus gafas de color carey, el abogado estaba exultante. Y, aunque era demasiado mayor para ella, la joven tenía que reconocer que tenía muy buen porte.

—Me ha salvado de las malas compañías —bromeó Macarena ante la mirada de complicidad de la otra mujer.

—Me alegro. Fátima siempre está ahí cuando hace falta.

Pese a que podría parecer un halago, Macarena percibió que había algo más profundo oculto en esa frase. Ella apenas estaba desembarcando en ese mundo de altas esferas y bajos fondos, pero no podía evitar vivir con la perenne sensación de que ocurrían cosas a su alrededor de manera constante: miradas, gestos, frases con doble sentido, insinuaciones, insinuaciones sobre esas mismas insinuaciones y un sinfín más de nimiedades que la hacían sentir como una niña pequeña en una reunión de mayores.

—Si me lo permites, voy a robarte a tu nueva amiga durante un rato. Hay alguien que quiere conocerla.

Ernesto apoyó su mano en el hombro de Macarena de manera suave, pero ligeramente autoritaria, algo que la incomodó no tanto por el gesto como por provenir de Ernesto, poco dado a ese tipo de actitud.

—Toda tuya —exclamó Fátima abriendo los brazos en un vano intento de hacer una reverencia—. Búscame cuando termines. Es difícil encontrar gente interesante con la que mantener una buena conversación en estos eventos. —La mujer se acercó hasta ella y la besó en la mejilla mientras le susurraba al oído que recordara su consejo.

Macarena, aún con gesto desconcertado, siguió a Ernesto hasta el interior de la villa. Ascendieron por una amplia escalinata de metal y llegaron hasta una especie de *hall* donde los tonos dorados y los cristales creaban una especie de mezcolanza demasiado ostentosa para su gusto. Se escuchó el sonido de una puerta al abrirse y un muchacho

de etnia gitana salió de ella con gesto adusto. A la joven le llamó la atención lo poco que encajaba con el resto de invitados. Era alto y de buena complexión física, y vestía unos vaqueros ajustados y una americana gris que lo hacían lucir bastante aparente. Pero algo en su mirada fría y en la tensión de su cuerpo lo catalogaba en una esfera diferente a la de los demás asistentes.

—¿Ya te marchas? —le preguntó Ernesto cuando se cruzaron.

—Tengo trabajo —respondió el joven algo seco mientras se llevaba un cigarrillo a los labios.

—Qué lástima, la fiesta se estaba poniendo interesante —se lamentó el abogado, y le hizo un gesto a Macarena para que entrara por la misma puerta por la que acababa de salir el muchacho.

La estancia era muy amplia y luminosa, nadie pensaría que ya había anochecido en el exterior, y al fondo, junto a un gran balcón que se asomaba al ajetreado jardín, un hombre de edad indeterminada se encontraba de espaldas a ellos.

Ernesto carraspeó para avisar de su presencia, entonces el hombre se giró y unos profundos ojos oscuros atravesaron a Macarena como dos flechas. El tono aceitunado de su piel y su frondosa barba entrecana delataban su origen magrebí, aunque, al igual que Fátima, su dicción era totalmente perfecta.

—Me imagino que tú eres Macarena. —El hombre se acercó hasta ella y le dio la mano en señal de respeto—. Mohamed, aunque la gente cercana me suele llamar Aberkán.

La joven le devolvió el saludo y un ligero cosquilleo le recorrió la columna vertebral. Pese a su aspecto anodino, tenía la impresión de que estaba ante alguien realmente poderoso, alguien que manejaba los hilos en la sombra, alguien con poder para hacer y deshacer a su antojo, y sobre todo ante alguien fuertemente ligado a la enigmática mujer a la que acababa de conocer.

13. ALONSO

Lo voy a hacer grande

Tengo un Plan B, un Plan C y un Plan D

Lo voy a hacer grande

Mientras veo que mis sueños arden

Pensando a lo grande

(Nach, *Grande*)

—¡UNO, DOS, TRES! No pares ahora, son solo seis más, vamos. ¡CUATRO, CINCO! Venga, la sentadilla profunda y fuerte hacia arriba, que la barra sube sola. ¡SEIS! No se te ocurra soltarla, da igual el sudor de la frente, ya te lo secarás cuando acabes. ¡SIETE! Dos más, solo dos más. Ya sé que tienes las piernas ardiendo, pero son solo dos más. ¡OCHO! Ya está hecho, ya sé que duele, pero es la última, rompe el paralelo y caderazo para arriba. ¡NUEVE! Sí, ¡joder!, todos los putos *thruster unbroken*. Venga, que ahora viene lo bueno, coge aire y súbete a la barra, no te lo pienses. Un poco de magnesio del cubo, ajústate las calleras y salta, rápido. ¡UNO, DOS, TRES! No te aceleres, respira entre repes, piernas hacia atrás y patada, hacia atrás y patada. ¡CUATRO, CINCO! Venga, que te entran las nueve. Las dominadas las llevas de lujo, agarra fuerte la barra y sigue respirando. ¡SEIS, SIETE, OCHO! La última, aunque te estés resbalando, es la última, ¡joder! Coge impulso y fuerte hacia arriba, que ya terminas. ¡NUEVE! Ahí, ahí, apura la barbilla, que entra.

—¡Tiempo! —alcanzó a exclamar Alonso antes de caer al suelo casi desfallecido, se giró mirando hacia el techo y trató de absorber las moléculas de oxígeno que circulaban a su alrededor como un camaleón atrapando moscas con su lengua prensil. Su mente se nubló y entró en una especie de tantra, dejando vía libre para que las endorfinas montaran un festival de la felicidad en su cuerpo.

—No os quedéis en el suelo, levantaos y caminad un poco para bajar las pulsaciones.

La voz del *coach* sonó en su cabeza como en otro plano sensorial. Consultó el reloj deportivo de su muñeca: 163 pulsaciones de media y un pico de 181. No estaba mal. Miró hacia un lado y descubrió que algunos compañeros aún no habían acabado el *wod*, el entrenamiento

del día, así que se incorporó como buenamente pudo y empezó a animarlos. Ya tendría tiempo de desentumecer los músculos más tarde.

—Vamos, vamos, aprieta un poco más, que tú puedes —vociferó a una chica que subía y bajaba la barra con cara de angustia.

Sabía de la importancia de la comunidad en el CrossFit. Una frase de ánimo o un aplauso cuando creías que habías llegado a tu límite podía significar la diferencia entre conseguir hacer una repetición más o no. Daba igual que no fueras el más fuerte ni el más rápido; que tuvieras veinte o cincuenta años. Lo importante era superarte a ti mismo y descubrir a tus compañeros celebrando tus victorias como si fueran suyas, era un sentimiento maravilloso.

El reloj pitó cuando el contador llegó a cero, y tanto los atletas como el entrenador comenzaron a aplaudir y a darse la enhorabuena, independientemente de que les hubiera dado tiempo a terminar los ejercicios o no.

Después de dedicar unos minutos a estirar mientras el *coach* apuntaba los resultados en la pizarra, Quero recogió sus cosas, dio un trago a su botella de agua y se dirigió hacia el vestuario para cambiarse.

—Muy bien, Alonso, últimamente lo estás dando todo —exclamó el entrenador chocándole la mano.

—Gracias, Markus. Tengo muchas cosas en la cabeza, y la única forma de quitármelas es ir a tope —se justificó el policía, y llevaba razón.

Una hora sin pensar en nada, solo en tratar de respirar y en contar cada repetición. Vila, el Turco, el Negro, Laura, su padre, todos desaparecían de su consciencia durante el tiempo que duraba la clase. Era la única manera que tenía para desconectar antes de que una incesante lluvia de ideas volviera a desatarse de nuevo en su cerebro.

Era pronto para entrar a trabajar, así que se duchó con tranquilidad, se vistió con ropa de calle y cogió un plátano de una caja que un socio que cumplía años ese día había dejado en la puerta. El *box* donde entrenaba se ubicaba en un pequeño local en el centro de Fuengirola, lo que era contrario al paradigma de gente levantando ruedas de camión en grandes naves industriales a las afueras de la ciudad. Había quien veía un problema en ello, pero a Alonso le gustaba. Le agradaba el ambiente hogareño que se respiraba y la

camaradería que se había ido formando después de años de sufrimiento compartido. Además, no le pillaba demasiado lejos de la comisaría, lo que siempre era una ventaja.

Sacó el teléfono móvil de su mochila y comprobó que tenía varias llamadas perdidas. Hacía una semana que su padre se había instalado con su tía Carmela en su Toledo natal, y ambos lo llamaban todos los días para contarle los pormenores de la vida del otro; así, se enteraba de cómo se encontraba su padre por su tía y de cómo se encontraba su tía por su padre. Pensó en llamar a ambos, pero decidió dejarlo para la noche, cuando estuviera más libre.

Vio que también lo habían llamado de la comisaría, así que dio cuenta de la fruta en un par de bocados y aligeró el paso para llegar cuanto antes.

—Buenos días —saludó entrando por la puerta de la oficina del grupo.

—Buenos días. ¿Has visto la llamada? —lo interrogó Expósito nada más verlo llegar.

—La he visto cuando he terminado de entrenar. ¿Tenemos algo? —preguntó, y, por la cara de complacencia de su colega, intuyó que sí.

—Tenemos una fecha —exclamó su compañero tratando de controlar la euforia.

—No me jodas —vociferó Quero tirando la mochila al suelo y casi pegando saltos de la emoción.

—Ha sido el búlgaro, lleva varios días bastante nervioso, llamando al mismo número y hablando con un compatriota suyo. Evidentemente, no tenemos ni puta idea de lo que dicen, pero le hemos pasado las grabaciones a la intérprete y ¡bingo! —En ese momento el subinspector Expósito cogió unos folios que había sobre la mesa y comenzó a leer—: «Me faltan cuatro, joder, cuatro, y los necesito para la semana que viene. No me jodas, Boyan, que me la estoy jugando. Sácalos de debajo de las piedras si hace falta, pero o los tenemos el jueves, o ya sabes lo que hay». «Hago lo que puedo, Eugeny, te he conseguido ya ocho, pero cuatro más es mucho, joder. No me da tiempo a *enfriarlos* y a transportarlos». «Pues los necesito, ocho no son suficientes, necesito tres para cada uno». «¿No te vale con dos? Te los voy a poner sin nada, ahí entra mucho». «Dos no, necesitamos para mucho. Con dos vamos muy justos, necesito tres». «Vale, vale, hablo con Stef, que siempre tiene algo, pero van a ser

caros». «Eso da igual. Habla con él y me avisas, los quiero *fríos* para el miércoles, que el jueves salen».

Alonso calló durante unos segundos y sintió cómo las neuronas de su cerebro comenzaban a enviar neurotransmisores al resto de células de su cuerpo a una velocidad de más de trescientos kilómetros por hora. Axón, dentrita, axón, dentrita, axón, dentrita, y la magia de la sinapsis cobraba vida en su sistema nervioso, ayudándolo a asimilar la información que acababa de oír de la boca de su compañero.

—Tenemos una semana para conectar a las bandas —exclamó de repente Quero.

—¿Esa es la conclusión que sacas? —pronunció extrañado Expósito.

—Apenas tenemos nada del Turco, ni siquiera sabemos dónde vive. Como trinquemos al Yiyo con el alijo, seguro que los moros se quitan de en medio y no volvemos a verles el pelo. Necesitamos más tiempo.

—No me jodas, Alonso. Podemos incautar cinco toneladas de hachís, me da igual que el que pague el pato sea el Yiyo, el Negro o la madre que los parió. No podemos dejarlos pasar con tanta droga. Además, las órdenes de Vila son claras: si descargan, nos ponemos en marcha.

—Ya lo sé, Nacho, pero es que estamos tan cerca, coño. Con que pudiéramos meter al Turco en la ecuación…

—Aunque relacionáramos al Turco con los gitanos, no hay ningún indicio de que el Negro sea el que está detrás de todo —apuntó su compañero tratando de que entrara en razón—. Todos queremos verlo entre rejas, sería como ganar la puta Champions de la droga, pero sabes que las cosas no son tan sencillas. El juez no va a imputar a una persona solo por nuestras conjeturas.

Expósito tenía razón, ponerle las esposas al jefe de una banda criminal era cuando menos complicado. Normalmente, no tocaban la droga ni trataban directamente con los que estaban en primera línea de batalla; se escudaban detrás de sus lugartenientes, y estos a su vez, en otros capataces a su cargo. El único modo que tenían de conseguir una imputación para el Negro era o bien cogerlo con las manos en la masa, cosa harto improbable, o bien relacionarlo con alguien que sí que hubieran podido detener de manera flagrante.

—Tienes razón, pero sabes que el Turco es la clave: si podemos relacionarlo con el cargamento, tendremos un hilo del que tirar.

En ese momento Matas y González aparecieron por el umbral de la puerta con sendos cafés en las manos.

—Por tu cara veo que ya te has enterado de la buena nueva —exclamó González— y, conociéndote, me imagino que ya le estás viendo los tres pies al gato.

—Imaginas bien —añadió Expósito.

—Ya me conocéis —se justificó Quero tratando de restar importancia al asunto—. ¿Qué tal vosotros? ¿Núñez te ha conseguido algo?

—Hablé ayer con él y tiene a alguien que quizás nos sirva. Lleva un tiempo de confidente para los civiles y es de confianza.

—Pues os quiero en La Línea cuanto antes, a ver si ha escuchado algo.

—Lo llamo ahora y nos ponemos en marcha —respondió el agente.

—¿Alguien ha hablado con Vila? —preguntó Quero echando un vistazo al despacho del inspector jefe y comprobando que estaba vacío.

—Todavía no —contestó Expósito—. Iba a hacerlo cuando has aparecido.

—Yo me encargo —prorrumpió Alonso sacando el teléfono del bolsillo. Se alejó unos metros y, después de unos minutos de asentimientos y aspavientos contenidos, colgó y se acercó de nuevo hasta el centro de la sala.

—¿Qué? —lo interrogó su compañero.

—Nada que no sepamos ya. Que es prioritario averiguar dónde van a alijar —asintió Quero, haciendo una pequeña pausa antes de continuar— y que, si no sacamos nada en claro del Turco, nos olvidemos, lo primero es lo primero.

—¿Qué esperabas? —volvió a preguntarle Expósito viendo la cara contrita de su compañero.

—¿Eh? —exclamó extrañado González, que no tenía muy claro a qué se referían.

—Nada, cosas mías —zanjó la conversación Alonso mientras se acercaba a la pizarra y escribía la fecha tope que tenían para ponerse en marcha.

—Tenemos una semana para montar un operativo que nos permita seguir la droga desde la playa hasta la *guardería*. No conocemos su ubicación exacta, pero desde la compañía de Coín nos han proporcionado varias localizaciones posibles, todas cerca entre sí, así que vamos a confiar en que los Land Rovers nos lleven hasta ella.

—¿Vila ha pedido apoyo? —preguntó González.

—No, vamos solos en esto. Depende de lo que veamos cuando nos toque entrar, ya decidiremos si llamamos al GRECO o no.

Más allá de la imagen pública de camaradería y colaboración, la realidad es que los dos grandes cuerpos de seguridad del Estado, como eran la Guardia Civil y la Policía nacional, competían casi a diario en un equivalente a olimpiadas de la ley y el orden. Mantenían sus operaciones bajo el más estricto hermetismo, sin siquiera informar a las autoridades competentes cuando tenían que actuar en su territorio, y no contemplaban bajo ningún concepto la posibilidad de pedir apoyo a un cuerpo diferente del suyo.

—¿Vamos a seguir vigilando al Yiyo? —Esta vez fue Matas el que interrogó al subinspector.

—No, prefiero que cuando venga Cuevas se ponga con las escuchas, a ver si tenemos suerte y algún piloto se va de la lengua.

—Yo voy a seguir con los búlgaros, a ver qué saco del tal Boyan y el tal Stef —añadió Expósito.

—Buena idea, es una vía que merece la pena explorar. —Ambos ostentaban el mismo rango, y, aunque a efectos prácticos era Alonso el que organizaba el grupo en ausencia de Vila, lo cierto es que tampoco se sentía cómodo dándole órdenes y agradecía que siempre tuviera una actitud tan proactiva—. Yo voy a repasar las grabaciones de los últimos días por si hay algo que se nos haya escapado.

Sin que hiciera falta decir nada más, todos los miembros del grupo se dispersaron y se acomodaron en sus respectivos lugares de trabajo. Les esperaba una semana maratoniana si querían que la

operación tuviera éxito.

Alonso introdujo sus datos de usuario en el ordenador y buscó en el disco duro los archivos con las transcripciones de las últimas intervenciones telefónicas. No tenía muy claro con quién debía comenzar la batida. El Fernan era el hombre fuerte en La Línea y el que tenía más galones, pero estaba demasiado cerca del Yiyo, por lo que iría con pies de plomo si no quería acabar como el Tala. Del Jesule, no podían confirmar al cien por cien que iba a participar y, aunque en alguna llamada había dejado entrever que sí, no merecía la pena centrarse en él. Por otro lado, estaba el Melli, que era el más veterano del grupo y el que más se la jugaba haciendo el porte a espaldas de los Rubios, así que era bastante probable que fuera más escrupuloso con su seguridad incluso que el Fernan. Solo le quedaba el Nene. Era el más joven de los pilotos y el más locuaz por teléfono. Era gracias a una llamada suya que habían averiguado que las gomas estaban guardadas en una nave junto al río Palmones. Alonso decidió comenzar por él.

Movió el cursor por la pantalla del ordenador y abrió una carpeta con su nombre. Buscó entre los archivos, que estaban ordenados por fechas, y seleccionó uno al azar.

11:35. LLAMADA ENTRANTE. Llamada publicitaria. No relevante.

16:43. LLAMADA ENTRANTE. Llamada de su madre. No relevante.

19:14. LLAMADA SALIENTE. Nene llama a su novia y le dice que esa noche salen. Ella le dice que no puede, que tiene al niño. El Nene le dice que lo deje con su madre, que esa noche tiene los bolsillos frescos y van a ir a celebrarlo.

20:08. LLAMADA ENTRANTE. Llamada de su novia. No relevante.

20:56. LLAMADA SALIENTE. El Nene llama a un tal Queco y le dice que no sabe cuándo va ser la carrera, que está esperando a que le digan. Este le responde que necesita que sea pronto, que, si no, se busca a otro que lo quiera. El Nene le responde que no, que se lo guarde, que cuando termine la carrera va a buscarlo.

21:04. LLAMADA ENTRANTE. Llamada de su novia. No relevante.

Alonso se atusa el pelo y cierra el archivo. Selecciona otro, esta vez datado con una fecha más reciente, y continúa leyendo:

11:42. LLAMADA ENTRANTE. Llamada publicitaria. No relevante.

16:02. LLAMADA ENTRANTE. Llamada publicitaria. No relevante.

19:12. LLAMADA ENTRANTE. El Nene recibe una llamada desconocida. Le pregunta cuándo va a salir a pescar, y el Nene le responde que cree que pronto, pero que no lo sabe seguro.

22:56. LLAMADA SALIENTE. El Nene llama a su novia. No relevante.

Los ojos del subinspector navegaron durante varias horas por la pantalla del ordenador leyendo y releyendo cada una de las transcripciones, prestando especial atención a cada detalle, a cada palabra, a cada frase que pudiera tener un doble sentido o que no encajara en la conversación. Imprime varios documentos y subraya las partes que le chirrían, con la esperanza de que una pequeña lucecita se encienda en su cerebro y le advierta de que algo no cuadra. Pescar, carrera, lavadoras, cumpleaños, ruedas, comidas, camisetas, básicamente cualquier palabra del diccionario era susceptible de ser usada como referencia a la acción ilícita, lo difícil era ser capaz de aislarlas y encajarlas en el contexto adecuado.

Alonso se levantó de la silla y dio un par de patadas en el aire para desentumecer las piernas. El *smartwatch* de su muñeca llevaba vibrando un buen rato indicándole que levantara el culo de la silla y se diera un paseo.

—Voy a por un café a lo de Cristóbal —exclamó a sus compañeros.

—Tráeme uno, *please* —añadió Expósito.

—¿Con leche y sin azúcar? —le preguntó a su compañero, y este alzó el pulgar hacia arriba a modo de respuesta.

Alonso salió del despacho y se encaminó hacia la salida. En su recorrido por el edificio se cruzó con varios grupos de policías que mantenían animadas conversaciones y que inclinaban la cabeza a modo de saludo cuando lo veían. A la mayoría los conocía de vista o de haber trabajado junto a ellos, pero había algunos que le eran totalmente desconocidos. Fuengirola era un destino bastante apetecible, y su plantilla era lo suficientemente grande para que estuviera en constante rotación.

Atravesó la puerta de cristal del edificio principal y accedió a un pequeño recibidor al aire libre. A la izquierda de donde se encontraba, se anejaba un pequeño edificio con las dependencias donde se

tramitaban los DNI, los pasaportes y toda la documentación relativa a las extranjerías. Un policía uniformado y cercano a la edad de jubilación voceaba nombres que leía de un listado que portaba en la mano.

—Buenos días, Paco —lo saludó Quero tocándole el hombro al pasar—. No grites tanto, que te vas a dejar la voz.

—Como no grite, aquí no se entera ni Dios —bufó el agente a modo de respuesta.

Bajó por la pronunciada escalera que daba acceso a la comisaría y tuvo que hacerse hueco para atravesar por medio de un grupo de personas que esperaban expectantes que su nombre fuera el siguiente en la lista de Paco.

Giró hacia la izquierda y rodeó el edificio por un pequeño callejón, donde se encontraban aparcados algunos vehículos policiales. Cruzó la calle y llegó hasta la manzana donde se encontraba el bar de Cristóbal.

Echó una visual rápida por el establecimiento y descubrió a Vila sentado en la barra junto a otro hombre. Alonso se acercó tratando de descubrir quién era su acompañante, pero no logró identificarlo. Rondaría la misma edad que su superior, o puede que algo mayor, y por su aspecto diría que no vivía de ayudas públicas precisamente. Tenía pinta de abogado o de empresario de la construcción.

Cuando apenas se encontraba a un par de pasos de distancia, el hombre se levantó del taburete y se despidió del inspector con una palmadita en la espalda.

—Espero tu llamada —logró oír que decía antes de darse la vuelta y casi chocarse de bruces con él.

—¡Alonso! —exclamó con cierta sorpresa Vila.

—Pensaba que estabas en una reunión —añadió Quero.

—Te dije que estaba reunido, no que estuviera en una reunión —contestó el inspector.

—¿En el bar de Cristóbal? —volvió a preguntar Alonso con mirada inquisitiva.

—¿Qué tiene de malo?

—Nada, nada —respondió Quero no sin cierta sorna.

—Anda, déjate de interrogatorios y cuéntame si tenéis algo sobre dónde van a descargar —exclamó Vila, dando por zanjado el tema.

—Todavía nada. Hemos estamos repasando las escuchas a ver si damos con algo que se nos haya pasado por alto.

—¿Sabemos algo de La Línea? —volvió a preguntar.

—Los civiles nos han conseguido a alguien. González y Mata están de camino.

—Bien —murmuró para sí el inspector—. ¿Y qué hay de nuestro amigo?

Vila había mirado por encima del hombro antes de pronunciar la última frase, lo que había desconcertado ciertamente a Alonso. La barra de un bar no era el lugar indicado para charlar sobre un operativo policial, eso estaba claro. Pero ese celo, teniendo en cuenta que no habían hablado de nadie en concreto, le creaba una cierta turbación.

—Nada nuevo —acabó por exclamar Alonso.

—Recuerda el plan: cuando salgan, vamos a por todas tengamos algo o no.

—Lo sé, señor. Cuando salgan, salimos.

—Llámame si hay alguna novedad —exclamó el inspector haciendo ademán de levantarse.

—¿Ya te vas? —preguntó Quero.

—Tengo otra reunión, esta vez en la comisaría —exclamó Vila levantándose del taburete y avisando a Cristóbal de que le dejaba el dinero en el mostrador.

Quero aprovechó la ocasión para pedirle sus cafés y se sentó a esperar.

Walid el Aouni, el Turco. Pese a la euforia que supuso conseguir identificarlo, lo cierto es que no habían avanzado mucho desde entonces. Sabían que había nacido hacía veintisiete años en Tetuán y que sus padres se llamaban Kaled y Zahira. No tenía antecedentes penales y solo constaban un par de reseñas policiales de hacía varios

años, ambas por haber golpeado a un cliente cuando ejercía de portero en una discoteca del puerto deportivo de Fuengirola. Alonso y su equipo habían tratado de tirar de ese cabo, quizás podrían conseguir dar con alguien que hubiera trabajado con él en esa época. Pero el local había cambiado de titularidad cinco veces en los últimos diez años, y la sociedad que constaba como explotadora de la actividad a fecha de las detenciones se había disuelto hacía cuatro, cuando el accionista mayoritario y único había fallecido sin dejar descendencia, un alemán sin ninguna relación aparente con el tráfico de drogas, ni con Marruecos, ni con el clan de los Carmelos.

Alonso sentía que había llegado a un callejón sin salida. No había viviendas ni vehículos a su nombre. No estaba casado ni tenía hijos, por lo menos reconocidos. Estaba empadronado en una vivienda del barrio del Saladillo en Algeciras. Pero, después de preguntar a sus compañeros de la zona, en dicha vivienda residían en la actualidad una pareja de senegaleses que decían no conocer de nada al marroquí.

Sentía que estaba tan cerca y tan lejos al mismo tiempo… El Tala, el Yiyo, el Turco, el Negro… Veía el patrón, las interconexiones entre los miembros de la organización y las de esta con las demás organizaciones. Pero no valía solo con verlo, con vislumbrarlo, con casi sentirlo. Eso no servía de nada en una sala de vistas. Se reía de las novelas y las películas que acababan con un final feliz después de que los agentes del orden detuvieran al villano después de una serie de rocambolescas casualidades. A ver cómo coño iban a redactar un informe que justificara todas esas carambolas y designios del destino, sin que el juez de turno lo echara por alto por no ser ajustadas a derecho. El sistema español era muy garantista con los delincuentes. Demasiado. Aún recordaba una operación de hacía unos años en que estaban implicados unos policías locales de Mijas. Se dedicaban a hacer uso de su autoridad para apropiarse de los alijos de los narcotraficantes. Guardaban la droga en el maletero del coche patrulla y se paseaban por toda la localidad repartiéndola como si fueran *riders* llevando los pedidos de comida rápida de una dirección a otra. Pues, después de una concienzuda investigación y de haberlos detenido de manera flagrante, la Audiencia Provincial de Málaga los absolvió porque, según los magistrados, las escuchas telefónicas no cumplían las debidas garantías legales y constitucionales que la legislación y la jurisprudencia exigían al respecto, y, por lo tanto, eran ilegales, y con ello toda la instrucción posterior que se había llevado a cabo a raíz de dichas escuchas. De locos. Menos mal que la fiscalía recurrió la sentencia y el Tribunal Supremo acabó por declararla nula e hizo repetir el juicio, esta vez con resultado condenatorio para los agentes implicados.

En ese momento llegó Cristóbal con los cafés. Quero le dio las gracias, pagó y se marchó hacia la comisaría de nuevo.

Nada más entrar en la oficina del grupo se fijó en que Marta Cuevas estaba sentada en su mesa con los auriculares puestos. Se acercó y le tocó el hombro tímidamente. Se sentía ligeramente avergonzado cada vez que tenía que tratar con ella desde que lo había rechazado después de invitarla a cenar con un sutil «aunque me sintiera atraída por el género masculino, iniciar una relación con un compañero, y para más inri con un superior jerárquico, no entraría dentro de mis planes». Mira que hacerle caso a González…

La agente se giró hacia Quero y se bajó los cascos hasta el cuello.

—Hola. Perdona que me haya sentado en tu mesa, pero el informático está actualizando algo del sistema operativo en el mío.

Ambos policías dirigieron la mirada hacia el puesto de trabajo de Cuevas, donde un chico joven con gafas de pasta trasteaba el teclado sin prestar mucha atención al mundo que lo rodeaba.

—No te preocupes, estoy un poco cansado de oír las mismas escuchas una y otra vez y necesitaba coger aire. ¿Estás con SITEL?

—Sí —respondió Marta—, me he centrado en el Nene. Creo que es el que tiene más posibilidad de que se vaya de la lengua.

Alonso sonrió al descubrir que la agente había llegado a la misma conclusión que él. De repente empezó a escucharse un pitido parecido al que emitían los primeros módems en los años noventa.

—Una llamada saliente —exclamó Cuevas.

—¿A quién? —preguntó Quero

—No tenemos guardado el número —comprobó la agente.

—Desconecta los auriculares, a ver qué tiene que contar.

—¿Qué dice el Nene?

—¿Qué pasa, primo? ¿Cómo va la cosa?

—Aquí andamos, en ca mi vieja.

—¿Y eso?

—La Yuni, que m’ha echao de la casa.

—Yo lo sabía, primo, que la Yuni se iba a enterar de que estaba la Chari por ahí dando vueltas.

—Ya, compare, pero me meto dos lonchazos y voy to *envarao*.

—Illo, primo, se te va la pinza con los lonchazos. Te tienes que controlar, que vas con el nabo en la frente.

Marta hizo ademán de cortar la escucha y clasificarla como no procedente, pero Alonso le tocó el brazo para indicarle que la dejara un rato más.

—Ya lo sé, compare, pero me pilla con cuartos y me queman en el bolsillo.

—No te rayes, pero guarda cuartos por si acaso.

—¿Por qué? ¿No vamos a ir a cenar al final?

—Sí, primo, el jueves que viene. Pero tú hazme caso.

—¿El jueves? ¿Seguro, compare? Mira que yo tengo bastante hambre, y el niño ni te cuento.

—Seguro, primo, me han dicho que es el mejor día.

—¿Vamos a donde los pijos o donde los negros?

—No, primo, esta vez vamos a comernos unos espetitos.

—¿Espetos, compare? Ese chiringo está muy lleno últimamente.

—Esa noche va a estar bien, la gente va a tirar para donde el rabo de toro y donde el secreto ibérico.

—¿Sí? Qué raro, pero me fío de ti, compare. ¿Tú me llamas antes?

—Yo te llamo, primo, el martes o el miércoles. Pero esta semana no te *enguarres*, contrólate, que el jueves tienes que estar bien para cenar, no te quiero sin ganas de comer.

—Claro, claro, Nene, esta semana me quedo en casa con mi mare de *tranquileo*, no te preocupes.

Cuando el Nene colgó la llamada, Marta se giró hacia Alonso y

ambos se miraron con cara reflexiva. Sabían que ahí había algo, que era el tipo de conversación encubierta que mantenían los narcos para no llamar la atención. Hubiera sido fácil que hubieran clasificado la llamada como no relevante; aparentemente eran dos amigos que hablan de sus problemas en casa y de quedar para salir a cenar. Pero habían hablado del jueves, el día marcado en rojo en el calendario que había colgado en la sala de reuniones del grupo. Y esa era la clave, la nimiedad que necesitaban para terminar de encajar las piezas.

—Yo creo que tenemos claro lo que significa ir a cenar, ¿no? —clamó Quero ciertamente emocionado.

—El jueves, joder, no puede ser una casualidad —exclamó Cuevas contagiada por la euforia de su compañero.

—Pon de nuevo la conversación.

Marta se giró hacia el ordenador e hizo clic en el archivo de sonido. Ambos escucharon atentamente el diálogo entre el Nene y su interlocutor. Una vez que hubo terminado, Quero le indicó a su compañera que le acercara los auriculares. Se los ajustó en los oídos y volvió a darle al «play». Había algo, lo sabía. «Espetos», «secreto», «rabo de toro», «pijos»… No conseguía entender el doble sentido, pero sabía que tenía que significar algo. Volvió a escuchar la conversación varias veces más, hasta que González le tocó el brazo y le hizo un gesto para que se bajase los cascos.

—Preguntan por ti —le indicó haciendo girar el teléfono móvil que tenía en la mano.

Alonso hizo un gesto dando a entender que le dijera que estaba ocupado, pero su compañero insistió en que era importante.

—A ver qué coño es tan urgente —refunfuñó el subinspector quitándose los cascos y dejándolos sobre el escritorio.

—Son de la local de Mijas, les ha saltado un señalamiento.

Alonso puso cara de sorpresa y le quitó el teléfono de las manos a su compañero.

—Subinspector Quero, buenos días —exclamó adoptando el tono más profesional que pudo.

—Buenos días. Te llamo de la local de Mijas, nos ha saltado un señalamiento con vigilancia discreta de un tal Walid el Aouni, y he

preferido llamaros directamente para ver qué necesitáis en vez de redactar un informe, que lo mismo cuando os llegue dentro de una semana no os sirve para nada —respondió el policía al otro lado del teléfono.

—Has hecho bien —lo felicitó Quero alegrándose de haber topado con un compañero con algo de sentido común—. ¿Lo tenéis ahora mismo delante?

—Afirmativo, lo hemos parado por haberse saltado un semáforo en Calahonda.

—¿Con el coche? ¿Va él conduciendo?

—Exacto, va en un Audi Q2 negro, matrícula dos, tres, seis, seis, Charlie, sierra, tango. —El policía había tardado unos segundos en responder, así que supuso que se había apartado unos metros del vehículo para que no oyeran la conversación.

—¿Está acompañado? —insistió Quero.

—Hemos identificado a Yussef el Mehdi en el asiento del copiloto y a Samuel Heredia Carmona en los asientos traseros.

—¿Samuel Heredia Carmona? Joder… —casi gritó Alonso.

—Veo que lo conocéis. —Rio el policía al otro lado de la línea.

—Perdona, pero me acabas de alegrar el día —se disculpó Quero —. Te voy a pedir un favor: necesito que intentes sacarle dónde vive o, por lo menos, a dónde van.

—¿A Walid? Sin problema, vamos a hacerle una prueba de alcoholemia para hacer el paripé e intento sonsacarle la información.

—Te lo agradezco —volvió a felicitarlo Alonso—, y una cosa más.

—Dime.

—¿Qué actitud están teniendo? ¿Están tranquilos o esta llamada los ha puesto nerviosos?

—Hasta ahora están relajados. Cuando se han saltado el semáforo casi atropellan a una pareja de guiris, así que seguramente creen que los estamos reteniendo para darles un poco por culo.

—Genial, nos interesa mucho no levantar sospechas.

—No te preocupes, no es la primera vez que me encuentro una situación así. Os vuelvo a llamar en un rato con lo que hayamos obtenido.

—Estupendo, y muchas gracias de nuevo —se despidió Alonso dejando el móvil sobre el escritorio.

Se levantó con una media sonrisa en la boca y miró hacia sus compañeros, que lo miraban expectantes. Sabía que hoy era un día de esos en los que después de muchos meses de extenuante trabajo todo se precipitaba, un día de esos en los que la investigación avanzaba a pasos tan agigantados que daba vértigo. Pero el trabajo policial consistía en eso: en ir plantando semillas poco a poco, hasta que de repente un día miras el huerto y ves que todos los frutos han florecido a la vez.

—Parece que hoy es nuestro día de suerte —exclamó satisfecho.

14. WALID

Después de mucho tiempo aprendí

Que hay cosas que mejor no aprender.

(Fito y Fitipaldis, *La casa por el tejado*)

Walid volvió la vista hacia atrás y vio como el paso fronterizo de Beni Enzar se iba alejando poco a poco a medida que el vehículo se iba internando en la avenida Massira. A ambos lados de la carretera, las porteadoras cargaban enormes fardos a sus espaldas. Marchaban a duras penas, dejando a su paso un rastro de pequeñas pisadas que le recordaron sus años de infancia, cuando jugaba con sus amigos a encontrar caracoles los días de lluvia rastreando su lento y pegajoso avance por la hierba mojada del parque Hernández. No hacía tanto de aquella época de su vida, pero, a sus dieciséis años, su padre había decidido que iba siendo hora de que se convirtiera en un hombre.

—¿Qué llevan en las bolsas, *baba*? —preguntó.

—De todo, hijo: ropa, mantas, móviles, herramientas… —contestó su padre con la mirada fija en la carretera.

—¿Y a dónde las llevan? —volvió a preguntar.

—A su dueño —respondió impasible ante la mirada desconcertante de Walid—, hay hombres que les pagan por llevar la mercancía desde Melilla hasta Marruecos.

Walid asintió pensando en lo que acababa de decirle su padre.

—Pero debe de pesar mucho, ¿por qué no lo llevan en camiones o en furgonetas?

Kaled el Aouni miró a su hijo y le revolvió el cabello. Pese a que apenas era un niño imberbe, su cabeza ya casi rozaba el techo de su viejo Suzuki Vitara.

—Si lo llevan pegado al cuerpo, no pagan impuestos. Por eso van así. Cuantos más kilos llevan, más les pagan.

El joven volvió a asentir y dirigió de nuevo la mirada hacia la carretera. Rebasaron a un grupo de mujeres que, sorprendentemente, charlaban animosas bajo sus enormes bultos. Walid se fijó en una de ellas. Se parecía a su *jadda*, la madre de su madre, aunque

seguramente sería mucho más joven. Iba totalmente encorvada, sin apenas poder levantar la vista del suelo, y las piernas eran dos bultos de carne donde no se diferenciaban las pantorrillas de los tobillos.

«Que Alá se apiade de ella», pensó agradecido de que su familia viviera cómodamente y su madre y su abuela no tuvieran que arriesgar su vida, como todas aquellas mujeres.

Su padre tenía una empresa de camiones en Melilla dedicada principalmente a la importación de frutas y verduras desde el reino alauita, lo que lo obligaba a ausentarse durante varios días cada cierto tiempo. «En el valle del Rif están los mejores agricultores de toda África», solía decirles complacido cada vez que se marchaba de ruta. Pero Walid no era tan ingenuo. Todo el mundo sabía lo que se cultivaba en ese valle, y sus amigos le habían insinuado en más de una ocasión que su *baba* se dedicaba a asuntos más turbios que al mercadeo de hortalizas. El joven le había rogado y suplicado durante años que lo dejara acompañarle a uno de sus viajes, pero la respuesta siempre era la misma. Y por fin, con dieciséis primaveras recién cumplidas, el imponente Kaled el Aouni había decidido que había llegado la hora de que su *bakr*, su primogénito, aprendiera el oficio.

Dejaron atrás la fila de porteadoras y se adentraron en la ciudad que daba nombre al paso fronterizo. Pese a que estaba acostumbrado a viajar a su país de origen, nunca dejaba de sorprenderle lo diferente que eran ambos territorios. Era como si se hubiera montado en una máquina del tiempo y hubiera retrocedido varias décadas.

Los grandes bloques vecinales daban paso a edificios destartalados donde la ropa colgaba de los balcones ondeando al viento, y las grandes avenidas perfectamente asfaltadas se convertían en caminos ruinosos, donde los viejos automóviles circulaban haciendo caso omiso a cualquier tipo de código de circulación. Atravesaron la ciudad y circularon durante varios kilómetros siguiendo la línea de la costa, circundando la conocida como la Mar Chica. El joven miraba embelesado la estrecha franja de arena que se lanzaba hasta el infinito, acorralando un trozo de mar y formando una perfecta laguna de agua salada con su abrazo. Alzó la vista hacia el cielo y avistó un número incontable de aves que sobrevolaban en ese momento los pequeños barcos pesqueros que faenaban en la albufera y que aguardaban a la espera de que algún pececillo con complejo de Houdini se escapara de sus redes.

—Algún día todo esto no será así —exclamó su padre de repente.

—¿Por qué, *baba?* —preguntó Walid.

—Quieren convertir la laguna en un complejo turístico de lujo.

—¿De lujo? ¿Aquí, en Nador? —se extrañó el chico.

—Eso se rumorea. El rey quiere una mansión con vistas al mar, y qué mejor que acompañarse de sus amigos más íntimos —añadió irónico frotando los dedos de una mano.

—Pero ¿y esos pescadores? ¿Y esas aves? —exclamó indignado el joven.

—No creo que quieran desprenderse de su joya del Mediterráneo, pero quién sabe —concluyó encogiéndose de hombros.

En ese momento el coche tomó una bifurcación y dejó atrás la costa. Rodeó la falda del monte Gurugú y puso rumbo hacia el norte del país, hacia Alhucemas, y desde ahí hasta Issaguen, en el valle del Rif. Eran cuatro horas de viaje en coche, así que Walid se acomodó en el asiento y subió el volumen de la radio. Su padre lo miró indulgente, sin decirle nada. Era su primer viaje juntos, y no quería ponerlo nervioso antes de tiempo.

La gasolinera a la entrada del pueblo les dio la bienvenida, y Kaled sacudió a su hijo con el brazo para avisarle de que habían llegado.

—¿Ya? —preguntó Walid frotándose los ojos.

—Si no hubieras estado todo el camino durmiendo, el viaje no te habría resultado tan corto.

—Lo siento, *baba* —se disculpó su hijo, a lo que su padre respondió revolviéndole de nuevo el cabello.

—No te preocupes, algún día te tocará conducir a ti.

Se adentraron en la pequeña localidad y callejearon mientras sorteaban vehículos, personas y animales por igual. Si pensaba que en Beni Enzar habían retrocedido varias décadas, en Issaguen tenía la impresión de que lo habían hecho varios siglos: caminos sin asfaltar, edificios que eran apenas esqueletos de ladrillos y cantidades ingentes de basura acumuladas en cada rincón. Una mueca de asco había comenzado a dibujarse en el rostro del joven cuando, como por arte de magia, al doblar una esquina un elegante edificio marrón se alzó

ante ellos. Varias filas de balcones blancos se distribuían a los lados de un gran soportal sobre el que reposaban unos grandes postes con banderas de diferentes países, coronados por unas letras en relieve de color azul que lo anunciaban como hotel Tidghine. Su padre aparcó en una de las plazas reservadas a tal fin y le indicó que aguardara en el coche.

—Tardo un minuto —exclamó mientras se apeaba.

Walid esperó a que hubiera entrado en el hotel para estirar las piernas. Echó una ojeada por los alrededores y se preguntó a sí mismo si verdaderamente se encontraba en el mismo pueblo decadente que había visto hacía solo unos minutos. El complejo disponía de una enorme piscina rodeada de hamacas y poseía unos jardines donde se veía que el jardinero hacía bien su trabajo. Se giró de espaldas al edificio y dirigió la vista hacia la inmensidad del valle del Rif. Su padre decía que todavía les quedaba ascender un trecho del Jbel Tidirhine para llegar hasta el poblado donde debían encontrarse con su tío Aberkán.

Aberkán, el impasible. Aberkán, el inmutable. Su padre y él eran amigos desde la infancia, y, pese a que ningún parentesco lo unía a su familia, lo cierto es que Walid no recordaba su vida sin que hubiera estado presente en ella y estaba seguro de que había sido el culpable de que él estuviera acompañándolos en esta ocasión. «Ya tienes edad y cuerpo para unirte al negocio familiar», solía decirle cada vez que lo veía.

—Con el valle nevado es más bonito aún —exclamó su padre, que ya había salido del hotel y lo esperaba junto al incombustible Suzuki.

—¿En serio? —se sorprendió.

—Ya lo verás cuando volvamos en invierno —afirmó mientras su hijo volvía a entrar en el coche con cara ilusionada.

Ascendieron hasta el monte Tidiguín por una sinuosa carretera de montaña custodiada por enormes pinos, como si de enormes cancerberos se tratasen, y antes de llegar a la cima tomaron un desvío y circularon durante varios kilómetros por un desvencijado camino de tierra. Los árboles comenzaron a espaciarse entre sí conforme avanzaban, hasta que llegaron a una amplia meseta donde avistaron una aldea, por llamarla de alguna manera, ya que apenas constaba de un par de barracones construidos en adobe y un pabellón circular que se erguía entre ambos.

Pararon en una pequeña explanada donde ya había varios coches estacionados y apagaron el motor. Walid reconoció el inmenso Range Rover de su tío y echó una rápida visual por si lo veía. Hizo ademán de bajarse del vehículo cuando su padre lo cogió del brazo.

—Espera, hijo —exclamó con gesto serio—. Hoy vas a ver y oír cosas que quizás no te esperes —comenzó a decir—, pero ya eres casi un hombre y pronto tendrás tu propia familia. Cuando tu madre y yo nos casamos, vivíamos en Chefchauen y apenas teníamos dinero para comer. ¡Y míranos ahora! —voceó mientras abría los brazos—. Os he procurado una vida cómoda y placentera. —Su padre bajó los brazos, apoyó sus grandes manos en las sienes de su hijo y le besó en la frente —. Hijo, vivir es difícil, pero necesito que seas fuerte, pero también inteligente, y que no dejes jamás jamás que nadie te juzgue por las cosas que tengas que hacer para proteger a los tuyos.

Walid abrió la puerta del coche aún con las últimas palabras de su *baba* resonando en su cabeza como un mantra. No sabía qué había querido decirle exactamente y no entendía a qué venía esa charla sobre proteger a la familia, pero su padre no era dado a hablar de más, así que decidió que lo mejor era no hacer demasiadas preguntas.

Se apearon del vehículo y se dirigieron hacia el pequeño pabellón circular entre los barracones. Había escuchado historias sobre los tambores de Ketama con anterioridad, lo que no evitó que se sorprendiera al entrar en el cobertizo y encontrarse con media docena de hombres en estado de trance, golpeando enormes panderetas en una perfecta sincronía rítmica. Sintió la atmósfera fuertemente cargada, los terpenos de los cogollos aleteaban libres por el cobertizo e impregnaban el aire del fuerte olor a mofeta tan característico de la marihuana, y el sudor de los percusionistas ascendía hasta el techo, para volver a caer en forma de pequeñas gotas de lluvia que se adhirieron a su piel. Se secó la frente con el dorso de la mano y se percató de que su padre se había acercado hasta un hombre que, ajeno a los martillazos, fumaba tranquilamente kif en una manida *sebsi* de madera. Le estrechó la mano y lo besó en las mejillas. Era un saludo demasiado familiar, lo que extrañó al joven, así que lo estudió con atención, tratando de descubrir una cara conocida entre sus facciones, pero no la encontró. Tenía una frondosa barba cana y, bajo esta, se adivinaba una arrugada piel blanca que delataba su origen rifeño. El anciano lo sorprendió observándolo y se llevó la mano derecha al corazón en señal de saludo.

—*Alaikum Salam* —respondió el joven llevándose también la mano al pecho mientras miraba a su padre en busca de aprobación.

Este asintió y le hizo un sutil gesto con las cejas señalando el fondo de la habitación.

Atravesaron por medio de la fila de hombres, que seguían inmutables aporreando los tambores, y llegaron hasta una especie de cortina de tela que actuaba como puerta separando ambas estancias.

—¡Sobrino! —exclamó Aberkán nada más verlo aparecer.

—*Salam Alaikum,* tío —se alegró Walid dándole un fuerte abrazo.

—¿Qué tal el viaje? Espero que tu padre no haya corrido más de la cuenta —añadió en tono jocoso mientras le daba un codazo. Venía acompañado de dos muchachos no mucho mayores que él, que lo estudiaron de arriba abajo con gesto serio.

—¿El viaje? Tu sobrino se ha pegado todo el camino durmiendo —se quejó Kaled ante la mirada compungida del joven.

—Déjalo que descanse. Hoy lo necesitamos en plena forma.

Walid posó la mirada en su tío y después en su progenitor, y descubrió que este había enturbiado el gesto con el comentario. Había dado por hecho que lo habían traído para cargar sacos, cavar la tierra o alguna tarea de ese estilo. Pero ya no estaba tan seguro. Le había desconcertado la naturalidad con la que su *baba* había dejado que descubriera a lo que se dedicaban realmente en el valle. Sin justificaciones, sin explicaciones. Simplemente exponiendo ante su mirada el lucrativo negocio. Y no le había sorprendido menos la indolencia con la que él mismo había asimilado que la buena vida de la que gozaban él y su familia no era ni más ni menos que fruto de una actividad ilícita.

El muchacho examinó el lugar donde se encontraban. Pese a que la habitación era de menor tamaño de la que provenían, la atmósfera estaba menos viciada y, aunque también hacía calor, no era tan sofocante. Una gran mesa de madera presidía la estancia, y media docena de sillas de diferentes formas y tamaños se esparcían a su alrededor. No parecía el lugar más apropiado para una reunión de trabajo, pero el joven no dijo nada.

—¿Podemos comenzar? —profirió alguien al otro lado de la mesa.

—¿No esperamos a Sufian? —preguntó Aberkán.

—Sufian no va a venir —exclamó el mismo hombre sin dar más

explicaciones.

Walid lo miró y no le gustó su rostro. Apenas rondaría la treintena, pero actuaba con la suficiencia propia del que tiene la sartén por el mango. Vestía una chilaba color índigo y, al igual que el anciano de la puerta, su piel era blanquecina y sus ojos azulados. No era extraño encontrar rasgos eslavos en los amazig de esa zona. A su *jad,* el padre de su padre, le encantaba contarle historias de guerra al calor de la hoguera. Solía sentarse en su butaca preferida con su omnipresente *sebsi* en la comisura de los labios y comenzaba a narrar, en su habitual tono grave y parsimonioso, cómo un pequeño grupo expedicionario, comandados por el general Flavio Belisario del Imperio bizantino, había derrotado a Gelimer, el último rey de los vándalos y los ándalos, en la batalla de Cartago, expulsándolos de las costas de las hoy conocidas como Argelia y Túnez, y obligándolos a huir de manera caótica y apresurada hasta el interior de la cordillera del Atlas, donde no les quedó más remedio que mezclarse con la población autóctona bereber y, con ello, todo su legendario y ajado ADN germánico. Hacía tiempo que no pensaba en su abuelo, pero recordar la historia le hizo darse cuenta de cuánto lo echaba de menos.

Su tío Aberkán tomó asiento justo enfrente del joven de la chilaba y su padre lo imitó. Walid prefirió mantenerse a una distancia prudencial, sin tener muy claro si debía sentarse o no, mientras que los dos hombres que los acompañaban permanecieron de pie guardándoles las espaldas.

—Tu padre tiene buen aspecto, la última vez que lo vi apenas se mantenía en pie —exclamó Kaled para romper el hielo.

—Es rifeño, no va a enterrarlo una simple neumonía —respondió orgulloso el joven. Sus dos acompañantes también se habían situado a su espalda, con la misma mirada hierática que los que estaban en su lado de la mesa.

—Me alegro, a su edad, pensaba que no acabaría el invierno.

—Es fuerte como un toro, todavía le quedan muchos años para…

—Doscientos kilos —exclamó cortante Aberkán, dejando a su interlocutor con la palabra en la boca.

—Directo al grano, como siempre. —El joven se acomodó en el asiento con cierta complacencia.

—No hemos venido hasta aquí para hablar sobre la salud de nuestros padres, Rida —se quejó Aberkán, dando por zanjados los formalismos.

—Está bien, está bien. Habéis sido vosotros los que habéis planeado esta reunión, así que es justo que nos dejemos de tonterías.

«Rida», murmuró Walid para sí mismo pensando en lo lejos que estaba el rifeño de hacer gala a ese nombre. En amazig venía a decir algo así como 'encantador'.

—En el último camión había doscientos kilos menos —reiteró su tío—, doscientos kilos que me había comprometido a transportar hasta la costa y que me he visto obligado a prometer que iba reponer en los próximos envíos.

—¡Ufff!, eso va a ser complicado; las últimas cosechas no están siendo demasiado buenas —respondió Rida sin ánimo de justificarse.

—He estado paseando por los campos antes de llegar, y la verdad es que no me ha dado esa sensación —exclamó Aberkán—. Es más, nunca había visto las plantas tan altas.

—Las plantas están muy altas, pero los cogollos se quedan pequeños. Llueve poco en el valle últimamente.

Aberkán echó una ojeada por la única ventana que poseía la estancia y abrió los brazos en un claro gesto categórico.

—Pues vosotros veréis, pero quiero los mil kilos de siempre y cincuenta más en el próximo envío, y no es negociable.

Rida pareció meditar la advertencia mientras golpeaba la mesa con las falanges de su mano derecha.

—¿Y si no? —preguntó.

Aberkán lo miró con gesto adusto. Una pequeña chispa empezó a asomar en sus pupilas, pero se contuvo.

—Llevo veinte años trabajando con tu padre y nunca habíamos tenido ningún problema. Vosotros plantáis y nosotros transportamos; vosotros ganáis y nosotros ganamos. Es sencillo.

—Quizás ese sea el problema —bufó Rida—: nosotros cultivamos las plantas, recolectamos los cogollos y producimos el hachís, mientras

que vosotros solo tenéis que meterlo en un camión y llevarlo hasta la costa. No creo que seáis tan imprescindibles.

Pese a la excesiva muestra de suficiencia de Rida, Walid notó una cierta tensión en sus guardaespaldas. Uno de ellos se acomodó algo que tenía en la parte trasera del pantalón, mientras que al otro se le comenzó a perlar la frente de sudor.

—¿Qué estás insinuando, Rida? —vociferó indignado su tío—. ¿Y dónde está Sufian? ¿Tan ocupado está que no se ha dignado a venir?

—Sufian está de acuerdo conmigo.

—¿De acuerdo en qué?

—En que quizás va siendo hora de que renegociemos nuestro acuerdo.

Una mueca de prepotencia asomó en el rostro del rifeño y Walid empezó a preocuparse. Dirigió la mirada hacia su padre, y, a pesar de su gesto de indiferencia, el golpeteo de la punta de sus pies delataba su intranquilidad.

Algo no iba bien, lo sentía, una especie de nudo en el estómago que lo avisaba del peligro. No era la primera vez que esa sensación presagiaba que algo malo se avecinaba: un yonqui que se acercaba sigilosamente con la intención de robarles mientras se fumaban sus primeros cigarrillos en la puerta del instituto; un compañero de clase que lo esperaba a la salida del colegio para vengarse de cómo lo había humillado delante de la chica que le gustaba; unos vecinos que amenazaban con llamar a la policía porque los habían pillado lanzando petardos por las ventanas del vecindario…

Un chirrido lejano llegó hasta sus oídos a través del retumbar de los tambores. Comenzó como algo casi imperceptible, apenas un leve cambio en el ambiente que ninguno de los presentes, aparte de él mismo, pareció percibir. Pero el tenue runrún fue aumentando hasta acabar convirtiéndose en el rugido de un motor acercándose a gran velocidad.

Su padre y su tío intercambiaron miradas confusas, mientras que una sonrisa maquiavélica empezó a asomar en el rostro de Rida.

El coche dio un frenazo y derrapó sobre el suelo de tierra, y un fuerte alboroto de voces y pisadas se coló por la ventana de la habitación.

Walid miró para ambos lados y de repente el tiempo se congeló, y lo que apenas duró unos segundos transcurrió a cámara lenta delante de sus ojos.

Aberkán sacó una pistola de debajo de la mesa y apuntó hacia uno de los guardaespaldas. Una fuerte detonación tronó en la estancia y el hombre salió impulsado fuertemente hacia atrás mientras trataba de sacar su arma de la parte trasera del pantalón. Casi al mismo tiempo, Kaled saltó como un resorte y se alzó en toda su magnitud levantando la mesa con ambas manos y arrojándola hacia el otro lado de la habitación. Rida, al ver la mesa volando hacia ellos, dio un brinco y se lanzó al suelo a tiempo de que esta no lo alcanzara, aunque el guardaespaldas que aún quedaba en pie no tuvo tanta suerte y la mesa lo golpeó en el rostro con fuerza, rompiéndole el tabique nasal y provocándole una hemorragia que salpicó el suelo de sangre. Aturdido por el impacto, apartó la mesa como pudo y se palpó la nariz para comprobar el alcance de la lesión, y ese fue su error. Aberkán, con el arma aún caliente, apuntó hacia él, apretó el gatillo y se quedó mirando cómo una solitaria bala de nueve milímetros se lanzaba a una velocidad de trescientos metros por segundo en dirección a su sesera, perforando el cráneo y atravesando el lóbulo frontal y el occipital a su paso.

Walid miró perplejo la cabeza del guardaespaldas y le sorprendió descubrir la poca sangre que brotaba del pequeño orificio en mitad de su frente. Se había criado viendo películas de acción, donde un tiro en la cabeza se escenificaba con cantidades ingentes de sangre y vísceras. Nunca habría imaginado que en la vida real fuese una muerte tan limpia.

—¡Walid, corre, agáchate! —le gritó su padre tirándole del brazo con violencia.

Los hombres de su tío habían arrancado la cortina que separaba ambas estancias y arrastraban la mesa para colocarla como empalizada.

—¿Dónde está Rida? —preguntó Aberkán mirando en todas direcciones.

—Se ha escabullido por la puerta arrastrándose como una rata —bufó su padre.

—Bilal, vigila la ventana, que no se acerque nadie —indicó Aberkán—. Amín, Kaled, uno a cada lado de la puerta. Vamos a cazar

a esa rata.

En ese momento su padre se apostó junto a la puerta con una pistola en cada mano. ¿De dónde las había sacado? Juraría que no llevaba ninguna consigo en el coche, se habría dado cuenta, o eso creía.

—Wali, mantente a cubierto hasta que te lo diga y avísame si ves a alguien que se acerque —le indicó su tío colocando una pistola en sus manos—. ¿Has usado alguna vez una?

—No —contestó titubeante el joven mientras la sopesaba con atención.

—Es una Glock semiautomática, ya está cargada. Solo tienes que apuntar y apretar el gatillo, ¿lo entiendes?

Walid lo miró con gesto serio. Estaba asustado, muy asustado, y las manos le sudaban, pero asió el arma con fuerza y asintió. Su padre y su tío confiaban en él, creían que ya estaba preparado para asumir su papel en el negocio familiar. Pese a que sabían de antemano que la reunión se podía torcer, habían querido que los acompañara de todos modos. No podía defraudarlos.

—*Fi amani Allah* —susurró su tío, besándole en la frente.

—Que Alá te proteja a ti también —murmuró Walid viendo como su tío se agazapaba junto al borde de la puerta, pistola en mano.

—Aberkán, Kaled, no tenéis nada que hacer; somos más y os estamos rodeando.

—Sufian, *uld qahba,* ¿tú también estás metido en esto? —lo insultó su tío.

—Entregaos. Todavía estamos a tiempo de sentarnos a hablar de negocios —gritó Sufian—, ¿qué me dices?

Aberkán asomó la mano por el hueco de la puerta y disparó sin mirar.

—¿Te vale como respuesta? —preguntó arrogante.

La bala se había incrustado en la pared del fondo del barracón, provocando maldiciones e improperios.

—Vosotros os lo habéis buscado —lo desafió Sufian y comenzó a dar órdenes.

Walid contó a cuatro hombres más replegándose por cada esquina de la habitación, desierta después de que los trabajadores hubieran salido huyendo despavoridos. No vio a Rida entre ellos, pero se imaginó que no andaría lejos.

El joven todavía se encontraba contando a los recién llegados cuando uno de ellos apretó el gatillo, y lo que había sido una acompasada melodía de tambores resonando por la estancia se convirtió en un enloquecedor tronar de explosiones y gritos en un instante. Los rifeños descargaban los cartuchos sin piedad, arrasando

con todo lo que se cruzara en su camino. La marihuana volaba por los aires después de que las balas destrozaran los sacos en que estaba almacenada, y el poco mobiliario que decoraba la habitación acabó despedazado en cuestión de segundos.

Su padre y su tío aguantaban los envites estoicamente, manteniendo la calma, sin devolver los disparos más allá de un par de tiros sueltos. Preferían ahorrar munición y aguardar su momento.

Se oyeron detonaciones a su espalda y se giró a tiempo de ver como Bilal disparaba contra uno de los hombres que trataba de pillarlos desprevenidos por el lateral del edificio. Se parapetaba pegado al borde de la ventana y se asomaba el tiempo justo para disparar un proyectil antes de volver a cubrirse.

—Uno menos —exclamó descargando un par de balas sobre el cuerpo sin vida de uno de los jóvenes, que yacía abatido en el suelo de tierra.

Al otro lado de la habitación, Aberkán le hacía gestos a Amín para que lo cubriese. El joven se asomó por el hueco de la puerta, comprobó que nadie lo estaba apuntando y comenzó a descargar una ráfaga de disparos, dándole margen a Aberkán para agazaparse y avanzar unos metros hasta un reborde lateral que había a su derecha. Los hombres de Sufian se mantenían a cubierto mientras Amín los ametrallaba sin compasión. Los trozos de adobe saltaron de las paredes y levantaron una polvareda marrón, que oscureció la habitación y enrareció el ambiente. Uno de los rifeños, aprovechando la confusión, salió de su parapeto y abatió a Amín en mitad del pecho, que salió impulsado hacia atrás y cayó sobre la mesa que hacía las veces de barrera, haciendo que Kaled y Walid tuvieran que apartarse rápidamente para que no les cayera encima. Aberkán, que se había mantenido a resguardo hasta ahora, se puso en pie de un brinco, apuntó hacia la sien izquierda del tirador, y un aglomerado de sangre y masa encefálica salió despedido de su cabeza, salpicando la pared de un brillante rojo carmesí.

Walid, que contemplaba la escena como un espectador en una butaca de cine, se levantó a trompicones y apartó algunos trozos de madera que se habían incrustado en su pelo. Su padre lo miró con cierto gesto de preocupación, pero el joven le dio a entender que estaba bien y se puso a cubierto de nuevo.

En ese momento Aberkán chifló para llamar la atención de Kaled mientras le hacía varios gestos, que Walid no supo identificar.

Entonces su padre se agachó y avanzó en silencio hasta una columna que había unos metros a su izquierda mientras que su socio se ponía a cubierto en un saliente que había cerca de donde se encontraba.

—¡Sufian, cerdo traidor, ven a por mí si eres hombre! —gritó su tío en ese momento.

El polvo marrón del adobe seguía en suspensión por la habitación y hacía que apenas pudieran distinguir nada a unos metros de distancia.

—¡Aberkán, jodido Negro, no vas a salir de aquí con vida! —exclamó enfadado Sufian, que ordenó a sus hombres que salieran de donde estaban guarecidos y dispararan hacia donde provenía la voz.

El joven miraba la escena horrorizado pensando que era el final de su tío, pero de repente, como en una película de acción, su padre dio un giro de ciento ochenta grados sobre las columnas en que estaba oculto y, con una pistola en cada mano, comenzó a descargarlas. Sus fuertes brazos, en una exhibición de fuerza bruta, aguantaban el retroceso de las armas sin dejar de disparar. Las balas salían en una rápida secuencia de cada uno de los revólveres, y los cuerpos de los rifeños caían al suelo con media docena de agujeros nuevos en el torso. Sufian, viendo la matanza, trató de huir disparando hacia atrás sin mirar, pero Aberkán, que ya había salido de su escondite, respondió impidiéndole la huida. Una bala impactó en la pierna del único de sus hombres que seguía en pie y lo hizo caer de bruces. Estando en el suelo, trató de agarrarse a la pierna de su jefe para que lo ayudase a escapar, pero este se zafó de una fuerte patada y salió presto del cobertizo, abandonándolo a su suerte.

Aberkán disparó un par de veces más en dirección a la salida, pero no tuvo acierto. Se acercó hasta el hombre al que acababa de herir. Un rastro de sangre delataba su agonía mientras arañaba la tierra con las uñas tratando de ganar los metros suficientes que supusieran su libertad.

¡Clic, clic, clic! Tres balas impactaron en su espalda y su cuerpo cayó al suelo entre espasmos.

Un gemido contenido sonó tras ellos. Una bala perdida había impactado en la pierna de Kaled a la altura de la pantorrilla, y una mancha oscura comenzaba a dibujarse en su pantalón.

—*Baba, baba.* —Corrió alarmado Walid.

—Estoy bien, hijo. La bala solo me ha rozado.

El joven lo abrazó y trató de taponar la herida, sin éxito.

—¿Puedes andar? —preguntó Aberkán a su padre, que trató de ponerse en pie.

—Puede que con ayuda —añadió Kaled entre gestos de dolor.

—Bilal, dame tu camiseta —le ordenó al guardaespaldas, que acababa de llegar corriendo desde la otra habitación y, sin pedir más explicaciones, dejó su torso al descubierto.

Aberkán usó un cuchillo para romper el pantalón de su amigo a la altura de la pernera y dejar al descubierto la herida. Era cierto que la bala solo le había rozado, no estaba incrustada en la piel, aunque eso no evitaba que sangrara copiosamente. Cogió la camiseta de Bilal, la enrolló varias veces y la usó como torniquete.

—Por ahora aguantará —afirmó valorando el vendaje—. Bilal, rápido, ayúdalo a levantarse. Vamos a por Sufian antes de que vaya en busca de ayuda.

—He reventado las ruedas de su coche; no podrá ir muy lejos —exclamó este complacido.

—Bien hecho —lo halagó Aberkán—. Y tú, Walid, no nos pierdas de vista.

Los cuatro se dispusieron a salir del cobertizo. Traspasaron el umbral de la puerta con cuidado, mirando en todas direcciones por si había algún tirador apostado fuera. Aberkán se agazapó y corrió en dirección al coche de Sufian, que había dejado estacionado de manera longitudinal en mitad de la explanada. Se resguardó junto a las ruedas delanteras y se mantuvo así hasta que comprobó que nadie le disparaba. Entonces abrió la puerta del copiloto, y cuál fue su sorpresa cuando, como un extraño en una fiesta, se encontró al padre de Rida sentado en la parte trasera con el silencio como única compañía. Sacó al anciano con cuidado, le susurró unas palabras al oído y lo giró hasta quedar a su espalda. Entonces apoyó el cañón de la pistola en su sien y comenzó a alejarse del vehículo.

Walid miraba la escena desde la protección que le concedía la puerta del cobertizo. Su tío manejaba la situación como un experto profesional, como alguien que está acostumbrado a verse en esa tesitura a menudo. Una sensación extraña lo invadió, una especie de

certeza de que en el fondo siempre había sabido qué tipo de persona era. Ese gesto duro, ese permanente estado de alerta, ese talante afectuoso, pero con condiciones.

Buscó con la mirada a su padre, que caminaba a duras penas con el brazo alrededor de los hombros de Bilal. Aún conservaba una de las pistolas en la mano que tenía libre, y, aunque parecía que la pierna había dejado de sangrar, necesitaban llevarlo a un hospital de manera urgente si no querían que la herida se le infectara.

—Sufian, perro, sal de donde estés si no quieres que le vuele la cabeza a tu tío —chilló Aberkán mientras seguía encañonando al anciano.

La amenaza surtió efecto y el rifeño salió desde detrás de un muro que había junto a uno de los barracones. Al contrario que su socio, su piel y sus ojos eran oscuros. Vestía un chándal negro y morado con el emblema del Real Madrid, y, aunque había salido al encuentro con pistola en mano y cierto gesto adusto, se veía a la legua que no estaba demasiado cómodo con el vuelco que había dado la situación, cuando hacía solo un momento tenían a ocho hombres armados preparados para liquidar a sus antiguos socios.

—Negro, deja al viejo, esto es entre nosotros dos —chilló.

—El viejo está metido en esto tanto como tú y el *ibn al-kalb* de Rida —esputó Aberkán por la boca.

Walid volvía a sentir un pinchazo en el estómago avisándolo de que algo no iba bien, cuando de repente Rida apareció desde detrás del edificio como un toro desbocado y, sin mediar palabra, abatió a Bilal de dos tiros en la espalda, que cayó de bruces al suelo, tirando con él a su padre, que seguía apoyado en sus hombros y no tuvo tiempo de reaccionar.

Rida apartó el cuerpo de Bilal de una patada y pisó la cabeza de Kaled para que no se moviera mientras lo apuntaba con su revólver.

—¿Quién es ahora el *ibn al-kalb*? —bufó con los ojos cegados por la rabia.

Aberkán se giró hacia Rida sin perder de vista a Sufian. Mantenía al anciano delante de él a manera de escudo y alternaba la mirada entre ambos considerando cuál era su mejor opción.

Walid no sabía qué hacer, seguía a resguardo en el umbral de la

puerta, pero, si los rifeños acababan con su padre y su tío, el siguiente en caer sería él. Miró hacia la Glock que tenía en la mano, seguía fría, no había tenido necesidad de usarla hasta ahora. Volvió la mirada a la explanada y comprobó que Rida no se había percatado de su presencia, así que se limpió el sudor de la frente y comenzó a avanzar lentamente, tratando de no hacer ruido.

—Os hemos dado la oportunidad de recapacitar, solo queríamos un trozo más del pastel, no toda la tarta. No hacía falta llegar a esto —exclamó Rida haciendo aspavientos con el revólver.

Walid daba un paso tras otro lentamente, primero un pie y luego el otro, sin arrastrarlos, sin tropezar, sin delatarse.

—¿Recapacitar? Putos traidores, habéis venido a esta reunión con la intención de liquidarnos desde el primer momento —replicó Aberkán, que desvió la mirada en dirección a su sobrino por un instante, lo justo para que Sufian se percatara de lo que iba a suceder.

El joven sabía que era ahora o nunca. Le temblaban las piernas, estaba asustado, pero agarró la pistola con firmeza y acortó la distancia que lo separaba de Rida en un par de zancadas. Entonces dejó su mente en blanco e hizo que su cuerpo comenzara a actuar de manera automática. Su dedo índice apretó el gatillo de la pistola, produciendo una violenta detonación que impulsó su brazo hacia atrás, entumeciéndolo, pero que no impidió que contemplara expectante cómo la bala de nueve milímetros salía despedida del cañón de su arma y volaba a toda velocidad hasta acabar incrustada en la espalda de Rida a la altura de su corazón.

Una mueca de incredulidad se dibujó en el rostro del joven mientras caía al suelo entre jadeos, cuando Aberkán, en un súbito impulso, empujó al anciano hacia un lado y descargó el cargador de su revolver sobre Sufian, que trataba, sin éxito, de devolverle los disparos.

Walid temblaba tratando de enfocar la vista hacia su mano y quedándose absorto ante el casi imperceptible humo blanco que flotaba alrededor del cañón de su pistola. Estaba caliente, la había usado, había disparado contra una persona. Trató de entender qué sensación le producía haber matado a alguien. No era lástima ni vergüenza, ni siquiera desazón: era algo así como miedo, pero no miedo por las consecuencias que podría tener, sino miedo por lo sencillo que le había resultado, miedo porque tenía el presentimiento de que no iba a ser el último hombre al que iba a quitar la vida.

Aberkán se acercó hasta Kaled y lo ayudó a levantarse después de comprobar que Rida estaba efectivamente muerto. Entonces le dio indicaciones a Walid para que llevara a su padre al coche y se acercó al anciano, que estaba poniéndose en pie.

—¿Es esto lo que estabais buscando, Yassin? —le preguntó visiblemente cabreado.

El viejo se sacudió el polvo de la ropa y lo miró con cierta condescendencia.

—Nunca hubiera aprobado esto, pero esta juventud… Son demasiado… ambiciosos.

—Podías haberlo parado, podías habernos avisado, podríamos haber llegado a un acuerdo, podríamos…

Aberkán dejó la frase en el aire siendo consciente de que Yassin no podía haber evitado la tragedia. Aunque seguía siendo el patriarca de la familia, hacía mucho tiempo que había abdicado de sus funciones en lo referente al negocio en su hijo y su sobrino.

—Sabes lo que viene ahora, ¿no? —le preguntó.

—¿Es inevitable?

Aberkán asintió apesadumbrado.

—¿Qué le vas a contar al español?

—La verdad.

—He trabajado con Arturo los últimos veinte años. No le va a hacer ninguna gracia tener que buscar un sitio nuevo donde cultivar —exclamó Yassin.

Aberkán abrió los brazos y giró la cabeza hacia ambos lados.

—Solo vamos a necesitar nuevos agricultores —afirmó rotundo.

Una mueca de resignación se dibujó en el rostro del anciano mientras se giraba lentamente y contemplaba por última vez el extenso valle del Rif, esperando que el último tronar de los tambores de Ketama le arrebataran su último aliento.

15. ALONSO

Pero siempre brilla el sol, no lo decidimos

Pero siempre da calor

(Lori Meyers, *Siempre brilla el sol*)

El mar estaba calmo esa noche, el viento apenas alcanzaba un nudo de fuerza, y una gran luna negra se alzaba en el cielo, oscureciendo el accidentado litoral gaditano. Como en una especie de conversación de fosforescencias, unos puntos de luz se encendían y apagaban de manera rítmica desde la orilla, y eran respondidas por unos fugaces destellos desde algún lugar mar adentro.

Alonso Quero observaba desde sus prismáticos, de cinco aumentos y visión nocturna, cómo los *gayumberos* hacían señales a los tripulantes del fueraborda para indicarles que la playa estaba despejada. La narcolancha se adentró lentamente en la costa al tiempo que otra serie de destellos dirigidos en dirección opuesta daban la señal a tres grandes Land Rovers para que se acercasen hasta la orilla.

—Milán 2 a Milán 1. La goma va a descargar y los coches están esperando —exclamó el policía por el *walkie-talkie*.

—Recibido, Milán 2. ¿Ves a los conductores? —preguntó el inspector jefe Vila al otro lado de la línea.

—No, está muy oscuro —respondió Quero ajustándose los binoculares y tratando de reconocer algún rostro dentro de los todoterrenos.

—Quedamos a la espera, Milán 2 —respondió el inspector.

Habían montado el puesto de vigilancia en un pequeño cerro que se alzaba sobre la angosta cala en la que los Carmelos iban a alijar esa noche, cala Sardina, «donde los espetos», como afirmaba el Nene. No habrían podido localizar la ubicación del punto de descarga sin la colaboración del confidente que les había conseguido Núñez, el guardia civil amigo de González.

Se habían reunido con él en una concurrida cafetería del casco antiguo de San Roque, lo que en un principio había extrañado a los agentes. Los confidentes normalmente preferían citarse en sitios poco transitados por temor a que alguien los reconociera y los acusara de

sapos, de chivatos.

«Es el de la gorra roja», les indicó el guardia civil por mensaje desde el interior del café, evitando que los vieran juntos y pudieran relacionarlos.

—¿Tienes hambre? —preguntó Alonso al joven que aguardaba en la mesa.

—¿Por qué creéis que hemos quedado aquí a la hora del desayuno? —replicó el muchacho con total naturalidad.

Era más joven de lo que cabría esperar y había acudido a la cita con un aspecto bastante respetable: vestía unos vaqueros desgastados pero limpios, y una camiseta roja de manga corta a juego con una gorra con el logotipo de una famosa marca de surf. A pesar de presentar una imagen medianamente pulcra, el continuo zapateo debajo de la mesa y su manifiesta incapacidad para fijar la mirada en algún punto concreto evidenciaban su adicción a algún tipo de sustancia tóxica.

—Una viena de zurrapa y un café con leche, Miguel —profirió al camarero cuando se acercó hasta su mesa.

—Yo quiero lo mismo —exclamó el policía.

—Yo, únicamente un café solo —añadió González, excusándose por que había desayunado en casa.

—Núñez dice que eres legal —profirió Quero una vez que el camarero se hubo marchado.

El muchacho se quitó la gorra y se peinó la algo descuidada melena castaña.

—Os voy a ser sincero —comenzó a hablar—: no sé qué es lo que creéis que sé ni lo que creéis que puedo saber, pero, por lo que me ha contado tu amigo —exclamó mirando hacia González—, vais detrás de algo bastante gordo.

El policía asintió y dejó que el chico continuase hablando.

—Los Rubios están bastante calientes con el tema, pero no se atreven a actuar por miedo a iniciar una guerra.

—¿Contra los Carmelos? —González buscaba la reacción de su

interlocutor, que dio a entender con su media sonrisa que todos los presentes sabían de sobra quién estaba realmente detrás de todo.

Antes de que siguieran con la conversación, el camarero llegó con la comanda, y, sin mediar palabra y en una especie de acuerdo tácito, los comensales dieron cuenta del copioso desayuno olvidando por unos minutos el motivo que los había reunido allí.

—¿Tenéis una fecha? —preguntó de nuevo el muchacho, que en ese momento daba un último sorbo a su café y se limpiaba con el pulgar los restos de manteca blanca que se habían quedado adheridos a la comisura de sus labios.

—Afirmativo —respondieron los policías—. Lo que no tenemos es una ubicación.

—Se rumorean algunas cosas por el pueblo. Parece que quieren mover mucho en una sola noche, en diferentes puntos —afirmó bajando el tono de voz.

—Solo necesitamos conocer uno de ellos —clamó Alonso mostrándole unos folios que había sacado de su mochila.

El muchacho los leyó detenidamente y le pidió un bolígrafo para anotar algo.

—Estas son playas —exclamó subrayando las palabras «espetos», «rabo de toro» y «secreto ibérico»—: cala Sardina, la playa de los Toros y playa Secreta.

Alonso abrió la aplicación de Google Maps en su teléfono móvil y se lo entregó al chico, que arrastró el dedo por la pantalla hasta marcar un punto en el mapa ante la mirada de euforia de los agentes.

—¿Cómo va la cosa por aquí? —preguntó González, que aparecía en ese momento desde dentro de la casa abandonada que les servía de puesto vigía.

—Los todoterrenos acaban de llegar a la orilla y están esperando a que la goma se aproxime —respondió su compañero—. ¿Algún *aguador* por la zona?

—Hay un par de ellos en el *parking,* al lado del chiringuito, y un par más en la rotonda, pero no he visto a ninguno tan arriba —respondió González señalando con el dedo la loma donde se encontraban.

Quero volvió a mirar por los prismáticos. La lancha ya había fondeado en la orilla, y el jefe de la colla daba órdenes a sus muchachos para que descargaran los fardos y los metieran en los vehículos. Henri Ford se sentiría orgulloso si viera cómo unos chicos que no pasarían de la veintena se pasaban los paquetes de mano en mano a una velocidad pasmosa en un sucedáneo de cadena de montaje perfecta.

Terminaron de cargar el primer Land Rover y, antes de que este se hubiera alejado de la orilla, estaban metiendo bultos en el siguiente.

—Veinte —contó Alonso en voz alta.

—Sesenta en cada goma, lo que ya sabíamos —respondió González, que también había sacado sus prismáticos y mantenía la mirada fija en la playa.

Alonso guardó los binoculares y sacó la cámara de fotos, le acopló el teleobjetivo y comenzó a tomar primeros planos de cada uno de los *gayumberos*. Buscaba un rostro conocido entre ellos, alguien que ya estuviera colgado en el tablón de la sala de *briefing* del grupo, pero no tuvo suerte. Eran sobre todo chicos jóvenes sin más responsabilidades en la organización que esos diez minutos de trabajo. Apuntó el objetivo hacia la lancha y reconoció al Nene a los mandos y, en la parte trasera y ayudando a los muchachos, al Danilo, la persona a la que había llamado para «salir a cenar».

Descargaron el último fardo y el esquife se adentró mar adentro de nuevo, con rumbo seguramente a algún atraque escondido del puerto de Palmones.

—Milán 2 a Milán 1. Coches cargados y saliendo de la playa —exclamó Quero.

—Recibido Milán 1 —respondió Vila—. Nos preparamos para salir.

Vila dirigía la operativa desde un coche a un par de kilómetros de distancia. Pese a que en su día a día solía moverse por ambientes más burocráticos, cuando había que dirigir una intervención era el primero en remangarse y estar en primera línea de fuego.

—Expósito, Matas, os quiero en Marbella, en la salida de la autovía que enlaza con la A-355. Es la ruta más probable si van a guardar el alijo en Coín —indicó en el mapa que tenía desplegado en

la mesa.

—Entendido, jefe.

—Quero, vas con González. Buscad un sitio donde controléis toda la playa, pero sin llamar la atención, seguramente habrá puntos vigilando.

Alonso señaló una pequeña colina en el mapa.

—Hay una casa abandonada en lo alto del acantilado, podemos dejar el coche en la carretera e ir andando.

—Bien, pero no aparquéis muy a la vista, que no cante demasiado —les ordenó el inspector—. Cuevas y yo vamos a situarnos en punta Chullera, hay un camino de tierra desde el que podemos incorporarnos a la carretera fácilmente —dijo señalando otro punto—. Cuando el convoy pase junto a nosotros, salimos tras ellos.

—¿Y si siguen otro itinerario? —preguntó Alonso inquieto.

—Es un riesgo, por eso os quiero de apoyo. Salís detrás de ellos, pero manteniendo la distancia. Si no toman la salida en Marbella o cogen otro desvío, necesito que seáis vosotros los que nos relevéis.

—Entendido, jefe.

Cuando los todoterrenos estuvieron cargados, los conductores pisaron a fondo para alejarse de la playa e incorporarse raudos a la carretera principal. Mientras, en la orilla, el grupo de jóvenes reían y festejaban alrededor del que parecía estar al mando, que, con un fajo de billetes en la mano, iba repartiendo el jornal a cada uno de ellos. Alonso sintió lástima e impotencia ante la escena. ¿Qué argumento tenía frente a unos jóvenes que habían ganado mil euros por unas horas de trabajo? ¿Cómo iba la sociedad a convencerlos de que estudiaran, de que se labraran un futuro, de que pagaran sus impuestos, cuando la vida para ellos era tan sencilla?

Cuando las luces de los pilotos traseros se perdieron en el horizonte, los agentes se dirigieron a la solitaria calle donde habían aparcado su vehículo con cuidado de que nadie los viera. Alonso se dejó caer en el asiento del copiloto y sacó su teléfono móvil. Rebuscó entre las aplicaciones de la galería y abrió una que mostraba un gran mapa en tiempo real. En ella se veían pequeños círculos de diferentes colores que representaban cada uno de los coches que tenían balizados en ese momento. Ajustó varios parámetros y la pantalla reveló un

timeline con los movimientos de dichos vehículos en las últimas horas.

—¿Alguna novedad? —lo interrogó su compañero.

—El Yiyo sigue en los Núcleos, en la casa de su hermano, y el Turco ha estado dando vueltas por el centro de Fuengirola toda la noche.

—¿Ha salido de fiesta? —se extrañó González.

—O le ha dejado el coche a alguien. Sin nadie vigilándolos, es complicado sacar una conclusión.

Alonso cerró la aplicación y descubrió que tenía un mensaje de su tía Carmela. En ella aparecía su padre rodeado de su hermana y sus sobrinos mientras soplaba las velas de una tarta de cumpleaños. Un sentimiento de culpa comenzó a florecer en su interior: se le había olvidado totalmente qué día era. Intentó excusarse pensando en que la investigación lo había absorbido demasiado las últimas semanas, pero en el fondo sabía que no tenía justificación.

—¿Es el cumpleaños del viejo? —inquirió González, aunque por el gesto de consternación de su compañero descubrió que no se había acordado.

—No me jodas, Alonso.

—Con todo este lío de la operativa, no he tenido tiempo.

—Trabajo, trabajo, trabajo. No puedes seguir así, pensando solo en el trabajo. Eres mi amigo, joder, pero tienes que tener más vida aparte de esto —le recriminó, y llevaba toda la razón.

Laura solía repetirle que no podía llevar el uniforme siempre; que estaba cansada de sus problemas, de sus teléfonos pinchados y de sus intervenciones de droga; que no se había enamorado de una placa, sino del hombre que había debajo.

A veces pensaba en lo diferente que hubiera sido todo si la diosa de la fertilidad les hubiera concedido un hijo: su padre seguiría en Málaga, abstemio, llevando a su nieto a jugar al parque y a echar de comer a los patos, mientras que él trabajaría menos horas y dejaría que sus problemas se colaran por el sumidero de la ducha, para después volver a casa y acurrucarse en el sofá junto a Laura, que lo estaría esperando deseosa de contarle sus vicisitudes diarias.

Pero había otras veces que pensaba que lo cierto es que nada hubiera cambiado realmente y que un pequeño retoño solo hubiera agravado sus problemas. Su trabajo continuaría siendo una prioridad para él, y, pese a que trataría de hacer un esfuerzo por dedicarle más tiempo a su familia, a la hora de la verdad seguiría saliendo tarde de la comisaría y llevándose los problemas a casa. Laura acabaría harta de su perenne gesto adusto y le recriminaría que estaba criando a su hijo ella sola y que no podía seguir así. Y su padre, aunque feliz de ser abuelo, se lamentaría entre copa y copa de que su Antonia no hubiera vivido para conocer a su nieto y desprendería tal tufo a alcohol que haría imposible fiarse de que cuidara de alguien que no fuese él mismo.

—Milán 1 a todas las unidades. La caravana está pasando por nuestro punto. Nos incorporamos a la carrera —retransmitió en ese momento la radio con su característico sonido granuloso.

—Recibido Milán 2. Salimos detrás de vosotros.

Sin que fuera necesaria ninguna orden, González arrancó el motor y se puso en marcha enseguida.

—No aprietes mucho, Vila nos quiere lejos —lo advirtió Quero.

La antigua autovía del Mediterráneo discurría durante la mayoría de sus más de mil trescientos kilómetros paralela al mar que le daba nombre. Unía Algeciras y Barcelona en un heterogéneo camino que atravesaba ciudades, pueblos, urbanizaciones y hoteles por igual. Había tramos con amplios carriles y prolongadas rectas que te obligaban a levantar el pie del acelerador si no querías sobrepasar la velocidad máxima recomendada, mientras que en otras zonas la vía circundaba plácida por acantilados y playas en un recorrido que, aunque peligroso por las bruscas salidas e incorporaciones, era un espectáculo para la vista, sobre todo cuando amanecía y una mixtura de tonalidades naranjas dibujaban la línea de la costa como un GPS marcando el camino a seguir.

Quero contemplaba el paisaje desde la ventana del copiloto a medida que circulaban de manera relajada por el asfalto. Un par de coches de alta gama los adelantaron por la izquierda bajo el atronador sonido de sus motores V8. «Las tres y veinte de la mañana es una hora un poco intempestiva para llegar tarde al trabajo», pensó sarcástico mientras consultaba el reloj de su muñeca.

—Milán 1 a Milán 3. Estamos llegando a vuestro punto de

control. Atentos.

—Recibido Milán 3. Os copiamos.

Quero se llevó el *walkie* a los labios con la intención de añadir algo, pero se lo pensó mejor. Vila era el que daba las órdenes esa noche. Volvió a coger el móvil y comprobó que el Turco y el Yiyo seguían estacionados en el mismo lugar. Supuso que estarían controlando el transporte desde la distancia, porque era muy extraño que en un día tan importante no estuvieran en primera línea de fuego. En el *briefing* previo a la operativa, Alonso había sugerido que deberían mantener la vigilancia sobre ambos, que podían pedir apoyo a alguien de fuera si era necesario; pero Vila se había opuesto radicalmente. Estaba empecinado en que nadie ajeno al grupo se inmiscuyera. Él pensaba que era un error y no podía evitar sentirse un tanto desubicado en esas situaciones, pero no tenía más remedio que asumirlo. A pesar de que era él el que dirigía el equipo cada día, el que coordinaba las vigilancias y el que decidía qué teléfonos intervenir y qué pruebas practicar, cuando tocaba jugar la final la cadena de mando acababa relegándolo a un segundo plano. Pero así funcionaba la jerarquía: Vila era el inspector jefe y él solo un simple subinspector de policía.

—¿Qué estás cavilando? —le preguntó González al sorprenderlo absorto en sus pensamientos.

—No paro de darle vueltas a que deberíamos tener a alguien vigilando al Yiyo y al Turco.

—No tenemos gente suficiente, y lo sabes.

—Pero podíamos haber pedido apoyo a alguien, no sería la primera vez —añadió algo consternado.

—Vila no quiere a nadie de fuera metiendo las narices dentro.

—Lo sé y lo entiendo, pero, joder, es que no tenemos ni idea de dónde están los objetivos más importantes de la operación.

—Alonso, no intentes ver cosas que no son. Tenemos balizas en sus coches, sabemos dónde están. Que tú creas que están en otro lugar o que no te guste donde se supone que están no quiere decir que no estén allí.

—Es que no me cuadra que, después de tantos preparativos, ahora se queden en casita viéndolas venir —se ofuscó Quero.

—¿Y qué esperabas? ¿Que se pusieran a descargar las gomas como un *gayumbero* más? Han sido muy precavidos en lo referente a su seguridad, y esta noche no iba a ser menos.

—Quizás tengas razón —admitió Quero—, pero sigue habiendo algo que no me cuadra, aunque aún no sé qué es.

—Tú y tus presentimientos —profirió su compañero y volvió la vista al frente.

Acababan de entrar en el término municipal de Marbella y estaban pendientes de que la radio les confirmara que la caravana había llegado al siguiente punto de control.

—Milán 1 a Milán 3. Salida en quinientos metros. El convoy sigue en el carril central —advirtió Vila ligeramente preocupado.

—Recibido, Milán1. Quedamos a la espera —contestó Matas.

Un sudor frío comenzó a apoderarse de Quero. Dependían de que la caravana tomara la ruta que habían supuesto si no querían echar a perder toda la operación. Agarró fuertemente el reposabrazos central y calculó mentalmente la distancia que les quedaba hasta la salida.

Cuatrocientos metros…, trescientos cincuenta metros…, trescientos metros…

—Se pasan al carril derecho —rugió el *walkie*, pero Quero, no estaba dispuesto a cantar victoria aún, siguió con sus cábalas.

Doscientos metros…, ciento cincuenta metros…, cien metros…

—Toman la salida. Estamos de suerte. Son vuestros, Milán 3. Nosotros nos despegamos.

—Recibido, Milán 1. Nos incorporamos a la carrera —respondió Matas.

—Milán 2, seguimos con el mismo plan: os mantenéis a distancia hasta que paren en destino.

Quero suspiró aliviado, el plan seguía su curso. Por las últimas intervenciones al teléfono del Maradona, habían averiguado que la banda había alquilado una nave en algún lugar a las afueras de Coín, así que la idea era que Matas y Expósito siguieran a los todoterrenos por la A-355 todo lo posible, hasta que llegasen a algún punto que les

impidiera mantener la vigilancia sin quedar expuestos. En ese momento es cuando ellos volvían a entrar en juego para, con la máxima discreción, seguir manteniéndolos bajo vigilancia y localizar dónde iban a custodiar finalmente la mercancía.

Vislumbraron la enormidad del centro comercial La Cañada a lo lejos. Tiendas, restaurantes, cines y todo lo imaginable en la industria del ocio se daban cita en ciento veinte mil metros cuadrados de consumismo puro. Turistas, y no tan turistas, que se pasaban los días encerrados entre cuatro paredes en vez de disfrutar del clima privilegiado del sur. «Me voy a la Costa del Sol», decían, para acabar comprando en un Zara y tomando café en un Starbucks. Quero no llegaba a entenderlo, aunque lo cierto es que hacía mucho tiempo que había dejado de entender a las personas.

—Milán 1 a todas las unidades. Ubicación —solicitó Vila a los demás equipos.

—Aquí Milán 2. Acabamos de tomar la salida y nos incorporamos a la principal.

—Nosotros estamos entrando en el primer pueblo y el convoy sigue su rumbo.

—Milán 2, apretad el paso, estáis demasiado lejos.

—Os copiamos, Milán 1.

La última sílaba aún se encontraba flotando en el aire cuando un zumbido retumbó en el habitáculo del coche. González había apretado el acelerador hasta el fondo.

—¿Qué? Me habías dicho que no corriera, y mira ahora —se justificó ante la mirada inquisidora de su compañero.

Recorrieron la sinuosa carretera de montaña que unía Marbella con Ojén y posteriormente con Monda en apenas un cuarto de hora. Mario González tomaba las curvas sin levantar el pie del acelerador, como si de un piloto de rali se tratase, mientras una incipiente sonrisa comenzaba a asomar en sus labios. Pese al talante tranquilo y pausado que siempre mostraba, lo cierto es que era un friki de la velocidad. Seguía con fanatismo todas las carreras de MotoGP, Fórmula 1, y hasta las 24 Horas de Le Mans. Y su adorada Marisa solía regalarle por su cumpleaños un pase para conducir un Ferrari o similar en algún circuito privado.

—Aquí Milán 3. El objetivo ha tomado un desvío en el restaurante y se dirige hacia el desguace.

—Recibido, Milán 3 —respondió Vila por radio—. Milán 2, os toca.

—Estamos cerca. Tomamos el relevo.

—Mucha cautela, chicos.

Llegaron hasta un cruce donde una tradicional venta de pueblo les daba la bienvenida. En unas horas el ajetreo de gente yendo y viniendo para desayunar sería constante, pero en ese momento, y a excepción de algún que otro gato callejero que rebuscaba entre los cubos de basura, el restaurante se encontraba totalmente deshabitado. Pararon en mitad de la intersección y descubrieron que había un camino de tierra que circulaba paralelo a la ruta que habían tomado los todoterrenos.

—¿Llevas la cámara? —preguntó González una vez que pararon el motor y se apearon del vehículo.

—Siempre —respondió Quero señalando la mochila que acababa de colgarse a la espalda.

Habían estacionado en lo que parecía ser un campo de cultivo: la tierra estaba muy blanda, como si lo hubieran arado recientemente, y las botas se les quedaban clavadas en el suelo. Echaron un vistazo alrededor y observaron que el polígono donde estaba ubicado el desguace estaba al pie de la pequeña elevación donde se encontraban, así que descendieron con cuidado por la ladera hasta llegar a un punto con mejor visibilidad. Quero sacó su cámara réflex y le colocó un objetivo de trescientos milímetros y visión nocturna que sería la envidia de los *paparazzi.*

Aparte de los tres Land Rovers que habían estado siguiendo, había otros tres más aparcados junto a ellos. Los maleteros estaban abiertos y un grupo de jóvenes sacaban fardos y los transportaban hasta el interior de la nave con presteza. Alonso mantuvo el mismo protocolo que en la playa y comenzó a sacar instantáneas de todo lo que acontecía, así como de los rostros de todos los implicados.

Localizó al Maradona formando corrillo junto a uno de los vehículos. Se estaba fumando un cigarro mientras conversaba animadamente con un par de hombres. Giró la mano sobre el objetivo para acercarlo lo máximo posible.

—Al lado del segundo coche —indicó González, que parecía que le había leído el pensamiento.

—Lo he visto. ¿Conoces a los otros?

—El marroquí se ha reunido con el Yiyo en un par de ocasiones y al otro no logro verlo bien… —González trataba de ajustar los binoculares para enfocar su rostro—. Espera, espera, creo que es Byron Mendoza.

—¡No me jodas! —exclamó Quero apuntando con la cámara en esa dirección de nuevo.

Los inconfundibles rasgos del colombiano quedaron plasmados en el objetivo. Se había alejado del grupo y avanzaba diligente hacia uno de los vehículos.

—Milán 2 a Milán 1. Tenemos al Maradona y a Byron Mendoza.

—Recibido, Milán 2. Pero quiero pruebas, no me vale con una foto para el álbum familiar.

—Estamos en ello —bufó Quero antes de encajar el *walkie* sobre una de las asas de su mochila.

Vila los quería con las manos en la masa, y en el fondo lo entendía. Los abogados podían alegar que no sabían lo que transportaban si no había ninguna prueba irrefutable que los relacionara abiertamente con la droga. No les valía de nada que estuvieran junto a un todoterreno cargado de hachís hasta arriba si no lograban sorprenderlos de manera flagrante.

—Se acercan más coches —lo avisó González.

Unos haces de luces alumbraron el camino de acceso al desguace, y, tras ellos, tres nuevos Land Rovers hicieron su aparición en escena.

—Mitrov, en el segundo coche —murmuró González mientras su compañero seguía captando toda la secuencia en su lente Leica.

El Maradona y Byron Mendoza se acercaron prestos hasta el búlgaro, que en esos momentos abría el portón del maletero, dejando al descubierto una buena cantidad de bultos. El colombiano, después de hacer un rápido recuento, sacó una navaja del bolsillo y pinchó uno de los fardos. El filo se había quedado impregnado de una sustancia color arenosa. Se la acercó a la nariz y aspiró con profusión. Después

se la mostró a sus compañeros, que, después de realizar el mismo ritual, asintieron con la cabeza en señal de aprobación.

Quero contemplaba la escena mientras pulsaba el disparador con frenesí, foto tras foto, plano tras plano. Sin perder detalle de nada.

—Alonso —lo interrumpió su compañero.

—Espera —contestó mientras seguía tomando fotografías sin parar.

—Alonso, el Yiyo se está moviendo —exclamó de nuevo.

Quero bajó la cámara rápidamente y se acercó hasta su compañero. Tenía el teléfono móvil en la mano y había abierto la aplicación donde se visualizaban las balizas que tenían instaladas. Un punto verde se estaba desplazando en ese momento por la carretera que unía Fuengirola con Coín.

—¿Lo tenemos? —preguntó González, a lo que su compañero le respondió con una profunda mirada saturada de esperanza y escepticismo a partes iguales.

16. MACARENA Y ALONSO

No hay otra

Echar los ovarios y pelotas

atarse fuerte las botas

Y patear la ciudad

(SFDK, *Ovarios y pelotas*)

«Puto móvil, tenía que haberlo dejado en el salón» fue lo primero que pensó Macarena cuando la molesta vibración de una llamada entrante la despertó de un profundo, aunque no tan reparador sueño.

Hizo un vano intento por incorporarse de la cama y lanzó el brazo hacia la mesita de noche para tratar de alcanzarlo. Estaba a punto de colgar cuando vio el número de Ernesto en la pantalla. No la llamaría tan temprano si no fuera algo urgente.

—Buenos días —trató de pronunciar con la boca aún seca de toda la noche.

—Tenemos trabajo, te recojo en media hora —exclamó Ernesto sin más preámbulos.

Macarena separó el teléfono del oído y consultó en la pantalla la hora.

—Son las siete de la mañana y es sábado.

—Es una emergencia. Te lo cuento por el camino.

La joven quiso darle largas, pero algo en el tono de voz de su compañero la advirtió de que debía ser algo realmente importante para despertarla de esa manera.

—Una hora. Necesito una ducha y un café —pidió la joven.

—De acuerdo, una hora —le concedió el abogado—. Tiempo de sobra para echar a tu amiguito de casa.

Macarena quiso responder al exabrupto, pero Ernesto ya había colgado. Miró hacia el otro lado de la cama y descubrió que, a excepción de una leve oquedad en la almohada y un tenue olor a

testosterona, no quedaba rastro de su noche *romántica* con el ligue de Tinder de turno. Juanra, Juanma… No recordaba bien su nombre. Aunque no era un dechado de virtudes intelectuales, tenía que concederle que al menos había sido un buen polvo, mejor que los últimos hombres solteros sin pretensiones de una relación sentimental con los que había compartido cama últimamente. Se preguntó si algún día alguien estaría esperándola en la cocina con una taza humeante de café recién hecho en la mano y una sonrisa en los labios, como a Irene, como a Rocío, incluso como a Marta, que parecía que había sentado cabeza con el último chico con el que estaba saliendo. Hacía varios meses que no hablaba con ellas más allá de un par de wasaps de cortesía. Ni siquiera había asistido al *baby shower* que le habían organizado a Irene por su embarazo con la excusa de que estaba inmersa en un caso importante y se le había olvidado. Como tantas otras, le había recriminado Marta, e inevitablemente habían acabado peleándose. Desde entonces su relación no había sido la misma. Macarena quería llamarla, hablar con ella, arreglar las cosas…, pero siempre estaba demasiado ocupada, siempre con demasiado trabajo. Y, mientras tanto, los días pasaban y la cuerda que las había mantenido unidas desde niñas se tensaba cada vez más.

Se levantó de la cama y se metió en la ducha con la esperanza de que el agua caliente arrancara de su piel sus problemas personales y los colara por el sumidero. Se mantuvo así durante un buen rato, hasta que consiguió despejar su mente. Entonces cerró el grifo, envolvió su cuerpo en una toalla y se dirigió al pequeño vestidor de la habitación. Eligió un conjunto de pantalón de satén y camiseta lencera de color negro, y los acompañó de una americana *oversize* fucsia que había comprado hacía varias semanas y que aún no había tenido ocasión de estrenar. Ya en la cocina, puso su cafetera italiana, «de las de toda la vida», como decía su madre, a hervir, y esperó a que el reconfortante aroma del arábico inundara cada rincón de la casa para servirse una taza. Aunque no tenía demasiada hambre, cogió un plátano del frutero e hizo un esfuerzo por darle un par de bocados; no sabía cómo se iba a presentar la mañana y no quería afrontarla con el estómago vacío. En ese momento una vibración del teléfono móvil le indicó que Ernesto estaba abajo esperándola, así que terminó de zamparse su frugal desayuno, se colgó al hombro su bolso bandolera y se marchó deseosa de saber cuál era la razón de tanta urgencia.

—Alonso, vamos a entrar, os necesito aquí cuanto antes —fueron las escuetas y directas palabras del inspector jefe Vila cuando descolgó el teléfono.

—¿Ya? ¿Ha pasado algo? —preguntó extrañado Quero.

—El Yiyo y su hermano acaban de llegar, no podemos desaprovechar la ocasión.

—González está siguiendo al Turco, deberíamos esperar —trató de convencerlo Quero.

—No podemos, es ahora o nunca, ya te lo advertí. Nuestro objetivo principal son los Carmelos, y tenemos ahora mismo a su líder comprobando los fardos uno por uno. Tenemos que entrar, no podemos dejar que se escapen.

Alonso se mordió la lengua. No podía replicar, desmantelar el clan de los Carmelos acapararía muchos titulares. Pero la sensación de que estaban tan cerca…

—De acuerdo, jefe. Llamo a González y nos ponemos en marcha.

Alonso soltó el teléfono, se echó agua fría en el rostro y se miró en el espejo. Pese a que se mantenía en buena forma a pesar de rondar la cuarentena, un inexorable manto blanco comenzaba a adueñarse de su tupida cabellera, y las noches sin dormir, las eternas vigilancias y el estrés constante ya comenzaban a hacer mella en sus ojos.

Sacó del armario unos vaqueros desgastados y una camiseta *oversize* blanca, y marcó el número de su compañero al tiempo que se vestía.

—¿Cómo vas? —le preguntó.

—Estoy en la zona del Higuerón, pero me está costando trabajo seguirle sin llamar la atención —respondió Mario González al otro lado de la línea.

—Me acaba de llamar Vila, van a entrar en la nave, tienen al Yiyo y a su hermano con las manos en la masa. Nos quiere allí —resopló Quero.

—¿Dejo entonces al Turco?

—No, sigue detrás de él un rato más.

—¿Estás seguro? No creo que Vila esté de acuerdo —se quejó el policía.

—Eso déjamelo a mí. Si en media hora nuestro amigo sigue dando tumbos, lo dejas y vienes para acá cagando leches —exclamó Quero.

—Como veas, pero no quiero problemas con el jefe.

—No te preocupes. Le diré que te ha surgido un problema y te vas a retrasar —lo tranquilizó antes de colgar.

Miró la hora en la pantalla y calculó que, si no pillaba mucho tráfico, podía llegar a Coín en menos de veinte minutos, así que cogió la placa y la pistola, y salió de casa.

—Espero que al menos me hayas traído churros —fue lo primero que dijo Macarena al subirse al impoluto Mercedes Clase C de Ernesto Aguilar.

—¿Churros? ¿Tú? ¿En serio? —le preguntó este extrañado.

—Es sábado. A ver si te crees que no me doy un caprichito de vez en cuando.

Ernesto la miró con escepticismo. Macarena era bastante estricta en lo referente a la alimentación: su nevera estaba repleta de aguacates, tomates y yogures de proteínas, pero ni rastro de una inocente cerveza. «¿Y tú qué bebes, nenita?», solía preguntarle Isabel cuando la visitaba en casa. «Pues kombucha o agua de coco». Y esta no podía más que mirarla con compasión al tiempo que le daba una palmadita en el hombro.

—¿Tu amigo no te ha dejado desayunar? —bromeó Ernesto.

—¡Ay!, qué pesaditos sois Isabel y tú con el cuento ese de mis amiguitos —refunfuñó la abogada—. Apenas he tenido tiempo de tomarme un café. ¿Qué es eso tan urgente que no puede esperar?

Su acompañante agrió el rostro con el comentario. Fue un gesto casi imperceptible, apenas una ligera tensión en la comisura de los labios, pero que Macarena supo reconocer al instante. Hacía ya varios años que trabajaban juntos y había aprendido a distinguir el nerviosismo en su habitual semblante sereno.

—Ha habido una operación grande, con muchos detenidos —fue lo único que alcanzó a decir Ernesto justo antes de poner el coche en marcha y pisar el acelerador.

Mil preguntas atormentaban a la joven, pero no quería atosigarlo con cuestiones que seguramente no sería capaz de responder aún, así que optó por mantener la boca cerrada y fijar la vista en la carretera.

—¿No vas a preguntarme a dónde vamos? —interpeló el abogado ante el mutismo de la joven.

—A tu despacho no, desde luego —observó Macarena viendo la dirección que tomaba el vehículo—. Así que supongo que a un lugar donde podamos reunirnos con nuestros clientes más notorios.

—La cosa es grave —le regañó Ernesto por un comentario que había sonado un tanto capcioso.

—Me imagino que sí; si no, no estarías ejerciendo de taxista un sábado por la mañana. Y ahora dime, ¿qué sabemos? —preguntó Macarena tratando de quitarle hierro al asunto.

Ernesto la miró con intención de volver a reñirla, pero sabía que esos arrebatos de autosuficiencia eran solo eso, arrebatos, y que cuando tocara ponerse a trabajar la joven sería la primera en tirarse al barro.

—No sé mucho más que tú. Arturo me ha llamado hace un par de horas y nos ha reunido en casa de Fátima.

—¿Fátima? Entonces, ¿está… detenido? —profirió Macarena inquieta.

—No lo sé, Arturo no ha entrado en detalles.

Un silencio incómodo se apoderó del habitáculo del coche. Si Aberkán había caído, tanto Ernesto como ella podían quedar en una situación bastante comprometida.

Aunque en la práctica eran simples abogados que se dedicaban a hacer su trabajo lo mejor posible —defender a manifiestos delincuentes utilizando todos los resquicios legales posibles— y pese a que sus métodos podrían considerarse poco éticos en su mayoría, lo cierto es que eran perfectamente lícitos.

Pero, claro, uno no podía estar a sueldo de una organización criminal sin andar como un funambulista en la delgada línea que separaba la legalidad de la criminalidad. Un testaferro por aquí, un cambio de titularidad de una sociedad por allá, unos datos que se filtran, un mensaje a un reo en prisión… Una vez incluso le pidieron que entregara un teléfono móvil a un interno cuando iba a reunirse con él, pero ahí Macarena se había negado en rotundo. Podían inhabilitarla de por vida, y por ahí sí que no pasaba.

La joven se encontraba calculando mentalmente las situaciones en que podía quedar expuesta y cómo salir airosa de ellas cuando el vehículo se detuvo en mitad de una parcela frente a una pequeña casa de campo.

—Hemos llegado —exclamó Ernesto dando varios toques de claxon para que abrieran la verja de la entrada.

Hacía dos días que el cargamento había llegado al desguace de Coín y habían aguardado pacientemente hasta ahora. La primera noche fue todo caótico, parecía que el Yiyo se dirigía al polígono a comprobar la mercancía y todo el grupo se puso en alerta; pero de repente se dio la vuelta en mitad del camino y volvió a casa. Después de eso Vila quiso pedir una orden de entrada y registro al juez, pero se lo pensó mejor; se iba a demorar demasiado, y, entre que debía realizarse en un día y una hora determinada, y debían coordinarse con el letrado de la Administración de Justicia para que los acompañara, no estaban seguros de poder sorprender a alguien importante de la organización dentro. Así que al final habían optado por la alternativa más práctica: esperar a que tuvieran a la vista a alguno de los supuestos autores cometiendo el delito flagrante para poder quebrar el principio de inviolabilidad del domicilio y entrar en el desguace sin una orden judicial.

El vehículo traspasó el cartel de término municipal de Coín diecinueve minutos y cincuenta y dos segundos después de haber salido de casa y se dirigió hacia la pequeña explanada donde Vila había reunido a todo el equipo. Estacionó junto a dos *zetas* rotulados con las pegatinas del Cuerpo Nacional de Policía y echó una rápida ojeada. Aparte del inspector jefe, se encontraban allí Matas, Cuevas y cinco agentes uniformados.

—¿Y esto? —fue lo primero que le preguntó a su jefe cuando se bajó del coche.

—Hemos contado hasta seis hombres en la nave, no podemos entrar nosotros solos —exclamó Vila a modo de respuesta—. Anda, cógete un chaleco. ¿Y González?

—Se va a retrasar. Tenía que pasar por casa primero —añadió ante la naciente cara de enojo de su superior.

—No podemos esperarlo. He dejado a Expósito vigilando y dice que tenemos que entrar ya.

—¿En el puesto saben algo? —preguntó Quero, y, por el gesto de

Vila, adivinó que no había avisado a los compañeros de la Guardia Civil de lo que iba a ocurrir en su demarcación. Ya se encargaría más adelante de convencer al capitán Jiménez de que todo se había precipitado y no había tenido ocasión de informarlo.

El policía se acercó hasta el *zeta* donde los agentes se estaban poniendo los chalecos antibalas y cogió uno. Miró de soslayo a los compañeros que iban a cubrirle las espaldas y no le desagradó lo que vio. No eran cachorros recién sacados de la academia, con mucho afán de ajusticiar a los malos, pero con poca sesera para defender su integridad, sino agentes experimentados, que, por su lenguaje corporal, dedujo que no era la primera vez que iban a enfrentarse a una redada de narcotraficantes. Reconoció a un par de ellos de haber trabajado juntos en alguna ocasión, aunque no recordaba bien sus nombres.

—Vamos al lío —exclamó y todos asintieron con gestos adustos.

En ese momento Marta se acercó hasta donde se encontraba y lo apartó a un lado.

—¿Y Mario? —le preguntó directamente.

—Se va a retrasar, estaba siguiendo al Turco, pero le he dicho que venga para acá. ¿Por qué?

Marta se rascó la cabeza y abrió la boca para añadir algo, pero rectificó.

—Nada, nada. Luego te cuento —añadió ligeramente desconcertada y se acercó hasta el corrillo donde Vila había comenzado a planificar la operación.

A Macarena le sorprendió la austeridad de la vivienda en contraposición con las abundantes medidas de seguridad que la rodeaban. La edificación en sí era poco más que una casa de aperos en mitad de una plantación, pero que hubiera guardas de seguridad en cada una de las esquinas dejaba entrever que el uso de la parcela no era precisamente el cultivo.

Se apearon del coche y se dirigieron hacia la puerta de entrada, donde, como un fornido cancerbero, aguardaba Mamadou, que les dio la bienvenida con una especie de gruñido gutural mientras daba órdenes a sus hombres a través del pinganillo que asomaba de su oreja.

Una vez en el interior, lo primero que advirtió Macarena fue que la sobriedad que había percibido en el exterior se acentuaba incluso aún más dentro de la morada. La estancia aunaba cocina, comedor y salón entre las mismas cuatro paredes, y, en el centro de esta y casi como único mobiliario, una mesa redonda rodeada de sillas.

Los presentes se encontraban de pie con gesto serio, a excepción de un hombre de rasgos árabes al que Macarena no conocía y que descansaba sobre un butacón mientras daba golpes al suelo con un bastón de madera.

—¿Falta alguien? —alzó la voz Fátima mientras todos los asistentes se tornaban alrededor de ella.

—Creo que no. —Esta vez fue Arturo el que respondió e hizo un gesto a los dos guardaespaldas para que se marcharan.

—Me imagino que todos sabemos por qué estamos aquí —volvió a tomar la palabra Fátima una vez que estos cerraron la puerta—: han reventado un cargamento en Coín y han detenido a muchos de los nuestros, de los unos y de los otros… —alargó la frase fijando la mirada tanto en el hombre del bastón como en una mujer de etnia gitana a la que Macarena tampoco conocía.

Aparte de estos dos y de la propia Fátima, solo estaban presentes los dos abogados y Arturo Villalba.

—¿Sabemos quién ha caído? —preguntó Ernesto dirigiéndose a este último.

—Estamos en ello —respondió Fátima con tono autoritario antes de que a Arturo le diera tiempo de abrir la boca.

La mujer había abandonado su itinerante acento árabe y había adoptado la inmaculada dicción castellana que solía emplear cuando hablaba con Macarena, lo que provocó una reacción confusa en Ernesto, que se vio obligado a centrar su atención en ella.

—Sabemos que Byron, Maradona y el Yiyo están detenidos, y que ha habido más arrestos. Pero todavía es todo muy confuso.

—A mi Samuel también lo han cogío los hijos de puta, con una niña pequeña que tiene en casa —profirió entre lágrimas la mujer, y Macarena dedujo que se trataba de la Chava, madre de los hermanos Heredia y matriarca del clan de los Carmelos.

Le extrañó su presencia en la reunión; desde que había quedado en libertad después de varios años en prisión, su hijo siempre había tratado de mantenerla al margen.

—Ya tendremos tiempo de lamentarnos, ahora debemos ser fuertes y tomar las decisiones adecuadas. Kaled, ¿tienes noticias de tu hijo?

El hombre de la butaca se puso en pie ayudándose del bastón, y la joven no pudo más que sentirse turbada por la magnificencia de su presencia física. Rondaría el metro noventa, de espalda ancha y brazos fuertes, y con una pronunciada barriga que le daba aspecto de levantador de peso.

—No coge el teléfono. —Su voz era grave y con un marcado acento magrebí.

—Por lo que tengo entendido, iba camino de la nave cuando entró la policía —se compadeció Fátima.

—Me llamó desde el coche, dijo que primero tenía que pasar a recoger a alguien —declaró mirándola fijamente a los ojos.

Macarena estudió su rostro: su testa lampiña, su barba poblada, su mirada severa. Su físico imponente… Las similitudes con su hijo eran totalmente evidentes para cualquiera que los conociera, e hizo más obvio la ausencia de Aberkán en ese sucedáneo de comité de guerra. Si era él al que el Turco había pasado a recoger, era bastante probable que hubieran acabado detenidos ambos. De ahí la falta de noticias.

—¿Qué hay de tu marido? —Fue Ernesto el que rompió el silencio y se atrevió a afrontar el asunto que tenía a todos en vilo.

Fátima agrió el gesto y aguardó unos segundos, que se hicieron eternos, antes de responder:

—No os voy a engañar, no sé nada de él desde anoche. Ninguno de mis contactos me ha confirmado que esté detenido, pero tampoco que no lo esté. La operación la ha llevado un grupo de la UDYCO bastante hermético.

Macarena la escuchaba y no podía más que sentir orgullo de ella. La mujer que acostumbraba a mantenerse siempre en un segundo plano, que se resignaba a lucir un aura de elegancia y de eterna simpleza esa noche había apartado a un lado su feminidad para

convertirse en una fiera, en la mujer poderosa que la joven siempre había presentido que era.

—Tenemos gente en comisaría. ¿Qué es lo que ha pasado? —profirió Kaled visiblemente enfadado.

—No lo sé, aún no he conseguido hablar con mi contacto —respondió Arturo.

—¿Esperamos, entonces, más detenciones?

—Probablemente. Estamos tratando de localizar a los nuestros para avisarlos. —De nuevo fue Fátima la que tomó la palabra—. Mientras tanto, Macarena, Ernesto, necesito que vayáis a la comisaría y habléis con ellos antes de que los presenten ante el juez de guardia; que los tranquilicéis y les aseguréis que nos estamos encargando de todo.

—Los han detenido en Coín, ¿no van a presentarlos allí?

—La operación sale de Fuengirola, así que los han traído aquí directamente.

—¿Los asistimos a todos o dejamos alguno para el abogado de oficio? —preguntó Macarena uniéndose a la conversación por primera vez.

Fátima se frotó el mentón con el pulgar y se lo pensó durante varios segundos.

—Depende. Avisadme cuando lleguéis y averigüéis quiénes están detenidos finalmente —concluyó sin hacer falta añadir nada más para que los dos abogados se marcharan prestos a hacer lo que mejor sabían hacer: defender a criminales.

17. ALONSO Y MACARENA

Solo escuece más porque es reciente

No se va a curar y qué más da

(Viva Suecia, *El bien*)

Quero iba cerrando la columna con uno de los agentes uniformados como copiloto. Se adentró en el camino de tierra siguiendo a duras penas la estela de humo que levantaba el *zeta* que le precedía a su paso. Matas y otro de los policías habían sido los primeros en salir, iban a acceder a la nave desde el norte, cortando así una posible vía de escape, mientras que el grueso del operativo iba a entrar al polígono desde el sur. Habían calculado que el poderoso Nissan X Trail que el cuerpo le había proporcionado a Vila era capaz de echar abajo el portón del desguace de una embestida, así que el inspector jefe se había colocado a los mandos y se había lanzado a toda velocidad por la vereda como un toro desbocado.

Un sonido atronador retumbó en los oídos de Quero y de repente se hizo el caos.

Traspasó el umbral de la parcela y cruzó el coche de manera transversal, taponando la salida.

—Conmigo —le indicó a su compañero cuando ambos se bajaron raudos del vehículo, pistola en mano.

Se oyeron disparos, y los policías se agazaparon tratando de cubrirse mientras avanzaban hasta la puerta de entrada. Miró hacia un lado y advirtió que Cuevas tenía a Byron Mendoza tumbado bocabajo y trataba de ponerle las esposas ante el forcejeo de este. El sonido de una detonación lo hizo girarse hacia la otra dirección. Uno de los uniformados trataba de resguardarse junto a una grúa elevadora mientras que el pequeño de los Heredia disparaba hacia su posición desde detrás de uno de los todoterrenos.

—¡Pitufos, hijos de puta! —gritaba el chico mientras descargaba el arma.

Quero indicó a su compañero con gestos que rodeara al sospechoso mientras él lo cubría. Samuel, sin percatarse de su presencia, se mantuvo de pie mientras se acercaba con firmeza hasta la posición del agente, que se cobijaba nervioso sin atreverse a un

enfrentamiento abierto. Parecía que lo tenía totalmente acorralado y sin escapatoria, cuando de repente un silbido agudo cortó el aire e hizo que el narcotraficante hincara las rodillas en el suelo. Una bala le había desgarrado el gemelo izquierdo. Quero, viendo que había soltado el arma en la caída, se lanzó a la carrera y lo derribó con un potente placaje digno de la Super Bowl. Entonces le dio la vuelta y le retorció el brazo.

—Todo tuyo —le ordenó a su compañero, que aún mantenía el cañón humeante en alto.

En ese momento el policía que se había quedado acorralado se acercó también. Estaba temblando, algunas balas le habían pasado demasiado cerca y había temido seriamente por su vida. El subinspector se puso en pie y le cogió la cabeza con ambas manos. Percibió miedo en sus ojos y no pudo más que apiadarse de él. Aunque este tipo de redadas eran peligrosas, no era normal que los delincuentes se enzarzaran en un tiroteo a las primeras de cambio, como si se encontraran en el OK Corral.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras lo zarandeaba.

—Sí…, sí —respondió el agente titubeando.

—¿Ves a mi compañera? —le preguntó indicando el lugar donde Marta Cuevas ya había conseguido esposar al colombiano.

—Sí, sí.

—Ve hasta allí y quédate vigilando al detenido. Y avísanos si alguien trata de huir.

El policía asintió y se marcho diligente a cumplir su cometido mientras Alonso le hacía un gesto a Marta para que se uniera a él.

—¿Has visto a Vila? —le preguntó cuando llegó hasta su posición.

—Lo vi entrar en la nave nada más bajar del coche —contestó la policía.

—Pues vamos, cúbreme —exclamó Quero señalando el edifico con un gesto con la cabeza.

Justo en la entrada del edificio y al lado de un buen número de fardos perfectamente alineados, dos policías uniformados estaban terminando de esposar a dos chicos jóvenes. Quero trató de

reconocerlos, sin éxito. Supuso que serían simples *gayumberos* con poco peso en la banda.

—Buen trabajo —los felicitó—. ¿Y el jefe?

—Hemos entrado juntos y, aparte de estos —exclamó señalando a los detenidos—, había dos malos más: uno ha escapado por la ventana trasera, pero el otro ha subido por las escaleras con Vila tras él.

—¿Solo? ¡Joder! —bufó el subinspector y cogió el *walkie.*

—Milán 2 a Milán 3. Un sospechoso ha huido de la nave y puede que se dirija a vuestra posición.

—Aquí Milán 3. Lo hemos interceptado tratando de huir a pie por el norte, era el Maradona —contestó Matas desde el otro lado de la línea.

—Buen trabajo, Milán tres. Seguid atentos.

Quero volvió a guardar el *walkie* satisfecho y se dirigió hacia el lugar donde le habían indicado sus compañeros que se había encaminado Vila.

—Déjame a mí al Yiyo y a su hermano, los conozco desde hace tiempo y nos entendemos… más o menos —le pidió Ernesto de camino a la comisaría.

Habían estacionado en un *parking* público y se habían sentado a desayunar en un bar cercano antes de encaminarse hacia las dependencias policiales.

Aunque iban a afrontar las defensas desde una misma estrategia, habían decidido repartirse a los detenidos. Era más práctico y efectivo para la instrucción de la causa, ya que, cuando los dieran por personados en el juzgado, los autos y las providencias iban a empezar a lloverles del cielo. Es más, no descartaban incorporar a algún letrado más a su equipo si continuaban produciéndose detenciones.

—Entonces, yo me quedo con los otros dos, y, dependiendo de lo que nos diga Fátima, ya vemos qué hacemos con los demás —exclamó Macarena.

—¿Has trabajado con ellos alguna vez?

—Con Byron sí, ayudé a su madre en un asunto de extranjería.

Pero al tal Maradona ese no lo conozco.

—El amigo Juan —profirió Ernesto—, por lo visto, apuntaba maneras como futbolista. Dicen que incluso el Atlético de Madrid estuvo detrás de él cuando era un crío.

—¿Y qué pasó? —se interesó la joven.

—Pues que, cuando no estaba jugando al fútbol, estaba de fiesta hasta arriba de coca, como Maradona.

La joven dibujó una sonrisa de resignación y ascendió por la pequeña escalinata que daba acceso al edificio de la Comisaría de la Policía Nacional de Fuengirola. Una vez dentro, se identificaron ante los agentes que había en el mostrador y les informaron que venían a asistir a unos detenidos. Estos efectuaron un par de llamadas y les dijeron que aguardaran en la sala de espera. Después de unos largos cinco minutos, un policía de paisano se les acercó y les hizo el preceptivo interrogatorio —que a quién venían a asistir, que quién los había llamado, que si podían acreditar esa designación, etc.—, para después comunicarles, de manera bastante escueta e irritante, que las actuaciones estaban secretas y no podían darles ninguna información; que cuando llamaran a declarar a sus clientes los avisarían para que estuviesen presentes y se entrevistasen con ellos.

—Secretas —bufó Ernesto cuando el policía se marchó.

—Y ni siquiera nos han confirmado quién está detenido —exclamó también Macarena—. ¡Que somos nosotros quienes tenemos que decirles a quién venimos a asistir, joder!

En ese momento comenzó a sonar el teléfono de la joven.

—Es Fátima.

—¿Y por qué te llama a ti? —se extrañó Ernesto, comprobando en su teléfono que no había intentado llamarlo a él con anterioridad.

—¿Hola? —contestó Macarena.

—¿Estáis en la comisaría? —preguntó Fátima a modo de saludo.

—Sí, acabamos de hablar con uno de los agentes del grupo, pero ha sido reacio a darnos información.

—¿Sabéis al menos quién está detenido?

—No nos han dado nombres, así que solamente podemos asistir a los que sabemos seguro que están detenidos.

Fátima se tomó unos segundos antes de seguir hablando.

—Mis contactos me han asegurado que hay dos hombres de origen árabe también detenidos en la misma operación: uno es Walid el Aouni, el Turco —añadió Fátima ante el balbuceo de la joven—, y el otro es Airad Bachur.

—¿Bachur? No me suena —profirió Macarena.

—Ese es el problema, que no te puede sonar. Airad es mi cuñado.

—¿El hermano de tu marido? ¿Está detenido?

—Eso sería ciertamente improbable. Está muerto —sentenció Fátima.

Un silencio sepulcral se adueñó de la línea telefónica. Si Airad estaba muerto, significaba que alguien se estaba haciendo pasar por él, ¿y quién era más probable que se hiciera pasar por su propio hermano?

—Macarena, escúchame. Quiero que seas tú la que los defiendas, tanto a Walid como a mi… al tal Airad, ¿me has entendido?

—Entendido.

—Hay un antiguo proverbio árabe que traducido dice algo así como «quien no comprende una mirada tampoco comprenderá una larga explicación». Y yo sé que eres de las personas que comprenden una mirada.

Macarena sopesó las palabras. Había llegado la hora de que mujeres como Fátima y como ella tomaran las riendas y arreglaran la situación.

—Déjalo en mis manos.

Quero avanzó sorteando herramientas y trozos de vehículos que se desparramaban por todo el suelo del almacén sin un orden aparente. Localizó en una esquina una escalera de metal que daba acceso a la parte alta, así que sacó el arma nuevamente de su funda y comenzó a ascender los escalones uno a uno, con la agente Cuevas pegada a él guardándole las espaldas.

La parte de arriba de la nave era poco más que una especie de entreplanta con un par de pequeñas oficinas de aluminio que se conectaban entre sí por una serie de pasarelas de metal y con oxidados pasamanos como única medida de seguridad. Vila estaba agazapado junto a la entrada de una de ellas y se llevó un dedo a los labios cuando los vio para que guardaran silencio. Los dos agentes se acercaron sigilosamente y se mantuvieron a un lado de la puerta.

—Yiyo —leyó Alonso en los labios de su superior, y señaló con el dedo una ventana que había al fondo de la estancia.

Alonso se asomó con cuidado y atisbó a reconocer el cañón de un revólver apuntando hacia el vano de la puerta. El Yiyo estaba escondido tras un atestado escritorio, en la esquina contraria a la ventana que se había convertido en su única vía de escape, calculando las posibilidades de que un agente le acertase de un disparo si trataba de llegar hasta ella.

Vila hizo varios gestos con la mano indicando a Cuevas que se quedara cubriendo la salida y a Quero para que avanzara por un lateral mientras que él lo hacía por el otro.

El subinspector se puso en cuclillas y rodeó el marco de la puerta. Avanzó unos pasos y se parapetó en un armario archivador. Vila copió sus movimientos y trató de cobijarse bajo un recodo en la pared contraria, pero, cuando estaba a punto de alcanzarlo, todo se precipitó: el Yiyo, en un rápido movimiento, tiró del armario donde estaba resguardado Alonso, que cayó al suelo de manera estrepitosa, junto con todo lo que había guardado en él, e imposibilitando el avance del policía. Vila, aún confuso por el estruendo, se puso en pie tratando de localizar al sospechoso, pero este asió el escritorio donde había estado escondido hasta ese momento y, en una demostración de fuerza bruta, lo lanzó hasta el hueco de la puerta, impactando en Cuevas, que salió despedida hacia atrás.

—¡Rápido, se escapa! —chilló el inspector jefe viendo como el Yiyo salía huyendo de un par de potentes zancadas.

Quero se quitó de encima algunos archivadores y libros de cuentas que habían caído sobre él, se levantó y pasó de un salto por encima del escritorio. Advirtió un reguero rojo recorriendo el rostro de Marta, pero no tenía tiempo de ver cómo se encontraba, así que siguió corriendo. El Yiyo pasó a toda velocidad por la pasarela de metal y comenzó a bajar por las escaleras saltando los escalones de tres en tres. El agente chilló dándole el alto más para avisar a sus

compañeros de la planta baja que porque pensara que el delincuente iba a hacerle caso. Y parece que surtió efecto. Los policías se pusieron alertas y cubrieron la salida del almacén, pero el Yiyo, adelantándose a la encerrona, contraatacó disparando contra las paredes de la nave, haciendo que los agentes tuvieran que ponerse a cubierto, lo que aprovechó para cambiar de dirección y buscar la ventana trasera por la que había escapado el Maradona hacía unos minutos. Pero Alonso Quero estaba ojo avizor mientras corría por la pasarela y comenzaba a bajar las escaleras. Aunque Matas estaba fuera cerrando la vía de escape, el sospechoso podía correr en otra dirección y no tendrían manera de alcanzarlo. Era ahora o nunca. Alzó el arma y apuntó hacia un conjunto de ruedas que había amontonadas junto a la ventana. Esperó el momento justo mientras aguantaba la respiración y apretó el gatillo un par de milésimas antes de que el Yiyo pasara cerca de ellas, lo que provocó que se detuviera en seco y tuviera que cambiar de dirección de manera brusca. El policía, que ya estaba en mitad de las escaleras, se subió de un salto sobre la barandilla y, sin pensárselo demasiado, saltó hacia el vacío. Cayó de manera estrepitosa sobre la espalda del sospechoso, que se dio de bruces contra el suelo y trató de revolverse con fuerza. Pero Quero, aunque algo entumecido por la caída, consiguió pasar un brazo alrededor de su cuello y, ayudándose del otro, creó una especie de candado del que era casi imposible soltarse. En ese momento llegaron los dos agentes uniformados, y entre los tres lograron esposar al sospechoso, que no tuvo más remedio que dejar de forcejear y asumir que había perdido, por ahora.

Macarena entró en la sala de espera con cara de hartazgo después del último interrogatorio. Se paró en la máquina de café y volvió junto a Ernesto con un vaso de cartón hirviendo en la mano.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó este cuando se hubo sentado.

—No estaba muy convencido de que fuera yo la que lo defendiera, solo hacía preguntar por ti.

—Hay que comprenderlo, ya sabes cómo son —trató de justificarlo Ernesto.

—Unos putos machistas: eso es lo que son —vociferó Macarena indignada—. No se ha quedado tranquilo hasta que le he dicho que tú también estabas aquí.

—¿Qué te ha contado? —cambió de tercio el abogado.

—Pues lo mismo que Byron: que entraron de repente en la nave y

detuvieron a todo el que pasaba por allí; que la mayoría eran chavales que estaban esperando para cargar los fardos o conducir los coches.

—¿Y de los otros? —se interesó Ernesto.

Macarena cambió el tono:

—Que él no vio nada. Cree que la policía los pilló entrando en la parcela y trataron de huir, sin éxito.

—¿Te ha confirmado…?

—No, solo sabe que el Turco y otro morito están en otra celda, pero que ni los ha visto ni ha hablado con ellos.

—Es decir, que estamos en las mismas —se lamentó el abogado dando un par de vueltas antes de continuar hablando—. Mientras estabas en declaración, me ha llamado Arturo. Ha habido más registros.

—¿Han cogido a alguien? —preguntó Macarena.

—Un tal Fernan, un tipo búlgaro y un par de pilotos de gomas. No conozco a ninguno, pero Arturo insiste en que no podemos dejarlos solos.

—Ernesto, necesito descansar, no puedo estar aquí varias horas más…

—No te preocupes. He llamado a Nerea y a Sergio para que vengan a encargarse de ellos —la tranquilizó el abogado.

—¿Nerea? —se extrañó Macarena—. ¿No está muy verde?

—Le viene bien curtirse. Además, para decirles que no digan nada tampoco necesitamos estar nosotros presentes.

La joven asintió en un gesto aprobatorio. No hace tanto tiempo que era ella la pasante que soñaba con que su jefe le encargase meterse en un sucio calabozo para asistir a unos peligrosos criminales. Era un peaje necesario para cualquier recién licenciado que quisiera dedicarse a la abogacía, por lo menos si quería ser penalista. Le vino a la mente Mamadou, la primera vez que lo vio en los calabozos de los juzgados de Torremolinos hace ya tanto tiempo, la sensación de miedo y atracción que le produjo estar frente a alguien que podía destrozarla con sus manos si quisiera.

En ese momento se acercó uno de los agentes de la UDYCO y les comunicó que iban a tomar declaración a Airad Bachur.

—Ese es mío —profirió Macarena, y siguió al policía ante la cara de preocupación de Ernesto.

La joven recorrió nuevamente los pasillos de la comisaría hasta que llegó a la sala de interrogatorios. Una mesa, varias sillas y un espejo al fondo. Posiblemente era lo único que se veía en televisión que se correspondía medianamente con la realidad. De espaldas a ellas, sentado sobre una silla y esposado a la mesa, había un hombre de origen árabe. La joven trató de descifrar en sus facciones a la persona que buscaba, pero sin éxito. Frente a ella, con gesto serio y voz calmada, un policía la invitaba a sentarse.

—Buenas tardes —exclamó mientras tomaba asiento, y el hombre, que se había mantenido con la mirada fija en el suelo hasta ese momento, alzó la cabeza y se giró buscándola con la mirada. Y Macarena pudo por fin ver el rostro de su cliente.

—Buen trabajo, Alonso. Creía que se nos escapaba también —exclamó el inspector jefe Vila cuando bajó las escaleras junto con la agente Cuevas, que se taponaba una herida de la frente con un pañuelo de papel.

—Matas ha interceptado al Maradona fuera de la parcela, así que los tenemos a todos —respondió orgulloso mientras se acercaba hasta su compañera para ver cómo se encontraba.

—¿Qué sabes de González? —le preguntó Vila.

González… Con toda la tensión de las detenciones, se le había olvidado completamente. Sacó el teléfono móvil del bolsillo y comprobó que tenía varias llamadas perdidas de su compañero, así que pulsó la tecla de rellamar rápidamente ante la mirada desconcertada de su jefe.

—¡Alonso, joder, te he estado llamando! —gritó el policía a modo de saludo.

—Estaba un poco ocupado deteniendo al Yiyo, ¿qué pasa?

—¡Va para allá! —volvió a gritar González.

—¿Quién? —preguntó Quero

—¿Quién va a ser? ¡El Turco, joder! Ha recogido a otro marroquí y ha puesto rumbo a la *guardería*.

—¿A otro? ¿Sabes si es el…?

—No lo sé, no lo he visto. Pero corre, joder, casi estamos

llegando.

Alonso colgó y salió corriendo hacia la puerta de entrada sin apenas tiempo de explicarle a su superior lo que pasaba.

Oyó el sonido de un motor y aceleró el paso, saltó por encima del capó de su coche y se plantó en el camino de entrada al desguace. Un enorme BMW X5 se acercaba, pero, cuando descubrió a Alonso en mitad de la carretera y el portón de acceso destrozado, frenó en seco, haciendo derrapar las ruedas. Dio marcha atrás y aceleró tratando de huir, pero González le cerró el paso por detrás.

—¡Alto! ¡Policía! —gritó Alonso con la pistola en alto, pero el todoterreno volvió a acelerar y se lanzó por la carretera en la otra dirección, haciendo que el policía tuviera que apartarse de un salto para que no lo embistiera.

—¡Corre, sube! —chilló Mario González abriendo la puerta del copiloto cuando pasó por su lado.

Alonso pegó un brincó y se lanzó al interior, y, antes de que le diera tiempo a incorporarse, González pisó a fondo y se lanzó a la persecución.

Unos metros más adelante Matas y su compañero aguardaban, ya con el Maradona esposado en el interior del zeta, al vehículo que se dirigía hacia ellos como un torrente. Alzaron las pistolas tratando de obligarlo a parar, pero los sospechosos aprovecharon que el vehículo policial no abarcaba todo lo ancho de la vía para rebasarlo subiendo las ruedas derechas por el arcén de tierra.

González le siguió a la zaga y realizó la misma maniobra, pero su Volkswagen Passat no estaba igual de preparado para el campo que el BMW y salió despedido por los aires, haciendo que las cabezas de los policías golpearan con fuerza el techo del coche, que derrapó ligeramente, pero no le impidió seguir la carrera.

El Turco circulaba por el asfalto a toda velocidad, zigzagueando de manera brusca para tratar de cortar el paso de los agentes, que habían apretado el ritmo y se habían pegado a él. Trató de girar a la derecha para acceder a un camino de tierra que, aunque bastante sinuoso, los podía llevar de vuelta al núcleo urbano de Coín. Pero González amagó con adelantarlo por la izquierda para luego girar el volante bruscamente a la derecha, cerrándole el paso. El todoterreno se vio obligado a tomar el camino contrario, pero aprovechó que el coche de los agentes había derrapado con la maniobra para sacarle

unos metros de ventaja. El asfalto se convirtió en tierra y los vehículos pasaron a circular a través de una escabrosa carretera que atravesaba campos de cultivo y que terminaba en una empinada pendiente que ascendía hasta una llanura donde se erigía una pequeña iglesia.

—Va hacia la ermita —chilló Quero—, allí no tiene escapatoria.

González piso a fondo y comenzó la subida a sabiendas de que la tracción trasera de su coche no le iba a permitir quedarse parado en mitad de la cuesta. El Turco estaba apenas un par de metros por delante de ellos. Accedió a la explanada de un pequeño salto y buscó una vía de escape por donde continuar la huida, pero el viejo Volkswagen, que ascendía a toda velocidad sin dejar de pisar el acelerador, salió volando por los aires y se estampó como un torbellino contra el lateral izquierdo del todoterreno.

Quero fue el primero en salir del habitáculo. Tenía las piernas doloridas y sentía la sangre correr por su rostro, pero ahora no podía desfallecer. Se acercó dando trompicones al otro vehículo, que había salido despedido varios metros con el envite, y abrió la puerta del conductor. La inmensa cabeza rapada del Turco reposaba inconsciente sobre el volante.

—Mario, ayúdame —le gritó a su compañero.

Ambos policías sacaron a rastras al árabe y lo tumbaron bocabajo en el suelo mientras lo esposaban. En ese momento Quero escuchó ruido en el interior del BMW. El sospechoso que había ido en el asiento del copiloto había abierto la puerta y trataba de escapar, pero el choque lo había dejado demasiado aturdido, lo que dio tiempo al policía para salir corriendo y derribarlo por la espalda. Entonces lo cogió de un hombro y lo giró hasta quedar frente a él. Quero lo miró con atención —sus ojos, su boca, su nariz, la forma de su mandíbula…— y trató de buscar similitudes con la fotografía de mala calidad que había colgada en la pizarra de la sala de *briefing*. Y, aunque su instinto trataba de convencerlo de que estaba ante la persona que buscaba, lo cierto es que no tenía la certeza de que los profundos ojos color ébano que lo miraban, entre una mezcla de rabia e impotencia, pertenecían a Mohamed, alias el Negro.

EPÍLOGO

Las escaleras de la Ciudad de la Justicia de Málaga estaban atestadas de gente a esa hora: funcionarios que portaban carteles y se manifestaban por el reconocimiento de sus funciones; periodistas haciendo fotos y grabando planos, que perdían el interés al poco rato de llegar; denunciantes y denunciados que entraban y salían por los controles de seguridad después de haber resuelto, o no, sus disputas ante el juez; abogados, procuradores, fiscales, forenses y todas las figuras jurídicas posibles que se daban cita cada día en la inmensa y anodina construcción de ladrillos y cemento que daba acogida a más de ochenta juzgados de todas las jurisdicciones. El subinspector Alonso Quero observaba, desde la sombra que le proporcionaba un pequeño soportal que había en la entrada, como la gente iba y venía sin pararse a mirar a su alrededor por un instante. Llevaba en la mano unos formularios que le había entregado Vila para presentarse a las pruebas de acceso a inspector de policía. «Ya va tocando, Alonso. Llevamos mucho tiempo con una vacante en el grupo, y no me gustaría que alguien te la pisara» fueron sus autoritarias palabras. Hacía un tiempo que Alonso no terminaba de fiarse de él, desde que desarticularon al clan de los Carmelos y parte de la banda del Negro. Después de que metieran a todos los detenidos en los furgones policiales con dirección a la comisaría de Fuengirola, Marta le había pedido acompañarlo en su coche, a lo que Alonso había accedido descifrando en su ensangrentado rostro que había algo que quería contarle.

—¿Te fías de Vila? —fue lo primero que le preguntó después de haber mantenido silencio durante los primeros minutos.

—Lo conozco desde hace mucho. ¿No debería? —replicó Quero.

Marta se mordió el labio y Alonso no pudo más que sentir cierta frustración. Lo cierto es que su compañera le gustaba mucho, tanto como para hacerle olvidar el rastro de Laura durante un instante, pero ya le había dejado claro que lo suyo era una relación utópica.

—Estaba junto a él cuando te ha llamado y te ha preguntado por González —se decidió a continuar la conversación.

—Sí…

—Y nada más colgar lo noté preocupado, pero no preocupado porque la operación saliera bien: era otra cosa. No sé, llámame loca, pero la cuestión es que al momento sacó el móvil, se alejó de donde

estábamos y estuvo tratando de contactar con alguien por teléfono.

—¿Tratando? —se extrañó su compañero.

—Creo que no lo consiguió, porque volvió junto a nosotros a los pocos segundos un tanto…

—Frustrado —terminó la frase Alonso.

Desde ese momento Quero había tratado de encontrar algún indicio que relacionara a su superior con algún miembro de la banda del Negro o del clan de los Carmelos, pero había sido imposible. Eusebio Vila era un policía ejemplar en todos los aspectos. Quizás tenía demasiadas ambiciones políticas, pero no se podía poner en duda su valía como agente de la ley bajo ningún concepto.

El Negro. Lo habían tenido tan cerca…, y desde entonces se lo había tragado la tierra. Ningún confidente, ningún detenido, nadie había vuelto a pronunciar su nombre en todo este tiempo. Ni siquiera habían vuelto a mencionarlo en las intervenciones telefónicas. Alonso sentía que había fracasado. Verdaderamente había creído que el hombre al que estaba deteniendo en la explanada de la ermita de Coín era él, pero resultó ser un tal Airad Bachur, un marroquí sin antecedentes penales al que no habían conseguido ubicar en el puzle de la banda.

En ese momento Marta traspasó las grandes puertas de cristal del edificio y se acercó hasta donde se encontraba su compañero.

—¿Te has quedado hasta el final? —fue lo primero que le preguntó Quero, y Cuevas asintió a modo de respuesta—. ¿Y cómo ha ido? —volvió a preguntar.

—Pues más o menos como se esperaba. La fiscal ha pedido diez años para el Yiyo y seis para los demás.

—¿Para el Turco y el otro también? —se alegró Alonso, aunque por el gesto agrio de Marta dedujo que había algo que no le había contado.

—La fiscal ha pedido su absolución, dice que no hay indicios racionales de su pertenencia a la organización criminal.

—Pero ¡si los trincamos allí y se dieron a la fuga! —se indignó Quero.

—Según su abogada, el tal Bachur es un reputado comerciante de Chauen que quiere ampliar su negocio por la zona y que había contratado los servicios de un conductor particular para visitar distintas naves y polígonos con buenas conexiones en la provincia.

—Y ese conductor era el Turco, ¡no me jodas! —bufó Alonso, dejando a su compañera que siguiera hablando.

—Que, cuando vieron a gente armada apuntándolos directamente, se asustaron y por eso salieron huyendo; que le habían contado que había bandas que se disfrazaban de agentes de la ley para secuestrar a árabes ricos y pedir un rescate por ellos, y que por eso no se paró cuando le dieron el alto.

«Chauen». Rio el policía para sí. No podía negar que la historia que había contado la abogada era perfectamente plausible, siempre y cuando no se tuviera en cuenta que el Turco era un importante y peligroso narcotraficante. Pero, claro, eso había que demostrarlo con algo más que indicios. Si hubieran conseguido detenerlo dentro del desguace, tocando la droga…

En ese instante los abogados de la defensa atravesaron las puertas de salida. Se encendieron unos cigarrillos y comenzaron a charlar animosos. No era para menos.

A Ernesto Aguilar lo conocía de otras ocasiones, era un famoso narcoabogado con el que había tenido más de un rifirafe en comisaría, y, la chica que lo acompañaba, que en un principio había supuesto que era la típica jovencita guapa que solía reclutar a las puertas de la Facultad de Derecho para trabajar como pasante en su bufete, después de haber investigado un poco sobre ella, había descubierto que tenía un despacho propio desde hacía unos años y que se había ganado a pulso una reputación como abogada penalista.

Otro hombre se unió a la fiesta repartiendo abrazos entre los letrados. Alonso lo miró con atención, había algo en él que le recordaba a alguien: su ropa, su porte, su mirada afilada… Y de repente una especie de *déjà vu* se instaló en la consciencia del policía. Dos hombres reunidos en una barra de bar hablando, susurrando, con gestos serios, adustos, preocupados. Uno de ellos se gira, casi choca con Alonso, que lo mira a los ojos mientras pide perdón y se marcha. Su aspecto de abogado le llama la atención, pero no sabe por qué. Pero no es aspecto de abogado; es aspecto de empresario de la construcción. Alonso lo ve marcharse y vuelve la mirada hacia el otro hombre, el que lo espera sentado en el banco del bar con un café

delante, el que le pregunta si han descubierto algo nuevo, el que dirige el grupo de la UDYCO Costa del Sol de la comisaría de Fuengirola, el inspector jefe Eusebio Vila.

Alonso entró en una especie de trance del que salió cuando Marta le preguntó si se encontraba bien.

—Sí, sí. Solo he recordado algo importante.

En ese instante sonó el teléfono móvil de la abogada, que se acercó hasta donde se encontraban los policías para contestar. Alonso se fijó en ella. Era guapa, aunque no deslumbrante. Algo en su porte, en su elegancia, en su forma de moverse le recordó a Laura, aunque últimamente todas las mujeres le recordaban a su ex en mayor o menor medida. «Macarena Aguado», leyó en la carpeta que portaba bajo el brazo, con una poderosa diosa Temis sobresaliendo de la tipografía. Llevaba una espada en una mano y una balanza en la otra, y sobre los ojos, una cinta simbolizando la imparcialidad de la justicia. Quero rio irónico ante la imagen y no pudo más que imaginar que la diosa Temis había vendado sus ojos con una cinta del color índigo de las calles de Chauen.

Table of Contents